SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

Prólogo de Hugo Wast

Sexta Edición

HISTORIA de un ALMA

BIBLIOTECA

"LOS GRANDES EJEMPLOS"

CARACTERES

12—*SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS. HISTORIA DE UN ALMA (Autobiografía).* Lujo. $ 12.—; Tela, $ 8.— ..... Cartoné $ 5.—

15—*CAGLIERO. CIVILIZADOR, por F. J. de Salvo* ..... R. „ 2.—

17—*OZANAM Y LAS CONFERENCIAS DE S. VICENTE DE PAUL, por Foucault y otros* ..... „ 2.—

19—*JOSE MANUEL ESTRADA. Sus mejores discursos* ..... „ 2.50

23—*CHESTERTON, por J. de Tonquedec* „ 2.—

29—*ANA MARIA TAIGI, por A. E. de Subercaseaux* ..... „ 2.—

34—*ELISABETH LESSEUR, por M. A. Lesseur* ..... „ 3.—

37—*DISCURSOS Y PANEGIRICOS, DE S. S. PIO XII* ..... En reedición

44/5—*CARTAS DE OZANAM (Dos tomos). Cada uno* ..... R. „ 3.50

47—*LA FAMILIA QUE ALCANZO A CRISTO, por el P. Raymond* ..... „ 7.—

65—*TRES MONJES REBELDES, por el P. Raymond* ..... „ 6.—

66—*EL HOMBRE QUE SE ENTENDIO CON DIOS, por P. Raymond*..... „ 5.—

Enc.: $ 2.50 adicional.

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Historia de un alma

PROLOGO DE HUGO WAST

"Fuego vine a traer a la tierra:
¿qué he de querer sino que arda?"
San Lucas, XII, 49

SEXTA EDICION

EDITORIAL DIFUSION

HERRERA 527 BUENOS AIRES

Con las debidas licencias

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

PROLOGO

DE todas las cosas hoy vivientes sobre el inmortal suelo de Francia, nada más palpitante de vida sobrenatural que la tumba de Teresita, visitada a todas horas por gente de todos los pueblos del mundo y cubierta de flores frescas y al abrigo de la cruz y de las palabras que dijo el Señor cuando sus discípulos rechazaban a los niños: "Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum": *sino os hiciereis como los niños, no entraréis en el reino.*

Aquella jovencita que moría a los veinticuatro años, en la enfermería de un convento donde se sepultó a los quince, no conocía al mundo, ni el mundo la conocía a ella.

Pero según la palabra de Dios, "el Espíritu sopla donde él quiere" y estaba destinada su persona y su libro a conquistar en poquísimos años una prodigiosa popularidad. Por ella es universalmente glorioso el pueblecito de Lisieux, como Asís por Francisco, como Avila por la otra Teresa, como Siena por Catalina.

Sin salir apenas del lugar, el peregrino en pocos momentos recorre todos los pasos de aquella vida breve y oculta. Su tumba primero, donde se guarda su cuerpo; el cementerio donde estuvo sepultado antes de la canonización, en el cuadrado de tierra cubierto de cruces donde duermen en paz otras carmelitas; su casita natal en los Buissonnets; su dormitorio, con su camita de caoba y sus juguetes: una muñeca, una carretilla, un piazito, la jaula de un pájaro...

¡Es todo! Encantadora peregrinación que se hace con el corazón conmovido y la sonrisa en los labios, porque uno camina, envuelto no por una atmósfera de muerte, sino en un aire vivificante y glorioso.

Ella adivinó su gloria. "Siento que mi misión va a comenzar", dijo, al saber que se moría. "Quiero pasar mi cielo haciendo bien sobre la tierra".

Tuvo también, por inspiración divina, la intuición de que su libro, escrito como un borrador de colegiala, sería un poderoso instrumento

para mover los corazones, y a su Priora se lo expresó con estas palabras: "Lo que yo leo en este cuaderno es enteramente mi alma. Madre mía, estas páginas harán mucho bien. Se descubrirá en seguida la dulzura del Señor..." Y con su amable e inspirada sinceridad agregó: "¡Ah, ya sé bien que todo el mundo me amará!"

No se engañaba, no, la simple y juvenil doctora de la Iglesia, doctora a su modo y sin definición, porque había sido suscitada por Dios para enseñar a los hombres, no los grandes caminos de la santidad, como Teresa de Avila, sino su caminito, como ella decía su petite voie d'amour...

¡Y el mundo entero la ama! Pensemos el significado de este amor que arrastra millones de peregrinos a su tumba, que es un viviente santuario, en los mismos días y bajo el mismo sol que alumbra la soledad y la triple muerte de otras tumbas sin epitafio y sin cruz.

Nunca los santos son figuras anacrónicas en el tiempo de su vida mortal. Por el contrario, han aparecido siempre en los momentos en que el mundo los necesitaba, y aunque vivieran en un desierto o en un claustro han ejercido sobre su época una acción inmensa, desproporcionada con su aparente debilidad.

Recuérdense los nombres de Agustín, de Bernardo, de Francisco de Asís, de Domingo de Guzmán, de Ignacio de Loyola, de Juana de Arco, de Vicente de Paúl, de Teresa de Jesús, de Francisco de Sales, de Magdalena Sofía Barat.

Cada época tiene sus necesidades espirituales y materiales y tiene su santo. En la época actual, como en todos los siglos de decadencia, las cualidades de forma, la gracia y elegancia del estilo y de la persona ejercen una sugestión mayor que las grandes hazañas.

Teresita de Lisieux, con la sonrisa exquisita de su rostro digno del pincel de Leonardo de Vinci, y con su libro, que es una flor de la literatura francesa, ha cautivado al mundo.

Las gentes, sorprendidas de este imperio repentino y universal, se dejan arrebatar por la impetuosa corriente que las lleva hacia ella y se complacen en decir que ha llegado a ser santa sin hacer nada. *lo cual parece verdad, aunque no lo sea; y la propia Teresita sonreirá, porque ella, hija de estos tiempos, sabe que hoy es más fácil conquistar y santificar a los hombres convenciéndolos de que no hay que hacer nada extraordinario, que mostrándoles el camino de la Trapa o del martirio.*

"¿Cómo quiere que la llamemos cuando esté en el cielo?", le preguntaron un día las novicias, y ella contestó: "Llámenme Teresita". Y a su hermana Paulina que la interrogaba: "¿Nos mirará desde el cielo?", le responde: "No, bajaré a la tierra".

Lo ha prometido y lo cumple, y sus manos pequeñas y dadivosas no se cansan de repartir gracias sobre los corazones que la invocan, porque creen en ella, ablandados por la misteriora dulzura de esta gota de miel que ha caído sobre la impenitencia y amargura del mundo moderno.

HUGO WAST.

CAPITULO I

Primeras notas de un canto de amor. Recuerdos desde los dos a los cuatro años.

A la Rda. Madre Inés de Jesús
(PAULINA, la hermana de Santa Teresita).

A Vuestra Reverencia, madre querida, a Vuestra Reverencia, que es dos veces mi madre, confío *la historia de mi alma.* El día en que me la pidió, temí que disipara mi corazón; pero desde entonces acá me ha hecho comprender Jesús que, obedeciendo con sencillez, le sería agradable. Comenzaré, pues, a entonar el cántico que repetiré eternamente: *¡Las misericordias del Señor!* Antes de tomar la pluma, heme postrado ante aquella imagen de María Santísima (1) que tantas pruebas ha dado a mi familia de la maternal preferencia de la *Reina del Cielo;* le he suplicado que guíe mi mano para que no trace ni una sola línea que no sea de su agrado; he abierto luego los Santos Evangelios, tropezando mis ojos con estas palabras: "Subiendo Jesús a un monte, llamó a sí a aquellos que le plugo" (2). Muy claro se ve aquí el misterio de mi vocación, el de mi vida entera, sobre todo, el misterio de los privilegios de Jesús en mi alma. No llama el Señor a los que son dignos, sino a quienes le place. Según dice la Escritura: "Dios se compadece de quien quiere y usa de

(1) La *Virgen de la sonrisa,* que corona actualmente la urna de la Santa. Reducción (0,88 m. de alto) de la magnífica Virgen que hizo el escultor Buchardon (1698-1762) para la iglesia de San Sulpicio de París. Aunque groseramente modelada, con todo, la cara conserva una expresión delicada. El señor y la señora Martin tenían esta estatua en particular devoción y sobre todo la señora Martin recibió por su intercesión, en diversas circunstancias, gracias señaladas.

(2) Marc., III, 13.

misericordia con quien le place hacerlo" (3). "No obra por sí el que quiere ni el que corre, sino Dios que le hace misericordia" (4).

Durante mucho tiempo me pregunté por qué tenía Dios sus preferencias; por qué no repartía por igual sus mercedes. Extrañaba yo verle prodigar favores extraordinarios a pecadores tan grandes como Pablo, Agustín, María Magdalena y tantos otros a quienes obligaba, por decirlo así, a recibir sus gracias. Cautivábame también la atención, al leer la vida de los santos, ver cómo acariciaba el Señor a ciertas almas desde la cuna al sepulcro, apartándoles del camino todos los obstáculos que les impedían llegar a Él, sin permitir que el pecado empañara jamás el nítido esplendor de su vestidura bautismal. Me preguntaba a mí misma por qué los pobres salvajes, por ejemplo, mueren casi todos sin haber oído siquiera pronunciar el nombre de Dios.

Jesús se dignó ilustrarme acerca de este misterio. Puso ante mi vista el libro de la naturaleza y vi que todas las flores por El creadas eran hermosas; que el esplendor de la rosa y la blancura de la azucena no amenguan en nada el perfume de la humilde violeta, ni quitan nada a la sencillez encantadora de la margarita. Comprendí que si todas las flores quisieran ser rosas, perdería la naturaleza su galanura primaveral y ya no estarían los campos esmaltados de florecitas. Lo mismo ocurre en el jardín animado del Señor, en el mundo de las almas, pues a semejanza de las rosas y azucenas, le plugo crear los grandes santos; mas también creó otros más pequeños, que se contentaran con ser humildes margaritas o sencillas violetas, destinadas a recrear sus divinos ojos cuando los inclina a sus pies. Cuanto más las flores se gozan en hacer la voluntad divina, tanto más perfectas son.

Comprendí, además, otra cosa... y es que el amor de Nuestro Señor revélase lo mismo en el alma más sencilla, que no opone ningún obstáculo a su gracia, que en la más sublime. En efecto, propio del amor es humillarse; si todas las almas se asemejasen a las de los santos Doctores que iluminaron la Iglesia, parece que Dios no descendería bastante bajo llegándose a ellas. Pero ha creado también al niño desvalido, que nada sabe sino gemir débilmente; ha creado al pobre salvaje, sin más brújula para gobernarse que la

(3) Exod., XXXIII, 19.
(4) Rom., IX, 16.

ley natural, y hasta esos corazones se digna bajar. Éstas son *las flores del campo,* cuya sencillez le enamora; y por el solo hecho de descender tan bajo, muestra el Señor su infinita grandeza. A la manera como el sol alumbra a la vez el alto cedro y la florecita, ilumina el Astro divino a cada alma en particular, sea grande o pequeña, y todo lo encamina a su bien; al igual que en la naturaleza, están dispuestas las estaciones, de manera que a su debido tiempo florezca hasta la más humilde margarita.

* * *

Sin duda se preguntará sorprendida, Madrecita mía, adónde quiero ir a parar con estos preámbulos que en nada se relacionan con mi vida; pero, ¿no me ha ordenado que exprese sin trabas de ninguna especie lo que naturalmente me venga al pensamiento? No es, pues, *mi vida* propiamente dicha la que encontrará en estas páginas, sino más bien *mis pensamientos* acerca de las gracias que se ha dignado concederme Nuestro Señor. Me encuentro en aquella época de mi existencia en que puedo echar una ojeada a lo pasado; ha madurado mi alma en el crisol de las pruebas interiores y exteriores. Hoy, cual la flor después de la tormenta, levanto la cabeza y veo realizarse conmigo las palabras del salmo:

"El Señor es mi Pastor; nada me faltará. El me hace descansar en pastos amenos y fértiles; me lleva suavemente a lo largo de las aguas. Conduce mi alma sin cansarla... Pero aunque bajase al valle de la sombra de la muerte, no temería ningún desastre, porque tú estarás conmigo, Señor" ([4]).

Sí, siempre ha sido el Señor conmigo "compasivo y benigno, tardo en airarse, y de gran clemencia" ([5]). Por tanto, es dicha verdadera para mí celebrar sus inefables beneficios al referirlos a Vuestra Reverencia, Madre mía. Voy, pues, a escribir la historia de esta *florecilla* recogida por Jesús, mas *para Vuestra Reverencia solamente;* con esta convicción, hablaré con entera confianza, sin cuidarme del estilo ni de las muchas disgresiones que haré; el corazón de una Madre entiende siempre a su hija, aunque sólo sepa esta balbucear;

([4]) Salmo, XXII, 1-4.
([5]) Salmo, CII, 8.

tengo la seguridad de que Vuestra Reverencia me comprenderá y me adivinará, por ser la que ha formado y ofrecido a Jesús mi corazón.

Si una florecita tuviera el don de la palabra, me parece que diría con sencillez cuánto ha hecho Dios por ella, y no intentaría ocultar sus dones. So pretexto de humildad, no diría que carece de gracia y de fragancia; que el sol ha descolorido su esplendor y la tormenta tronchó su tallo, teniendo la convicción de que es todo lo contrario. La flor que va a referir su historia se regocija al tener que publicar las atenciones verdaderamente gratuitas de Jesús. Reconoce que nada había en ella capaz de atraer sus divinas miradas; que sólo su misericordia la ha colmado de bienes. Él es quien la hizo nacer en una tierra santa, saturada de fragancia virginal; Él es quien la hizo preceder de *ocho azucenas* resplandecientes de blancura. Su amor quiso preservarla del envenenado soplo del mundo; y cuando apenas comenzaba a entreabrirse su corola, la trasplantó el buen Maestro a la Montaña del Carmen, selecto jardín de la Virgen María.

En breves palabras acabo de resumir lo que Dios ha hecho conmigo, Madre mía; entraré ahora en los detalles de mi infancia; sé que para cualquier otra persona resultaría enojosa esta relación, pero su corazón de Madre se complacerá en leerla. Además, los recuerdos que voy a citar son también los suyos; ya que pasé a su lado mi infancia y tuve la dicha de pertenecer a los piadosos padres que nos rodearon de los mismos cuidados y ternuras. ¡Dígnense bendecir a la menor de sus hijas y ayúdenla a cantar las divinas misericordias!

* * *

Hasta mi entrada en el Carmen, distingo en la *historia de mi alma* tres períodos muy bien determinados: a pesar de su corta duración, no es el primero el menos fecundo en recuerdos; abarca desde el despertar de mi corazón hasta la partida de nuestra madre a la patria celestial, es decir, hasta la edad de cuatro años y ocho meses.

Dignóse Dios abrir mi inteligencia muy temprano y grabar tan profundamente en mi memoria los recuerdos de la infancia, que

esos sucesos pasados me parecen ocurridos ayer. Sin duda quería Jesús darme a conocer y apreciar la madre incomparable que me diera. ¡Ay!, su mano divina pronto me la arrebató para coronarla en el cielo.

El Señor se ha complacido en rodear de cariño mi vida entera; mis primeros recuerdos están llenos de las más tiernas sonrisas y caricias. Mas no sólo colocó junto a mí tanto amor, sino que también lo infundió en mi corazoncito, haciéndolo tierno y sensible. ¡No es posible imaginar hasta qué punto amaba yo a mi padre y a mi madre! Mi índole, naturalmente expansiva, les demostraba este amor de mil maneras; hoy no puedo menos de reírme al recordar los medios que empleaba en aquella época de mi vida.

Vuestra Reverencia se ha servido, Madre mía, entregarme las cartas que mamá le dirigía cuando Vuestra Reverencia era educanda en la Visitación de Le Mans; recuerdo perfectamente los hechos que en ellas refiere, pero me será más fácil citar sencillamente algunos párrafos de estas lindas cartas, a veces demasiado lisonjeras para mí, como dictadas por el amor maternal.

He aquí algunas líneas de mamá, en confirmación de lo que yo decía respecto al modo de demostrar mi cariño a mis padres:

* * *

¡La chiquitina es un diablillo sin rival, que me acaricia deseándome la muerte! "Ah, cuánto me gustaría que te murieras, pobre mamita mía!", y al reprenderla por tan extrañas palabras, contesta con aire muy sorprendido: "¡Pero si yo lo digo para que te vayas al cielo; ya que tú afirmas que para ir allá ha de morirse uno!" Cuando la dominan estos extremos de amor, también le desea la muerte a su padre.

Esta hija de mi alma no me quiere dejar un momento. Continuamente está pegada a mí; a todas partes me sigue con alegría, particularmente al jardín; pero no quiere quedarse en él si yo no estoy con ella; llora de tal manera que se ven obligados a traérmela. No hay quien le haga subir escaleras solita, si no es llamándome a cada escalón: "¡Mamá!, ¡mamá!" Tantos escalones, tantos mamás. Y si, por desgracia, dejo de contestarle una sola vez: "¡Aquí estoy, hijita mía", se para en seco, sin avanzar ni retroceder un paso.

Iba yo a cumplir tres años cuando escribía mi madre lo siguiente:

...El otro día me preguntaba Teresita si iría al cielo. "Si eres muy buena, sí que irás", le contesté. "¡Ay, mamá —me replicó—, entonces, si no fuera buena, ¿me iría al infierno?... Pero yo haría una cosa: me iría volando a juntarme contigo que estarías en el cielo, y tú allí me apretarías muy fuerte en tus brazos, y, ¿cómo se arreglaría Dios para separarme?" Leí claramente en sus ojos que estaba persuadida de que Dios nada podría con ella si se escondía en los brazos de su madre.

María ama mucho a su hermanita, porque es una niña que a todos nos da muchas alegrías. Es su franqueza extraordinaria; graciosísimo es verla correr tras de mí para hacerme su confesión: "Mamá, he empujado a Celina una vez; le he pegado una vez, pero no volveré a hacerlo más".

En cuanto comete la menor travesura, ha de enterarse todo el mundo. Ayer, porque rasgó sin quererlo una esquinita del papel de la pared, daba lástima ver cómo se puso, pidiendo además que se lo dijeran al punto a su padre. Cuando entró éste en casa, cuatro horas después de lo sucedido, nadie se acordaba ya de nada; pero ella corrió a decirle a María: "Cuéntale pronto a papá que he rasgado el papel". Y allí estaba como un criminal que espera su condena, pues se le ha metido en la cabecita que si se acusa la perdonarán más fácilmente.

Al ver aquí el nombre de mi querido papá, me vienen espontáneamente a la memoria ciertos recuerdos muy alegres. Siempre que entraba en casa, corría invariablemente a su encuentro, me sentaba en una de sus botas, y en esta posición me pascaba por las habitaciones y por el jardín todo el tiempo que se me antojaba. Decía mi madre riendo que hacía siempre mi santa voluntad, y él le contestaba: *¡Qué quieres, si es la reina!* Y estrechándome en sus brazos, me besaba y acariciaba de mil maneras.

Mas de ningún modo puedo decir que me mimara. Recuerdo muy bien que un día que me columpiaba jugueteando, pasó él y me llamó diciéndome: *¡Ven a darme un beso, reina mía!* Contra mi costumbre, no quise moverme, y le respondí con aire revoltosillo: *Moléstate en venir, papá.* Se marchó sin hacerme caso, e hizo muy bien. Pero María, que se hallaba presente, me dijo: *Chiquitilla mal*

educada, ¿cómo se entiende contestar así a su padre? La lección hizo efecto; salté al punto del fatal columpio, y en toda la casa resonaron mis acentos de contrición. Subí corriendo la escalera, mas esta vez sin gritar *mamá* a cada escalón; mi único pensamiento era hallar a mi papá y reconciliarme con él, lo cual fué cuestión de un momento.

No podía soportar un momento la idea de haber contristado a mis amadísimos padres, y reconocer mis faltas era cosa de un instante, como lo demuestra este otro rasgo de mi infancia relatado tan al natural por mi misma madre:

Una mañana quise besar a Teresita antes de bajar. Como me parecía profundamente dormida en su camita, no me atrevía a despertarla; pero me dijo María: "¡Estoy segura de que se hace la dormida, mamá!" Entonces me incliné para besarla en la frente; mas se escondió precipitadamente debajo de las sábanas, diciéndome con tono de niña mimada: "No quiero que me vean". Esto me desagradó bastante y se lo di a entender. No habían transcurrido dos minutos, cuando la oí llorar y de pronto, con gran sorpresa mía, la vi a mi lado. Había saltado solita de la cama; había bajado la escalera con los pies descalzos, enredándose en su camisa de dormir, más larga que ella; y con la carita inundada de lágrimas me dijo, echándose a mis pies: "¡Mamá, mamá, he sido mala, perdóname!" ¡Bien pronto quedó perdonada! Tomé en brazos a mi querubín y estrechándolo contra mi corazón, lo cubrí con besos.

Recuerdo también el grandísimo cariño que sentí desde entonces por mi querida madrina (7) que acababa de terminar sus estudios en la Visitación. Sin darlo a entender, fijaba mi atención en todo lo que pasaba y decían en torno mío; me parece que juzgaba las cosas tal como ahora. Estaba muy atenta a lo que mi madrina enseñaba a Celina y para alcanzar el favor de ser admitida en su cuarto durante las lecciones estaba muy quieta y le obedecía en todo. En recompensa, me colmaba de regalos, los cuales, a pesar de su poco valor, me proporcionaban grandísima alegría.

Verdaderamente, sentíame orgullosa y satisfecha de mis dos hermanas mayores; pero como me parecía que Paulina estaba muy lejos, todo el santo día no pensaba sino en ella. Cuando apenas

(7) Su hermana mayor, María.

empezaba a hablar, y me preguntaba mi madre: *¿En qué piensas?*, invariablemente le respondía: *En Paulina.* Oía decir a veces que Paulina sería monja, y sin saber a punto fijo lo que significaba esto, pensaba: *¡Yo también seré monja!* Este es uno de mis primeros recuerdos; desde entonces jamás cambié de resolución. El ejemplo de esta querida hermana fué, pues, lo que me llevó desde la edad de dos años, en pos del celestial Esposo de las vírgenes. ¡Cuántos dulces recuerdos quisiera confiarte aquí, Madre mía, acerca de mis relaciones con Vuestra Reverencia! Pero me extendería demasiado...

Mi querida Leonia ocupaba también lugar preferente en mi corazón; me quería mucho, y cuando volvía de dar clase, al anochecer, mientras la familia estaba de paseo, se quedaba conmigo; todavía me parece escuchar su dulce voz y las bonitas cantilenas que me cantaba para hacerme dormir. Recuerdo perfectamente la ceremonia de su Primera Comunión. Mi madre, siguiendo la piadosa costumbre de las familias acomodadas de Alenzón, visitó a una niña pobre, que fué la compañera de mi hermana en aquel bendito día. También me acuerdo muy bien de ella; no se separó un instante de Leonia, y por la tarde, en el convite de la familia, le reservaron el sitio de honor. Desgraciadamente, era yo demasiado pequeña para asistir a aquel piadoso festín, pero algo participé de él, gracias a la bondad de mi padre, que a los postres fué a llevar a su reinecita un dulce del ramillete central.

Réstame ahora hablar de mi compañera de infancia, de mi Celina. Son tantísimos los recuerdos que conservo de ella, que no sé cuáles escoger. Las dos nos entendíamos perfectamente, pero yo era mucho más viva y menos ingenua que ella. La siguiente carta le recordará, Madre mía, a qué extremo llegaba su dulzura y a qué otro mi malignidad. Tenía yo entonces cerca de tres años y Celina seis y medio.

"*Mi Celinita es muy inclinada a la virtud; en cuanto* al huroncito, *no se sabe aún qué tal será. ¡Es tan chiquitín y tan atolondrado! Es una niña muy inteligente, pero su carácter es mucho menos manso que el de su hermana, y sobre todo su terquedad es casi invencible. Cuando dice que no, nada la hace ceder; pasaría todo el día y la noche entera encerrada en el sótano, antes que decir que sí.*"

Tenía yo además un defecto que no mencionaba mi madre en

sus cartas; tal era un amor propio excesivo. Como muestra, citaré dos ejemplos:

Un día, queriendo probar mi madre hasta dónde llegaba mi orgullo, me dijo sonriendo: *Teresita, si besas el suelo, te daré diez centavos.* Esto era para mí una fortuna, y para ganarla en aquella ocasión, no tenía que rebajar mucho mi grandeza, pues mi exigua personita se elevaba muy poco sobre el suelo. Esto no obstante, se rebeló mi orgullo, y poniéndome muy tiesa, contesté a mamá: *¡ah, no, mamita, prefiero quedarme sin los diez centavos!*

En otra ocasión habíamos de ir a casa de unos amigos que vivían en el campo. Mamá le dijo a María que me pusiera mi mejor vestidito, recomendándole no me dejara los brazos al aire. No repliqué ni una palabra y hasta demostré la indiferencia que deben tener los niños a esa edad; pero pensé interiormente: *Hubiera estado mucho más linda con mis bracitos al aire.*

Me hago cargo muy bien de que, con semejante naturaleza, a no haber sido educada por padres virtuosos, hubiera sido muy mala andando el tiempo, y aun quizá me hubiera condenado eternamente. Pero Jesús velaba por su pequeña esposa, e hizo que todos esos sus defectos se volviesen provechosos para ella, pues, combatidos a tiempo, le sirvieron para adelantar en la perfección. Efectivamente, bastaba que me dijeran una sola vez: *Tal cosa no se hace,* para que el amor propio y el amor al bien me impidieran volver a hacerla. Por las cartas de mi querida mamá, veo con gusto que, conforme iba creciendo, le daba más consuelos; los buenos ejemplos que tenía ante mi vista me impulsaban a imitarlos. Véase lo que escribía mi madre en 1876:

Hasta Teresita se empeña en hacer sacrificios. María dió a sus hermanitos unos rosarios hechos ex profeso para contar los actos de virtud; pero lo más curioso es ver cómo Teresita mete la mano en su bolsillo cien veces al día para correr una cuenta de su rosario cada vez que hace un sacrificio. Es graciosísimo también oír las verdaderas conferencias espirituales que sostienen las dos hermanitas entre sí. El otro día preguntaba Celina: "¿Cómo es posible que Dios esté en una hostia tan pequeña?" Contestóle Teresita: "No es tan extraño, puesto que Dios es todopoderoso". "¿Qué quiere decir todopoderoso?" "Quiere decir que hace todo lo que quiere".

Los dos son inseparables y no necesitan de nadie para distraerse.

El ama regaló a Teresita un gallo y una gallina de raza pequeña; pues al punto la nena dió el gallo a su hermana. Cada día, después de comer, Celina se apodera de su gallo; lo toma de golpe así como la gallina, y van a sentarse junto al fuego, donde pasan jugando gran rato.

Una mañana se le ocurrió a Teresita dejar su cama y pasar a la de Celina. La niñera la buscaba para vestirla; por fin la descubre; mas la niña, besando a su hermana y estrechándola muy fuertemente entre sus brazos, le dice: "Déjame, Luisa: ¿no ves que nos pasa como a las dos gallinas blancas? ¡No podemos separarnos!"

Era mucha verdad; yo no podía pasar un momento sin Celina. Prefería no concluir de comer mis postres a dejar de seguirla en cuanto se levantaba de la mesa; revolvíame entonces en mi elevada silla, queriendo bajar muy pronto, y nos íbamos a jugar juntas.

Era yo demasiado pequeña para asistir los domingos a la Misa Mayor, por lo que mamá se quedaba en casa conmigo. Entonces ponía especial cuidado en portarme muy bien; andaba de puntillas para no hacer ruido; pero en cuanto oía abrir la puerta, era una explosión de alegría sin par; desalada corría al encuentro de mi linda hermanita, diciéndole: *¡Oh, Celina, dame pronto el pan bendito.* Olvidóse cierto día, por lo que, perplejas, nos preguntamos. *¿Qué haremos?...* ya que no podía pasarme sin él; pues a este festín lo llamaba yo *mi misa.* De pronto, una idea luminosa cruzó por mi mente: *¿No tienes pan bendito? Bueno, pues, hazlo.* Abrió entonces el armario, y cortando un pedazo de pan, rezó ante él un *Ave María* con tono solemne y me lo presentó triunfante. Yo, haciendo la señal de la cruz, lo comí con gran devoción, encontrándole el mismo *sabor que al pan bendito.*

Considerándose sin duda Leonia demasiado crecida para jugar a las muñecas, vino un día a nuestro encuentro con una cesta llena de vestidos, de bonitos retazos de telas y otros adornos, y acostadita encima de todo, su muñeca. *Tomad, hermanitas, escoged lo que queráis,* nos dijo. Celina hechó una ojeada sobre todo aquello y eligió un ovillo de cordoncillo de seda. Yo, tras un momento de reflexión, alargué la mano a mi vez diciendo: *¡Yo lo elijo todo!* Y sin más cumplidos, me llevé la cesta y la muñeca. Este rasgo de mi infancia resume, por decirlo así, mi vida entera. Cuando vislumbré más tarde la perfección, comprendí que para llegar a santa era preciso padecer

muchísimo, aspirar siempre a lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la santidad hay muchos grados de perfección, y que el alma es libre de responder como quiera a las insinuaciones de Nuestro Señor, de hacer poco o mucho por su amor; en una palabra: que puede elegir entre los sacrificios que El le pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: *¡Dios mío, lo elijo todo! No quiero ser santa a medias; no tengo miedo de sufrir por Vos; tan sólo temo una cosa: conservar mi voluntad; tomadla, pues "¡elijo todo lo que Vos queréis!"*

Pero me aparto del asunto, Madre querida; no he de hablar aún de mi juventud; estoy tratando de la pequeñuela de tres a cuatro años.

Me acuerdo de un sueño que tuve entonces y que se grabó profundamente en mi memoria. Soñé que iba a pasearme sola por el jardín, cuando de repente vi cerca de la glorieta dos espantosos diablillos que bailaban sobre un barril de cal, con agilidad asombrosa, a pesar de las pesadas cadenas que llevaban en los pies. Me miraron primero echando fuego por los ojos, y después, como poseídos de temor, los vi precipitarse, en un abrir y cerrar de ojos, en el fondo del barril. Volvieron a salir al punto por no sé qué rendija, y echaron a correr, escondiéndose, por último, en la ropería, a nivel del jardín. Al verlos tan poco valientes, quise saber lo que iban a hacer, y dominando mi primer movimiento, de terror, me acerqué a la ventana... Los pobres diablillos estaban allí corriendo por encima de las mesas y no sabiendo cómo arreglárselas para huir de mi vista. De cuando en cuando, se acercaban inquietos a espiar por los cristales, y al verme allí todavía, comenzaban de nuevo su desesperada carrera.

Este sueño no tiene nada de extraordinario; creo, con todo, que fué un medio que empleó Dios para darme a entender que un alma en estado de gracia no tiene nada que temer del demonio, el cual es cobarde, pronto a huir ante la mirada de un niño.

¡Qué feliz era yo en aquella edad, Madre mía! No sólo comenzaba a gozar de la vida, sino que la virtud encerraba mil halagos para mí. Parécenme que entonces me encontraba en las mismas disposiciones de hoy, con grandísimo dominio ya de todas mis acciones. Así, por ejemplo, tenía la costumbre de no quejarme nunca cuando me quitaban algo mío; o bien, si me acusaban injustamente, prefería

callar, más bien que excusarme; mas en ello no había mérito alguno por mi parte, pues lo hacía naturalmente.

¡Ah, con qué rapidez pasaron aquellos años llenos de luz y calor de mi tierna infancia! ¡Qué impresión tan suave dejaron en mi alma! Recuerdo complacida los días que papá nos conducía al pabellón ([8]), y sobre todo los paseos del domingo, en los que nos acompañaba siempre nuestra buena madre. Todavía experimento los profundos y poéticos afectos que nacían en mi corazón a la vista de los campos de trigo, esmaltados de amapolas, acianos y margaritas. Gustaba ya de los lejanos horizontes, del espacio, de los altos árboles; en una palabra, el esplendor de la naturaleza me hechizaba y transportaba mi alma al paraíso.

Durante aquellos largos paseos encontrábamos a menudo algunos pobres; siempre era Teresita la encargada de llevarles la limosna, y en ello gozaba extraordinariamente. Muchas veces también encontraba mi buen padre demasiado largo el camino para su *reinecita*, por lo que, con gran disgusto de ella, la iba a acompañar a casa; mas al regresar, traía siempre Celina, para consolarla, su lindo canastillo lleno de margaritas.

En verdad puedo decir que todo en la tierra me sonreía; mi camino estaba sembrado de flores, y mi buen natural contribuía en mucho a hacerme la vida agradable. Pero iba a comenzar una nueva fase; a la que debía ser tan pronto esposa de Jesús, tocábale sufrir desde la niñez. Al igual que las flores de la primavera que empiezan a germinar bajo la nieve, abriéndose a los primeros rayos del sol, la florecita, cuyos recuerdos escribo, tuvo que pasar por el invierno de la tribulación y llenar su tierno cáliz del rocío de las lágrimas...

([8]) Pequeña finca que poseía el señor Martin a la entrada de la ciudad.

CAPITULO II

Muerte de su madre. "Los Buissonnets". Amor paterno. Primera confesión. Las veladas de invierno. Visión profética.

Tengo todavía presentes en mi corazón todos los pormenores de la enfermedad de mi madre, particularmente las últimas semanas que pasó en la tierra. Celina y yo parecíamos unas pobrecitas desterradas. Todas las mañanas venía a buscarnos la señora X., y pasábamos el día en su casa. Una vez no tuvimos tiempo de rezar nuestras oraciones antes de salir y Celina me dijo en voz baja por el camino: *¿Diremos que no hemos rezado todavía? Ya lo creo,* le respondí. Confió entonces tímidamente su secreto a aquella señora, la cual nos dijo: *Ahora podéis hacerlo, hijitas mías.* Y dejándonos en una habitación muy grande, se marchó. Celina me miró estupefacta... Yo no lo estaba menos: por eso exclamé: *¡Ay, no es como mamá! Ella siempre se quedaba a hacernos rezar.*

A pesar de las distracciones que se esforzaban en procurarnos, el pensamiento de nuestra querida madre se nos presentaba de continuo durante el día. Recuerdo que en cierta ocasión dieron a Celina un hermoso albaricoque, y llegándose a mí, me dijo: *No lo comeremos, se lo daré a mamá.* Mas, ¡ay!, nuestra querida madre estaba demasiado enferma para comer las frutas de la tierra; sólo debía saciarse ya de la gloria de Dios en el cielo, y beber con Jesús el misterioso vino de que habló en la última Cena, prometiendo compartirlo con nosotros en el reino de su Padre.

La conmovedora ceremonia de la Extremaunción quedó grabada en mi alma; todavía me parece ver el lugar donde me hicieron arrodillar; todavía oigo los sollozos de nuestro padre. Al día siguiente de la muerte de mamá (1), tomándome en brazos me dijo: *Ven a*

(1) La señora de Martin pasó a mejor vida el día 28 de agosto de 1877, a las 11 de la noche, a la edad de 46 años.

besar por última vez a tu mamita. Yo, sin pronunciar palabra, acerqué mis labios a la helada frente de mi adorada madre.

No recuerdo haber llorado mucho, pero a nadie comuniqué los profundos sentimientos que embargaban mi corazón: observaba y escuchaba en silencio. Veía también muchas cosas que hubieran querido ocultarme, y hubo un momento en el cual me encontré sola frente al ataúd, colocado de pie en el pasillo. Permanecí largo rato contemplándolo; nunca había visto ninguno, pero comprendí para qué servía: era yo tan pequeña, que debía levantar la cabeza para verlo por dentro, y me parecía muy grande, muy triste.

Quince años después me encontré ante otro ataúd, el de nuestra santa madre Genoveva (2), y me creía otra vez en los días de mi niñez. Todos esos recuerdos acudieron en tropel a mi memoria; la Teresita de entonces había crecido; ya no le parecía grande el ataúd; no levantaba la cabeza para mirarlo, ya no la levantaba sino para contemplar el cielo, que le parecía muy alegre, pues las tribulaciones habían madurado y templado su alma de tal modo, que nada en la tierra podía ya entristecerla.

Al morir mi querida madre, Dios no me dejó del todo huérfana: el mismo día que recibía cristiana sepultura, me dió otra madre, dejándome en libertad de escogerla. Estábamos reunidas las cinco hermanas mirándonos tristemente, y al vernos tan desconsoladas, se enterneció nuestra mucama y exclamó mirándonos a Celina y a mí: *¡Pobrecitas niñas, ya no tenéis madre!* Entonces Celina echándose en brazos de María, le dijo: *¡Ahora serás tú nuestra madre!* Yo solía imitar en todo a Celina; en esta circunstancia debía haberlo hecho como nunca; pero pensé que quizá Paulina tendría pena y que se sentiría demasiado sola sin tener una hijita propia; entonces miré a Vuestra Reverencia con ternura, y escondiendo mi cabecita en su pecho, dije: *¡Pues para mí, Paulina será mi mamá!*

En esa época según ya llevo dicho, empieza el segundo período de mi vida, el más doloroso, sobre todo desde la entrada en el Carmen de la que había escogido por mi segunda madre. Este período comprende desde la edad de cuatro años y medio hasta la de catorce,

(2) La Rvda. Madre Genoveva de Santa Teresa, fundadora del Carmelo de Lisieux (véase *Noticias de la fundación del Carmelo de Lisieux*, etc.).

fecha en que volví a recobrar mi carácter de niña, sin dejar por ello de comprender cada vez más lo serio de la vida.

Sabe muy bien Vuestra Reverencia, Madre mía, que después de la muerte de mamá, cambié por completo de carácter; antes era viva, expansiva y alegre; ahora, tímida, dulce, de exagerada sensibilidad. Bastaba una mirada a veces para que me deshiciera en lágrimas; no me gustaba que se cuidaran de mí; el trato de los extraños se me hacía insoportable; sólo volvía a recobrar mi alegría en la intimidad de la familia, donde seguía rodeada de las mayores atenciones y delicadezas. El corazón ya tan afectuoso de mi padre parecía enriquecido de un amor verdaderamente maternal, y las sentía a Vuestra Reverencia y a María transformadas para conmigo en las más tiernas y desinteresadas madres. Si Dios no hubiera prodigado a su florecita sus bienhechores rayos, jamás hubiera podido aclimatarse en la tierra. Demasiado tierna todavía para soportar las lluvias y las tormentas, le era necesario calor, suave rocío y brisas primaverales. Nada de esto le faltó ni siquiera bajo la nieve de la tribulación.

* * *

No tuve ningún sentimiento de abandonar Alenzón (3); a los niños les gusta el cambio y todo lo que sale de lo ordinario; por eso me trasladé con gusto a Lisieux. No me he olvidado del viaje; llegamos de noche a casa de mi tío, todavía veo a mis primitas Juana y María esperándonos a la puerta de la casa con mi tía. ¡Ah, cuánto agradeció mi corazón el cariño que nos demostraron nuestros parientes!

Al siguiente día nos condujeron a nuestra nueva vivienda, conocida con el nombre de "Les Buissonnets", situada en un barrio solitario, vecino del hermoso paseo llamado "Jardín de las Estrellas". La casa me pareció preciosa; tenía un hermoso mirador desde donde se disfrutaba de espléndido y extenso panorama. Delante de la fachada había un jardín; todo esto era feliz novedad para mi infantil imaginación. En efecto: aquella alegre morada fué teatro

(3) El señor Martin resolvió establecerse en Lisieux para tener allí a sus hijas cerca de su tío materno, el señor Guérin. Hizo este sacrificio con el fin de ponerlas bajo la dirección de su tía, y para que ésta aconsejase a las mayores y las guiase en su nueva misión relativa a sus hermanas menores.

de muy dulces alegrías y de inolvidables escenas de familia. En otra parte, según he dicho ya, me consideraba como desterrada, lloraba, echaba de menos a mi madre; pero allí se dilataba mi corazoncito, sonriendo todavía a la vida.

Me despertaban sus caricias, rezaba a su lado la oración de la mañana y daba luego con Vuestra Reverencia mi lección de lectura. Todavía recuerdo que la palabra *cielo* fué la primera que pude leer sola. Terminada la clase, subía al mirador, sitio predilecto de mi padre. ¡Qué júbilo el mío cuando podía anunciarle que había merecido buena calificación!

Todas las tardes iba a dar con él un paseíto y a visitar el Santísimo Sacramento, cada día en una iglesia diferente. De este modo entré por primera vez en la capilla del Carmen. *¿Ves, reina mía?*, me dijo papá, *detrás de esa gran reja hay santas religiosas que alaban siempre a Dios.*

¡Cuán lejos estaba yo de pensar que nueve años después me encontraría entre ellas, y recibiría en este bendito Carmen grandes mercedes!

A la vuelta del paseo, cumplía mis tareas escolares, y el resto del día brincaba por el jardín, alrededor de mi amado padrecito. No sabía jugar a las muñecas; mi mayor diversión consistía en preparar tisanas con semillas y cortezas de árboles; cuando tomaban un bonito color, las ofrecía al punto a papá en una linda tacita, que daba verdaderamente deseos de saborear su contenido. Mi cariñoso padre dejaba en el acto su trabajo, y, sonriendo, hacía como si bebiera. También me gustaba cultivar flores, y me divertía levantando altarcitos en un hueco que por suerte se encontraba en medio de la pared de mi jardín. Cuando todo estaba listo, corría a llamar a papá, quien por darme gusto se extasiaba ante mis maravillosos altares, admirando lo que consideraba yo como obra maestra. No acabaría nunca si quisiese referir los mil recuerdos de esta clase que conservo en mi memoria; jamás podré explicar todas las ternuras prodigadas por mi incomparable padre a su *reinecita*.

De gran felicidad eran para mí los días en que mi querido *rey*, como me gustaba llamarle, me llevaba a pescar. Algunas veces probaba yo también de hacerlo con mi cañita de pesca, pero más a menudo prefería sentarme algo retirada en el florido prado. Allí mis pensamientos se tornaban muy profundos, y sin saber lo que

era meditar, se sumergía mi alma en verdadera oración. Escuchaba los ruidos lejanos y el murmullo del viento; a veces llegaban a mis oídos algunas notas perdidas de la música militar de la ciudad, llenando mi corazón de suave melancolía. Parecíame la tierra un lugar de destierro, y soñaba en el cielo.

De este modo se pasaba la tarde volando; se acercaba la hora de volver a los Buissonnets; pero antes de recoger los utensilios de pesca, tomaba la merienda que llevaba en mi cestita. Mas, ¡ay!, la hermosa rebanada de pan con dulce, que me había preparado Vuestra Reverencia había cambiado de aspecto; ya no tenía su vivo color rojo, sino sólo de rosa *descolorida y marchita.* Entonces la tierra me parecía todavía más triste, y pensaba que sólo en el cielo gozaría de una alegría serena, sin nubes.

A propósito de nubes; hallándonos en el campo cierto día, encapotóse el hermoso cielo azul, y comenzó a rugir con fuerza la tempestad, acompañada de deslumbradores relámpagos. Yo me volvía a derecha e izquierda, sin querer perder nada de aquel majestuoso espectáculo, y por fin vi caer un rayo en un prado cercano. Lejos de atemorizarme en lo más mínimo, me llené de contento, pareciéndome que Dios estaba muy cerca de mí. No le sucedió lo mismo a mi querido padre, pues menos satisfecho que su reina, vino a sacarla de su arrobamiento. Ya la hierba y las margaritas, más altas que yo, brillaban cuajadas de piedras preciosas, y cuenta que debíamos atravesar varios prados antes de llegar a la carretera. Me tomó, pues, en brazos, a pesar de los utensilios de pesca, y desde allí contemplaba abajo los hermosos diamantes, casi lamentando no verme cubierta e inundada de ellos.

* * *

Me parece no haber dicho que durante mis paseos diarios, tanto en Lisieux como en Alenzón, llevaba limosnas muy a menudo a los pobrecitos. Un día vimos a un pobre viejo que se arrastraba trabajosamente sobre unas muletas; me acerqué para darle mi monedita; mas él, fijando en mí una mirada intensa y triste, sacudió la cabeza con dolorosa sonrisa y rehusó mi limosna. No puedo explicar lo que pasó en mi corazón. Yo deseaba consolarle,

aliviarle, y en vez de esto, tal vez acababa de humillarle, de darle pena. Sin duda adivinó mi pensamiento, pues le vi luego volverse y sonreírme de lejos. Como mi buen padre acababa de comprarme un pastel, entráronme entonces grandes deseos de correr tras el anciano y dárselo, pensando: *No ha querido dinero, pero seguramente aceptaría un pastel.* A pesar de esto, no sé qué temor me retuvo; estaba tan apenada, que casi no podía contener las lágrimas. Acordéme por fin de haber oído decir que el día de la Primera Comunión se alcanza cuanto uno pide, y esta idea me consoló al punto, pues aunque no tenía más que seis años, pensé: *Rezaré por mi pobre el día de mi Primera Comunión.* Cinco años más tarde cumplí fielmente mi resolución. Siempre he creído que mi infantil plegaria por aquel miembro dolorido de Nuestro Señor fué bendecida y recompensada.

A medida que crecía, amaba más a Dios; y muy a menudo le ofrecía mi corazón, sirviéndome de la fórmula que me había enseñado mamá; me esforzaba en agradar a Jesús en todas mis acciones, poniendo especial cuidado en no ofenderle jamás. A pesar de ello, cometí un día una falta digna de ser referida en este lugar, porque es para mí causa de mucha humillación, y creo haber tenido de ella contricción perfecta.

Era en el mes de mayo de 1878. Considerándome Vuestra Reverencia demasiado pequeña para asistir a los ejercicios del mes de María, todas las tardes, hacía mis devociones en casa, junto con la mucama, ante un altarcito que arreglaba yo a mi gusto. Era todo tan pequeñito, los candelabros, los floreros, etc., que bastaban dos fósforos para alumbrarlo perfectamente. En ocasiones, me daba Victoria la sorpresa de traerme dos verdaderos cabos de vela para que durase más mi provisión de fósforos, pero esto era muy contadas veces.

Nos disponíamos una tarde a rezar. *¿Quieres empezar el "Acordaos" mientras yo enciendo?,* le dije. Hizo ademán de empezar, pero me miró y se echó a reír muy alto. Yo veía consumirse rápidamente mis preciosos fósforos, por lo que le supliqué otra vez dijera muy pronto el *"Acordaos"*. A pesar de todo, ¡el mismo silencio! ¡Las mismas carcajadas! Entonces, al colmo de la indignación, me levanté, y saliendo de mi habitual mansedumbre, di con el pie en el suelo con toda mi fuerza y le grité: *¡Eres muy*

mala, Victoria! A la pobre muchacha se le heló la risa en los labios, me miraba muda de extrañeza, y me mostraba, aunque por desgracia demasiado tarde, los dos cabos de vela escondidos debajo de su delantal. Después de haber llorado de cólera, tomé la firme resolución de no volver a hacerlo jamás.

Poco tiempo después, fuí a confesarme. ¡Grato recuerdo! Vuestra Reverencia, Madre querida, me decía: *Teresita, no es a un hombre, sino a Dios mismo a quien vas a declarar tus pecados.* Llegué a convencerme de ello tanto, que le pregunté a Vuestra Reverencia, muy en serio, si tendría que decirle al Rdo. señor Ducellier (4), *que le amaba con todo mi corazón,* puesto que era a Dios a quien iba a hablar en su persona. Bien enterada de cuanto tenía que decir, entré en el confesonario y me puse de rodillas; pero como era tan pequeña que mi cabeza no llegaba a la tablilla donde se apoyan las manos, el sacerdote abrió la ventanilla y no vió a nadie. Díjome entonces que me quedase de pie y yo, obedeciendo al momento, me levanté y poniéndome exactamente frente a frente a él, para verle mejor, me confesé y recibí su bendición con gran espíritu de fe, pues habíame dicho Vuestra Reverencia que en este momento solemne las lágrimas del niño Jesús caían en mi alma para purificarla. Recuerdo muy bien la exhortación que me hizo; me animaba principalmente a ser devota de la Santísima Virgen, y me propuse redoblar mi ternura con la que ocupaba ya puesto tan grande en mi corazón. Al concluir, entregué mi rosario al sacerdote para que lo bendijese, y salí del confesonario tan ligera y contenta, que nunca había experimentado tanta alegría. Era ya de noche: al pasar bajo un farol, me detuve, saqué el rosario recién bendecido de mi bolsillo, y empecé a darle vueltas en todas direcciones. *¿Qué miras, Teresita?,* me preguntó Vuestra Reverencia. *Miro cómo está hecho un rosario bendito.* Esta ingenua respuesta la regocijó mucho. Durante largo tiempo quedé penetrada de la gracia que había recibido, y desde entonces quise confesarme en las grandes fiestas. Puedo decir que aquellas confesiones llenaban de alegría mi alma de niña.

¡Las fiestas!... ¡Ah cuán fragantes recuerdos trae a mi memoria esta palabra! *¡Las fiestas!...* ¡Cuánto me gustaban! Sabía

(4) Murió, siendo Arcipreste de la Catedral de San Pedro de Lisieux, el año 1917.

Vuestra Reverencia explicarme tan bien los misterios ocultos en cada una de ellas, que esos días de la tierra venían a ser para mí días del cielo. Me gustaban sobre todo las procesiones del Santísimo Sacramento. ¡Qué alegría poder sembrar de flores el camino por donde pasaba Dios! Antes de dejarlas caer, las lanzaba muy alto, gozando extraordinariamente cuando veía que mis rosas deshojadas tocaban la Sagrada Custodia.

¡Las fiestas! ¡Ah! Si las solemnes eran pocas, en cambio cada semana me traía una muy querida para mi corazón: *el domingo.* ¡Día radiante, consagrado a Dios y al descanso! ¡Toda la familia asistía a la Misa mayor; recuerdo aún que como la capilla que ocupábamos estaba muy distante del púlpito, en el momento del sermón teníamos que ir a buscar sitio en la nave; esto no era fácil, pero todo el mundo se apresuraba a ofrecer sillas a Teresita y a su padre. Mi tío se alegraba de vernos llegar a los dos; me llamaba *su rayito de sol,* y decía que era un cuadro interesantísimo el de aquel venerable patriarca llevando de la mano a su hijita. Yo no me cuidaba poco ni mucho de que me mirasen; solamente me absorbía en escuchar con atención al sacerdote. El primer sermón que comprendí fué uno sobre la Pasión de Nuestro Señor que me dejó muy enternecida. Tenía cinco años y medio, y desde entonces pude comprender y apreciar el sentido de todas las instrucciones.

Siempre que se trataba de Santa Teresa, se inclinaba mi padre hacia mí, diciéndome al oído: *Escucha bien, reinecita mía; hablan de tu santa Patrona.* Yo escuchaba, en efecto, pero confieso que miraba más a menudo a mi padre que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermosa fisonomía! Llenábansele a veces los ojos de lágrimas, y en vano procuraba contenerlas. Cuando escuchaba las verdades eternas, diríase que no habitaba ya en la tierra; su alma parecía arrobada en otro mundo. Mas ¡ay!, muy lejos estaba su carrera de llegar al término; largos y dolorosos años debían transcurrir todavía antes que el hermoso cielo se le abriera y enjugara el Señor con su divina mano las lágrimas amargas de su fiel servidor.

Volviendo a mi día del domingo, recuerdo que pasaba esta alegre fiesta rápidamente, pero con cierto dejo de melancolía. Nada turbaba mi felicidad hasta el Oficio de Completas; en esta hora, un sentimiento de tristeza embargaba mi alma; pensaba que el día siguiente habría de empezar otra vez la vida ordinaria: trabajar,

estudiar las lecciones; sentíase mi corazón desterrado en el mundo, suspirando por el descanso del cielo, por el domingo sin ocaso de la verdadera patria.

Antes de regresar a los Buissonnets, mi tía nos invitaba, una tras otra, a pasar la tarde en su casa, y muy contenta estaba yo cuando me tocaba el turno. Escuchaba con grandísimo placer cuanto decía mi tío; sus conversaciones serias me interesaban mucho, no sospechando él de seguro la atención que a ellas prestaba. Pero cuando me sentaba en una de sus rodillas y cantaba con voz potente "Barba azul", mezclábase mi alegría de terror.

A eso de las ocho venía mi padre a buscarnos. Recuerdo que por el camino iba yo contemplando las estrellas con un arrobamiento indescriptible... Sobre todo fijaba mi vista con delicia en un grupo de perlas de oro en el profundo firmamento (el tahalí de Orión), observaba que tenía la forma de una T ( ) y por el camino decía a mi amado padre: *Mira, papá, ¡mi nombre está escrito en el cielo!* Después, no queriendo ver nada de la tierra miserable, le rogaba que me guiara; y sin mirar dónde asentaba los pies, levantando muy alto mi cabecita, no me cansaba de contemplar la estrellada bóveda azul.

¿Qué diré respecto a nuestras veladas de invierno en los Buissonnets? Después de jugar una partida de damas, María o Paulina leían el *Año litúrgico* y varias páginas de algún libro interesante al par que instructivo. Mientras tanto, me acomodaba yo sobre las rodillas de papá, y terminada la lectura, me cantaba éste con su hermosa voz melodiosas canciones, como si quisiera hacerme dormir. Apoyaba yo entonces la cabeza sobre su corazón, meciéndome él suavemente. Subíamos por fin a rezar las oraciones de la noche, y me arrodillaba también al lado de mi buen padre; no tenía más que mirarle para saber cómo oran los santos. Rezadas las oraciones, me acostaba mi madrecita, y ya en mi cama, la preguntaba invariablemente: *¿He sido buena hoy? ¿Está Dios contento de mí? ¿Volarán los angelitos en torno mío?*... La respuesta era siempre afirmativa; de no ser así, hubiera pasado la noche entera llorando. Después de este interrogatorio, Vuestra Reverencia y mi madrina me besaban, quedándose Teresita sola en la oscuridad.

Considero como verdadera gracia que me acostumbrasen desde pequeña a vencer el miedo... A veces al anochecer me mandaba

Vuestra Reverencia a buscar sola algo en un cuarto apartado, sin admitir réplica; esto me convenía, pues de lo contrario hubiera sido muy miedosa. En cambio, hoy es difícil asustarme.

Pregúntome cómo pudo educarme Vuestra Reverencia con tanto cariño y sin mimarme, pues no me toleraba la menor imperfección. Jamás me reprendía sin justo motivo; pero tampoco, y de ello estaba yo bien convencida, cambiaba de resolución. Vuestra Reverencia recibía mis confidencias más íntimas, y aclaraba todas mis dudas. Un día le pregunté sorprendida por qué Dios no daba en el cielo idéntica gloria a todos sus escogidos, pues temía que no todos fuesen felices. Entonces mandóme traer el vaso grande de papá y lo puso al lado de mi dedalito; llenó los dos de agua, y me preguntó cuál me parecía más lleno. Yo le respondí que los veía tan llenos el uno como el otro y que era imposible echarles más agua de la que podía caber en ellos. Entonces Vuestra Reverencia, *Madrecita mía,* me hizo comprender cómo en el cielo, el último de los justos no envidiaría en nada la felicidad del primero. De este modo, poniendo a mi alcance los más sublimes secretos, daba a mi alma el sustento necesario.

* * *

¡Con qué júbilo veía llegar cada año la repartición de premios! Aunque concurría yo sola, la justicia, como siempre, era rigurosa; no se me otorgaba ni una recompensa más de las que rigurosamente merecía. El corazón me latía con fuerza al escuchar mi sentencia y al recibir de manos de mi "Rey", en presencia de toda la familia, los premios y las coronas. Era para mí como una imagen del juicio final.

¡Ay! Al ver a nuestro padre tan contento, no preveía yo las grandes tribulaciones que le aguardaban.

Esto no obstante, Dios me mostró un día, en visión extraordinaria, la viva imagen de ese dolor venidero. Papá estaba de viaje y debía tardar algunos días en volver; sería poco más o menos las dos a las tres de la tarde; brillaba el sol con vivo resplandor y la naturaleza toda parecía de fiesta. Estaba yo sola, asomada a una ventana que daba a la huerta, con la imaginación llena de alegres

pensamientos, cuando vi ante el lavadero, enfrente de mí, un hombre vestido enteramente como papá, de su misma estatura y manera de andar, pero además muy encorvado y envejecido. *Digo envejecido*, refiriéndome al conjunto de su persona, porque no le veía la cara, pues llevaba la cabeza cubierta con un denso velo. Con paso acompasado, avanzaba lentamente a lo largo de mi jardincito. Me sobrecogió el ánimo un sentimiento de terror sobrenatural, y llamé en voz muy alta y temblorosa: *¡Papá! ¡Papá!...* Pero el misterioso personaje no daba muestras de oírme; continuó su camino sin volverse siquiera, dirigiéndose a un grupo de abetos que dividía la avenida central del jardín. Esperaba verle aparecer otra vez al otro lado de los altos árboles; mas la *visión profética* se había desvanecido.

Todo esto duró sólo un instante, pero se grabó tan profundamente en mi memoria, que hoy, a pesar de haber transcurrido tantos años, mi recuerdo es tan vivo como la misma visión.

María estaba con Vuestra Reverencia, Madre mía, en una habitación contigua, y al oírme llamar a papá experimentaron también cierta impresión de susto. Disimulando María su turbación, corrió hacia mí, preguntándome por qué llamaba a papá sabiendo que estaba en Alenzón. Referí lo que acababa de ver, y para tranquilizarme, me dijeron que sin duda la criada había querido asustarme cubriéndose la cabeza con el delantal. Pero interrogaron a Victoria, y ésta aseguró que no había salido de la cocina; además la verdad no podía oscurecerse en mi mente: *Yo había visto a un hombre y este hombre se parecía enteramente a papá.* Entonces nos dirigimos todas al bosquecillo, y no habiendo encontrado nada detrás de él, Vuestra Reverencia me dijo que no pensase más en ello. Pero me era imposible no pensar en ello; muy a menudo me presentaba la imaginación aquella visión misteriosa; con frecuencia intentaba levantar el velo que me ocultaba su significado, y guardaba en el fondo de mi alma la íntima convicción de que algún día se me revelaría por completo.

Ya lo sabe Vuestra Reverencia todo, Madre carísima; ya lo sabe ahora que era verdaderamente nuestro padre aquél que me mostró Dios avanzando, encorvado por la edad y llevando en su venerable rostro, en su encanecida cabeza, la señal de su grande

prueba (5). Así como la adorable Faz de Jesús se veló durante su Pasión, del mismo modo debía velarse el rostro de su siervo fiel en los días de su humillación, para aparecer más radiante y esplendoroso en los cielos. ¡Qué admiración me causa el proceder de Dios mostrándonos de antemano esta cruz preciosa, como un padre deja entrever a sus hijos el glorioso porvenir que les prepara, complaciéndose él mismo en su amor en considerar las riquezas sin precio que han de constituir la herencia de ellos!

Mas se me ocurre una idea: ¿por qué dió el Señor semejante luz a una niña, la cual, si la hubiese sabido interpretar, hubiera muerto de dolor? ¿Por qué? ¡He aquí uno de esos misterios impenetrables que sólo comprenderemos en el cielo, para admirarlos eternamente!

¡Dios mío, cuán bueno sois! ¡Cómo sabéis proporcionar las cruces a nuestras fuerzas! En aquel tiempo ni siquiera tenía animos para pensar sin terror en que papá pudiese morirse. Subido un día en una escalera muy alta, a cuyo pie me hallaba yo, díjome estas palabras: *Apártate de aquí, reinecita mía, pues te aplastaría si me cayese.* Al oírlas, rebelóse todo mi ser interiormente, y acercándome más todavía a la escalera pensé: "Por lo menos, si papá se cae, no tendré el dolor de verle morir: moriré con él". ¡No, no me es posible explicar cuánto le quería! Todo lo suyo me causaba admiración. Cuando me explicaba sus ideas sobre asuntos muy serios, tal como pudiera hacerlo a una joven ya mayor, le decía ingenuamente: Si hablaras así a los *prohombres del gobierno, con seguridad, papá, que te elegirían rey; Francia sería entonces feliz como nunca lo ha sido; pero tú serías desgraciado, que tal es la suerte de todos los reyes; y luego ya no serías mi rey para mí solita; por tanto prefiero que no te conozcan.*

* * *

Tenía yo de seis a siete años cuando vi el mar por primera vez. Me impresionó profundamente; me era imposible apartar los

(5) El año 1888 el señor Martin tuvo varios ataques de parálisis que fueron imposibilitando sucesivamente uno tras otro los miembros del venerable anciano, causándole hasta su muerte grandes estragos en su inteligencia, por lo cual tuvo que ser confiado durante tres años a manos extrañas.

ojos de aquel espectáculo. Su majestad, el rumor de sus olas, todo me hablaba de la grandeza y del poder de Dios. Recuerdo que, en la playa, un caballero y una señora me miraron largo rato; preguntaron a papá si yo era hija suya, y le dijeron que era una niña muy bonita. Al punto, papá les hizo señas para que no me dirigieran ningún cumplido. A mí me satisfizo mucho oír esto, pues no me consideraba bonita; tenía Vuestra Reverencia, Madrecita mía, tanto cuidado en no decir jamás nada que pudiera hacerme perder mi sencillez y candor infantil, y la creía yo en todo tan ciegamente, que no di importancia alguna a las palabras y muestras de admiración de aquellas personas, por lo que ya no pensé más en ello.

Por la tarde de aquel día, a la hora en que el sol parece bañarse en la inmensidad de las ondas, dejando delante de sí un surco luminoso, fuí a sentarme con Paulina en una roca solitaria; largo tiempo contemplé aquel surco de oro que comparaba mi hermana a la gracia iluminando en la tierra el camino de las almas fieles. Representóseme el corazón, en medio del luminoso surco, como una ligera barquilla con graciosa vela blanca, y tomé la resolución de no alejarlo jamás de la mirada de Jesús, para que pudiera bogar en paz y rápidamente hacia la playa celestial.

CAPITULO III

El pensionado. Dolorosa separación. Extraña enfermedad. Sonrisa visible de la Reina del Cielo.

TENÍA ocho años y medio cuando terminó Leonia su educación, entrando yo a reemplazarla en la Abadía de las Benedictinas. Me pusieron en una clase de niñas todas mayores que yo; una de ellas, de catorce años, a pesar de ser poco inteligente, sabía imponerse a las pensionistas. Al ver el cariño que me demostraban todas las religiosas, y que a pesar de ser la más pequeña era casi siempre la primera en las composiciones, tuvo envidia de mí y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños triunfos. Mi natural, tímido y delicado, no sabía defenderse, contentándome con llorar sin decir nada. Celina, lo mismo que Vuestra Reverencia, Madre mía, ignoraban mi pena, y yo no tenía bastante virtud para sobreponerme a tales miserias, de modo que mi pobre corazoncito sufría mucho.

Por fortuna, cada noche volvía al hogar paterno, y allí se dilataba mi alma. Saltaba sobre las rodillas de papá, le decía las notas que había merecido y sus besos me hacían olvidar todas mis penas. ¡Con qué gozo anuncié el resultado de mi primera composición! Había tenido sobresaliente y recibí en recompensa una flamante monedita de plata, que guardé en mi alcancía, destinándola a los pobres, lo mismo que hice casi cada jueves en adelante. Estos mimos le eran realmente necesarios a la pobre florecita; sí, le era menester hundir a menudo sus tiernas raíces en la tierra amada y selecta de la familia, ya que en ninguna otra parte encontraba la savia preciosa para su subsistencia.

Todos los jueves teníamos asueto; pero esas vacaciones no se parecían a las que concedía Vuestra Reverencia, las cuales, por lo regular, pasaba yo en el mirador con mi padre. No sabiendo jugar como las demás niñas, no me consideraba compañera muy agradable; sin embargo, hacía todo lo posible para imitar a las otras, sin conseguirlo jamás.

Después de la compañía de Celina, que me era, por decirlo así, indispensable, buscaba sobre todo la de mi primita María, porque me dejaba elegir los juegos que me gustaban; nuestros corazones y nuestras voluntades marchaban ya siempre a la par, como si Dios nos hubiera hecho presentir que abrazaríamos un día la misma vida religiosa en el Carmen (1).

Muy a menudo, en casa de mi tío, María y Teresita se convertían en dos verdaderos eremitas muy penitentes, sin más bienes que una pobre cabaña, un trigalito y un jardín, donde cultivaban algunas legumbres. Pasaban la vida en continua contemplación, reemplazándose la una a la otra en la oración cuando era necesario ocuparse en la vida activa. Todo lo hacíamos con la cordialidad, silencio y modales propios de religiosos. Si íbamos de paseo, continuábamos nuestro género de vida, aun en la calle; los dos ermitaños iban rezando el rosario, contando con los dedos para no llamar la atención del indiscreto público. Pero un día se descuidó *el solitario Teresita,* pues le dieron un pastel para su merienda, y antes de comérselo, hizo una gran señal de la cruz, por lo cual muchos profanos del siglo no pudieron contener una sonrisa.

Nuestra unión de voluntades era excesiva a veces. Volviendo una tarde de la Abadía, quisimos imitar la modestia de los solitarios. Yo dije a María: *Guíame, voy a cerrar los ojos. Yo quiero cerrarlos también, me respondió.* Y ambas los cerramos.

No debíamos temer los carruajes, pues íbamos por la acera; pero después del agradable paseo de algunos minutos, en que las dos aturdidas saboreaban la delicia de caminar sin ver, cayeron juntas sobre unas cajas colocadas a la puerta de un almacén y las vol-

(1) María Guérin entró en las Carmelitas de Lisieux el día 15 de agosto de 1895, y profesó con el nombre de *Sor María de la Eucaristía.*

Se distinguió por su gran espíritu de pobreza y paciencia en medio de sus grandes padecimientos. *"No sé si he padecido mucho,* dirá en su última enfermedad; *pero parece que Teresita me comunica sus sentimientos y que tengo la misma confianza. ¡Oh, si me fuera dado morir de amor como ella! Nada, con todo, tendría de particular, puesto que me cuento entre las de la legión de las pequeñas víctimas que ella pidió a Dios... Quiero morir diciendo a Jesús que le amo".*

Este deseo se realizó. Voló al cielo el día 14 de abril de 1905, a la edad de 34 años, y sus últimas palabras fueron: *¡No temo la muerte! ¡Oh, qué paz... No debemos temer el sufrimiento... El siempre da fuerzas... ¡Oh, quisiera morir de amor!... de amor a Dios... ¡Jesús mío, te amo!*

caron del golpe. Al punto salió el comerciante lleno de cólera para levantar sus mercancías; pero las ciegas voluntarias se habían levantado solas y andaban precipitadamente, con los ojos y oídos bien abiertos para oír los justos reproches de Juana, que parecía tan enfadada como el mercader.

* * *

Nada he dicho aún de mis nuevas relaciones con Celina. En Lisieux se trocaron los papeles: tornóse ella un diablillo lleno de malicia, y Teresita una niñita muy mansa, pero en extremo llorona. Así es que necesitaba un defensor, siendo de ver la intrepidez con que mi querida hermanita se encargaba de este oficio. Solíamos hacernos a menudo regalitos que nos proporcionaban mutuamente grandísimo placer. ¡Ay!, es que en aquella edad no conocíamos los desengaños de la vida; nuestras almas, en toda su lozanía, se abrían como flor primaveral, dichosas de recibir el rocío de la mañana; la misma ligera brisa balanceaba nuestras corolas. Sí, nuestras alegrías eran comunes; claramente lo experimenté el hermoso día de la Primera Comunión de mi querida Celina.

Contaba yo entonces siete años de edad y no iba aún a la Abadía. ¡Cuán grato recuerdo guardo de su preparación! Durante las últimas semanas, Vuestra Reverencia, Madre mía, le hablaba cada noche del gran acto que iba a cumplir; yo escuchaba, ávida de prepararme también, y cuando ordenaba que me retirase diciéndome que era todavía demasiado pequeña, se entristecía mucho mi corazón. Me parecía que cuatro años no eran demasiado para prepararse a recibir a Dios.

Una noche oí que le decían a mi feliz hermanita: *Desde la Primera Comunión, tendrás que empezar una vida enteramente nueva.* Entonces tomé la resolución de no esperar hasta aquel día para comenzar yo también una vida nueva, sino que decidí empezarla al mismo tiempo que Celina.

Los días del retiro preparatorio los pasó mi hermana como interna en la Abadía. ¡Cuán largos me parecieron! Llegó por fin el venturoso día. ¡Ah, qué deliciosa impresión dejó en mi alma! Fué para mí como el preludio de mi Primera Comunión. ¡Cuántas gracias recibí! Considero aquel día como uno de los más hermosos de mi vida.

* * *

He retrocedido algo en mi relato para mencionar este inefable recuerdo; tócame ahora hablar de la dolorosa separación que destrozó mi alma, al arrebatarme Jesús a mi tierna y amada *madrecita*. Le había dicho un día que me gustaría retirarme con ella a algún apartado desierto; respondióme que aquel era también su deseo, pero que para realizarlo, aguardaría a que yo fuese bastante mayor. Tomó en serio Teresita este imposible proyecto, y, ¡cuál no sería su desconsuelo al oír a su querida Paulina hablar con María de su próxima entrada en el Carmen! No sabía yo lo que era el Carmen, pero comprendía que había de dejarme para entrar en un convento; comprendí que no me esperaría.

¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón? En un instante se me presentó la vida con toda su realidad, llena de sufrimientos y continuas separaciones, y derramé amarguísimas lágrimas. Ignoraba entonces el goce del sacrificio; era yo débil, tan sumamente débil, que considero como un gran favor del cielo el haber podido soportar, sin morir, aquella prueba, que aparentemente era muy superior a mis fuerzas.

Nunca olvidaré la ternura con que me consoló mi madrecita. Me explicó la vida del claustro, y una noche, repasando solita en mi corazón el cuadro que me había trazado, sentí que el Carmen era el desierto donde Dios Nuestro Señor quería también ocultarme. Lo sentí con tal fuerza, que no cruzó por mi mente la menor duda de ello; no fué una ilusión de niña que se deja arrastrar por el entusiasmo, sino la certidumbre de un llamamiento divino. Aquella impresión, que me es imposible describir, dejóme con una paz muy grande.

Al día siguiente confié mis deseos a Paulina, y considerándolos ésta como voluntad del cielo, me prometió conducirme pronto al Carmen para ver a la Madre Priora, a quien podría confiar mi secreto.

Se escogió un domingo para esta solemne visita. Grande fué mi contrariedad cuando supe que tendría por compañera a mi prima María, bastante joven aún para poder ver a las Carmelitas. Esto no obstante, era indispensable encontrar un medio de quedar sola, y he aquí lo que se me ocurrió: Dije a María que, habiéndosenos concedido el privilegio de ver a la Reverenda Madre, debíamos ser muy amables y corteses, y para ello confiarle nuestros secretos; por tanto, que sería preciso salir un momento la una y después la otra. A pesar de su repugnancia en confiar secretos, que no tenía, María dióme crédito y pude así quedar sola con la Madre María de Gonzaga,

quien oyó mis grandes confidencias y se convenció de mi vocación; con todo, me dijo que no se recibían postulantes de nueve años y sería preciso esperar hasta cumplir los dieciséis años. A pesar del vivo deseo de entrar con Paulina y hacer mi Primera Comunión el día de su toma de hábito, tuve que resignarme.

¡Llegó al fin el 2 de octubre, día de lágrimas y bendiciones, en el cual tomó Jesús la primera de sus flores, flor regalada, que había de ser, pocos años después, Madre de sus hermanas! En tanto que mi queridísimo padre, en compañía de mi tío y de María, subía la montaña del Carmelo para ofrecer su primer sacrificio, mi tía me llevó a misa, con Leonia y Celina. Llorábamos de tal manera al entrar en la iglesia, que la gente nos miraba con extrañeza, pero esto no me impidió manifestar mi dolor. Me parecía imposible que el sol pudiera continuar luciendo sobre la tierra.

Quizá encuentre Vuestra Reverencia, Madrecita mía, que exagero un tanto mi pena. Comprendo que aquella ausencia no hubiera debido afligirme hasta tal extremo, pero he de confesar que distaba mucho mi alma de haber alcanzado su madurez, y había de salvar todavía muchos escollos antes de gustar los deliciosos frutos del total abandono y del perfecto amor.

La tarde de aquel mismo día, 2 de octubre de 1882, vi a mi querida Paulina, convertida en sor Inés de Jesús, tras las rejas del Carmen. ¡Cuánto sufrí en aquel locutorio! Ya que escribo la historia de mi alma, paréceme que debo declararlo todo. Pues bien, confieso que no fueron nada los primeros sufrimientos de la separación comparados con los que siguieron. Yo, que estaba acostumbrada a conversar tan íntimamente con mi madrecita, a duras penas conseguía verla a solas dos o tres minutos al finalizar en el locutorio la visita de familia (2). Excuso decir que los pasaba derramando lágrimas, y me iba con el corazón destrozado.

No comprendía que hubiera sido imposible dedicarnos a menudo media hora a cada una, y que debía reservar la mayor parte del tiempo a mi padrecito y a María; no me hacía cargo de esto, y me decía en lo íntimo de mi corazón: *¡He perdido a mi Paulina!* Mi espíritu se desarrolló tan extraordinariamente en medio del sufrimiento, que poco después caí enferma de gravedad.

* * *

(2) Nuestras leyes limitan el tiempo que puede estarse en el locutorio.

La enfermedad que me atacó provenía sin duda alguna de la envidia del demonio, el cual, furioso por esta primera entrada en el Carmen, pretendió vengarse en mí del perjuicio tan grande que debía causarle mi familia en lo futuro. Mas ignoraba él que la *Reina del Cielo* velaba cuidadosamente por su florecita, que le sonreía desde arriba y haría cesar la tempestad en el crítico momento en que su delicado y frágil tallo fuera a troncharse sin remedio.

Al finalizar aquel año de 1882, me dió un dolor de cabeza continuo, pero soportable, que no me impidió proseguir mis estudios; esto duró hasta la Pascua de 1833. Por entonces fué papá a París con Leonia y María, dejándonos a Celina y a mí al cuidado de mis tíos.

Cierta noche, encontrándome sola con mi tío, empezó a hablarme de mamá y de los recuerdos pasados con tal ternura, que me llegó al alma y me hizo llorar. Mi sensibilidad le impresionó; quedó sorprendido de que en mi edad tuviese yo los sentimientos que expresaba, y resolvió proporcionarme toda clase de distracciones durante los días de vacación.

Dios lo tenía dispuesto de otra manera. Aquella misma noche se me agravó en extremo el dolor de cabeza y me entró un temblor extraño que me duró hasta el día siguiente. Mi tía no se separó de mí un momento; como verdadera madre, me colmó durante toda mi enfermedad de los más solícitos, tiernos y abnegados desvelos.

¡Cómo expresar el dolor de mi pobrecito padre al encontrarme en aquel estado desesperante a su regreso de París! Creyó de pronto que me moría; pero Nuestro Señor hubiera podido responderle: "No, esta enfermedad no es mortal; ha sido ordenada para gloria de Dios" (3). Efectivamente, Dios fué glorificado en aquella tribulación. Lo fué por la admirable resignación de mi padre y de mis hermanas, particularmente de María. ¡Cuánto sufrió por mi causa! ¡Qué agradecimiento tan grande guardo a esta querida hermana! Su corazón le dictaba lo que requería mi estado, y verdaderamente el corazón de una madre puede más que la ciencias de los más sabios doctores.

* * *

Entretanto, aproximábase, Madre mía, su toma de hábito, si bien evitaban hablar de ello ante mí por temor de afligirme, pensando

(3) Juan, XI, 4.

que no podría asistir a ella. Pero en lo íntimo de mi corazón yo abrigaba la creencia de que Dios me daría el consuelo de volver a ver en tal día a mi querida Paulina. Sí, abrigaba el convencimiento de que aquella fiesta no tendría nubes; sabía que Jesús no privaría a su esposa de la presencia de esta hijita, cuya enfermedad tanto la había hecho ya sufrir.

Y así sucedió; pude abrazar a mi *madre querida*, sentarme en su falda, esconderme bajo su velo y recibir sus dulces caricias; pude contemplarla sumamente embelesadora bajo sus blancos atavíos.

Verdaderamente, fué aquél un día espléndido en medio de mi sombría tribulación, pero un día, o mejor dicho, una hora que pasó con extraordinaria rapidez, pues pronto me vi obligada a subir al coche que me alejó del Carmen.

Al llegar a los Buissonnets, me hicieron acostar, aunque no sentía cansancio alguno; pero al otro día volví a recaer tan gravemente, que, según los humanos cálculos, era imposible que sanara.

No sé cómo explicar aquel mal tan extraño. Decía cosas que no pensaba; hacía otras como obligada y a pesar mío; casi siempre parecía delirar; con todo, tengo la seguridad de no haber perdido un solo instante el conocimiento. A veces permanecía desmayada horas enteras, hasta el punto de quedarme privada por completo de acción. Pero en medio de aquel entorpecimiento extraordinario, oía claramente cuanto se decía en torno mío, aunque fuera en voz baja; todavía me acuerdo de ello.

¡Qué terrores más espantosos me sugería el demonio! Tenía miedo absolutamente de todo; mi cama me parecía rodeada de horribles precipicios; varios clavos que había en la pared de la habitación, tomaban a mis ojos la aterradora figura de unos dedotes negros y carbonizados, que me arrancaban gritos de espanto.

Un día me miraba mi padre en silencio, y su sombrero, que tenía en la mano, se transformó de repente en no sé qué forma horrible, causándome terror tan grande, que al notarlo mi pobre papá, se marchó sollozando.

Mas si Dios permitió al demonio que se acercara a mí exteriormente, también me enviaba ángeles visibles para consolarme y fortalecerme. María no me dejaba un momento; jamás demostró el menor disgusto ni cansancio, a pesar del trabajo que le daba, pues no consentía que se apartara de mí un instante. Durante las comidas, me hacía compañía Victoria, pero yo no cesaba de llamar llorando:

¡María! ¡María! Si salía de casa, había de ser para ir a Misa o ver a Paulina; solamente entonces la dejaba marchar sin protesta.

¿Qué diré de Leonia y de mi Celinita? ¡Cuánto hicieron por mí! Los domingos pasaban horas enteras encerradas con una pobre niña que parecía idiota. ¡Ah, queridas hermanitas, cuánto os hice padecer!

Mis tíos fueron también sumamente cariñosos conmigo. Cada día venía a verme mi tía y me traía mil chucherías (4). No puedo expresar hasta qué punto aumentó mi ternura para con ellos durante mi enfermedad. Comprendía mejor que antes lo que muy a menudo nos decía mi padre: *No olvidéis nunca, hijas mías, la abnegación extraordinaria que os demuestran vuestros tíos.*

En los días de su ancianidad la experimentó él también; ahora protegerá y bendecirá desde el cielo a los que le prodigaron tan cariñosas y desinteresadas atenciones.

En los escasos momentos de tregua que me concedía el dolor, era mi mayor goce tejer coronas de margaritas y miosotas para la Virgen María. Estábamos a la sazón en el hermoso mes de mayo; la naturaleza toda se engalanaba con flores primaverales; sólo *la florecita* languidecía y parecía marchita para siempre, pero brillaba a su lado un sol, la imagen milagrosa de la *Reina de los Cielos,* y a menudo, muy a menudo, volvía la florecita su corola hacia ese astro bendito.

Un día entró papá muy conmovido en mi aposento, y con profunda expresión de tristeza acercóse a María y le dió unas cuantas monedas de oro, pidiéndole que escribiera a París para encargar una novena de Misas en el Santuario de Nuestra Señora de las Victorias, para obtener la curación de su pobre reinecita. ¡Su fe y su amor me

(4) Desde el cielo supo Teresita pagarle sus maternales cuidados. Durante su última enfermedad, la protegió visiblemente. Una mañana la encontraron tranquila y radiante. "Sufría mucho, dijo, pero mi Teresita me ha velado con ternura. Toda la noche la sentí junto a mi cama. Varias veces me acarició y esto me dió ánimo extraordinario."

La señora Guérin había vivido y murió como una santa, a la edad de 52 años. Con la sonrisa en los labios, repetía: "¡Qué contenta estoy de morir! ¡Es tan bueno ir a ver a Dios! Jesús mío, te amo. Te ofrezco mi vida por los sacerdotes, como mi Teresita del Niño Jesús". Esto ocurría el 13 de febrero de 1900.

El señor Guérin, después de haber empleado su pluma por muchos años en defensa de la Iglesia y su fortuna en sostener las buenas obras, murió santamente, terciario del Carmen, el día 28 de setiembre de 1909, a los 69 años de edad.

penetraron el alma! ¡Cuánto hubiera dado por poder levantarme y decirle que estaba sana! Mas, ¡ay!, mis deseos no podían hacer un milagro, y era preciso uno muy grande para devolverme la vida. Sí, se imponía un gran milagro y lo hizo por completo Nuestra Señora de las Victorias.

Un domingo, durante la novena, salió María al jardín dejándome al cuidado de Leonia, que leía junto a la ventana. Al cabo de algunos minutos, me puse a llamar casi en voz baja: *¡María!, ¡María!* Leonia estaba acostumbrada a oírme gemir así constantemente y no me hizo caso; entonces grité muy alto, y al punto acudió María. La vi muy bien entrar; mas, ¡ay!, por primera vez, no la reconocí. Miré en torno mío, dirigí al jardín una mirada ansiosa y empecé otra vez a llamar: *¡María!, ¡María!*

Imposible describir el dolor que me causaba aquella lucha forzada e inexplicable; pero María padecía quizá más aún que su pobre Teresita. Al fin, tras inútiles esfuerzos para dárseme a conocer, volvióse a Leonia; le dijo algo calladito y desapareció, pálida y temblorosa.

Leonia me llevó luego cerca de la ventana, y vi en el jardín, sin reconocerla todavía, a María, que caminaba despacito, tendiéndome los brazos, sonriéndome y llamándome, con su más tierno acento: *¡Teresita!, ¡Teresita mía!* Viendo que esta segunda tentativa no daba mejor resultado que la primera, se arrodilló llorando mi querida hermana al pie de mi cama, y volviéndose hacia la Virgen bendita, rogóle con el fervor de una madre que pide, que *exige*, la vida de su hija. Leonia y Celina hicieron lo mismo; aquella oración fué el grito de fe que forzó la puerta del cielo.

No encontrando auxilio alguno en la tierra, y casi a punto de morir de dolor, habíame vuelto yo también hacia mi *Madre del Cielo*, pidiéndole con toda mi alma que tuviera por fin compasión de mí.

De repente se animó la imagen; la Virgen Santísima tornóse hermosa, pero de una hermosura tan divina, que jamás encontraré palabras para describirla. Su rostro respiraba inefable dulzura, bondad, ternura; pero lo que me penetró hasta el fondo del alma fué su *hechicera sonrisa*. En aquel mismo instante se desvanecieron todas mis penas, y dos gruesas lágrimas brotaron de mis ojos deslizándose silenciosamente... ¡Ah, eran lágrimas de purísimo gozo celestial! *La Santísima Virgen se ha acercado a mí; me ha sonreído!...*

¡Qué feliz soy!, pensé yo. Mas no lo diré a nadie, porque esto haría desvanecer mi felicidad. Volví luego la vista, y, sin ningún esfuerzo, reconocí a mi querida María; me miraba con amor, parecía hondamente conmovida, como si sospechase el gran favor que acababa yo de recibir.

Indudablemente que a ella, a su conmovedora plegaria, debía yo la gracia incomparable de la *sonrisa de la Santísima Virgen.* Al ver mi mirada fija en la bendita imagen, dijo para sí: *¡Teresita está curada!* ¡Sí, la *florecita* iba a renacer a la vida; un rayo luminoso de su *dulce sol* la había recalentado y librado para siempre de su cruel enemigo! "Pasó el sombrío invierno, cesaron las lluvias" (5), y la flor de la Virgen se fortaleció de tal manera que, cinco años después, se abría lozana en la fértil montaña del Carmelo.

Según ya dije, María tenía la persuasión de que la Santísima Virgen, al devolverme la salud, me había concedido alguna gracia secreta; de modo que cuando me encontré sola con ella, no pude resistir a sus tiernas e insistentes preguntas. Sorprendida al ver descubierto mi secreto sin que yo hubiera dejado escapar una sola palabra, se lo confié enteramente.

Por desgracia, no me había equivocado; ¡iba a desaparecer mi felicidad convirtiéndose en amargura! El recuerdo de aquel beneficio inefable constituyó para mí, durante cuatro años, una verdadera congoja del alma; no había de recobrar mi dicha sino a los pies de Nuestra Señora de las Victorias en su bendito santuario. Allí me fué devuelta en toda su plenitud; más adelante hablaré de esta segunda gracia.

* * *

He aquí cómo se trocó en tristeza mi alegría:

Después de haber oído María el relato ingenuo y sincero de *mi gracia*, me rogó que le diera permiso para referirlo todo en el Carmen; no podía negárselo. Mi primera visita a este bendito convento me llenó de alegría al ver a mi Paulina con el hábito de la Virgen Santísima. ¡Qué deliciosos instantes fueron aquéllos para las dos! ¡Teníamos tantas cosas que contarnos! ¡Habíamos sufrido tanto! Yo, por mi parte, apenas podía hablar; tenía el corazón demasiado sensible...

(5) Cant. II, 11.

También estaba allí la buena Madre María de Gonzaga. ¡Ah, de cuántas pruebas de afecto me colmó! Vi también a otras religiosas, quienes me interrogaron sobre el milagro de mi curación, preguntándome unas si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús; otras, si los ángeles la acompañaban, etc. Llenáronme de turbación y pena tales preguntas; una sola cosa podía responder: *La Virgen Santísima me pareció muy hermosa; la vi adelantarse hacia mí y sonreírme.*

Comprendiendo que las Carmelitas se imaginaban otra cosa muy diferente, me figuré haber mentido. ¡Oh, si hubiera guardado mi secreto, hubiera conservado también mi felicidad! Pero la Virgen María permitió este tormento para bien de mi alma; de otra manera tal vez se hubiera deslizado la vanidad en mi corazón, mientras que así la humillación vino a ser mi patrimonio; no podía mirarme sin experimentar un sentimiento de profundo horror. ¡Dios mío, sólo Vos sabéis lo que padecí ([6]).

([6]) Esa turbación dolorosa no podía ser más que una prueba enviada particularmente por Dios.

En el momento de la visión celeste, el rostro de la niña, transfigurado y diáfano, tenía en su fisonomía tal expresión sobrenatural, que los testigos de semejante escena quedaron mudos de admiración, creyendo, sin ningún género de duda, que la Virgen Santísima se le aparecía en su éxtasis.

CAPITULO IV

Primera Comunión. Confirmación. Luces y tinieblas. Nueva separación. Graciosa redención de sus penas interiores.

En la narración que hago de aquella visita al Carmen, me acuerdo de la primera que hicimos después de la entrada de Paulina. En la mañana de aquel día, me preguntaba a mí misma qué nombre me pondrían más tarde. Sabía que existía una Sor Teresa de Jesús; sin embargo, no podía renunciar a mi hermoso nombre de Teresa. De pronto pensé en el niño Jesús, a quien tanto amaba, y me dije: *¡Oh, qué feliz sería si pudiera llamarme Teresita del Niño Jesús!* Pero me guardé muy bien de expresar este deseo. Con todo, ¿cuál no sería mi alegría al oír que la M. Priora me decía en el curso de la conversación: *Cuando venga con nosotras, querida hijita, se llamará Teresita del Niño Jesús.* Esta feliz coincidencia de ideas me pareció una delicadeza de mi amadísimo Niño Jesús.

* * *

Nada he dicho todavía de mi afición a las estampas y a la lectura; con todo, debo a las preciosas estampas que me mostraba Vuestra Reverencia, Madre querida, una de las alegrías más dulces e impresiones más profundas que me hayan estimulado a la práctica de la virtud. En su contemplación olvidaba las horas. Por ejemplo: "la florecita del divino Prisionero" me decía tantas cosas, que me quedaba extática mirándola; me ofrecía a Jesús como florecita suya, ansiaba consolarle, acercarme también juntito al tabernáculo, ser mirada, cultivada y tomada por Él.

Como no sabía jugar, me hubiera pasado la vida leyendo. Afortunadamente, tenía para que me guiaran en aquel terreno ángeles visibles, que me elegían los libros adecuados a mi edad, propios para recrearme y alimentar a la vez mi espíritu y mi corazón. No debía emplear en aquella distracción predilecta sino tiempo

muy limitado, y a menudo era esto para mí ocasión de grandes sacrificios. Porque tan pronto como transcurría el tiempo prescripto, consideraba como un deber interrumpir inmediatamente la lectura, aunque fuera en mitad del pasaje más interesante.

Respecto a la impresión producida por aquellas lecturas, debo confesar que, al leer ciertas narraciones caballerescas, no siempre comprendía lo positivo de la vida. Así es que, admirando las patrióticas acciones de las heroínas francesas, particularmente de la Venerable Juana de Arco (1), sentía gran deseo de imitarlas.

Recibí entonces una gracia que he considerado siempre como una de las mayores de mi vida, ya que en aquella edad no me veía favorecida, como lo estoy ahora, por las luces de lo alto.

Jesús me hizo comprender que la única gloria verdadera es la que ha de durar siempre; que para alcanzarla no es necesario llevar a cabo obras ostentosas, sino más bien esconderse a los ojos de los demás y aun a los de uno mismo, de suerte que la mano izquierda ignore lo que hace la derecha.

Pensando entonces que había nacido para la gloria y buscando el modo de alcanzarla, me fué revelado interiormente que mi gloria no aparecería jamás a los ojos de los mortales, sino que consistiría en llegar a ser santa.

Parece esto un despropósito si se considera cuán imperfecta era yo entonces y cuán lo soy todavía después de tantos años pasados en religión; a pesar de esto, siento siempre la misma confianza audaz de llegar a ser una *gran santa.* No cuento con mis méritos, puesto que no tengo ninguno; mas espero en Aquel que es la Virtud y la Santidad misma. El sólo es quien contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta su grandeza, me cubrirá con sus méritos y me hará santa.

No creía entonces que era necesario sufrir mucho para llegar a la santidad; mas no tardó el Señor en descubrirme ese secreto por medio de las tribulaciones relatadas anteriormente.

Continuaré ahora mi narración desde el punto donde la dejé.

Tres meses después de mi curación, me hizo realizar papá un viaje muy agradable; entonces empecé a conocer el mundo. Todo era gozo y felicidad en torno mío; me veía festejada, mimada, ad-

(1) Cuando escribía Teresita, no estaba todavía canonizada la gran heroína francesa.

Santa Teresita del Niño Jesús el día de su primera comunión.

Santa Teresita y su madre.

mirada; en una palabra, durante quince días no encontré más que flores en el camino de mi vida. La Sabiduría tiene razón en decir que *el hechizo de la vanidad pervierte el ánimo inocente* (2). A los diez años, el corazón se deja deslumbrar con facilidad; confieso que aquella vida tuvo embelesos para mí. ¡Ay! ¡Cómo sabe el mundo juntar muy bien los goces de la tierra con el servicio de Dios! ¡Qué poco piensa en la muerte!

Esto no obstante, la muerte ha visitado ya a muchas de las personas que conocí entonces, jóvenes, ricas y felices. Me gusta volver con la imaginación a los agradabilísimos lugares donde vivieron, preguntándome en dónde están y qué provecho les reportan hoy los palacios y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida, y pienso que "todo en la tierra es vanidad (3) menos amar a Dios y servirle a Él solo" (4).

Quizá quería Jesús darme a conocer el mundo antes de visitar mi alma por *vez primera*, a fin de dejarme elegir con más seguridad el camino que debía prometerle seguir.

* * *

Mi Primera Comunión será siempre para mí un recuerdo sin nube. Me parece que no hubiera podido estar mejor preparada. ¿Se acuerda Vuestra Reverencia, Madre mía, del precioso librito que me dio tres meses antes del gran día? (5). Este gracioso medio me preparó de un modo continuo y rápido. Aunque hacía tiempo que pensaba en mi Primera Comunión, era menester dar a mi alma nuevo impulso y llenarla de flores frescas, como estaba consignado en el precioso manuscrito. Cada día, pues, hacía numerosos sacrificios y actos de amor de Dios, que se transformaban en otras flores; tan pronto eran violetas, como rosas, ya acianos, ya margaritas, ya mirasolas, en resumen, todas las flores de la naturaleza debían formar en mi corazón la cuna de Jesús.

(2) Sab., IV, 12.
(3) Eccles., I, 2.
(4) Imit., l. I, c., 3.
(5) Este precioso librito de 94 páginas, con 63 grabaditos, y el retrato de Santa Teresita cuando hizo la Primera Comunión, está publicado en castellano con el título *Mi Primera Comunión.*

Tenía también a María, que hacía conmigo las veces de Paulina. Todas las noches permanecía largo rato con ella, ávida de escuchar sus palabras. ¡Qué cosas tan hermosas me decía! Me parece que su corazón, tan grande, tan generoso, pasaba por entero al mío. A semejanza de los antiguos guerreros que enseñaban a sus hijos el manejo de las armas, me enseñaba ella el combate de la vida, excitando mi ardor y mostrándome la gloriosa palma. Hablábame también de las riquezas inmortales, tan fáciles de acumular cada día, y de nuestra infelicidad al pisotearlas, cuando no hay más que inclinarse, por decirlo así, para recibirlas.

¡Qué elocuente era esta hermana querida! Me hubiera gustado que otras personas se aprovecharan de sus profundas enseñanzas; en mi ingenuidad creía que, oyéndola, se convertirían los más empedernidos pecadores, abandonando sus pecererderas riquezas para buscar sólo las del cielo. Me hubiera sido muy grato hacer oración mental por aquel entonces; pero María me juzgaba ya lo bastante piadosa sin ella, y sólo me permitía mis oraciones vocales. Un día me preguntó una de mis maestras de la Abadía en qué me ocupaba los días de vacaciones si no salía de casa. Le respondí tímidamente: *Señora, muchas veces me escondo en un rincón de mi cuarto, que puedo cerrar fácilmente con las cortinas de mi cama, y allí estoy, pensando... Pero, ¿en qué piensas?,* me replicó riendo la buena religiosa. *Pienso en Dios, en la fugacidad de la vida, en la eternidad; en una palabra: ¡pienso!* No olvidó mi maestra esta reflexión mía, pues más tarde se complacía en recordarme el tiempo en que yo *pensaba,* preguntándome si *continuaba pensando...* Hoy comprendo que lo que hacía entonces era verdadera oración, en la cual el Divino Maestro instruía suavemente mi alma.

* * *

Los tres meses de preparación a mi Primera Comunión se deslizaron muy a prisa; presto llegó la hora de entrar en retiro. Pasé aquellos días benditos como pensionista en la Abadía; no creo que, fuera de las Comunidades religiosas, pueda disfrutarse de alegría semejante a la de aquellos ejercicios. Como el número de niñas suele ser reducido, es más fácil atender a cada una en particular. Con filial agradecimiento declaro que nuestras maestras de la Abadía nos prodigaron en aquella ocasión cuidados realmente maternales.

No sé la razón, pero es lo cierto que me daba perfectamente cuenta de ser yo objeto particular de su solicitud. Cada noche venía la primera maestra con su linternita, entreabría sigilosamente las cortinas de mi cama, y depositaba un tierno beso en mi frente. Me demostraba todo cariño, que, agradecida a su bondad, le dije una noche: *¡Ay, Madre!, la quiero a usted tanto, que voy a confiarle un gran secreto.* Saqué entonces misteriosamente el librito del Carmen, que tenía escondido debajo de la almohada, y se lo enseñé con los ojos radiantes de alegría. La madre lo abrió cuidadosamente, lo hojeó con atención y me hizo notar que gozaba yo de muchos privilegios. Efectivamente; muchas veces durante los ejercicios tuve ocasión de apreciar que muy pocas niñas, privadas como yo de madre, están rodeadas de tanto cariño como lo estaba yo en aquella edad.

Escuchaba muy atentamente las instrucciones que nos daba el Rdo. señor Domin y las resumía después con esmero. En cuanto a mis pensamientos, no quise apuntar ninguno, diciendo que jamás los olvidaría; y así fué, en efecto.

¡Con qué gusto asistía a todos los oficios como las religiosas! Llamaba la atención entre mis compañeritas por un gran crucifijo que me había dado mi querida Leonia y llevaba yo en el cinturón como los misioneros; con esto creyeron que quería imitar a mi hermana la carmelita. Hacia ella, efectivamente, volaban con frecuencia mi pensamiento y mi corazón. Sabía que estaba también en ejercicios, no para que Jesús se diera a ella, sino para darse ella por entero a Jesús, y esto el mismo día de mi Primera Comunión. Aquella soledad pasada en la expectativa fuéme, pues, doblemente grata.

¡Por fin amaneció para mí el día más hermoso de la vida! Los detalles más mínimos de aquellas horas celestiales dejaron en mi alma indelebles recuerdos; el alegre amanecer de la aurora, los respetuosos y tiernos besos de nuestras maestras y compañeras mayores, el cuarto donde nos vestimos, lleno de los *níveos copos,* de que se revestía a su vez cada niña, y sobre todo la entrada en la capilla y el cántico matinal:

¡Santo altar que circundan los ángeles!

Mas no quiero ni podría decirlo todo... porque hay cosas que pierden su fragancia en cuanto se las expone al aire; hay pensa-

mientos íntimos que no pueden traducirse en el lenguaje de la tierra sin que pierdan luego su sentido profundo y celestial.

¡Qué dulce fué el primer beso de Jesús a mi alma! ¡Sí, fué un beso de amor! Sentíame amada y repetía a mi vez: *¡Os amo, me entrego a Vos para siempre!* Jesús no me pidió nada, no exigió de mí ningún sacrificio. Hacía ya mucho tiempo que Él y Teresita se habían mirado y comprendido; aquel día no pudo llamarse nuestro encuentro simple mirada, sino verdadera *fusión*. Ya no éramos dos: Teresita había desaparecido, como la gota de agua se pierde en el océano; Jesús quedaba solo, como Dueño y como Rey. ¿No le había suplicado Teresita que le arrebatase su libertad? Aquella libertad la aterraba; se sentía tan débil, tan frágil, que quería unirse para siempre a la Fortaleza divina.

Y llegó a ser su gozo tan grande, tan profundo, que se desbordó de pronto en lágrimas deliciosas, con gran extrañeza de sus compañeritas, que luego se preguntaban, unas a otras: *¿Por qué ha llorado? ¿Tendría algún escrúpulo de conciencia? ¿O sería tal vez la ausencia de su madre o de su hermana la carmelita, a quien tanto ama?*

Nadie comprendía que, viniendo a un corazón toda la alegría del cielo, este corazón desterrado, débil y mortal, no puede sobrellevarla sin derramar lágrimas... ¿Cómo iba a causarme pena la ausencia de mi madre el día de mi Primera Comunión, si al recibir la visita de Jesús recibía también la suya, puesto que todo el cielo habitaba en mi alma? No lloraba tampoco la ausencia de Paulina; ¡Estábamos más unidas que nunca! No, lo repito, tan sólo una alegría inmensa y profunda llenaba mi corazón.

Por la tarde leí en nombre de mis compañeras el acto de consagración a la Virgen Santísima. Sin duda me eligieron mis maestras en razón de haberme visto privada desde muy niña de mi madre terrenal. Con toda la vehemencia de mi corazón me consagré a la Virgen María y le rogué que velara por mí. Me pareció que miraba con amor a su *florecita* y que le sonreía otra vez. Recordaba aquella sonrisa *visible* que tiempo atrás me había curado y salvado. Bien sabía yo cuánto le debía. ¿Por ventura, aquella misma mañana del 8 de mayo, no había venido ella misma a depositar en el cáliz de mi alma a su Jesús, *la flor de los campos y el lirio de los valles?* (6).

(6) Cant., II, 1.

En la tarde de aquel hermoso día, encaminóse mi padre al Carmen llevando de la mano a su *Reinecita,* y vi a mi Paulina, convertida en esposa de Jesús; la vi con su velo blanco, como el mío, y su corona de rosas. Mi alegría fué sin mezcla de amargura, pues pensaba ir a reunirme muy pronto con ella, y esperar a su lado el cielo...

No fuí insensible a la fiesta de familia preparada en los Buissonnets. El bonito reloj que me regaló mi padrecito me gustó muchísimo, pero mi alegría era tranquila; nada podía turbar la paz íntima de que gozaba. Llegó la noche y terminó aquella hermosa tarde; aun los días más radiantes van seguidos de tinieblas; ¡sólo el día de la primera, de la eterna comunión de la patria celestial no tendrá ocaso!

* * *

El día siguiente apareció a mis ojos cubierto con cierto velo de melancolía. ¡Los lindos vestidos y los regalos que había recibido no llenaban mi corazón! En adelante sólo Jesús podía contentarme y no suspiraba sino por el feliz instante en que la recibiría por segunda vez. Hice aquella segunda comunión el día de la Ascensión, teniendo la felicidad de arrodillarme a la Sagrada Mesa entre papá y mi queridísima María. Volvieron a correr mis lágrimas con inefable dulzura, y recordaba y repetía sin cesar las palabras de San Pablo: *"¡No soy yo quien vivo: es Jesús quien vive en mí!"* (7). Después de esta segunda visita de Dios, todo mi anhelo consistía en recibirle, lo que me permitieron en todas las fiestas principales. ¡Qué distantes me parecían entonces las fiestas!...

La víspera de esos afortunados días me preparaba María, como lo había hecho para mi Primera Comunión; recuerdo que una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que en vez de conducirme Dios por ese camino, tal vez me llevaría siempre en brazos como a un niñito. Al acudirme estas palabras a la memoria después de la comunión del día siguiente, encendieron mi corazón en ardentísimos deseos de sufrir, con la íntima convicción de que me estaban reservadas muchas cruces. Vióse entonces inundada mi alma de tan grandes consuelos, como jamás volví a experimentarlos en mi vida. El

(7) Gálat., II, 20.

padecer trocóse en atractivo, descubrí en él hechizos que me arrobaron sin conocerlos bien todavía.

Otro grandísimo deseo experimenté igualmente: el de no amar más que a Dios, el de no encontrar alegría sino en El únicamente. A menudo, durante mis acciones de gracias, repetía aquel pasaje de la *Imitación:* "¡Oh Jesús, dulzura inefable, trocad para mí en amargura todos los consuelos de la tierra!" (8). Estas palabras me salían sin esfuerzo ninguno de los labios; las pronunciaba como repite un niño, sin entenderlo mucho, lo que le inspira una persona amiga. Más adelante le diré, Madre mía, cómo se complació Nuestro Señor en realizar mi deseo, y cómo El solo fué siempre el consuelo inefable de mi alma. Si tratara ahora de ello, me vería precisada a anticipar el relato de mi adolescencia; mas tengo que darle aún muchos pormenores de mi infancia.

* * *

Poco después de mi Primera Comunión volví a entrar en ejercicios para recibir la Confirmación. Me preparé con grande esmero a recibir la visita del Espíritu Santo; no concebía que hubiese quien no pusiera muchísima solicitud en la recepción de este sacramento de amor. Como la ceremonia no pudo celebrarse el día señalado, tuve el consuelo de prolongar algún tanto mi soledad. ¡Ah, cuán alegre estaba mi alma! A semejanza de los Apóstoles, esperaba yo con júbilo al Consolador prometido; me regocijaba la idea de ser en breve perfecta cristiana y de llevar eternamente grabada en la frente la misteriosa cruz de este sacramento inefable.

No sentí el impetuoso viento de la primera fiesta de Pentecostés, sino más bien aquella *ligera brisa* cuyo murmullo oyó el profeta Elías en la montaña de Horeb. Recibí aquel día *la fortaleza para padecer,* fortaleza que me era muy necesaria, pues presto iba a comenzar el martirio de mi alma.

Pasadas aquellas deliciosas e inolvidables fiestas, tuve que reanudar mi vida de colegiala. Aprovechaba mucho en los estudios y recordaba fácilmente el sentido de las cosas, pero tenía dificultad extrema en aprenderlas de memoria. Sin embargo, logré ver coronados mis esfuerzos en el catecismo. Llamábame el señor Capellán su *doctorcito,* sin duda a causa de mi nombre de Teresa.

(8) Imit., 1, III, c. XXVI, 3.

Durante el recreo me divertía a menudo viendo jugar de lejos a mis compañeras y entregándome a la vez a reflexiones serias. Esta era mi distracción favorita. Había inventado también otro juego que me gustaba mucho; buscaba cuidadosamente a los pobres pajaritos que encontraba muertos bajo los árboles, y les daba a todos *honrosa* sepultura, en un mismo cementerio, a la sombra del mismo césped. Otras veces me entretenía en relatar historias a mis compañeras, entre las cuales mezclábanse a menudo algunas alumnas mayores; pero nuestra prudente maestra me prohibió luego que continuara mi oficio de orador, queriendo vernos *correr y no discutir*.

Elegí por aquel tiempo como amigas a dos niñas de mi edad; pero, ¡ah, qué pequeño es el corazón de las criaturas! Una de ellas tuvo que volver a su casa por algunos meses; acordéme mucho de ella durante su ausencia, y demostré gran alegría al volver a verla. Mas, ¡ay!, sólo obtuve de ella una mirada indiferente; no era correspondida mi amistad. Lo sentí con toda mi alma; mas desde entonces dejé de mendigar cariño tan inconstante. Con todo, Dios me ha dotado de un corazón tan fiel, que cuando ha amado, sigue amando constantemente; por eso continúo encomendando a Dios a aquella compañera; por eso la quiero todavía. Al ver que muchas alumnas se aficionaban particularmente a una maestra, quise imitarlas, mas no pude conseguirlo. ¡Oh feliz impotencia! ¡De cuántos males me has librado! ¡Cuánto agradezco al Señor que sólo me haya hecho encontrar amarguras en las amistades de la tierra! Con un corazón como el mío, me hubiera dejado cautivar y cortar las alas; y entonces, ¿cómo hubiera podido "volar y descansar?" (9). Imposible es que pueda unirse estrechamente con Dios el corazón entregado al cariño humano. ¡He visto tantas almas seducidas por esa falsa luz precipitarse en ella como incautas mariposas, quemarse las alas y tornar luego heridas a Jesús, fuego divino que abrasa sin consumir!

¡Ah!, bien lo sé; Nuestro Señor me conocía demasiado débil para exponerme a la tentación; sin duda me hubiera quemado enteramente a la engañosa luz de las criaturas; mas no brilló ante mis ojos. Allí donde las almas fuertes encuentran la alegría y se desprenden de ella por fidelidad a Dios, no he encontrado yo más que aflicción. ¿Dónde está, pues, mi mérito por haberme librado

(9) Salmo LIV, 6.

de esas frágiles ligaduras, puesto que únicamente un dulce efecto de la misericordia de Dios me preservó de ellas? Sin Él, lo reconozco, habría podido caer en tanta abyección como la Magdalena; y las profundas palabras del Divino Maestro a Simón el Fariseo, resuenan con gran dulzura en mi alma. Sí, sé que "aquel a quien se perdona menos, ama menos" ([10]), pero sé también que Jesús me ha perdonado más que a Magdalena. ¡Ah!, ¡cómo quisiera poder expresar lo que siento! Pondré al menos un ejemplo que interprete de algún modo mi pensamiento.

Supongamos que el hijo de un sabio doctor, al tropezar en su camino con una piedra, cae y se rompe un miembro. Acude su padre al punto, lo levanta amorosamente, cura sus heridas, empleando en ello todos los recursos de su ciencia, y luego el hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. Indudablemente, este hijo tiene razón en querer a tan buen padre; mas he aquí otra suposición:

Habiéndose enterado el padre de que en el camino por donde ha de pasar su hijo hay una piedra peligrosa, toma la delantera y la quita, sin ser visto de nadie. Ciertamente que si un hijo, objeto de tan previsora ternura, ignora la desgracia de que le ha preservado la mano paterna, no le demostrará agradecimiento alguno, ni le amará tanto como si le hubiera curado de una herida mortal. Pero si después lo descubre todo, ¿no lo querrá mucho más?. Pues bien: yo soy este hijo, objeto del amor providente de un Padre que "no ha enviado a su Verbo para rescatar a los justos, sino a los pecadores" ([11]). Quiere que le ame porque me ha perdonado, no *mucho*, sino *todo*. Sin esperar a que le ame mucho como la Magdalena, me ha dado a conocer la inefable previsión con que me amó, a fin de que ahora *le ame con locura*.

Muchas veces he oído decir en los ejercicios espirituales y fuera de ellos que no se había encontrado alma pura que amase tanto como el alma arrepentida. ¡Ay, cómo quisiera desmentir estas palabras!

* * *

([10]) Luc., VII, 47.
([11]) Luc., V, 32.

Pero me he apartado mucho de mi asunto; ya no sé exactamente dónde reanudarlo...

Durante el retiro para mi segunda comunión, me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos. Hay que haber pasado por este martirio para comprenderlo bien. Imposible me sería decir cuánto sufrí por espacio de unos tres años; mis menores pensamientos y acciones eran para mí ocasión de perturbación y angustia. No encontraba alivio sino confiándolo todo a María, lo cual me costaba mucho, pues me creía obligada a manifestarle absolutamente todos mis pensamientos, aun los más extravagantes. Después de haberme descargado de aquel peso, disfrutaba de un momento de paz; mas pasaba ésta como un relámpago, y comenzaba otra vez mi martirio. ¡Oh, Dios mío, cuántos actos de paciencia obligué a hacer a mi querida hermana!

* * *

Aquel año fuimos a pasar quince días, durante las vacaciones, a orillas del mar. Mi tía, siempre tan buena y maternal con sus hijitas de Buissonnets, nos procuró toda clase de distracciones: paseos en burro, pesca de lucios, etc.

Nos mimaba aun en nuestro atavío. No puedo olvidar que un día me dió cintas de color azul celeste. Era yo tan niña, a pesar de mis doce años y medio, que gozosa anudé mis cabellos con aquellas hermosas cintas. Tantos escrúpulos tuve después, que me confesé en el mismo Trouville de aquel placer infantil, pareciéndome un pecado.

Hice allí un experimento muy provechoso:

Mi prima María padecía frecuentemente de jaqueca. Durante los ataques, mi tía la mimaba y la acariciaba prodigándole las más tiernas palabras, mas sin obtener nunca de ella más que lágrimas y la queja continua de *¡Me duele la cabeza!* A mí que, a pesar de sentirme casi cada día aquejada de este mismo dolor, no me lamentaba nunca, se me ocurrió una noche imitar a María. Me puse, pues, a lloriquear en una butaca, en un rincón del salón. Acudió al punto a mi lado Juana, la mayor de mis primas, a quien yo quería mucho, y vino también mi tía, preguntándome por qué lloraba; y a ejemplo de María, respondí: *¡Me duele la cabeza!*

Parece que eso de quejarme no me sentaba muy bien, pues no pude llegar a convencerlas de que el dolor de cabeza era el motivo de mis lágrimas. Mi tía, en vez de acariciarme como lo hacía habitualmente, me habló como a persona mayor. Juana llegó a acusarme, con mucha suavidad, pero con acento apenado, de falta de confianza y sencillez para con mi tía, reprochándome no haberle declarado la verdadera causa de mis lágrimas, que se imaginaba sería algún gran escrúpulo.

Finalmente nada logré, y quedé completamente resuelta a no volver a imitar nunca a los demás, y comprendí la fábula *del asno y del perrito*. Yo era el asno, que, testigo de las caricias prodigadas al perrito, puso sobre la mesa su pesado casco, para recibir también su parte de besos. Si no me despidieron a palos, como al pobre animal, no por eso dejé de llevar lo que merecía, lo cual me curó para siempre del deseo de que se fijaran en mí.

* * *

Y vuelvo a la gran tribulación de mis escrúpulos. A causa de ellos, acabé por enfermar, de modo que tuvieron que sacarme del colegio a los trece años. Para terminar mi educación, me llevaba papá varias veces a la semana a casa de una respetable señora, de la cual recibía excelentes lecciones. Estas clases tenían la doble ventaja de instruirme y de ponerme en contacto con el mundo.

En aquella sala amueblada a la antigua, llena de libros y cuadernos, asistía yo con frecuencia a numerosas visitas. A pesar de que era la madre de mi institutriz la que sostenía de ordinario la conversación, apenas estudiaba yo en aquellos días. Con la nariz sobre el libro, oía cuanto decían, y aun lo que me hubiera valido más no haber oído. Una señora decía que tenía yo hermosos cabellos, otra preguntaba al marcharse quién era aquella joven tan linda; y estas palabras, tanto más halagüeñas para mí cuanto no las pronunciaban en mi presencia, me dejaban una impresión de placer que me demostraba claramente hasta dónde llegaba mi amor propio.

¡Qué compasión me inspiran las almas que se pierden! ¡Es tan fácil extraviarse por los floridos caminos del mundo! Cierto que para un alma medianamente elevada, la dulzura que el mundo le ofrece va mezclada de amargura, y el vacío inmenso de sus deseos

no se llenará con momentáneas alabanzas; pero repito que si mi corazón no hubiera sido inclinado hacia Dios desde su despertar, y si el mundo me hubiera sonreído a mi entrada en la vida, ¡no sé qué hubiera sido de mí!... ¡Oh, amadísima Madre mía, cuán agradecida canto las misericordias del Señor! Según las palabras de la Sabiduría, "¿no me ha retirado del mundo antes que mi espíritu se corrompiera con la malicia, y las apariencias engañadoras sedujeran mi alma?" ([12]).

Entretanto, habiendo resuelto consagrarme de modo particular a la Santísima Virgen, solicité mi admisión en la Congregación de Hijas de María. Para esto tuve que volver dos veces por semana al convento; confieso que esto me costó un poco, a causa de mi excesiva timidez. Desde luego, quería mucho a mis queridas maestras, y siempre les guardaré grandísima gratitud; pero, según ya dije, no tenía, como las demás antiguas alumnas, una maestra particularmente amiga con la cual hubiera podido pasar horas enteras. Por tanto, trabajaba en silencio hasta el final de la lección de labores; y sin que nadie fijara en mí su atención, subía al punto a la tribuna de la capilla y allí permanecía hasta que venía a buscarme papá.

En esta silenciosa visita consistía todo mi consuelo. ¿No era Jesús mi único amigo? Sólo sabía hablar con El; las conversaciones con las criaturas aunque versaran sobre temas piadosos, me cansaban el alma. Cierto es que en tales desamparos tenía momentos de tristeza; mas en ciertos casos recuerdo que me consolaba repitiendo varias veces este verso de una hermosa poesía que nos recitaba nuestra amado padre:

La tierra es tu bajel, no tu morada.

Desde muy pequeña, me infundían valor estas palabras. Hoy, a pesar de que los años suelen borrar tantas impresiones de piedad infantil, la figura del bajel hechiza todavía mi alma y la ayuda a soportar el destierro. ¿No dice también la Sabiduría que "la vida es semejante a un navío que hiende las agitadas ondas sin dejar detrás de sí la menor huella de su rápido paso? ([13]).

([12]) Sab., IV, 2.
([13]) Sab., V, 10.

Cuando pienso en estas cosas, mi mirada se pierde en lo infinito, y se me figura que toco ya la ribera eterna. Me parece recibir el abrazo de Jesús... y que la Virgen Santísima sale a mi encuentro, con papá, mamá, los cuatro angelitos, hermanos y hermanas míos. Creo, en fin, gozar para siempre de la verdadera y eterna vida de familia.

Mas, antes de llegar a sentarme en el hogar paterno de los cielos, aún me quedaban que sufrir en la tierra muchas separaciones. El año en que fuí admitida como hija de María, me arrebató la Virgen a mi querida María (14), único sostén de mi alma. Desde la partida de Paulina había sido ella mi único oráculo, y la amaba tanto, que no podía vivir sin su dulce compañía.

En cuanto supe su determinación, resolví no volver a complacerme en nada de la tierra; no es posible imaginar lo que lloré entonces. Con todo, por aquel tiempo acostumbraba derramar lágrimas por cualquier cosa, no sólo en las grandes ocasiones, sino también en las más insignificantes.

He aquí algunos ejemplos:

Sentía un deseo muy grande de practicar la virtud; pero mi modo de practicarla era muy singular. No estaba acostumbrada a ser mi propia sirviente. Celina arreglaba nuestro cuarto, pues yo no me ocupaba en trabajos domésticos; pero cuando, *por agradar al Señor,* se me ocurría disponer el lecho o, al anochecer, en ausencia de Celina, entrar sus tiestos y macetas, lo hacía, como digo, únicamente por complacer a Nuestro Señor, y, por lo tanto, no debía esperar el agradecimiento de las criaturas. ¡Ay!, pero sucedía todo lo contrario; si tenía la desgracia Celina de no manifestarse sorprendida y complacida de mis insignificantes servicios, no estaba contenta yo y se lo daba a entender por mis lágrimas.

Cuando involuntariamente apenaba a cualquier persona, en vez de sobreponerme a ello, era tal mi aflicción, que llegaba a perder la salud, aumentando de este modo la gravedad de mi falta más bien que reparándola, y cuando principiaba a consolarme relativamente de la falta, lloraba por haber llorado.

---

(14) Entró en las Carmelitas de Lisieux el día 15 de octubre de 1886, tomando por nombre Sor María del Sagrado Corazón.

Por cualquier cosa me afligía. Ahora me sucede lo contrario; Dios me ha otorgado la gracia de no abatirme por ninguna cosa pasajera. Mi alma rebosa agradecimiento al acordarme de otro tiempo; merced a los favores que he recibido del cielo, se ha verificado en mí tal cambio, que es imposible reconocerme.

* * *

Cuando entró María en el Carmen, como yo no podía contarle mis penas, me dirigí al cielo y me encomendé a los cuatro angelitos que me habían precedido en la gloria, en la confianza de que aquellas almas inocentes, no habiendo jamás conocido la turbación ni el temor, debían compadecerse de su pobre hermanita que padecía en la tierra. Habléles con sencillez de niña, haciéndoles presente que por ser la última de la familia, siempre había sido la más querida, la más mimada de mis padres y de mis hermanas, y que si ellos se hubiesen quedado en la tierra, me hubieran dado sin duda las mismas pruebas de cariño. Su partida al cielo no era razón para que me olvidasen; al contrario, ya que tenían tan a mano los tesoros divinos, debían procurarme *la paz* y mostrarme así que allá arriba se sabe también amar.

La respuesta no se hizo esperar; muy pronto las deliciosas ondas de la paz inundaron mi alma. ¡No sólo me amaban en la tierra, sino también en el cielo! Desde entonces, aumentó mi devoción a mis hermanitos y hermanitas del paraíso; me gustaba conversar con ellos, y les hablaba de las tristezas del destierro y de mi deseo de ir pronto a reunirme con ellos en la patria eterna.

CAPITULO V

Favor en la noche de Navidad. Celo de las almas. Primera conquista. Intimidad con Celina. Consigue permiso de su padre para entrar en el Carmen a los quince años. Negativa del Superior. Acude a Monseñor Hugonin, Obispo de Bayeux.

Si el cielo me colmaba de gracias, yo en manera alguna las merecía. Me consumía sin cesar en vivos deseos de practicar la virtud; pero, ¡cuántas imperfecciones se mezclaban en mis actos! Mi extremada sensibilidad me hacía de veras insoportable; cuantas razones empleaban para corregirme de tan feo defecto, eran del todo inútiles.

¿Cómo me atrevía, pues, a esperar que me admitieran pronto en el Carmen? Era menester un pequeño milagro para dejar de ser niña en un momento; y este milagro deseado lo hizo Dios el día memorable del 25 de diciembre de 1886.

En aquella fiesta de Navidad, en aquella noche bendita, Jesús, el tierno Niño recién nacido, trocó la noche de mi alma en torrentes de luz. Al hacerse débil y pequeño por mi amor, me hizo a mí fuerte y valiente; me revistió de sus armas, y desde entonces marché de victoria en victoria, empezando, por decirlo así, *una carrera de gigante*. Cegóse la fuente de mis lágrimas, que no volvió a abrirse más que en determinadas circunstancias y con mucha dificultad.

Ahora le diré, Madre mía, en qué circunstancia recibí la inestimable gracia de mi completa conversión.

Todos los años, al volver a los Buissonnets después de oír la Misa del gallo, encontraba en la chimenea, como en los días de mi tierna infancia, los zapatos llenos de chucherías, lo cual prueba que hasta entonces se me trataba como a una niñita. Mi papá mismo gozaba viendo mi alegría y oyendo mis gritos de júbilo cada vez que sacaba una nueva sorpresa de los zapatos encantados, y su gozo aumentaba mi placer. Mas había llegado la hora en que Jesús quería librarme de los defectos de la infancia y privarme de los goces inocentes que ésta lleva consigo. Permitió que nuestro

querido padrecito, que en todas ocasiones me mimaba, demostrase esta vez, contra su costumbre, cierta contrariedad. Al subir a mi aposento le oí pronunciar estas palabras, que me traspasaron el corazón: *Es una sorpresa demasiado infantil ya para una jovencita como Teresita; espero que será éste el último año.*

Conociendo Celina mi extremada sensibilidad, me dijo en secreto: *No bajes inmediatamente, aguarda un poquito, porque no podrías contener las lágrimas al mirar las sorpresas delante de papá.* Pero Teresita no era la misma... ¡Jesús había cambiado su corazón!

Ahogando mis lágrimas, bajé rápidamente al comedor, y reprimiendo los latidos de mi corazón, tomé los zapatos y saqué *alegremente* todos los objetos, con el aire satisfecho de una reina. Reíase papá, sin que se retratase ya en su rostro la menor señal de disgusto, y Celina lo creía un sueño. Felizmente, era una dulce realidad: Teresita acababa de recobrar para siempre su fortaleza de alma, perdida allá a la edad de cuatro años y medio.

En aquella noche luminosa empezó, pues, el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más abundante en gracias del cielo. La obra que no había podido yo llevar a cabo durante tantos años, la realizó Jesús en un momento, contentándose con mi buena voluntad. Podía decir con los Apóstoles: "Señor, he pescado toda la noche sin lograr nada" (1). Y Jesús, usando conmigo de más misericordia todavía que con sus discípulos, *tomó El mismo la red, la echó,* y la sacó llena de peces; hizo de mí *un pescador de almas...*

Entró la caridad en mi corazón junto con la necesidad de olvidarme perpetuamente de mí misma, y desde entonces fuí dichosa.

* * *

Un domingo, al cerrar el devocionario después de terminada la Santa Misa, quedó, algo fuera de la página, una estampa de Nuestro Señor crucificado, asomando tan sólo una de sus manos divinas perforadas y ensangrentadas. A su vista, experimenté un sentimiento nuevo, inefable. Partióse mi corazón de dolor al contemplar aquella sangre preciosa que caía en tierra, sin que nadie se

(1) Luc., V, 5.

apresurara a recogerla, y resolví permanecer siempre en espíritu al pie de la cruz, para recibir el rocío divino de la salvación y esparcirlo después en las almas.

Desde aquel día, el grito de Jesús moribundo: "¡Tengo sed!", resonaba a cada instante en mi corazón, y lo encendía en un ardor vivísimo, hasta entonces para mí desconocido. Anhelaba dar de beber a mi Amado, sentíame yo también devorada por la sed de almas, y a todo trance quería arrancar de las llamas eternas a los pecadores.

Para estimular mi celo, no tardó en demostrarme el Buen Maestro que mis deseos le eran agradables. Oí hablar de un gran facineroso llamado Pranzini, condenado a muerte por crímenes horrendos; su impenitencia hacía temer la condenación eterna de su alma, y quise evitar este mal supremo e irremediable. A este fin, empleé todos los medios espirituales que pude imaginar, y convencida de que nada lograría por mí misma, ofrecí por su rescate los infinitos méritos de Nuestro Señor y los tesoros de la Santa Iglesia.

¿Me atreveré a decirlo? Sentía en lo íntimo de mi corazón la certidumbre de que mi ruego sería escuchado. Mas con el fin de cobrar ánimo para proseguir la conquista de las almas, hice esta ingenua oración:

"Dios mío, tengo la completa seguridad de que perdonaréis al desdichado Pranzini; lo creería aunque no se confesase ni diese señal alguna de contrición; tanta es mi confianza en vuestra infinita misericordia. Pero, Señor, es el primer pecador que os encomiendo; por tanto, os suplico que me concedáis tan sólo *una señal* de su arrepentimiento únicamente para consuelo de mi alma".

Mi oración fué atendida al pie de la letra. Papá no nos dejaba leer nunca los diarios; sin embargo, no creí desobedecer mirando las noticias concernientes a Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, abrí con afán el periódico *La Croix,* y ¿qué vieron mis ojos?...

¡Ah!, mis lágrimas delataron mi conmoción, por lo que tuve que retirarme a escape para ocultarlas. Pranzini había subido al cadalso sin confesión, sin absolución; ya los verdugos lo arrastraban hacia la fatal báscula, cuando, tocado de pronto por súbita inspiración, vuélvese, toma el Crucifijo que le presentaba el sacerdote, y, *¡besa por tres veces sus sagradas llagas!...*

La santa de Lisieux junto a su padre.

Santo Teresita y su hermana Celina.

Había obtenido, pues la señal deseada, y aquella señal era dulcísima para mí. ¿Por ventura no había penetrado en mi corazón la sed de almas al contemplar las llagas de Jesús, al ver correr su sangre divina? Quería darles a beber esta sangre inmaculada, para que las purificase de todas sus manchas; y los labios "de mi primer hijo" posáronse en aquellas divinas llagas. ¡Inefable respuesta! A partir de aquel favor tan singular, aumentó en mí cada día el deseo de salvar las almas; parecíame oír a Jesús decirme en voz baja como a la Samaritana: ¡Dame de beber! (2).

Era un verdadero cambio de amor; vertía yo en las almas la preciosa sangre de Jesús, a Jesús ofrecía estas mismas almas refrigeradas con el rocío del Calvario. De este modo trataba yo de apagar su sed; pero cuanto más le daba de beber, más grande era la sed de mi pobrecita alma, y aceptaba yo aquella sed ardorosa como la más delicada recompensa.

* * *

En muy corto espacio de tiempo me había sacado el Señor del estrecho círculo en que vivía, haciéndome dar el paso decisivo; mas, ¡ay!, me quedaba por recorrer todavía largo trecho.

Aligerada de sus escrúpulos y de su excesiva sensibilidad, se desarrolló mi alma. Yo, que siempre había amado lo grande, lo bello, me sentí poseída en aquella época de grandísimos deseos de saber. No contentándome con las lecciones de mi maestra, estudiaba por mi misma ciencias especiales; por este medio adquirí más conocimientos en algunos meses que durante todos los años de mis estudios. ¡Ay! ¿No era este afán *vanidad y aflicción de espíritu?*

Siendo de natural ardiente, me hallaba en el momento más peligroso de la vida. Pero el Señor hizo conmigo lo que refiere Ezequiel en sus profecías:

"Vio que había llegado para mí el tiempo de ser amada; hizo Alianza conmigo, y llegué a ser suya; extendió sobre mí su manto; me lavó con preciosos perfumes; me atavió con deslumbradores vestidos, dándome collares y perfumes inapreciables. Me alimentó con la harina más pura, con miel y aceite en abundancia. Parecí

(2) Juan, IV, 7.

entonces hermosa a sus ojos, y ha hecho de mí una reina poderosa" ([3]).

Sí, todo esto hizo conmigo Jesús. Podría examinar cada palabra de este inefable pasaje y demostrar que se realizó en pro de mí; pero las gracias antes mencionadas son ya suficiente prueba de ello. Hablaré, pues, tan sólo del alimento que el Divino Maestro me prodigó "en abundancia".

Desde hacía mucho tiempo sustentaba yo mi vida espiritual con "la harina más pura" contenida en la *Imitación*. Era éste el único libro que me producía algún bien, pues mi alma no había descubierto todavía los tesoros ocultos en el Santo Evangelio. Jamás separaba de mí un instante aquel librito, por lo cual se reía mi familia; y con frecuencia mi tía, abriéndolo al acaso, hacíame recitar el primer capítulo que le venía a mano.

Cuando a los catorce años se desarrolló en mí la afición a los estudios científicos, juzgó Dios necesario añadir "a la harina más pura, miel y aceite en abundancia", haciéndomelos gustar en las conferencias del Rvdo. Sr. Arminjon sobre *el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura*. Esta lectura sumergió mi alma en una felicidad que no es de la tierra; presentía yo lo que reserva Dios a los que le aman, y al considerar la desequilibrada proporción que existe entre las eternas recompensas y los insignificantes sacrificios de esta vida, deseaba amar, amar a Jesús con pasión, y darle mil pruebas de ternura mientras podía hacerlo todavía.

* * *

Celina había venido a ser la confidente íntima de mis pensamientos, particularmente desde el día de Navidad. Jesús, que deseaba que adelantáramos juntas, unió nuestros corazones con vínculos más poderosos que los de la sangre; hizo que llegásemos a ser *hermanas de alma*. En nosotras se realizaron las palabras de nuestro Padre San Juan de la Cruz, en su cántico espiritual:

A zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino ([4]).

([3]) Ezeq., XVI, 8, 9, 13.
([4]) Canción 25.

¡Sí, con paso muy ligero corríamos tras las huellas de Jesús! Y las abrasadoras chispas que iba sembrando El en nuestras almas, el vino delicioso y fuerte que nos daba a beber, hacían desaparecer a nuestros ojos las cosas pasajeras de la tierra; de nuestros labios brotaban aspiraciones de puro amor. ¡Con qué delicia recuerdo nuestras conversaciones de entonces! Cada noche, en el mirador, perdíase nuestra vista en el azul indefinido del cielo tachonado de estrellas de oro. Creo que recibíamos muy grandes gracias. Según dice la *Imitación:* "Dios se comunica a veces en medio de vivo esplendor, o bien suavemente velado bajo sombras y figuras" (5). De este modo se dignaba manifestarse a nuestros corazones; mas, ¡cuán sutil y transparente era aquel velo! No hubiera sido posible dudar; ya la fe y la esperanza abandonaban nuestras almas; el amor nos hacía hallar en la tierra a Aquel a quien buscábamos. "Habiéndolo hallado solo, nos besó, a fin de que nadie pudiera menospreciarnos en adelante" (6).

Estas impresiones divinas no debían quedar sin fruto; la práctica de la virtud se me hizo agradable y natural. Mi rostro delataba al principio la lucha interior de mi alma; pero poco a poco, la abnegación me pareció fácil, aun en el primer momento. Jesús lo ha dicho: "Al que tiene, se le dará todavía más, y estará en la abundancia" (7). Por una gracia recibida con fidelidad, me concedía otras muchas. Se me daba El mismo en la Santa Comunión con más frecuencia de lo que yo hubiera osado esperar. Había adoptado como regla de conducta hacer muy fielmente todas las comuniones que me permitiera mi confesor, sin pedirle jamás que aumentara el número de ellas. Hoy me las compondría de otra manera, pues estoy convencida de que un alma debe manifestar a su director el atractivo que siente por recibir a su Dios. No baja *cada día* del cielo para quedarse en el áureo copón, sino para encontrar otro cielo: el cielo de nuestra alma, en donde tiene sus delicias.

Conociendo Jesús mi deseo, inspiraba a mi confesor que me diera permiso para hacer varias comuniones cada semana, permiso que por venirme directamente de El, me colmaba de gozo. En aquel tiempo no me atrevía a manifestar mis sentimientos interiores; el camino que seguía era tan recto, tan luminoso, que no necesitaba

(5) Imit., 1, III, c. XLIII, 4.
(6) Cant., VIII, 1.
(7) Luc., XIX, 26.

más guía que Jesús. Comparaba yo a los directores con fieles espejos que reflejaban en las almas la imagen de Nuestro Señor, y pensaba que Dios no se valía conmigo de intermediario, sino que obraba directamente.

* * *

Cuando un jardinero rodea de cuidados un fruto que quiere hacer sazonar antes de tiempo, nunca es para dejarlo en el árbol, sino para servirlo en espléndida mesa. Con este fin, prodigaba Jesús sus gracias a su florecilla. Quería hacer brillar en mí su misericordia.

El, que en los días de su vida mortal exclamaba transportado de júbilo: "Padre mío, os bendigo porque habéis ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, para revelarlas a los pequeñuelos" ([8]). Porque era débil y pequeña, se rebajaba hacia mí instruyéndome suavemente en los secretos de su amor. Como dice San Juan de la Cruz en su Cántico del alma:

Sin otra luz ni guía,
Sino la que en el corazón ardía,
Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz de mediodía,
Adonde me esperaba
"Quien bien me conocía".

* * *

Este lugar era el Carmen: mas antes de sentarme a "descansar a la sombra de Aquel a quien deseaba" ([9]), tenía que pasar por muchas pruebas. A pesar de ello, el llamamiento divino llegó a ser tan apremiante que aunque me hubiera sido preciso atravesar el fuego, me hubiera abalanzado a él para responder a Nuestro Señor.

Para alentarme en mi vocación, solamente encontré un alma, la de mi querida Paulina. Mi corazón halló en el suyo un eco fiel, y sin ella no habría llegado yo a buen seguro a la bendita orilla que cinco años atrás la recibió a ella.

([8]) Luc., X, 21.
([9]) Cant., II, 3.

Sí, hacía cinco años que estaba alejada de Vuestra Reverencia, queridísima Madre mía; creía haberla perdido; pero en el momento de la prueba, fué su mano la que me indicó el camino que había de seguir. Necesidad tenía de este consuelo, pues mis visitas al locutorio me eran cada vez más penosas; no podía hablar de mi deseo de entrar en el Carmen sin que me sintiese inmediatamente rechazada. María, juzgándome demasiado joven, hacía cuanto podía para estorbar mis proyectos. Desde el principio no encontré más que obstáculos. Por otra parte, no me atrevía a decir nada a Celina, y este silencio me hacía padecer mucho; ¡me costaba tanto ocultarle algo! Con todo, pronto se enteró esta querida hermana de mi determinación, mas en vez de desanimarme, aceptó el sacrificio con admirable valor. Puesto que también deseaba ella ser religiosa, le correspondía marcharse antes que yo; pero a ejemplo de los mártires de la antigüedad, que daban alegremente el ósculo de despedida a sus hermanos elegidos para combatir antes que ellos en la arena, me dejó marchar, tomando tanta parte en mis pruebas como si se tratase de su propia vocación.

Por parte de Celina no tenía, pues, nada que temer; pero no sabía de qué medio valerme para anunciar mis proyectos a papá. ¿Cómo decirle que se separase de su reina, cuando acababa de sacrificar sus dos hijas mayores?... Además, aquel año lo tuvimos enfermo con un ataque de parálisis bastante grave, del cual es verdad que se repuso pronto, pero no por eso dejaba de preocuparnos mucho para lo porvenir.

¡Ay, cuánto luchó mi alma en su interior, antes de determinarme a hablar! Pero corría el tiempo y era preciso que me decidiera; iba a cumplir catorce años y medio; sólo faltaban seis meses para la hermosa noche de Navidad, y yo estaba decidida a entrar en el Carmen a la misma hora en que un año antes había recibido la gracia de mi conversión. Elegí la fiesta de Pentecostés para hacer mi gran confidencia. Durante todo el día pedí al Espíritu Santo que me iluminara, suplicando a los Apóstoles que rogasen por mí, que me inspirasen las palabras que tenía que decir. ¿No eran ellos, en efecto, los que debían ayudar a la tímida niña a quien Dios destinaba a ser apóstol de los apóstoles por la oración y el sacrificio?

Por la tarde, al volver de Vísperas, se me presentó la ocasión deseada. Papá había ido a sentarse a un banco del jardín, y allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El

sol poniente doraba con sus últimos rayos las altas copas de los árboles, y los pajaritos gorjeaban su oración de la noche.

Una expresión del todo celestial se reflejaba en el hermoso rostro de mi padre y sentía yo que la paz inundaba su corazón. Sin pronunciar una palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas, fuí a sentarme a su lado. Me miró con ternura indescriptible, y apoyando mi cabeza contra su pecho, me dijo: *¿Qué tienes, reinecita mía? Vamos, dime lo que te pasa...* Y levantándose como para disimular su propia emoción, empezó a andar lentamente sin dejar de estrecharme contra su pecho.

Derramando lágrimas, le hablé del Carmen y de mis deseos de entrar en él muy pronto. Entonces lloró él también, pero nada me dijo que pudiese desviarme de mi vocación; sólo me observó que era muy joven para tomar una determinación tan importante; mas como insistiese yo defendiendo bien mi causa, el natural recto y generoso de mi incomparable padre se dió muy pronto por convencido. Después de haber desahogado mi corazón, continuamos largo rato nuestro paseo; mi padre ya no lloraba, antes bien me hablaba como pudiera hacerlo un santo. Acercándose a un muro poco elevado, mostróme unas florecillas blancas que parecían azucenas en miniatura, y, tomando una de ellas, me la dió, explicándome con qué cuidados la había hecho florecer el Señor y la había conservado hasta aquel día.

Tan sorprendente era el parecido entre la florecilla y Teresita, que creía oír referir mi historia, por lo que recibí aquella florecilla como una reliquia. Noté que al tomarla papá, la había arrancado con todas sus raíces sin romperlas; parecía, pues, destinada a vivir aún en otra tierra más fértil, y pensé que lo mismo acababa de hacer conmigo, permitiéndome trocar el dulce valle, testigo de mis primeros pasos en la vida, por la montaña del Carmelo.

Pegué mi florecita blanca en una estampa de Nuestra Señora de las Victorias: la Virgen Santísima le sonríe y el Niño Jesús parece sostenerla en su manita. Ahí está todavía, sólo que el tallo se ha partido muy de cerca de la raíz, como si quisiera Dios avisarme que romperá muy pronto las ligaduras de su florecita, y no la dejará marchitarse en la tierra...

Con el consentimiento de papá, creía que podría volar sin temor al Carmen. Mas, ¡ay!, mi tío, después de oír a su vez mis confidencias, declaró que le parecía contraria a la prudencia humana esa

entrada en una orden austera a los quince años; que sería en perjuicio de la religión consentir que una niña abrazara tal género de vida, y terminó añadiendo que, por su parte, se opondría lo que pudiese a ello, y que, a menos que interviniese un milagro, no cambiaría de opinión. Dándome cuenta de que todos los razonamientos eran inútiles, me retiré con el corazón sumido en la más profunda amargura. La oración era mi único consuelo; suplicaba a Jesús que hiciera el milagro pedido, puesto que sólo a tal precio podía yo responder a su llamamiento. Transcurrió bastante tiempo; parecía que mi tío se había olvidado de nuestra conversación, pero supe más tarde que muy al contrario le daba yo gran cuidado.

Antes de hacer que luciese en mi alma un rayo de esperanza, quiso enviarme el Señor, por espacio de tres días, otro dolorosísimo martirio. ¡Ah, nunca como entonces me hice cargo de la amargura de la Virgen Santísima y de San José al buscar al divino Niño perdido por las calles de Jerusalén! Me hallaba en una soledad espantosa, o más bien, se asemejaba mi alma al frágil esquife abandonado sin piloto a merced de las tempestuosas ondas. Sé que Jesús estaba allí durmiendo en mi barquilla, pero ¿cómo verle en medio de la oscuridad de tan lóbrega noche? Si hubiera estallado abiertamente la tempestad, quizá algún relámpago hubiera rasgado las densas nubes de mi alma. Indudablemente, triste luz es la de los relámpagos; pero a su fulgor hubiera visto por un instante al Amado de mi corazón.

Mas, no... ¡era la noche, la noche profunda, el desamparo completo, una verdadera muerte! Como el Maestro Divino en el huerto de la Agonía, me sentía sola, sin encontrar consuelo ni en el cielo ni en la tierra. La naturaleza parecía tomar parte en mi amarga pena; durante aquellos tres días, no brilló el más leve rayo de sol, y llovió torrencialmente. Tengo bien comprobado que en todas las circunstancias de mi vida ha reflejado la naturaleza la imagen de mi alma. En mi aflicción, ha llorado el cielo conmigo, y en mis alegrías, ni la más ligera nubecilla ha oscurecido el firmamento.

Al cuarto día, que era sábado, fuí a ver a mi tío. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarle completamente cambiado respecto a mí! En primer lugar, sin que mediase indicación alguna de mi parte, me introdujo en su despacho; luego comenzando por dirigirme suaves reproches por lo cohibida que me mostraba con él, me dijo que

no era ya necesario el milagro exigido, pues habiéndole rogado al Señor que inclinase su corazón a mi deseo, se lo había concedido. ¡Yo no lo reconocía ya! Me abrazó con ternura de padre, añadiendo con voz conmovida: *Vete en paz, querida hija, eres una florecilla privilegiada que el Señor quiere para sí; no me opondré yo a Su deseo.*

¡Con qué alegría tomé de nuevo el camino de Buissonnets, *bajo un hermoso cielo cuyas nubes se habían disipado por completo!* También en mi alma había cesado la noche. Al despertarse Jesús, me había devuelto la alegría; ya no oía el ruido de las olas; en vez del huracán de la tribulación, henchía mi vela una suave brisa, creyéndome ya en el puerto. Pero, ¡ay!, había de desencadenarse todavía más de una tormenta que me haría temer, en determinadas horas, verme alejada de la tan anhelada orilla, sin esperanza de regreso.

Obtenido ya el consentimiento de mi tío, supe por Vuestra Reverencia, Madre mía, que el Superior del Carmen no permitía mi entrada hasta la edad de veintiún años. Nadie había contado con esta oposición, la más grave, la más invencible de todas. Con todo, sin desanimarme, fuí yo misma con mi padre a exponerle mis deseos. Recibióme muy fríamente; ningún argumento logró cambiar sus disposiciones, y nos despedimos sin obtener de él más que un *no* terminante. *No obstante ello,* añadió, *no soy más que un delegado de Su Ilustrísima; si él consiente en esta entrada, nada tendré que decir.* Al salir de la rectoría, *llovía torrencialmente.* ¡Ay! ¡Negros nubarrones cubrían también todo el cielo de mi alma! Papá no sabía cómo consolarme; me prometió que me llevaría a Bayeux si yo lo deseaba, y acepté la oferta con agradecimiento.

* * *

Muchos sucesos ocurrieron antes de que nos fuera dado emprender el viaje. Exteriormente, mi vida parecía la misma; estudiaba, y sobre todo crecía en amor de Dios; a veces sentía arranques, verdaderos transportes...

Una noche, no sabiendo cómo demostrarle a Jesús mi amor y mi ardiente deseo de verle servido y glorificado en todas partes, pensé con dolor que de los abismos del infierno no subiría jamás hasta El ni un solo acto de amor, y exclamé entonces que de buena

gana me vería sumergida en aquel lugar de tormentos y blasfemias para que allí fuera eternamente amado. No podría esto glorificarle, puesto que el Señor sólo desea nuestra felicidad; pero cuando se ama, se experimenta la necesidad de decir mil locuras. Hablaba de esta manera, no porque el cielo no excitara mi deseo, sino porque entonces mi único cielo era *el amor,* y en mi entusiasmo, sentía que nada podría separarme del objeto divino que me había enajenado...

Por aquel tiempo me dió Nuestro Señor el consuelo de tratar de cerca almas de niños. He aquí en qué circunstancias: Durante la enfermedad de una pobre madre de familia, me ocupé mucho de sus dos niñitas, la mayor de las cuales no contaba aún seis años. Era para mí un verdadero gusto ver con qué ardor creían todo cuanto yo les decía. Profundo debe ser el germen de las virtudes teologales depositado por el santo bautismo en las almas, puesto que, ya en la infancia, la esperanza de los bienes futuros basta para hacer aceptar los sacrificios.

Cuando quería ver a mis dos niñitas muy avenidas entre sí, en vez de prometerles juguetes y dulces, les hablaba de las recompensas eternas que dará el Niño Jesús a los niños buenos. La mayorcita, cuya razón comenzaba a desarrollarse, me miraba con expresión de intensa alegría, y me hacía mil preguntas embelesadoras acerca del Niño Jesús y de su hermoso cielo. Me prometía después, con entusiasmo, que cedería siempre en todo a su hermanita, añadiendo que jamás olvidaría las lecciones de "la señorita grande", como me llamaba.

Comparaba a aquellas almas inocentes con la cera blanda, en la cual puede grabarse con facilidad cualquier señal... ¡ay!, por desgracia, así del mal como del bien; por esto comprendí las palabras de Jesús que "más le valdría a uno ser precipitado en el mar que escandalizar a uno solo de estos pequeñuelos" (10). ¡Ah, cuántas almas llegarían a muy elevada perfección, si desde el principio fuesen bien dirigidas!

Sé que Dios no necesita de nadie para llevar a cabo su obra de santificación; mas si así como permite a un hábil jardinero cultivar plantas raras y delicadas, dándole la ciencia necesaria para este objeto, pero reservándose el poder de fecundizarlas, del propio modo quiere ser secundado en la divina cultura de las almas. ¿Qué

(10) Mat., XVIII, 6.

sucedería si un horticultor poco hábil injertara mal sus árboles, o no supiera distinguir la naturaleza de cada uno, sino que quisiera, por ejemplo, hacer brotar rosas en un melocotonero?

Tráeme esto a la memoria que en otro tiempo tenía yo entre mis pájaros un canario, que cantaba admirablemente, y también un pardillo, al cual había criado desde su salida del nido, prodigándole particulares cuidados. El pobrecito prisionero, privado de las lecciones de música de sus padres, y no oyendo desde la mañana a la noche más que los alegres trinos del canario, quiso imitarle un día. ¡Difícil empeño para un pardillo! Era curioso ver los esfuerzos del pobrecillo, a cuya dulce voz le costó mucho acomodarse a las vibrantes notas de su maestro. Esto no obstante, lo consiguió, con gran sorpresa mía, y su canto llegó a ser enteramente igual al del canario.

¡Oh, Madre mía, bien lo sabe Vuestra Reverencia quién me enseñó a cantar desde mi infancia! ¡Bien conoce las voces que me enamoraron! Y ahora espero poder repetir un día eternamente, a pesar de mi debilidad, el canto de amor cuyas armoniosas notas he oído modular tantas veces acá en la tierra...

* * *

Pero, ¿en dónde estoy? Estas reflexiones me han llevado demasiado lejos... Vuelvo a emprender inmediatamente el relato de mi vocación.

Acompañada sólo de mi padre, con el corazón lleno de esperanza, pero conmovidísima a la idea de presentarme en el Obispado, me dirigí a Bayeux el 31 de octubre de 1887. Por vez primera en mi vida iba a hacer una visita sin ir acompañada de mis hermanas; y esta visita era nada menos que a un Obispo. Yo, que solamente tomaba parte en las conversaciones para contestar a las preguntas que me hacían, había de explicar y desenvolver las razones que me movían a solicitar mi entrada en el Carmen, de manera que quedase manifiesta la solidez de mi vocación.

¡Cuánto me costó vencer mi timidez! ¡Ah, cuán cierto es que "el amor no encuentra jamás imposibles, porque cree que todo lo puede y que todo le es permitido"! ([11]). En efecto: sólo el amor

([11]) Imit., l, III, c. V, 4.

de Jesús pudo decidirme a arrostrar aquellas dificultades y todas las que siguieron, pues tuve que comprar mi felicidad a costa de grandes pruebas. Claro es que hoy me parece haberla pagado a muy poco precio, por lo cual estaría dispuesta a soportar penas mil veces más amargas que las pasadas para adquirirla, si aún no la hubiese conseguido.

Cuando llegamos al Obispado, parecía que se habían *abierto todas las cataratas del cielo.* El Vicario General Sr. Révérony, que había fijado por sí mismo la fecha de visita, mostróse muy amable, aunque algo sorprendido. Al notar las lágrimas que se agolpaban a mis ojos, me dijo: *¡Ah, veo brillar diamantes; cuidado con enseñárselos a Su Excelencia!*

Atravesamos grandes salones, donde me parecía a mí misma una hormiguita, preguntándome lo que me atrevería a decir. Paseábase en aquel momento el señor Obispo por una galería en compañía de dos sacerdotes; acercóse el señor Vicario General, cambiando con él algunas palabras, y a poco entraron los dos en la habitación en que esperábamos. Había tres enormes sillones colocados delante de la chimenea, en la que chisporroteaba un fuego muy vivo.

Al entrar el señor Obispo, púsose papá de rodillas junto a mí para recibir su bendición; después nos hizo sentar Su Excelencia Ilustrísima. El señor Révérony me ofreció el sillón del medio; yo me excusé cortésmente, pero él insistió diciéndome que diera pruebas de saber obedecer. A estas palabras me resigné sin la menor réplica, y llena de confusión, vi que él tomaba asiento en una silla, mientras yo me hundía en el sillón monumental donde cuatro como yo hubieran cabido cómodamente, mucho mejor que mi personilla, pues distaba mucho de hallarme bien en él. Esperaba que papá tomara la palabra, pero no fué así, sino que me invitó a explicar yo misma el objeto de nuestra visita. Lo hice con la mayor elocuencia que supe, íntimamente persuadida de que una sola palabra del Superior me hubiera valido más que todas mis razones. Por desdicha, su oposición no abogaba mucho en favor mío.

Me preguntó Su Excelencia si hacía mucho tiempo que deseaba entrar en el Carmen. *¡Oh, sí, Monseñor, hace mucho tiempo!,* le respondí. *¡Vaya!,* repuso riendo el Rvdo. señor Révérony. *Nunca podrá hacer más de quince años. Verdad es,* repliqué; *pero no rebaje mucho, pues desde la edad de tres años he deseado entregarme a Dios.*

Creyendo Su Excelencia complacer a papá, intentó convencerme de que debía permanecer todavía algún tiempo a su lado. ¡Cuál no sería el asombro y edificación del prelado al ver que mi padre tomaba mi defensa, añadiendo con expresión llena de bondad, que habíamos de ir a Roma con la peregrinación diocesana, y que yo no vacilaría en hablar del asunto al Santo Padre, si es que no obtenía antes el permiso solicitado!

A pesar de esto, el señor Obispo juzgó indispensable tener una entrevista con el Superior, antes de darnos una respuesta definitiva. Nada podía decirme que me apenara tanto como esto, pues sabía su formal y terminante oposición. De modo que, olvidando la recomendación del señor Révérony, no sólo *enseñé diamantes* a Su Excelencia, sino que le hice *presente de ellos*. Monseñor, a quien vi hondamente conmovido, me prodigó caricias, como nunca, según dicen, las había recibido de él, ninguna otra niña.

No está todo perdido, querida hijita, me dijo; *pero me alegro mucho de que hagas ese viaje a Roma con tu buen padre; así puede afirmarse más tu vocación. ¡En vez de llorar, deberías alegrarte! Además, la semana que viene pienso ir a Lisieux, hablaré de ti al Superior, y seguramente recibirás mi respuesta en Italia.*

Su Excelencia nos acompañó hasta el jardín; papá despertó vivamente su interés, refiriéndole que aquella misma mañana me había puesto moño alto para aparentar más edad. No se echó esto en saco roto; hoy sé que Monseñor no hablaba a nadie de su *hijita* sin contar la historia del peinado. Confieso que hubiera preferido que esto quedara en secreto. El señor Vicario General nos acompañó hasta la puerta, diciendo que jamás se había visto un caso semejante al nuestro; un padre tan impaciente por ofrecer a su hija a Dios como ésta por consagrarse a El.

Tuvimos, pues, que emprender la vuelta a Lisieux sin haber obtenido respuesta favorable. Mi porvenir me parecía deshecho para siempre; cuanto más se aproximaba el término, más se embrollaban mis asuntos. Con todo, siempre conservé en el fondo de mi alma una paz inalterable, porque buscaba tan sólo la voluntad de Dios.

CAPITULO VI

Viaje a Roma. Audiencia de S. S. León XIII. Respuesta del señor Obispo de Bayeux. Tres meses de espera.

TRES meses después de mi visita a Bayeux, emprendí otro viaje mucho más largo, el de la Ciudad Eterna. Demostróme este último viaje la nada de todas las cosas pasajeras. A pesar de ello, pude contemplar espléndidos monumentos y maravillas del arte y de la religión; sobre todo pisé la misma tierra que habían pisado los santos Apóstoles, la tierra regada con la sangre de los mártires, dilatándose mi alma al contacto de las cosas santas.

Muy satisfecha estoy de haber ido a Roma; pero comprendo que algunas personas supusieron que emprendía mi padre aquel viaje con objeto de desviarme de mis ideas de vida religiosa. Verdaderamente, había motivos para quebrantar una vocación poco segura.

En primer lugar, nos encontramos Celina y yo en medio de personas de la más selecta y elegante sociedad, de la cual se componía casi exclusivamente la peregrinación. ¡Ah, aquellos títulos de nobleza, en vez de deslumbrarnos, nos parecieron humo vano! Claramente comprendí las palabras de la *Imitación:* "No persigáis esa vana sombra que en el mundo llaman un gran nombre" (1). Comprendí que la verdadera grandeza se halla no en el nombre, sino en el alma.

Dice el Profeta que "el Señor dará OTRO NOMBRE a sus elegidos" (2), y leemos en el Apocalipsis: "El vencedor recibirá una piedra blanca sobre la cual estará escrito un NOMBRE NUEVO, desconocido de todos, excepto de aquel que le recibe" (3). En el

(1) Imit., 1, III, c. XXIV, 2.
(2) Is., LXV, 15.
(3) Apoc., II, 17.

cielo, pues, sabremos nuestros títulos de nobleza. Allí "recibirá cada cual, de Dios, la alabanza merecida" (4), y el que, por amor a Nuestro Señor, haya preferido ser en la tierra el más pobre y el más desconocido, será el primero, el más noble y el más rico.

La segunda cosa de que me di cuenta se refería a los sacerdotes. Hasta entonces me había sido imposible comprender el fin principal de la reforma del Carmen; rogar por los pecadores me embelesaba; pero, ¡rogar por los sacerdotes, cuyas almas me figuraba más puras que el cristal, me parecía muy extraño! En Italia comprendí mi vocación: ¡no era ir demasiado lejos a buscar tan útil conocimiento!

En el espacio de un mes traté a muchos santos sacerdotes; entonces vi que si su dignidad sublime los eleva sobre los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles. Por tanto, si sacerdotes santos a quienes llama Jesús en el Evangelio *sal de la tierra,* muestran que tienen necesidad de oraciones, ¡qué diremos de los tibios! ¿Por ventura no son también de Jesús aquellas palabras: "Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se la sazonará?" (5).

¡Oh, Madre mía, qué hermosa es nuestra vocación! A nosotras, al Carmen, corresponde conservar la sal de la tierra. Ofrecemos nuestros sacrificios y oraciones por los apóstoles del Señor; nosotras mismas debemos ser sus apóstoles, mientras evangelizan ellos con sus palabras y ejemplos las almas de nuestros hermanos. ¡Qué misión tan noble es la nuestra! Mas, me detengo, porque tratando este tema, no se detendrá jamás mi pluma...

* * *

Le referiré mi viaje, amada Madre mía, con algunos detalles:

El 4 de noviembre, a las tres de la mañana, atravesábamos la ciudad de Lisieux, sepultada aún en las sombras de la noche. Mil impresiones pasaron por mi alma; sentíame ir hacia lo desconocido, sabía que me esperaban allá grandes cosas.

Al llegar a París, nos hizo visitar papá todas las maravillas que encierra; en cuanto a mí, sólo encontré una: *Nuestra Señora de las Victorias.* Me sería imposible explicar lo que experimenté

(4) I Cor., IV, 5.
(5) Mat., V, 13.

en su bendito santuario. Las gracias que me concedió, por la paz y la felicidad que inundaron mi alma, se parecieron a las de mi Primera Comunión...

Allí *me dijo claramente* mi Madre la Virgen María, *que era ella la que me había sonreído y sanado.* ¡Con cuánto fervor le supliqué que me guardara siempre y realizara mis propósitos, cobijándome bajo la sombra de su manto virginal! Le pedí, además, que alejara de mí todas las ocasiones de pecado, porque no ignoraba que encontraría durante mi viaje muchas causas de perturbación. No conocía el mal y temía descubrirlo; no había experimentado "que todo es puro para los puros" (6), que el alma recta y sencilla no ve mal en nada, porque el mal sólo se aloja en los corazones impuros, y no en los objetos insensibles. Me encomendé también a San José, cuya devoción fué siempre inseparable del amor que consagré a la Santísima Virgen desde mi infancia. Diariamente rezaba la oración: *¡Oh, San José, Padre y protector de las vírgenes!* Me parecía, pues, estar bien protegida y resguardada de todo peligro.

Salimos de París el 7 de noviembre, después de consagrarnos al Sagrado Corazón en la basílica de Montmartre. Como se tratase de poner cada departamento del vagón bajo la advocación de un Santo, convínose en conceder este honor a alguno de los sacerdotes que viajaban en él, ya adoptando su patrono, ya el de su parroquia.

Al llegar el turno al nuestro, oímos que, en presencia de todos los peregrinos, le llamaban *San Martín.* Papá agradeció mucho esta delicada deferencia, e inmediatamente fué a darle las gracias al Director de la Peregrinación, Monseñor Legoux, Vicario General de Coutances. Desde entonces, mucha gente no le llamaba de otro modo que *el señor San Martín.*

El Reverendo señor Révérony observaba atentamente todas mis acciones; notaba yo que me vigilaba continuamente, hasta en la mesa; si no me sentaba frente a él, encontraba modo de inclinarse para verme y oírme. Creo que debió quedar satisfecho de su examen, pues al final del viaje pareció bien dispuesto en favor mío. Y digo *al final,* porque en Roma pensó en todo menos en servirme de abogado, como más adelante explicaré.

* * *

(6) Tit., I, 15.

De camino para Roma, atravesamos Suiza, con sus altas montañas cuyas nevadas cimas se pierden en las nubes, con sus cascadas y profundos valles cubiertos de helechos gigantescos y de rosados brezos.

¡Oh, amadísima Madre mía, cuánto bien hicieron a mi alma aquellas bellezas naturales prodigadas con tanta profusión! ¡Cómo me elevaron hacia Aquel que se ha complacido en derrochar tales obras maestras en un lugar de destierro que sólo ha de durar un día!

A veces escalábamos la cumbre de las montañas, contemplando con frecuencia a nuestros pies los profundos e insondables precipicios que parecían querer engullirnos. Ora atravesábamos un pueblecito precioso, con sus *chalets* y su lindo campanario, encima del cual se balanceaban ligeras nubecillas; ora admirábamos un vasto lago, de tranquilas y transparentes ondas, cuyo tinte azulado se mezclaba con los dorados resplandores del sol poniente.

¿Cómo describir mis impresiones ante aquel espectáculo tan poético y grandioso? Mi alma presentía las maravillas del cielo... La vida religiosa se me aparecía tal cual es, con sus sujeciones, sus insignificantes sacrificios cotidianos consumados en la oscuridad. Entonces comprendía lo muy fácil que es llegar una a replegarse sobre sí misma y olvidar el fin sublime de su vocación, por lo que pensaba: "Más tarde, cuando me visite la tribulación, y, prisionera en el Carmen, no pueda divisar más que un rinconcito del cielo, me acordaré del espectáculo de que gozan hoy mis ojos; este cuadro me infundirá valor. Pensando en la grandeza y poder de Dios, no daré importancia a mis pequeños intereses; le amaré a Él únicamente y no tendré la desgracia de apegarme a insignificancias ahora que mi corazón vislumbra lo que reserva el Señor a los que le aman".

* * *

Después de haber contemplado las obras de Dios, pude admirar también las de sus criaturas. La primera ciudad de Italia que visitamos fué Milán. Su catedral de mármol, con sus estatuas, tan numerosas que pueden formar un pueblo, fué objeto de un estudio especial por parte nuestra.

Santa Teresita a los diez años de edad.

Santa Teresita al cumplir los trece años.

Abandonando Celina y yo a las señoras pusilánimes que a los primeros peldaños del edificio se taparon la cara con las manos, seguimos a los romeros más atrevidos y llegamos a la más alta torrecilla, contemplando a nuestros pies la ciudad de Milán, cuyos habitantes parecían hormiguitas. Descendimos de nuestro pedestal y comenzamos una serie de excursiones en coche que debían durar un mes y sacarme para siempre del deseo de dejarme arrastrar sin cansancio.

El Campo Santo nos maravilló. Sus estatuas de mármol blanco, a las que el cincel del genio parece haberles comunicado vida, están diseminadas por el vasto cementerio, con cierto descuido que no carece de arte. Casi se siente uno tentado de consolar a aquellos personajes alegóricos de que se ve rodeado: ¡tan verdadera es su expresión de dolor tranquilo y cristiano! ¡Qué magníficas obras de arte! Aquí un niño que esparce flores en la sepultura de su padre; llega uno a olvidar la pesantez del mármol; los delicados pétalos parecen resbalar entre los dedos del niño. Más allá, el ligero velo de las viudas y las cintas que adornan la cabellera de las jóvenes, parecen flotar al capricho del viento.

No encontrábamos palabras para expresar nuestra admiración, cuando un caballero francés, ya de edad, que nos seguía a todas partes, sintiendo sin duda no poder compartir nuestros sentimientos, exclamó malhumorado: *¡Ah qué entusiastas son los franceses!* Creo que aquel buen señor hubiera hecho mejor en quedarse tranquilamente en su casa. En vez de gozar de aquel viaje, no hizo más que quejarse continuamente; de todo estaba descontento; de las ciudades, de los hoteles, de la gente...

Papá, que se encontraba bien en cualquier parte, pues era de índole diametralmente opuesta a la de su desagradable vecino, intentaba muchas veces alegrarle, ofrecíale su puesto en el coche y en otras partes, y con su habitual grandeza de alma, mostrábale el lado bueno de las cosas, pero nada lograba disipar el mal humor de aquel hombre. ¡Qué diversidad de personas! ¡Qué estudio tan curioso e interesante ofrece el mundo cuando uno está en vísperas de dejarlo!

En Venecia cambió completamente la decoración. En lugar del tumulto de las grandes ciudades, reina un profundo silencio, interrumpido tan sólo por los gritos de los gondoleros y el murmullo de las ondas agitadas por los remos. A esta ciudad no le faltan atrac-

tivos, pero es triste. El mismo palacio de los Dux, con todas sus magnificencias, es triste. Hace ya mucho tiempo que el eco de sus sonoras bóvedas dejó de repetir la voz de los gobernadores dictando sentencias de vida o muerte en las salas que visitamos. Han dejado ya de sufrir los infelices condenados, enterrados vivos en aquellos oscuros calabozos.

Al visitar aquellas terribles cárceles, me creía transportada al tiempo de los mártires; con júbilo hubiera elegido yo por morada aquel tenebroso asilo, si hubiera sido para confesar mi fe; mas presto la voz del guía me arrancó de mis ensueños, y atravesé el *Puente de los Suspiros,* así llamado a causa de los suspiros de alivio que exhalaban los pobres prisioneros al verse libres del horror de aquellas mazmorras más temidas que la misma muerte.

Después de habernos despedido de Venecia, veneramos en Padua la lengua de San Antonio, y más tarde, en Bolonia, el cuerpo de Santa Catalina, cuyo rostro conserva la señal del beso del Niño Jesús.

* * *

Con gran alegría me vi en el camino de Loreto. ¡Cuán bien eligió la Santísima Virgen este sitio para depositar su bendita Casa! Allí todo es pobre, sencillo y primitivo; sus mujeres no han adoptado, como las de las otras ciudades, la moda de París, sino que conservan el airoso traje italiano. Desde todo punto de vista, Loreto me cautivó.

¿Qué diré de la Santa Casa? Una conmoción intensa se apoderó de mí al encontrarme bajo el mismo techo que cobijó a la Sagrada Familia, al contemplar las paredes en que fijó sus divinos ojos Nuestro Señor, al pisar la tierra que regó San José con sus sudores, donde María llevó en sus brazos a Jesús, después de haberlo llevado en su seno virginal. Vi el cuartito de la Anunciación. Puse mi rosario en la escudilla del divino Niño; ¡qué dulcísimos recuerdos!

Pero nuestro mayor consuelo fué el de recibir a Jesús *en su casa,* viniendo a ser de este modo su templo vivo en el mismo lugar que honró Él con su divina presencia. Según la costumbre romana, la Sagrada Eucaristía se guarda en todas las iglesias solamente en un altar, y tan sólo en él la distribuyen los sacerdotes. En Loreto, este altar está en la basílica que encierra la Santa Casa, como un diamante precioso en un estuche de mármol blanco. Esto no nos convenía;

en el mismo *diamante* y no en el estuche queríamos recibir el Pan de los Angeles.

Papá, con su habitual mansedumbre, siguió a los peregrinos, mientras que sus hijas, menos sumisas, se encaminaban a la *Santa Casa*. Por especial privilegio, se disponía un sacerdote a celebrar allí la santa Misa; le comunicamos nuestro deseo, y al punto aquel celoso sacerdote pidió dos hostias pequeñas que colocó en su patena. ¡Ya adivinará Vuestra Reverencia, Madre mía, la inefable felicidad de aquella comunión! Las palabras son demasiado pobres para poder explicarla. ¿Qué será, pues, cuando comulguemos eternamente en la morada del *Rey de los Cielos?* Entonces nuestra alegría no tendrá límites, no nos entristecerá el dolor de la separación, no será menester raspar furtivamente, como hicimos, las paredes santificadas por la presencia divina, puesto que su casa será la nuestra por los siglos de los siglos.

No quiere darnos la de la tierra, nos la enseña tan sólo para hacernos amar la pobreza y la vida oculta; pero nos reserva su palacio de gloria en donde se nos mostrará, no ya velado bajo la apariencia de un niño o de un pedazo de pan, sino tal cual es, en todo el brillo de su infinito esplendor.

* * *

Ahora hablaré de Roma; de Roma en donde esperaba encontrar consuelo, pero en donde hallé la cruz. Llegamos de noche; yo, que me había dormido en el vagón, desperté a los gritos de los empleados de la estación, repetidos con entusiasmo por los peregrinos: *¡Roma! ¡Roma!* ¡No era un sueño: realmente estaba en Roma!

El primer día, que tal vez fué el más delicioso, lo pasamos extramuros. En el centro de Roma, en presencia de hoteles y almacenes, se cree uno en París; pero en las afueras, todos los monumentos conservan su sello de antigüedad.

Aquella excursión por la campiña romana dejó grabado en mi alma un recuerdo particularmente perfumado. ¿Cómo podré expresar la impresión que me hizo estremecer a la vista del Coliseo? ¡Por fin contemplaban mis ojos aquella arena donde tantos mártires derramaron su sangre por Cristo! Ya me disponía a besar la tierra santificada por los gloriosos combates, pero, ¡qué decepción!... El

terreno ha sido rellenado, y la verdadera arena está sepultada a unos ocho metros de profundidad. A consecuencia de las excavaciones, el centro no es más que un montón de escombros, y una barrera infranqueable impide la entrada. Además, nadie se atreve a internarse en medio de aquellas peligrosas ruinas.

¿Era cosa de llegar a Roma y no bajar al Coliseo? ¡No, de ningún modo! Sin escuchar ya las explicaciones del guía, sólo me embarga un pensamiento: ¡bajar a la arena!

Dice el Santo Evangelio que Magdalena, siempre junto al Sepulcro, e inclinándose repetidas veces para mirar adentro, acabó por ver dos ángeles. A fuerza de inclinarme como ella, también vi yo, no dos ángeles, sino lo que buscaba, por lo que, lanzando una exclamación de alegría dije a Celina: *Ven, sígueme; podremos pasar.* Sin perder un momento, nos lanzamos las dos trepando por las ruinas, que rodaban bajo nuestros pies, mientras papá admirado de nuestra audacia, nos llamaba de lejos. Pero nosotras nada oíamos ya.

A semejanza de los guerreros que sienten crecer su valor puestos en el peligro, crecía nuestro gozo a proporción de nuestra fatiga y del peligro que afrontábamos para alcanzar el término de nuestros deseos.

Celina, más previsora que yo, había escuchado las explicaciones del guía, y recordando que aquél acababa de señalar cierto empedradito en cuadro como el lugar en donde combatían los mártires, se puso a buscarlo. Habiéndolo hallado pronto, nos arrodillamos sobre aquella tierra bendita, confundiéndose nuestras almas en una misma plegaria... Mi corazón latía violentamente cuando acerqué mis labios al polvo enrojecido con la sangre de los primeros cristianos. Imploré la gracia de ser también mártir por Jesús, y sentí en lo íntimo de mi corazón que era atendida mi petición.

Todo esto duró muy poco tiempo. Después de recoger algunas piedrezuelas, deshicimos el peligroso camino ya andado. Al vernos tan contentas, papá no tuvo valor para reprendernos, y aun conocí que se sentía orgulloso de nuestro valor.

* * *

Después del Coliseo, visitamos las Catacumbas. Allí Celina y Teresita encontraron modo de acostarse juntas en el fondo del antiguo sepulcro de Santa Cecilia y tomar un puñado de tierra santificada por sus benditas reliquias.

Antes de aquel viaje, no sentía yo ninguna devoción particular por dicha santa; pero al visitar su casa y el lugar de su martirio, al oírla proclamar *reina de la armonía* por razón del canto virginal que dejó oír en lo íntimo de su corazón a su celestial Esposo, sentí por ella algo más que devoción: verdadera ternura de amiga. Llegó a ser mi santa predilecta, mi confidente íntima. Lo que más me cautivaba en ella era su completa entrega de sí misma y su ilimitada confianza en Dios, que la hicieron capaz de *virginizar a almas que jamás* ambicionaron otra cosa que los goces de la vida presente. Santa Cecilia es semejante a la esposa de los Cantares; veo en ella "un coro musical en medio de un campamento de ejército" (8). Toda su vida fué un canto melodioso, aun en medio de las mayores tribulaciones; y en esto no lo extraño, puesto que "el Santo Evangelio reposaba en su pecho" (9), y en su corazón descansaba el Esposo de las vírgenes.

Muy grata fué también para mí la visita a la iglesia de Santa Inés; me encontré allí con una amiga de la infancia. Intenté, pero sin ningún resultado, obtener una reliquia suya para llevársela a mi madrecita Inés de Jesús. Me la rehusaron los hombres, pero Dios intervino; despegóse una piedrecita de mármol rojo, de un rico mosaico cuyo origen se remonta al tiempo de la dulce mártir, y vino a caer a mis pies. ¡Qué encanto!, ¿verdad? Santa Inés me daba ella misma un recuerdo de su casa.

* * *

Invertimos seis días contemplando las principales maravillas de Roma, y el séptimo vi la mayor de todas: León XIII. Deseaba y temía al propio tiempo que llegara ese día; de él dependía mi vocación, pues no habiendo recibido respuesta alguna del señor

(8) Cant., VII, 1.
(9) Oficio de Santa Cecilia.

Obispo, el permiso del Padre Santo era mi única tabla de salvación. Mas para obtenerlo, era menester pedirlo; tenía que *atreverme a hablar al Papa,* y esto en presencia de varios Cardenales, Arzobispos y Obispos. Sólo de pensarlo, me estremecía.

El domingo 20 de noviembre, por la mañana, entramos en el Vaticano en la capilla del Sumo Pontífice. A las ocho asistimos a la Misa que celebraba el Papa; la ardiente piedad con que celebró el Santo Sacrificio, piedad digna del Vicario de Jesucristo, nos mostró que verdaderamente era el *Padre Santo.*

En el Evangelio de aquel día se leían aquellas encantadoras palabras: "No temas, pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de mi Padre daros su reino" (10). Y mi corazón se entregaba a la más viva confianza. No, nada temía, esperaba que el reino del Carmen me pertenecería muy pronto. No tomaba entonces en cuenta estas otras palabras de Jesús: "Os preparo mi reino como mi Padre me lo preparó a mí" (11). Es decir, os reservo cruces y tribulaciones; de esta manera llegaréis a ser dignos de poseer mi reino. "Ha sido necesario que Cristo padeciese antes de entrar en su gloria" (12). "Si deseáis tomar asiento a su lado, bebed el cáliz que bebió El mismo" (13).

Concluída la Misa de acción de gracias, que siguió a la de Su Santidad, comenzó la audiencia.

Hallábase sentado León XIII en un sillón elevado, y le rodeaban en pie los prelados y otros altos dignatarios eclesiásticos. Vestía sencillamente sotana blanca y muceta del mismo color. Segrino, advirtiéndole así que se levantase y pasara a otra sala para primero el pie, luego la mano del augusto Pontífice, y recibía su bendición; después dos guardias nobles tocaban con el dedo al peregrino, advirtiéndole así que se levantase y pasara a otra sala para dejar sitio al siguiente.

A pesar de que nadie decía una palabra, yo estaba bien decidida a hablar, cuando de pronto el Rvdo. señor Révérony, que se hallaba a la derecha de su Santidad, nos hizo advertir muy claro *que se prohibía terminantemente hablar al Santo Padre;* volvíme a

(10) Luc., XII, 32.
(11) Luc., XXII, 29.
(12) Luc., XXIV, 26.
(13) Mat., XX, 22.

Celina, interrogándola con la mirada; mi corazón latía con violencia. *¡Habla!*, me dijo mi hermana. Un instante después, me encontré a los pies del Papa. Después de besar su sandalia, me presentó la mano. Entonces, levantando hacia él mis ojos llenos de lágrimas, le supliqué en estos términos:

—*Santísimo Padre, tengo que pedir a Vuestra Santidad una gracia muy grande.*

Inclinó al instante su cabeza hasta mí, tocando su rostro casi el mío; hubiérase dicho que sus negros y profundos ojos querían penetrar hasta lo más íntimo de mi alma.

—*¡Santísimo Padre —le repetí—; en honor de su Jubileo, permítame Vuestra Santidad entrar en el Carmen a la edad de quince años!*

Sorprendido y contrariado el Vicario General de Bayeux, intervino al punto diciendo:

—*Santísimo Padre, es una niña que desea abrazar la vida del Carmen; actualmente los superiores examinan la cuestión.*

—*Pues bien, hija mía* —me dijo Su Santidad—, *haz lo que decidan los superiores.*

Cruzando entonces las manos y apoyándolas en sus rodillas, tenté el último esfuerzo:

—*¡Oh, Santísimo Padre, si Vuestra Santidad dijera que sí, nadie se opondría!*

El Padre Santo me miró fijamente y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba con tono penetrante:

— *Vamos... Vamos; entraréis si es la voluntad de Dios.*

Deseaba interceder otra vez, pero dos guardias nobles me invitaron a levantarme. Viendo que esto no bastaba, tomáronme por los brazos, ayudándoles a levantarme el señor Révérony, pues yo permanecía todavía con las manos juntas apoyadas sobre las rodillas del Papa. En el momento en que me llevaban de esta manera, el buen Padre Santo puso suavemente su mano en mis labios y, después levantándola para bendecirme, me siguió largo rato con la vista.

Papá se apenó mucho al ver lo llorosa que salía yo de la audiencia; como él había pasado antes que yo, no sabía nada de mi

gestión. El Vicario General se había mostrado con él en extremo amable, presentándolo a León XIII como padre de dos carmelitas, y el Soberano Pontífice, en signo de particular benevolencia, había puesto la mano sobre su venerable cabeza, como si le marcase con misterioso sello en nombre del mismo Cristo.

¡Ah! Ahora que está en el cielo este padre de *cuatro* carmelitas no es ya la mano del representante de Jesús la que se posa en su frente, profetizándole el martirio, sino la del Esposo de las vírgenes, del *Rey de los Cielos,* y nunca jamás se retirará esta mano divina de la frente que ha glorificado.

Grande era mi prueba; pero como había hecho absolutamente todo lo que dependía de mí para responder al llamamiento de Dios, debo confesar que, a pesar de mis lágrimas, experimentaba en el fondo de mi corazón grandísima paz. Con todo, esta paz residía en lo íntimo; la amargura llenaba mi alma hasta los bordes... Y Jesús callaba... Parecía ausente; nada me revelaba su presencia.

Aquel día *tampoco se atrevió a brillar el sol;* el bellísimo cielo azul de Italia, cargado de oscuras nubes, no cesó de llorar conmigo. ¡Ah, todo estaba concluído! El viaje no tenía ya ningún atractivo a mis ojos, puesto que había fallado su fin. Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre hubieran debido consolarme como una verdadera profecía. En efecto, a pesar de todos los obstáculos, *se ha realizado lo que Dios ha querido;* no ha permitido que sus criaturas hicieran lo que querían, sino únicamente su voluntad.

Hacía ya algún tiempo que me había ofrecido al Niño Jesús para ser su *juguetito.* Habíale rogado que no se sirviera de mí como un juguete de valor, al cual se contentan con mirar los niños sin atreverse a tocarlo, sino como de una pequeña pelota sin valor ninguno, que podía tirar al suelo, empujar con el pie, *taladrarla,* abandonarla en un rincón, o bien estrecharla contra su corazón, si en ello hallaba placer. En una palabra, *quería divertir al Niño Jesús y entregarme a sus caprichos infantiles.*

Acababa de atender mi ruego. En Roma *taladró* Jesús su juguetito... *sin duda para ver lo que había dentro...*; luego satisfecho de su descubrimiento, dejó caer su pelotita y se durmió. ¿Qué hizo durante su dulce sueño, y qué fué de la pelota abandonada? Soñó Jesús que seguía jugando con ella, que ahora la

tomaba, ahora la dejaba; que la arrojaba rodando muy lejos y finalmente, la estrechaba contra su Corazón, y su manita no volvía a soltarla jamás.

¡Ya comprende Vuestra Reverencia, Madre mía, la tristeza de la pelotita al verse en el suelo! A pesar de ello no dejaba de esperar contra toda esperanza.

* * *

Pocos días después del 20 de noviembre, fué a visitar mi padre al venerado Hermano Simeón, director y fundador del Colegio de San José. Como se encontrase allí con el señor Révérony le reprochó amablemente el que no me hubiera ayudado en mi difícil empresa; después le refirió la historia al buen Hermano Simeón. Escuchóla el venerado anciano con mucho interés, y aun tomó notas del asunto, exclamando: "¡No se ve esto en Italia!"

Al siguiente día de la memorable audiencia, debimos partir con dirección a Nápoles y Pompeya. El Vesubio disparó en honor nuestro numerosos cañonazos, dejando escapar de su cráter espesa columna de humo. Las huellas que dejó en Pompeya son horrorosas, demostrando el poder de Dios que "hace temblar la tierra sólo con mirarla, y reduce a cenizas las montañas tocándolas solamente" ([14]). Mucho me hubiera gustado discurrir sola por aquellas ruinas, meditando la fragilidad de las cosas humanas, pero no había que pensar en semejante soledad.

En Nápoles, hicimos una magnífica excursión al convento de San Martín, situado en una elevada colina que domina la ciudad entera. Pero a la vuelta se desbocaron nuestros caballos; y sólo a la protección de nuestros ángeles custodios atribuyo el haber llegado sanos y salvos a nuestro espléndido hotel. No es exagerada la palabra *espléndido*, pues en el transcurso de nuestro viaje nos alojamos en hoteles verdaderamente regios; nunca me había visto rodeada de tanto lujo. Aquí sí que podía decirse que la riqueza no constituye la felicidad. Mil veces más dichosa me hubiera hallado bajo un pobre techo de paja, con la esperanza de poder entrar en el Carmen, que junto a aquellos dorados artesonados, a aquellas

(14) Salmo, III, 33.

escaleras de mármol, aquellos ricos tapices de seda, con la amargura en el corazón.

¡Ah!, bien lo experimenté: no se encuentra la alegría en los objetos que nos rodean; reside en lo más íntimo del alma. Lo mismo podemos gozar de ella en las profundidades de una oscura cárcel, que en un palacio real. Así es que, aun en medio de las pruebas exteriores e interiores, soy más feliz en el Carmen que en el mundo, donde nada me faltaba, particularmente las dulzuras del hogar paterno.

Aunque estuviese sumida mi alma en la más profunda tristeza, exteriormente era la misma, pues me hallaba persuadida de que todos ignoraban mi petición al Padre Santo. Pronto pude convencerme de lo contrario. Un día en que me quedé en el tren sola con Celina, mientras bajaban los peregrinos a la fonda, vi asomarse a la portezuela de nuestro coche a Monseñor Legoux. Después de mirarme detenidamente, me dijo sonriendo: *¿Qué tal? ¿Cómo está nuestra pequeña carmelita?* Comprendí entonces que toda la peregrinación sabía mi secreto; de ello acabé de cerciorarme por ciertas miradas de simpatía; pero afortunadamente nadie me habló de ello.

En Asís me ocurrió una pequeña aventura. Después de haber visitado los lugares embalsamados por las virtudes de San Francisco y de Santa Clara, perdí en el monasterio la hebilla de mi cinturón. Pasó algún tiempo mientras la buscaba y la adaptaba otra vez a la cinta; cuando me presenté en la puerta, todos los coches habían desaparecido excepto uno, ¡el del Vicario General de Bayeux! ¿Echaría a correr tras de los coches que ya no se divisaban, exponiéndome así a perder el tren, o pediría un sitio en la carretela del señor Révérony? Opté por esto último, como lo más prudente.

Procurando parecer muy poco apurada, a pesar de mi gran apuro, le expuse mi crítica situación metiéndole a él mismo en un apuro, pues todos los asientos de su coche estaban ocupados; pero uno de aquellos señores se apresuró a bajar, y ofreciéndome su puesto, sentóse modestamente al lado del cochero.

Parecía yo una ardilla cazada en una trampa. Verdaderamente, sentíame intimidada en medio de aquellos grandes personajes, y justamente frente a frente *del más temible* de todos; pero él estuvo

sumamente amable conmigo, interrumpiendo de vez en cuando la conversación para hablarme del Carmen, prometiéndome que haría cuanto estuviera en su mano para realizar mi deseo de entrar a los quince años.

Este encuentro fué un bálsamo para mi herida, sin que por ello me impidiera padecer. Había perdido yo toda confianza en las criaturas, y sólo podía hallar en Dios mi sostén.

Sin embargo de esto, mi tristeza no era obstáculo que me impidiera interesarme vivamente por los santos lugares que visitábamos. En Florencia me complació mucho contemplar a Santa Magdalena de Pazzis, en medio del coro de las Carmelitas. Todos los romeros querían tocar con sus rosarios el sepulcro de la Santa; pero sólo mi mano fué bastante pequeña para pasar por los agujeros de la reja. Por tanto, fuí yo la encargada de tan noble empleo, que duró un buen rato y me dejó muy ufana.

No era aquélla la primera vez que gozaba de privilegios. En Roma, en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, veneramos varios fragmentos de la verdadera Cruz, dos espinas y uno de los sagrados clavos. A fin de contemplarlos a mi placer, procuré quedarme la última; y cuando el religioso encargado de aquellos preciosos tesoros se disponía a depositarlos de nuevo en el altar, le pregunté si podría yo tocarlos. Me respondió afirmativamente, pareciendo dudar de que lo consiguiera; pasé entonces mi dedo meñique por una abertura del relicario y logré tocar el clavo precioso que fué bañado en la sangre de Jesús. Fué mi conducta la de una niña que cree serle todo permitido y mira los tesoros de su padre como si fueran suyos.

Después de pasar por Pisa y Génova, volvimos a Francia haciendo el más espléndido de los recorridos. Unas veces costeábamos el mar, tan próximos a él, que en cierta ocasión, a consecuencia de una tempestad, parecía que las olas iban a alcanzarnos. Otras veces atravesábamos llanuras cubiertas de naranjos, olivos y airosas palmeras; de noche, los numerosos puertos de mar aparecían iluminados con brillantes luces, mientras lucían las primeras estrellas en el firmamento azulado. Veía desvanecerse aquel fantástico cuadro sin ningún sentimiento; mi corazón aspiraba a otras maravillas.

Papá me propuso luego otro viaje a Jerusalén; pero, no obstante el atractivo natural que me inspiraba a visitar los lugares

santificados por el paso de Nuestro Señor, estaba cansada de las peregrinaciones de la tierra, no deseando ya sino las bellezas del cielo y para procurárselas a las almas, quería verme prisionera cuanto antes.

Por desgracia, mucho me quedaba todavía que luchar y padecer antes de que me abrieran las puertas de mi bendita prisión; mas no por eso desmayaba mi confianza, y esperaba entrar el 25 de diciembre, día de Navidad.

* * *

Apenas llegados a Lisieux, nuestra primera visita fué al Carmen. ¡Qué entrevista aquélla! ¿Se acuerda, Madre mía? Me puse completamente en sus manos, pues por mi parte había agotado ya todos los recursos. Me dijo Vuestra Reverencia que escribiera al Illmo. señor Obispo recordándole su promesa. Obedecí sin tardanza, y puesta ya la carta en el correo, creí que muy pronto recibiría el deseado permiso. Mas, ¡ay!, cada día que pasaba me traía nuevo desengaño. Llegó la hermosa fiesta de Navidad, y Jesús continuaba durmiendo. ¡Dejó en tierra su pelotita, sin dirigirle siquiera una mirada!

Muy grande fué aquella prueba; pero Aquel cuyo Corazón está siempre en vela, me enseñó que otorga sus milagros en favor de un alma cuya fe no es mayor que un granito de mostaza, a fin de robustecer aquella fe tan pequeña, pero que para sus íntimos, para su Madre, no hizo ningún milagro hasta haber probado su fe. ¿No dejó morir a Lázaro, a pesar de que Marta y María le habían enviado a decir que estaba enfermo? Cuando le pidió la Virgen en las bodas de Caná que socorriera al dueño de la casa, ¿no le contestó que su hora no había llegado todavía? Pero, ¡cómo las recompensó, después de probarlas! El agua se convirtió en vino, Lázaro resucitó. Del mismo modo procedió el Amado Divino con su Teresita; después de probarla largo tiempo, colmó todos sus deseos.

* * *

Como aguinaldo del 1º de enero de 1888, Jesús me regaló también su cruz, pues, la M. María Gonzaga me escribió que desde el 28 de diciembre, *fiesta de los Santos Inocentes,* tenía en

su poder la respuesta de Su Ilustrísima, en la cual se autorizaba mi entrada inmediata; pero que, a pesar de esto, estaba resuelta a no recibirme hasta después de la Cuaresma. No pude contener mis lágrimas a la idea de tan largo plazo. Esta prueba revistió para mí un carácter muy especial, por una parte veía rotas las ligaduras que me ataban al mundo, por otra el Arca Santa rehusaba acoger a la pobre palomita.

¿Cómo transcurrieron aquellos tres meses, tan pródigos en padecimientos para mi alma, pero más aún en toda clase de gracias? Primeramente, me vino al pensamiento llevar una vida más holgada y menos regulada que de costumbre; luego, Dios me dió a entender lo beneficioso que podía serme el tiempo que me ofrecía, y resolví entregarme más que nunca a una vida seria y mortificada.

Al decir mortificada, no entiendo que hiciera las penitencias de los santos. Estaba muy lejos de asemejarme a las hermosas almas que practican desde la infancia todo género de mortificaciones; las mías consistían únicamente en quebrantar mi voluntad, en retener una palabra de réplica, en hacer en torno mío insignificantes servicios sin encarecerlos, y otras mil cosillas por el estilo. Con la práctica de estas pequeñeces me preparaba a desposarme con Jesús, y no me es posible decir hasta qué punto hizo aumentar este retraso mi resignación en la voluntad de Dios, mi humildad y demás virtudes.

CAPITULO VII

Entrada de Teresita en el Arca Santa. Primeras tribulaciones. Los esponsales divinos Nieve. Un gran dolor.

El lunes 9 de abril de 1888, fué elegido para mi entrada. En ese día se celebraba en el Carmelo la fiesta de la Anunciación, trasladada por causa de la Cuaresma. La víspera nos hallábamos todos reunidos en la mesa de familia en donde había de sentarme por última vez. ¡Qué desgarradoras son esas despedidas! En aquellos momentos, en los que desearía una verse olvidada de todo el mundo, es cuando salen de todos los labios las más tiernas palabras, como para hacer sentir con mayor fuerza el sacrificio de la separación.

Por la mañana, después de haber contemplado por última vez los Buissonnets, aquel gracioso nido de mi infancia, me encaminé al Carmen. Rodeada, como la víspera, de todos mis parientes, asistí a la Sta. Misa. Cuando Jesús bajó a sus corazones, en el momento de la Comunión, no oí más que sollozos a mi alrededor. Yo no derramé lágrimas, pero mi corazón latía con tal violencia al dirigirme la primera a la puerta de la clausura que me preguntaba si no iba a morirme. ¡Ah, qué momento aquél! ¡Qué agonía! Es necesario haber pasado por ella para comprenderla.

Abracé a todos los míos, y me puse de rodillas ante mi padre, quien me bendijo llorando. Debieron sonreír los ángeles al espectáculo de aquel anciano ofreciendo al Señor su hija todavía en la primavera de la vida. Se cerraron por fin las puertas del Carmen detrás de mí... y allí recibí los abrazos de las hermanas queridas que me habían hecho de madre, y los de una nueva familia, cuya ternura y abnegación ni siquiera sospechaba el mundo.

Por fin, pues, se habían realizado mis deseos; inundaba mi alma paz tan dulce y profunda, que me sería imposible expresarla. Desde hace ya ocho años y medio esta paz íntima es mi herencia; no me ha abandonado, ni aun en medio de las mayores pruebas.

Todo me pareció admirable en el convento; me creía trasladada a un desierto; nuestra celdita especialmente me embelesaba. Con todo, mi alegría era apacible; ni el más ligero céfiro hacía ondular las tranquilas aguas en las cuales bogaba mi barquilla. Ninguna nube oscurecía el azulado cielo de mi alma; me juzgaba plenamente recompensada de todas mis tribulaciones, y con qué profundo júbilo repetía en mi interior: *¡Ya estoy aquí para siempre!*

Semejante felicidad no era efímera; tampoco debía desvanecerse con las ilusiones de los primeros días. ¡Las ilusiones! Dios, en su misericordia, me ha preservado de ellas. Encontré la vida religiosa tal como me la había figurado; ningún sacrificio me ha sorprendido y, bien lo sabe Vuestra Reverencia, Madre mía, con más espinas que rosas tropezaron mis primeros pasos.

Primeramente sólo alimentaba mi alma el pan cotidiano, de una sequedad amarga. Después permitió el Señor que me tratase nuestra Madre con extremada severidad, aun sin darse cuenta. No podía encontrarla sin que me reprendiera. Recuerdo que una vez que dejé en el claustro una telaraña, me dijo delante de toda la Comunidad: *¡Bien se ve que nuestros claustros están barridos por una niña de quince años! ¡Es una lástima! Vaya a quitar esa telaraña, y en lo sucesivo sea más cuidadosa.* En las raras direcciones que me concedía, casi la hora entera que permanecía a su lado se pasaba riñéndome; y lo que más pena me daba era el que no atinase yo a entender el modo de corregirme de mis defectos, como mi lentitud y mi poca diligencia en los oficios.

Pensé un día que sin duda desearía nuestra Madre que empleara yo en el trabajo las horas de tiempo libre, que de ordinario se consagran a la oración, y me puse a coser sin levantar la cabeza; pero como quería ser fiel y obrar tan sólo bajo la mirada de Jesús, nadie lo supo jamás.

Durante el tiempo de mi postulantado, me enviaba nuestra Maestra, cada tarde a las cuatro y media, a escardar el jardín; esto me costaba muchísimo, tanto más cuanto tenía la seguridad de encontrar en el camino a la Madre María de Gonzaga. En una de esas ocasiones, me dijo: *¡Pero, Señor, si esta niña no hace absolutamente nada! ¿Qué puede esperarse de una novicia a la que es preciso enviar a paseo cada día?* Y en todas las circunstancias obraba conmigo de esta manera.

¡Ay, amada Madre mía, cuántas gracias doy a Dios por la tan sólida y preciosa educación que me ha sido dada! ¡Qué gracia inapreciable! ¿Qué hubiera sido de mí, si, como creían los seglares, hubiera sido ya la *niña mimada* de la Comunidad? Tal vez en lugar de ver a Nuestro Señor en mis superiores, hubiera considerado solamente la criatura, y mi corazón, tan bien guardado en el mundo, se hubiera apegado humanamente en el claustro. Por fortuna, me vi preservada de esta verdadera desgracia.

Sí, puedo decirlo; no solamente por lo que acabo de relatar, sino por otros sufrimientos aún más sensibles, el dolor me salió al encuentro a mi entrada en el Convento, y lo abracé con amor. Vine al Carmen, según declaré en el solemne examen que precedió a mi profesión, *para salvar almas, y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes*. Cuando se persigue un fin, necesario es poner los medios para alcanzarlo, y habiéndome dado a entender Dios Nuestro Señor que, en cambio de la cruz, me concedería muchas almas, cuanto más se multiplicaban estas cruces, mayor era mi deseo de padecer. Durante cinco años caminé por esta senda, pero únicamente yo lo sabía. Esta es cabalmente la flor ignorada que deseaba ofrecer a Jesús, flor cuyo aroma no se exhala sino en dirección del cielo.

A los dos meses de mi entrada en el claustro, el Reverendo Padre Pichon (1) quedó verdaderamente sorprendido de la acción de Dios en mi alma; pero creía que mi fervor era enteramente infantil, y muy suave el camino que seguía. Mi entrevista con aquel buen Padre me hubiera servido de gran consuelo, a no ser tan excesiva la dificultad que tenía en franquearme a nadie. A pesar de ello, hice con él mi confesión general, después de la cual me dijo estas palabras: *En presencia de Dios, de la Virgen Santísima, de los ángeles y de todos los santos, declaro que jamás ha cometido usted un pecado mortal; agradezca al Señor lo que le ha concedido gratuitamente, sin mérito alguno de su parte.*

¡Sin mérito alguno de mi parte! ¡Ah, no me costaba creerlo! Sabía lo muy débil e imperfecta que era, y rebosaba de gratitud mi corazón. Hasta aquel día había vivido atormentada con el temor de haber manchado la blanca vestidura de mi inocencia bautismal; pero aquella afirmación salida de los labios de un director tal como

(1) De la Compañía de Jesús. Fallecido el día 15 de noviembre de 1919, a los 77 años de edad.

Santa Teresita a los pies de León XIII.

Entrada de Santa Teresita en el convento.

lo deseaba nuestra Madre Santa Teresa, es decir "que juntase la ciencia a la virtud", me parecía venir del mismo Dios. Me dijo también aquel buen Padre: *Hija mía, sea siempre Nuestro Señor su propio Superior y Maestro de novicios.* Lo fue, en efecto, y también mi *Director.* No quiero decir con esto que cerrase mi alma a mis superiores; por el contrario, lejos de ocultarles mis disposiciones, he procurado ser siempre para ellos un libro abierto.

Nuestra Maestra era de veras una santa, el tipo acabado de las primeras carmelitas; yo no me apartaba de su lado ni un momento, pues me enseñaba a trabajar. No tengo palabras para expresar la gran bondad que usó siempre conmigo; la amaba, la apreciaba, y, sin embargo de esto, no se desahogaba con ella mi alma. No sabía cómo explicar lo que sentía en mi interior, faltábanme palabras para expresarme; por esto la dirección espiritual constituía para mí un suplicio, un verdadero martirio.

Una de nuestras antiguas religiosas pareció comprender un día el estado de mi alma, por lo que me dijo en la recreación:

—Hijita mía, me parece que Vuestra Caridad no debe tener gran cosa que decir a sus superiores.

—¿Por qué piensa esto, Madre mía?

—Porque su alma es en extremo sencilla; pero cuando llegue a la perfección, lo será más aún, porque cuanto más se acerca una a Dios, tanto más se simplifica.

Tenía razón la buena Madre; a pesar de esto, la gran dificultad que experimentaba en descubrirme a mis superiores, aunque provenía de mi sencillez, no dejaba de ser para mí verdadera tribulación. Al presente, sin haber perdido aquella sencillez, expreso mis sentimientos con mucha facilidad.

Dije que fué Jesús mi director. Apenas el Reverendo P. Pichon comenzó a cuidarse de mi alma, le mandaron sus superiores al Canadá. Reducida entonces a recibir solamente una carta al año, la florecita trasplantada al Monte Carmelo volvióse al punto al Director de los directores, y se abrió a la sombra de la Cruz, con el rocío de sus lágrimas y de su divina sangre, al calor del radiante sol de su adorable Faz.

Hasta entonces no había sondeado los tesoros ocultos en la santa Faz; mi *Madrecita* fué la que me enseñó a conocerlos. Como había precedido en el Carmen a sus tres hermanas, así también había

penetrado primero los misterios de amor ocultos en el Rostro de nuestro Esposo. Entonces me los descubrió ella y yo comprendí... comprendí como nunca lo que es la verdadera gloria. Aquel "cuyo reino no es de este mundo" (2), me enseñó que la única realeza apetecible consiste "en querer ser ignorado y tenido por nada" (3), en poner su gozo en el desprecio de sí mismo. A semejanza de Jesús, quería yo que "mi rostro permaneciese escondido a todas las miradas, que nadie me conociera en la tierra" (4); tenía sed de padecer y de ser olvidada.

¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha conducido siempre el Divino Maestro! Nunca me inspiró el deseo de alguna cosa sin luego dármela; por esto su amargo cáliz me ha parecido siempre delicioso.

* * *

A fines de mayo de 1888, después de la hermosa fiesta de la profesión de María, nuestra *hermana mayor,* a quien Teresita, *el Benjamín,* tuvo privilegio de coronar de rosas el día de sus místicas nupcias, volvió la aflicción a visitar mi familia. Desde el primer ataque de parálisis que sufrió nuestro buen padre, veíamos que se fatigaba con mucha facilidad. Durante el viaje a Roma, noté a menudo que su fisonomía expresaba agotamiento de fuerzas y padecimiento. Pero lo que más me llamaba la atención eran sus admirables progresos en el camino de la santidad; había llegado a dominar completamente su natural viveza, por lo cual las cosas de la tierra no hacían mella alguna en él.

Permítame Vuestra Reverencia, Madre mía, que a propósito de esto cite un pequeño ejemplo de su virtud.

Durante nuestra romería, se les hacía muy largo a los viajeros el tener que pasar en el tren los días con sus noches, por lo cual, para distraerse, organizaban partidas de naipes, que muchas veces degeneraban en tempestuosas disputas. Cierto día nos invitaron a tomar parte en aquel juego, pero rehusamos alegando nuestra ignorancia en tal materia; el tiempo no nos parecía largo como a ellos, sino demasiado corto para admirar a nuestro sabor los magníficos panoramas que nos presentaba el paisaje. Esto desagradó a los viajeros

(2) Juan, XVIII, 36.
(3) Imit., 1, I, c. II, 3.
(4) Is., LIII, 3.

y así lo dieron a conocer; entonces, tomando nuestro buen padre sosegadamente la palabra, salió en defensa nuestra, dejando entender, que como estábamos en romería, no era bastante el tiempo consagrado a la oración.

Olvidando uno de los jugadores el respeto debido a las canas, exclamó sin reflexionar: *¡Por suerte, no abundan los fariseos!* Papá no replicó ni una palabra, hasta se mostró santamente alegre, y poco después se dió traza para estrechar la mano de aquel caballero, acompañando esta hermosa acción con una palabrita de amable cortesía que daba a entender que no había oído el insulto, o al menos, que lo había olvidado.

Además, sabe muy bien Vuestra Reverencia, Madre mía, que no empezó aquel día a perdonar, pues según testimonio de mamá y de todos los que le conocieron, jamás pronunció una sola palabra contra la caridad.

Su fe y su generosidad eran también a toda prueba. He aquí en qué términos anunció mi partida a uno de sus amigos: *Ayer entró en el Carmen Teresita, mi reinecita. Sólo Dios puede exigir semejante sacrificio; pero El me ayuda tan generosamente, que, en medio de mis lágrimas, rebosa el corazón de alegría.*

Este fiel servidor merecía una recompensa digna de sus virtudes, y él mismo la pidió al Señor. ¡Oh Madre mía!, bien recordará Vuestra Reverencia el día que nos dijo en el locutorio: *Hijas mías, vengo de Alençón, en cuya iglesia de Nuestra Señora he recibido tan grandes gracias y consuelos, que he hecho esta oración: ¡Esto es demasiado! ¡Dios mío, sí, soy demasiado feliz, no es posible ir al cielo de este modo, quiero sufrir algo por Vos! Y me he ofrecido como...* La palabra *víctima* expiró en sus labios; no se atrevió a pronunciarla delante de nosotras, pero la adivinamos.

Por fin, ¡recordará, Madre mía, todas nuestras amarguras! Aquellos desgarradores recuerdos, no necesito describirlos detalladamente...

* * *

Entretanto, llegó el tiempo de mi toma de hábito. Habiéndose repuesto nuestro buen padre, contra toda esperanza, de un segundo ataque, fijó su Excelencia Illma. la ceremonia para el 10 de enero. ¡Muy larga había sido la espera, pero qué hermosa fué también la fiesta! Nada faltaba, ni siquiera *la nieve.*

¿Le he hablado, Madre mía, de mi predilección por la nieve? Desde muy niñita me embelesaba su blancura. ¿De qué provenía esta afición a la nieve? Quizá de que siendo una florecita de invierno, aquel nítido manto fué el primer adorno con que mis ojos infantiles vieron engalanada la tierra. Deseaba, pues, que la naturaleza vistiera como yo de blanco el día de mi toma de hábito; pero perdí toda esperanza de que así fuera, pues la temperatura era tan templada la víspera, que podía creerse uno en primavera. El día 10 amaneció lo mismo; renuncié, pues, a aquel irrealizable deseo infantil, y salí del convento.

Papá, que me esperaba a la puerta de la clausura, vino a mi encuentro, y con ojos llenos de lágrimas me estrechó contra su corazón, diciendo: *¡Ah, he aquí mi reinecita!* ([5]), y ofreciéndome luego el brazo, entramos solemnemente en la capilla. ¡Aquel día fué su triunfo, su última fiesta en la tierra! Había presentado ya todas sus ofrendas; su familia entera pertenecía a Dios ([6]). Porque al confiarle Celina que más tarde abandonaría también el mundo para entrar en el Carmen, aquel incomparable padre le contestó, arrobado de júbilo: *Ven, vamos juntos a postrarnos ante el Santísimo Sacramento para darle gracias al Señor por los favores que concede a nuestra familia y por el honor que me dispensa escogiéndose esposas en mi casa. Sí, muy grande es el honor que me hace Dios, pidiéndome mis hijas, y si algo mejor poseyera, me apresuraría a ofrecérselo.* ¡Este *algo mejor* era él mismo! "El Señor le recibió como una hostia de holocausto, probándole como el oro en el crisol, y hallándolo digno de él" ([7]).

Al volver a entrar en el convento, después de terminada la ceremonia exterior, entonó Su Excelencia Ilustrísima el *Te deum;* un sacerdote le observó que aquel himno solamente se cantaba en las profesiones; pero ya estaba dado el impulso, y el cántico de acción

---

([5]) En obsequio de Jesús el divino Rey, cuya desposada iba a ser su reinecita, quiso el señor Martin que su hija llevase en aquel día vestido de terciopelo blanco, con adornos de cisne y blondas de punto de Alenzón. Sus opulentos y dorados rizos flotaban sobre sus hombros, y blancas azucenas componían su aderezo virginal.

([6]) Habiendo entrado Leonia en la Orden de Santa Clara, demasiado austera para su delicada salud, tuvo que volver a la casa paterna. Más tarde fué recibida en el convento de la Visitación de Caen, donde profesó con el nombre de *Sor Francisca Teresa.*

([7]) Sab., III, 56.

de gracias continuó hasta el final. ¡Tenía que ser completa aquella fiesta, puesto que resumía todas las demás!

Al poner el pie en la clausura, mi primera mirada fué para mi lindo Niño Jesús, que me sonreía rodeado de flores y luces ([8]). Volvíme luego hacia el patio, y lo vi *completamente cubierto de nieve*. ¡Oh suave fineza de Jesús que colmando todos los deseos de su pequeña desposada le daba nieve! ¿Qué mortal por muy poderoso que sea es capaz de hacer caer del cielo un solo copo de nieve para embelesar a su amada?

Todos consideraron aquella nevada como suceso extraordinario, pues lo benigno de la temperatura no la hacía presentir; después he sabido que muchas personas, enteradas de mi deseo, comentaban a menudo el *pequeño milagro* de mi toma de hábito, encontrando muy singular mi afición por la nieve... ¡Tanto mejor! Esto hace resaltar más aún la incomprensible condescendencia del Esposo de las vírgenes, el Amador de las azucenas blancas como la nieve.

Su Excelencia Illma. entró después de la ceremonia y me colmó de sus paternales bondades; me recordó delante de todos los sacerdotes que le rodeaban mi visita a Bayeux y mi viaje a Roma, sin olvidar el detalle del *moño;* y tomándome la cabeza entre sus manos me acarició largo rato. Nuestro Señor me hizo pensar entonces, con inefable dulzura, en las caricias que presto me prodigará Él, ante la asamblea de los santos, y este consuelo vino a ser para mí como un goce anticipado de la gloria celestial.

* * *

Según acabo de decir, el día 10 de enero fué el triunfo de nuestro buen padre; comparo esta fiesta a la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos.

A ejemplo de la de nuestro Divino Maestro, aquella gloria de un día fué seguida de una dolorosa pasión; y así como los sufrimientos de Jesús laceraron el corazón de su divina Madre, también nuestros corazones sintieron profundamente las heridas y las humillaciones de aquel a quien amábamos más que a nadie en la tierra.

Recuerdo que en el mes de junio de 1888, en el momento en que temíamos que le sobreviniese una parálisis cerebral, sorpren-

([8]) Hasta la muerte estuvo ella encargada de adornar aquella estatua del Niño Jesús.

dióse nuestra Maestra al decirle yo: *Sufro muchísimo, Madre, pero veo que puedo sufrir más todavía.* No presentía yo entonces la aflicción que nos aguardaba; no sabía que el 12 de febrero ([9]), un mes después de mi toma de hábito, apuraría nuestro venerado padre un cáliz tan amargo. ¡Ah, no dije ya entonces que podía sufrir más todavía! No intentaré describir nuestras angustias, pues no hay palabras para poder expresarlas.

Cuando estemos en el cielo, nos complacerá hablar de aquellos tristes días de la expatriación. Sí, los tres años de martirio que pasó nuestro padre me parecen los más amables, los más fructuosos de nuestra vida; no los cambiaría por los más sublimes éxtasis; por esto, en presencia de tan inestimable tesoro, exclama mi corazón lleno de agradecimiento: "Bendito seáis, Dios mío, por esos años de gracias que pasamos en el dolor" ([10]).

¡Amadísima Madre mía, cuán preciosa y *dulce* fué nuestra *amarguísima* cruz, pues nuestros corazones sólo suspiraban de amor y agradecimiento! No andábamos ya, sino que corríamos, volábamos por las sendas de la perfección.

Leonia y Celina no pertenecían ya al mundo, a pesar de vivir en él. Las cartas que nos escribían en aquella época están impregnadas de admirable resignación. ¡Qué ratos de locutorio pasaba yo con mi Celina! Las rejas del Carmen, en vez de separarnos, nos unían más estrechamente. Los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo amor a Jesús y a las almas nos animaban. Jamás se mezclaba en nuestra conversación una sola palabra de las cosas de la tierra. Como antes en los Buissonnets, perdíase, no ya nuestra vista, sino nuestro corazón, más allá de los espacios y del tiempo; y aquí, en la tierra, nos acogíamos al sufrimiento y al menosprecio para gozar muy pronto de la felicidad eterna.

Saciado estaba mi deseo de padecimientos, mas no por eso disminuyó un ápice el atractivo que para mí tenían; por eso compartió luego mi alma la tribulación del corazón y aumentó la sequedad, sin

([9]) Aquel día, el señor Martin salió de Lisieux para entrar en una casa de salud, donde permaneció tres años. Habiendo entonces sobrevenido la parálisis general, Celina pudo reconducirlo a Lisieux, donde vivió aún tres años. Falleció en casa de su cuñado, en el castillo de la Musse (Eure), el 29 de julio de 1894. En el supremo instante, fijó en su hija, única que velaba a su cabecera, una mirada, profunda, llena de tierna gratitud y que animaba de nuevo toda su inteligencia.

([10]) Salmo, LXXXIX, 15.

consuelo por parte del cielo y de la tierra. Con todo, en medio de aquella oleada de tribulaciones que yo misma había llamado con todos mis deseos, era la criatura más feliz.

De esta manera transcurrió el tiempo de mis desposorios divinos, desgraciadamente demasiado largo para mis deseos. Al finalizar el año, me dijo nuestra Madre que no pensara en hacer la profesión, porque el Superior se oponía formalmente a ello. ¡Y tuve que esperar ocho meses más! En el primer momento se me hizo muy duro aceptar semejante sacrificio, pero pronto la luz divina iluminó mi alma.

Meditaba por aquel tiempo los *Fundamentos de la Vida Espiritual,* del P. Surin. Cierto día, durante la oración, comprendí que en aquel vehemente deseo mío de pronunciar los votos se mezclaba gran dosis de amor propio; ya que pertenecía a Jesús como su *juguetito* para consolarle y agradarle, no debía obligarle a que hiciese El mi voluntad, y no la suya. Entendí también que una desposada no agradaría a su esposo el día de sus bodas si no se presentaba ataviada de magníficos adornos, y yo no había trabajado todavía para lograr este fin. Entonces dije a Nuestro Señor: *Ya no os pido, Señor, que me dejéis profesar, esperaré todo el tiempo que queráis; pero no podría soportar que mi unión con Vos fuese diferida por culpa mía. Por tanto, pondré toda mi solicitud en hacerme una túnica enriquecida con diamantes y pedrerías de todas clases; tengo la seguridad de que cuando la encontréis bastante rica, nada os impedirá tomarme por esposa.*

Y con renovado valor, puse manos a la obra. Desde la toma de hábito había recibido ya abundantes luces sobre la perfección religiosa, particularmente respecto al voto de pobreza. Durante mi postulantado, me gustaba tener los objetos de mi uso en buenas condiciones y hallar siempre a mano lo que me era necesario. Jesús me soportaba esto con paciencia, pues no quiere enseñárselo a las almas todo a la vez; ordinariamente las va iluminando poco a poco.

Al comienzo de mi vida espiritual, a los trece o catorce años, me preguntaba qué adelantos podría hacer más tarde, pues creía entonces que era imposible comprender mejor la perfección; pero pronto eché de ver que cuanto más se avanza en este camino, más distante se cree uno del término. Ahora me resigno a verme siempre imperfecta; y aun encuentro mi alegría en ello.

Vuelvo a las lecciones que me dió Nuestro Señor. Cierta noche, después de Completas, busqué en vano nuestra lámpara en los anaqueles destinados a colocarlas; era la hora del gran silencio y me era imposible reclamarla. Supuse con razón que alguna hermana creyendo tomar su linterna se había llevado la nuestra; mas por culpa de esa equivocación, ¿iba a pasar yo una hora entera en tinieblas? Cabalmente tenía intención de trabajar mucho aquella noche. Sin la luz interior de la gracia, seguramente me hubiera quejado; con ella, en vez de sentir pena, estuve dichosa, pensando que la pobreza consiste, no solamente en verse una privada de las cosas agradables, sino también de las indispensables. Así, en las tinieblas exteriores se iluminó mi alma con claridad divina.

En aquel tiempo me entró verdadera afición por los objetos más feos e incómodos; por eso experimenté gran contento cuando me quitaron de la celda el lindo cantarito de que me servía, poniéndome, en cambio, uno grande y desportillado. Me esforzaba también mucho en no excusarme, lo cual me era sumamente difícil, particularmente con nuestra Maestra, a quien no hubiera querido ocultar cosa alguna.

Mi primera victoria en este particular no tuvo importancia, pero me costó mucho. Alguién, no sé quién, dejó tras de una ventana un jarrito que apareció roto. Creyendo nuestra Maestra que tenía yo la culpa de haberlo dejado rodar, me dijo que era muy desordenada y que otra vez tuviera cuidado; en fin, pareció estar descontenta. Sin replicar palabra, besé el suelo y prometí después tener más orden en lo sucesivo. Dije ya que mi escasa virtud me hacía muy duras estas pequeñas prácticas, de modo que tenía que apelar al pensamiento de que en el día del Juicio todo se revelaría.

Aplicábame especialmente a practicar actos de virtud muy ocultos; por ejemplo, me complacía en doblar las capas olvidadas por las Hermanas, y buscaba mil ocasiones de hacerles algún servicio. Grande atractivo tenía también para mí la penitencia, pero no me era permitido satisfacerlo en nada. Las únicas mortificaciones que se me concedían consistían en mortificar mi amor propio, lo cual me era de más provecho que las penitencias corporales.

Entretanto, la Santísima Virgen me ayudaba a preparar la vestidura de mi alma; y tan pronto como estuvo terminada, se desvanecieros los obstáculos, y fijóse mi profesión para el día 8 de septiembre de 1890. Todo cuanto acabo de decir en tan pocas palabras exigía muchas páginas; pero tales páginas no se leerán jamás en la tierra...

CAPITULO VIII

Bodas divinas. Retiro abundante en gracias. La última lágrima de una Santa. Muerte de su padre. Colma nuestro Señor todos sus deseos. Una víctima de amor.

¿He de hablarle, Madre mía, del retiro que precedió a mi profesión? En vez de encontrar consuelo, fué para mi patrimonio la aridez más absoluta, rayana en abandono. Jesús, como siempre, dormía en mi navecilla. ¡Ah, cuán pocas veces le dejan dormir las almas tranquilamente en ellas! Está tan cansado este buen Maestro de cargar con todo lo que hay que hacer y de solicitarlas, que se apresura a aprovechar el descanso que le ofrezco. Probablemente no despertará hasta mi entrada en el gran retiro de la eternidad. No me aflige esto, antes al contrario, me da grandísimo contento.

Es verdad que estoy muy lejos de ser santa y esta disposición de mi ánimo es prueba de ello. No debería regocijarme de mi sequedad, sino atribuirla a mi poco fervor y fidelidad; debería andar desolada de que me duerma muy a menudo durante mis oraciones y acciones de gracias. ¡A pesar de ello, no me aflijo! Pienso que los niñitos agradan a sus padres lo mismo durmiendo que despiertos; pienso que los médicos adormecen a sus enfermos para hacerles las operaciones; pienso, en fin, que el "Señor ve nuestra fragilidad y se acuerda de que no somos más que polvo" (1).

* * *

El retiro que precedió a mi profesión fué, pues, lo mismo que los sucesivos, un retiro sumamente árido. Con todo, me eran revelados claramente los medios de agradar a Dios y de practicar la virtud sin darme yo siquiera cuenta de ello. Muchas veces he observado que Jesús no quiere darme provisión de alimento; me sustenta a cada instante con manjar del todo nuevo, que encuentro en mí, sin saber

(1) Salmo, CII, 14.

cómo está ahí. Creo sencillamente que es el mismo Jesús que obra en mí de un modo misterioso, escondido en lo íntimo de mi pobre corazoncito, y me inspira todo lo que quiere que haga en el momento presente.

Algunas horas antes de mi profesión recibí de Roma, por conducto del venerado Hermano Simeón, la bendición del Padre Santo, de gran precio para mí, pues seguramente me ayudó a atravesar la más furiosa tempestad de toda mi vida.

En la piadosa velada que precede a la aurora del gran día y que tan dulce es de ordinario, parecióme de pronto mi vocación como un sueño, una quimera; el demonio, pues era él, me inspiraba la seguridad de que la vida del Carmen no me convenía de ningún modo, y que al avanzar por un camino para el cual no me llamaba Dios, engañaba a los superiores. Tan densas llegaron a ser las tinieblas que me envolvieron, que sólo comprendí una cosa; puesto que no tenía vocación religiosa, debía volver al mundo.

¡Ah!, ¿cómo expresar mis angustias? ¿Qué hacer ante tal perplejidad? Opté por el mejor partido: descubrí inmediatamente esta tentación a nuestra Maestra. La hice, pues, salir del coro, y, llena de confusión, le declaré el estado de mi alma. Afortunadamente, vió más claro que yo; se contentó con reírse de mi confidencia y me tranquilizó enteramente. Por otra parte, el acto de humildad que acababa de hacer, puso como por ensalmo en fuga al demonio; su deseo era impedirme confesar mi turbación y enredarme de esta manera en sus lazos. Pero salió burlado, porque, a fin de completar mi humillación, quise también decírselo todo a nuestra Madre, y su consoladora respuesta acabó de disipar mis dudas.

* * *

Desde la mañana del 8 de septiembre inundó mi alma un río de paz; embebida en esta paz, que "excede a todo sentimiento" (2), pronuncié mis santos votos. ¡Cuántas gracias pedí! Sintiéndome verdaderamente "reina", aproveché mi título para alcanzar todas las mercedes del Rey en favor de sus súbditos ingratos. A nadie olvidé: quería que aquel día se convirtieran todos los pecadores de la tierra,

(2) Filip., IV, 7.

que no quedara en el purgatorio un solo cautivo. Lo que deseaba para mí, estaba escrito en la siguiente esquelita que llevaba sobre mi corazón:

¡Oh Jesús, divino Esposo mío, haced que mi vestidura bautismal no pierda jamás su blancura! Llamadme a Vos, antes de permitir que manche mi alma en la tierra la más ligera falta voluntaria. A Vos sólo os busque siempre, y a Vos sólo os encuentre. Sean nada para mí las criaturas, y nada sea yo para ellas. Que ninguna cosa de la tierra turbe jamás la paz de mi alma.

¡Oh Jesús, sólo os pido la paz!... La paz, y sobre todo el amor, un amor sin límites, sin medida. Haced que muera mártir por Vos, dadme el martirio del corazón o del cuerpo. ¡Ah, dadme mejor entrambos!

Haced que cumpla con toda perfección mis votos, que nadie se cuide de mí, que sea pisoteada y olvidada como un granito de arena. Me ofrezco a Vos, Amado mío, para que cumpláis perfectamente en mí vuestra voluntad, sin que jamás las criaturas sean obstáculos para ello.

Al finalizar aquel hermoso día, deposité sin tristeza ninguna mi corona de rosas a los pies de la Virgen Santísima, según se acostumbra hacer. Estaba convencida de que el tiempo no se llevaría mi felicidad... ¡La Natividad de María! ¡Qué hermosa fiesta para venir a ser esposa de Jesús! La Virgencita recién nacida presentaba su *florecilla* al Niño Jesús. Todo era *pequeño* aquel día, excepto las gracias que recibí y la paz y el júbilo que respiraba mi alma al contemplar aquella noche las hermosas estrellas del firmamento, pensando que *pronto* subiría al cielo para unirme a mi divino Esposo en el seno de la alegría eterna.

* * *

El día 24 se celebró la ceremonia de la imposición del velo; esta fiesta fué *velada* toda ella por las lágrimas. Papá estaba demasiado enfermo para poder venir a bendecir a su reinecita; a última hora, el mismo Mons. Hugonin, que había de presidir, no pudo realizar sus deseos; a causa, en fin, de otras varias circunstancias, todo fué amargura y tristeza... Sin embargo de esto, la paz, siempre la paz se hallaba para mí en el fondo del cáliz. Pero ese día mi Jesús

no quiso que yo pudiese contener mi llanto y... mis lágrimas fueron mal interpretadas... En efecto, había yo soportado sin llorar pruebas mucho mayores; pero entonces estaba asistida por una gracia omnipotente, mientras que en aquel día 24, Jesús me dejó abandonada a mis propias fuerzas y mostré cuán pequeñas eran.

Ocho días después de la imposición del velo, se desposó nuestra prima Juana Guérin con el doctor La Néele. Cuando, al visitarme después, la oí hablar de las atenciones de que procuraba rodear a su marido, sentí mi corazón estremecerse: *No se dirá,* pensé, *que una dama del mundo haga por agradar a su esposo, que es un simple mortal, más que yo por mi amadísimo Jesús.* Y enardecida por nueva llama de amor, me esforcé más que nunca por agradar en todas mis obras al Esposo celestial, al Rey de los reyes, que había tenido la dignación de elevarme hasta sus divinos desposorios.

Poco después vi la tarjeta con que daban parte del enlace y me entretuve en componer la invitación siguiente, que leí a las novicias, a fin de hacerles notar lo que tanto me había impresionado a mí misma, cuán miserable es la gloria de las uniones en la tierra, si se comparan con los títulos de una esposa de Jesús.

EL DIOS TODOPODEROSO, Criador de Cielos y tierra, Dueño Soberano del Universo, y LA GLORIOSISIMA VIRGEN MARIA, Reina de la Corte Celestial, se digna participar a VV. el efectuado desposorio espiritual de su augusto Hijo Jesús, Rey de reyes y Señor de los señores, con TERESITA MARTIN, hoy ya Señora y Princesa de los Reinos aportados como dote por su divino Esposo, a saber, la Infancia de Jesús y su Pasión, de donde le vienen sus títulos de nobleza DEL NIÑO JESUS Y DE LA SANTA FAZ.

No habiendo sido posible invitar a VV. a la fiesta de sus bodas, celebradas en la Montaña del Carmelo el 8 de septiembre de 1890, pues sólo la Corte Celestial fué admitida a la ceremonia, quedan, con todo, invitadas a la Tornaboda *que tendrá lugar* mañana, *día de la Eternidad, cuando Jesús, Hijo del Eterno, venga sobre las nubes del cielo, en el esplendor de su majestad, a juzgar a los vivos y a los muertos. No estando todavía señalada la hora, quedan invitados a permanecer dispuestos y a velar.*

* * *

En el año que siguió a mi profesión, recibí grandes gracias durante los Santos Ejercicios de Comunidad. Ordinariamente, los Ejercicios espirituales predicados me son muy penosos, pero aquella vez me ocurrió todo lo contrario. Me preparé por medio de una fervorosa novena; ¡tanto creí que iba a padecer! Me habían dicho que el R. P. servía más bien para convertir pecadores que para hacer progresar a las almas religiosas. Soy, pues, una gran pecadora, puesto que Dios se sirvió de aquel santo religioso para consolarme.

Me afligían entonces toda clase de penas interiores, que me sentí incapaz de declarar, y he aquí que mi alma se dilató perfectamente; fuí entendida de un modo maravilloso, y hasta adivinada. Lanzóme el Padre a velas desplegadas por las ondas de la confianza y del amor, que tanto me atraían sin osar yo avanzar por ellas. Me dijo que mis faltas no apenaban a Dios: *En este instante ocupo su lugar,* añadió: *pues bien: le aseguro en su nombre que está muy satisfecho del alma de usted.* ¡Oh qué dicha tan grande fué la mía al oír tan consoladoras palabras! Jamás había oído decir que las faltas pudieran no apenar a Dios. Esta seguridad me colmó de gozo y me hizo soportar con paciencia el destierro de la vida. Tal era, por otra parte, el eco de mis pensamientos íntimos.

Sí; creía, hacía ya mucho tiempo. que el Señor es más tierno que una madre, y conozco a fondo más de un corazón de madre; sé que una madre está siempre dispuesta a perdonar las pequeñas desatenciones involuntarias de su hijo. ¡Cuántos dulces experimentos he hecho de ello! Ningún reproche me hubiera hecho tanto efecto como una sola de vuestras caricias, pues soy de un genio tal, que el temor me hace retroceder, mientras que con el amor, no sólo adelanto, sino que vuelo.

* * *

Dos meses después de ese bendito retiro, nuestra venerada Madre fundadora, Genoveva de Santa Teresa, dejó nuestro humilde Carmen para entrar en el Carmen de los cielos.

Pero antes de hablar de las impresiones que me causó su muerte, quiero decirle, Madre mía, mi dicha por haber vivido varios años junto a una santa, no inimitable, pero sí santificada por virtudes escondidas y ordinarias. Más de una vez recibí de ella grandes consuelos.

Un domingo, al ir a hacerle mi habitual visita en la enfermería, la encontré en compañía de dos Hermanas antiguas; iba a retirarme discretamente, cuando oí que me llamaba, y con semblante inspirado me dijo: *Espere un poco, hijita mía, sólo tengo que decirle una palabrita; me pide siempre un ramillete espiritual; pues bien, hoy voy a darle éste: Sirva a Dios con paz y alegría; tenga presente hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz.*

Dile las gracias con sencillez, y salí con lágrimas en los ojos, convencida de que Dios le había revelado el estado de mi alma, la cual se hallaba aquel día en extremo atribulada, casi triste, y en una oscuridad tan densa, que ya no sabía si Dios me amaba. Bien podrá figurarse Vuestra Reverencia, amada Madre, el gozo y el consuelo que sucedieron a aquellas tinieblas.

Quise averiguar el domingo siguiente la revelación que había tenido la Madre Genoveva; pero ella me aseguró que no había recibido ninguna, y entonces creció mi admiración al ver cómo vivía Jesús en su alma en grado tan eminente, haciéndola obrar y hablar, ¡Ah, aquella santidad, a mi parecer, es la más verdadera y la más *santa:* es la que anhelo, pues no cabe en ella la menor ilusión!

El mismo día que aquella venerada Madre trocó este valle de destierro por la verdadera Patria, recibí una gracia muy singular. Era la primera muerte que presenciaba, y en verdad que el espectáculo era encantador. Pero durante las dos horas que permanecí al pie del lecho de la santa moribunda, se apoderó de mí una especie de insensibilidad que me apenaba, cuando, en el mismo instante en que nuestra Madre nacía para el cielo, cambió completamente mi disposición interior. Súbitamente, me sentí inundada de alegría y fervor indecibles; parecía que el alma bienaventurada de nuestra santa Madre me hubiese dado en aquel momento una parte de la felicidad de que ella gozaba ya, pues estoy persuadida de que fué derecho al cielo.

Durante su vida le dije un día: *¡Oh Madre mía, lo que es Vuestra Reverencia no irá al purgatorio!* ¡Así lo espero!, me respondió con dulzura. Seguramente no pudo Dios frustrar una esperanza tan llena de humildad; las muchas gracias que hemos recibido son prueba de ello.

Todas las Hermanas se apresuraron a reclamar alguna reliquia de nuestra venerada Madre; Vuestra Reverencia sabe, Madre mía, la que conservo yo como cosa preciosísima. Durante su agonía vi bri-

llar una lágrima en sus párpados, como un hermoso diamante. La última lágrima que derramó en la tierra no se desprendió. Brillaba aún cuando expusieron sus restos mortales en el coro. Tomando entonces un lienzo fino, y de noche, sin ser vista por nadie, me atreví a acercarme; así es que tengo ahora le felicidad de poseer la última lágrima de una santa.

No concedo importancia ninguna a mis sueños; además, raras veces los tengo simbólicos; por esto me admira que, pensando todo el día en Dios, no acuda este pensamiento con más frecuencia a mi mente cuando duermo. Ordinariamente sueño en bosques, flores, arroyos y en el mar. Casi siempre veo hermosos niños, y cazo mariposas y pájaros, como jamás he visto. Ya ve, Madre mía, que si mis sueños tienen cierta apariencia poética, están muy lejos de ser místicos.

Una noche, después de la muerte de la Madre Genoveva, tuve uno más consolador. Soñé que aquella santa Madre repartía entre nosotras los objetos que le habían pertenecido; al llegar mi turno, creí que me quedaría sin nada, pues sus manos estaban vacías, pero mirándome con ternura, me dijo tres veces: *A vuestra Caridad le dejo mi corazón.*

* * *

Un mes después de una muerte tan preciosa ante Dios, es decir, al terminar el año de 1891, una epidemia de gripe atacó nuestra Comunidad; yo la pasé muy leve, de modo que pude mantenerme en pie con otras dos Hermanas. Es imposible imaginar el cuadro desolador que ofrecía nuestro convento en aquellos días de duelo. Las enfermas más graves eran cuidadas por las que apenas podían arrastrarse; la muerte reinaba en todas partes, hasta el punto que apenas exhalaba el último suspiro alguna de nuestras hermanas, forzosamente teníamos que abandonarla en seguida.

El día que cumplí diecinueve años fué entristecido con la muerte de nuestra Madre Superiora, a quien asistí en su agonía junto con la enfermera. A esta muerte siguieron dos más. Hallábame entonces sola en la sacristía, y me pregunto hoy cómo pude atender a todo.

Una mañana, al despertar, tuve el presentimiento de que Sor Magdalena había dejado de existir. El dormitorio (3) estaba sumi-

(3) Corredor a donde dan las puertas de las celdas.

do en la más completa oscuridad; nadie salía de las celdas. Me decidí a entrar en la de Sor Magdalena, y, en efecto, la encontré vestida y acostada en su jergón, con la rigidez de la muerte. No me causó ningún temor; corrí a la sacristía y traje al punto un cirio y le coloqué en la cabeza una corona de rosas. En medio de aquel desamparo sentía la mano de Dios, su Corazón que velaba por nosotras.

Con la mayor tranquilidad dejaban esta vida nuestras queridas hermanas; iluminando su rostro una alegría celestial, parecían descansar en suavísimo sueño.

Durante aquellas largas semanas de aflicción, tuve el inefable consuelo de comulgar diariamente. ¡Qué felicidad tan grande! Jesús me prodigó sus mimos durante largo tiempo, más tiempo que a sus fieles esposas, porque, después de la epidemia, continuó dándose a mí varios meses, sin que la Comunidad compartiera mi dicha. No había pedido yo tal excepción; pero muy dichosa estaba de unirme cada día a mi Amado.

Dichosa estaba también de poder tocar los vasos sagrados y preparar los lienzos destinados a recibir a Jesús. Comprendí que había de ser muy fervorosa, y recordaba a menudo estas palabras dirigidas a un santo diácono: "Sed santos, vosotros que tocáis los vasos del Señor" (4).

¿Qué le diré, Madre mía, de mis acciones de gracias en aquel tiempo y siempre? Es éste el momento en que menos consuelo recibo. ¿Y no es esto muy natural, puesto que no deseo la visita de Nuestro Señor para satisfacción mía sino únicamente para que Él goce?

Me represento mi alma como un terreno libre, y pido a la Virgen Santísima que quite de ella los escombros, que son las imperfecciones, y prepare ella misma un vasto pabellón digno del cielo, engalanándolo con sus propios adornos. Invito luego a todos los ángeles y a los santos a que vengan a entonar cánticos de amor; con este magnífico recibimiento me parece que Jesús queda contento, y comparto yo también su gozo.

No quita todo esto que las distracciones y el sueño vengan a importunarme; por eso no pocas veces tomo la resolución de continuar mi acción de gracias durante todo el día, puesto que tan mal la hice en el coro.

---

(4) Is., LII, 11.

Ya ve, Madre querida, que estoy muy lejos de andar por el camino del temor; encuentro siempre modo de ser feliz y de aprovecharme de mis miserias. El mismo Señor me impele por esta vía.

Una vez, contra mi costumbre, me sentía turbada al acercarme a comulgar. Muchos días hacía que, por escasear las hostias, recibía solamente una parte de la sagrada forma; aquella mañana hice la siguiente reflexión, de muy poco fundamento por cierto: *Si no recibo hoy más que la mitad de una hostia, será señal de que Jesús viene con disgusto a mi corazón.* Me adelanto... y, ¡oh felicidad!, se detiene el sacerdote y me da *dos hostias perfectamente separadas!* ¿No era esto una dulcísima respuesta?

¡Ay, Madre mía, cuántos motivos para ser agradecida a Dios! Voy a hacerle otra ingenua confidencia; el Señor me mostró la misma misericordia que al rey Salomón; colmó todos mis deseos; no sólo los de perfección, sino también aquellos cuya vanidad comprendía sin haberla experimentado. Habiendo mirado siempre a Vuestra Reverencia como mi modelo, quise asemejármele en todo; por esto, al ver que pintaba preciosas miniaturas y componía hermosas poesías, pensé que sería grande mi dicha si pudiera también pintar, expresar mis pensamientos en verso, y hacer el bien en torno mío ([5]). Pero no hubiera querido pedir aquellos dones naturales, y mis deseos quedaban ocultos en el fondo de mi corazón.

Jesús, que vivía también escondido en este pobre corazoncito, se complació en mostrarle una vez más la nada de todas las cosas pasajeras. Con gran extrañeza de la Comunidad, llevé a buen término varias obras de pintura, compuse poesías y tuve la dicha de hacer bien a algunas almas. Y así como Salomón, "al considerar las obras de sus manos, en las que había empleado trabajo tan penoso e inútil, vió que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol" ([6]), supe por experiencia que la única felicidad que existe

([5]) Teresita guardaba este deseo en su corazón desde su infancia.

"Tenía yo diez años, nos referirá más adelante, cuando mi padre anunció a Celina que iba a hacerle tomar lecciones de pintura; yo estaba presente y envidiaba su dicha. Mi padre me dijo: *¿Y a ti, reinecita mía, te gustaría aprender dibujo?* Un sí muy alegre brotaba de mis labios, cuando María observó que no tenía yo las mismas disposiciones que Celina. No tardó en triunfar, y pensando que era aquella ocasión propicia para ofrecer a Jesús un gran sacrificio, me callé. Con todo, de tal modo deseaba aprender el dibujo, que todavía me causa admiración el haber tenido fuerza para callarme."

([6]) Eccles., II, 11.

para el hombre en la tierra consiste en ocultarse, en permanecer en completa ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que sin amor, todas las obras, aun las más extraordinarias, no son más que nada; y esos dones que me ha prodigado el Señor, en vez de dañarme y herir mi alma, me llevan hacia El; sí, veo que El solo es inmutable, el único capaz de colmar mis inmensos deseos.

Mas ya que estoy en el capítulo de mis deseos, diré que hay otros, de diferente género, que el divino Maestro se complació en satisfacer también; deseos infantiles, parecidos al *de la nieve* del día de mi toma de hábito. Ya conoce Vuestra Reverencia, Madre mía, mi predilección por las flores. Al encerrarme prisionera a los quince años, renuncié para siempre a la facilidad de correr por los campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien, ¡nunca tuve tantas flores como desde mi entrada en el Carmen!

Es costumbre en el mundo que los desposados obsequien a sus prometidas con lindos ramilletes; no olvidó esto Jesús... Con gran profusión recibí para su altar todas las flores que más me embelesan: acianos, amapolas, margaritas de las grandes. Sólo faltaba que acudiera a la cita una de mis florecillas más preferidas: la neguilla que crece en el trigo; deseaba mucho volver a verla, y he aquí que últimamente vino a sonreírme y a demostrarme que, sin esperar a la otra vida, da Dios el ciento por uno, tanto en las grandes cosas como en las que carecen de importancia, a las almas que lo abandonan todo por su amor.

Quedábame sin realizar el más íntimo y, por muchos motivos, el más difícil de mis deseos: la entrada de Celina en el Carmen de Lisieux. No obstante ello, ya había consumado el sacrificio de semejante anhelo, confiando sólo a Dios el porvenir de mi querida hermana. Me resignaba a que se alejara, hasta el fin del mundo, si fuera preciso; pero quería verla, como yo, esposa de Jesús. ¡Ah! ¡Cuánto me atormentó el saber que estaba expuesta en el mundo a peligros que para mí habían sido desconocidos! Puedo decir que mi cariño fraternal se asemejaba más bien al amor de una madre; me sentía llena de abnegación y solicitud por su alma.

Cierto día tuvo que ir con mi tía y mis primas a una reunión mundana. No sé por qué experimenté mayor pena que nunca; derramé abundantes lágrimas y supliqué a Nuestro Señor que le *impidiese bailar*... Así sucedió, en efecto. No permitió el Señor que su prometida bailase aquella noche; y por cierto que de ordi-

nario lo hacía con mucha gracia. El que debía bailar con ella encontróse también imposibilitado y no pudo hacer otra cosa que *pasear religiosamente* con la señorita, con no poca extrañeza de toda la concurrencia. Después de lo cual se eclipsó el pobre señor lleno de vergüenza y no se le volvió a ver en toda la noche. Esta aventura singular aumentó en mí la confianza y me mostró claramente que la señal de Jesús estaba también puesta en la frente de mi amadísima hermana.

* * *

El día 29 de julio del año pasado llamó el Señor a su gloria a nuestro buen padre, tan probado y tan santo. Durante los dos años que precedieron a su muerte, mi tío lo tuvo en su casa, rodeando su dolorosa vejez de toda clase de atenciones. A causa de la impotencia a que quedaba reducido, sólo una vez le vimos en el locutorio durante el curso de su enfermedad. ¡Qué entrevista aquélla! ¡Vuestra Reverencia se acuerda, Madre mía! Al momento de separarnos, como nos despidiéramos diciéndole: *¡Hasta la vista!*, alzó los ojos, y señalándonos el cielo con el dedo, permaneció así largo rato expresando su pensamiento con estas únicas palabras pronunciadas con voz embargada por el llanto: *¡En el cielo!*

Ya en posesión de este hermoso cielo, quedaban rotas las ligaduras que retenían en el mundo a *su ángel consolador*. Mas los ángeles no se quedan en la tierra; en cuanto han cumplido su encargo, al punto vuelven a Dios; para ello tienen alas. Por eso Celina intentó volar al Carmen, pero desgraciadamente las dificultades parecían insuperables. Embrollándose sus asuntos cada vez más, dije un día a Nuestro Señor, después de la Comunión: *Vos sabéis, Jesús mío, cuánto he deseado que la tribulación de mi padre le sirviera de purgatorio. ¡Oh cuánto quisiera saber si mis deseos han sido atendidos! No os pido que me habléis; tan sólo os pido una señal. Conocéis la oposición de Sor*** a la entrada de Celina; pues si desde este momento no pone ningún obstáculo, ésta será vuestra respuesta; con esto me diréis que mi padre ha ido derecho al cielo.*

¡Oh misericordia infinita! ¡Oh inefable condescendencia! Dios, que tiene en su mano el corazón de las criaturas y lo inclina como quiere, cambió las disposiciones de aquella Hermana. Ella fué la

primera persona que vi después de mi acción de gracias; me llamó, y con lágrimas en los ojos, me habló de Celina, demostrándome vivísimos deseos de verla entre nosotras. Pronto Su Excelencia Ilustrísima allanó las últimas dificultades, permitiéndole, Madre mía, que sin dilación abriera nuestras puertas a la palomita desterrada (7).

Ahora ya no tengo ningún deseo, si no es el amar a Jesús con locura. Sí, sólo el *Amor me atrae*. No deseo ya el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos. Durante mucho tiempo los he llamado como mensajeros de alegría... ¡Estuve en posesión del dolor, y creí tocar la ribera del cielo! Desde mi tierna juventud estoy en la persuasión de que la *florecilla* será cortada en su primavera; hoy sólo me guía la absoluta confianza en Dios; no tengo otra brújula. No sé ya pedir nada con ardor; excepto el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios en mi alma. Puedo decir aquellas palabras del cántico de nuestro Padre San Juan de la Cruz:

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí, que antes seguía.
.....
Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio
Que ya *sólo en amar es mi ejercicio.*

O bien este otro:

Hace tal obra *el amor,*
Después que le conocí,
Que, si hay bien o mal en mí,
Todo lo hace de un sabor,
Y al alma transforma en sí.

¡Oh, Madre mía, qué suave es el camino *del amor!* Es indudable que se puede caer y cometer infidelidades; pero el amor sabe *sacar partido de todo,* y presto consume *todo* lo que pueda desagra-

(7) Entró Celina en religión el día 14 de setiembre de 1894, tomando el nombre de Sor Genoveva de la Santa Faz.

dar a Jesús, dejando tan sólo en el fondo del corazón una paz humilde y profunda.

¡Ah, cuántas luces he sacado de las obras de San Juan de la Cruz! A la edad de diecisiete y dieciocho años, fué éste mi único alimento. Pero después, los autores espirituales me dejaron en la más completa aridez, y todavía permanezco en esta disposición. Si abro un libro, aunque sea el más hermoso y conmovedor, se me oprime el corazón al momento, y leo sin comprender, o, si comprendo, se detiene mi espíritu sin poder meditar.

En esta impotencia acuden en mi socorro la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo; en ellas encuentro un maná escondido, sólido y puro. Pero el Santo Evangelio, más que ningún otro libro, mantiene mi oración; en él bebe a su sabor mi pobrecita alma. Cada vez descubro nuevas luces, ocultos y misteriosos significados. Comprendo y sé por experiencia "que el reino de Dios está dentro de nosotros" (8).

Jesús no necesita de libros ni doctores para instruir a las almas; El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido ni palabra. Nunca le oí hablar, pero sé que está en mí. En todos los instantes me guía y me inspira, y precisamente en el momento en que las necesito es cuando descubro claridades desconocidas hasta entonces. Regularmente no brillan a mis ojos en las horas de oración, sino en medio de las ocupaciones del día.

¡Oh, Madre mía! Después de haber recibido tantas gracias ¿no puedo cantar con el Salmista "cuán bueno es el Señor, cuán eterna es su misericordia?" (9). Creo que si todas las criaturas recibieran los mismos favores, Dios no sería temido de nadie, sino amado hasta con exceso; por amor y no por temor, nadie cometería jamás la menor falta voluntaria.

Pero comprendo que todas las almas no pueden parecerse; ha de haberlas de diferentes clases, para honrar especialmente cada una de las perfecciones divinas. A mí dióme su MISERICORDIA INFINITA, y a través de este inefable espejo, contemplo sus demás atributos. Todos así me parecen radiantes de *Amor;* la misma *Justicia,* más quizá que ningún otro, me parece revestida de *amor.*

(8) Luc., XVII, 21.
(9) Salmo, CXII, 1.

¡Qué dulce alegría la de pensar que el Señor es justo, es decir, que toma en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿Qué temer, pues? Dios, infinitamente justo, que se digna perdonar con tanta misericordia las culpas del hijo pródigo, ¿no será también *justo* conmigo que "estoy siempre junto con El?" ([10]).

En el año 1895 recibí la gracia de comprender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensando un día en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios, para desviar sobre sí mismas los castigos que reserva a los pecadores, juzgué esta ofrenda grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme inclinada a hacerla.

Así, en lo íntimo de mi corazón exclamé: *¡Oh mi divino Maestro! ¿Sólo vuestra justicia recibirá hostias de holocausto? ¿Vuestro amor misericordioso no las necesita también? En todas partes es desconocido, desechado... Los corazones a quienes deseáis prodigarlo, se vuelven a las criaturas pidiéndoles la felicidad de un miserable y efímero cariño, en vez de echarse en vuestros brazos y aceptar la deliciosa hoguera de vuestro amor infinito.*

¡Oh, Dios mío! Este vuestro amor despreciado, ¿permanecerá encerrado en vuestro corazón? Si encontrarais almas que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro amor, me parece que las consumiríais rápidamente y os alegraríais de dilatar las llamas de infinita ternura que encierra vuestro pecho.

Si a vuestra justicia que sólo se extiende sobre la tierra, le place descargarse, ¡cuánto más vuestro amor misericordioso desea abrasar a las almas, puesto que "vuestra misericordia se eleva hasta los cielos!" ([11]). *¡Oh, Jesús, sea yo esta dichosa víctima, consumid vuestra pequeña hostia en el fuego del divino amor!*

Madre mía, Vuestra Reverencia que me permitió ofrecerme así a Dios, sabe muy bien las llamas, o, por mejor decir, los mares de gracias que inundaron mi alma inmediatamente después de mi donación del 9 de junio de 1895. Desde aquel día, el amor me cerca

---

([10]) Luc., XV, 31.
([11]) Salmo, XXXV, 5.

y me penetra; a cada instante me renueva y purifica este *amor misericordioso,* no dejando en mi corazón la menor señal de pecado. No, no puedo temer el purgatorio; sé que no merecería siquiera entrar con las almas santas en este lugar de expiación; pero sé también que el fuego del amor santifica más que el del purgatorio; sé que Jesús no quiere que suframos inútilmente, y no me inspiraría los deseos que experimento si no estuviera dispuesto a colmarlos.

He aquí, querida Madre mía, cuanto puedo decirle de la vida de su Teresita. Vuestra Reverencia conoce mejor, por sí misma, lo que ella es y lo que por ella ha hecho Jesús; así me perdonará Vuestra Reverencia haber abreviado mucho la historia de su vida religiosa.

¿Cómo terminará esa "Historia de una florecilla blanca"?

Tal vez tomarán aún tierna la florecilla o bien la trasplantarán a las otras orillas... Lo ignoro; pero tengo la certidumbre de que la misericordia de Dios la acompañará constantemente, y nunca dejará de bendecir a la Madre que la entregó a Jesús.

Se regocijará eternamente de ser una de las flores de su corona, y cantará eternamente también, con esa querida Madre el cántico siempre nuevo del amor y del reconocimiento.

CAPITULO IX (1)

El ascensor divino. Primeras invitaciones a los eternos goces. Noche oscura. La mesa de los pecadores. Cómo este ángel de la tierra entiende la caridad fraterna. Una gran victoria. Un soldado desertor.

MADRE venerada: habiéndome manifestado el deseo de que termine de cantar con Vuestra Reverencia las misericordias del Señor, no quiero razonar; pero no puedo menos de reírme al tomar nuevamente la pluma para referir lo que sabe tan bien como yo. En fin, obedezco; no quiero indagar de qué utilidad pueda ser este manuscrito; confieso, Madre mía, que si lo quemara a mi vista, aun antes de haberlo leído, no experimentaría ningún pesar.

* * *

Cree generalmente la Comunidad que me ha prodigado Vuestra Reverencia toda clase de mimos desde mi entrada en el Carmen; pero el "hombre no ve más que las apariencias, sólo Dios lee en el fondo de los corazones" (2).

¡Oh, Madre mía, le doy gracias por haberme tratado sin miramientos! Sabía Jesús que su florecilla necesitaba el agua vivificadora de la humillación; que sin ella, débil como era, no arraigaría jamás, y a Vuestra Reverencia debe este inestimable valor.

Hace algunos meses que el Divino Maestro ha cambiado completamente su método para hacer que crezca su florecilla; estimando sin duda que está bastante regada, la deja crecer ahora bajo los bienhechores rayos de un sol resplandeciente. No quiere ya para ella sino la sonrisa de dicho sol, la cual, venerada Madre mía, le concede también por su mediación. Este dulcísimo Sol, en vez de marchitar

(1) Este capítulo y el siguiente están dirigidos a la Rvda. Madre María de Gonzaga.

(2) I, Rey. XVI, 7.

la florecilla, la hace crecer prodigiosamente. En el fondo de su cáliz conserva las preciosas gotas de rocío que recibió antes; estas gotas le recordarán siempre que es pequeña y débil y aunque todas las criaturas se inclinaran hacia ella, admirándola y colmándola de alabanzas, no añadirían jamás un átomo de vanagloria al verdadero goce que saborea en su corazón, viéndose a los ojos de Dios una pobrecita nada, y no más.

Al decir que todas las alabanzas me dejarían insensible, no quiero hablar, Madre mía, del amor y de la confianza que me demuestra; le estoy al contrario, muy agradecida, pero veo que nada tengo que temer, que puedo disfrutar de ello ahora a mis anchas, refiriendo al Señor lo bueno que ha querido poner en mí. Si le place hacerme parecer mejor de lo que soy, es cosa que no me incumbe; es muy libre de hacer lo que quiera.

¡Dios mío, qué diferentes son los caminos por los cuales conducís a las almas! Vemos en la vida de los santos que muchos no han dejado después de su muerte el más pequeño recuerdo, ni el menor escrito. En cambio, hay otros, como nuestra Madre Santa Teresa, que enriquecieron la Iglesia con su doctrina sublime, no temiendo "revelar los secretos del Rey" (3) para que fuera mejor conocido y amado de las almas. ¿Cuál de estas dos maneras prefiere el Señor? Me parece que ambas le son igualmente agradables.

Todos los predilectos de Dios han seguido la inspiración del Espíritu Santo, que hizo escribir al profeta: "Decid al justo que todo está bien" (4). Sí, todo está bien cuando sólo se procura que triunfe la voluntad divina; por eso yo, pobre florecilla, obedezco a Jesús, tratando de complacer a la que hace para mí sus veces en la tierra.

* * *

Sabe Vuestra Reverencia, Madre mía, que mi constante deseo ha sido llegar a ser santa; mas, por desgracia, cuantas veces me he comparado a los santos, he comprobado que existe entre ellos y yo la misma diferencia que notamos entre una montaña cuya cumbre se pierde en las nubes y el humilde grano de arena pisoteado por los caminantes.

(3) Tob., XII, 7.
(4) Is., III, 10.

Mas, en vez de desalentarme, me digo que es imposible que Dios inspire deseos irrealizables, y que, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Me es imposible engrandecerme; debo soportarme tal como soy, con mis innumerables imperfecciones; pero quiero buscar el modo de ir al cielo por un camino bien recto, bien corto, un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora ya no se necesita subir los peldaños de una escalera; un ascensor los reemplaza ventajosamente en las casas de los ricos. También yo quisiera encontrar un *ascensor* para elevarme hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección.

He buscado, pues, indicaciones en los Libros Santos para hallar este *ascensor,* objeto de mis deseos, y he dado con estas palabras, salidas de la misma boca de la Sabiduría eterna: "Si alguien es *muy pequeño, que venga a mí* (5). Me acerqué, pues, a Dios y adiviné que había encontrado lo que buscaba; mas deseando saber todavía lo que haría con el *pequeñuelo,* he proseguido mis investigaciones y he aquí lo que he hallado: "Así como una madre acaricia a su hijo, te consolaré, te recostaré en mi seno, y te meceré en mi regazo" (6).

¡Ah, jamás se regocijó mi alma con palabras más tiernas, más melodiosas que éstas!

Vuestros brazos, ¡oh Jesús mío!, son el *ascensor* que ha de elevarme hasta el cielo. Para esto no necesito crecer, sino al contrario, quedar pequeña, achicarme cada vez más. ¡Oh, Dios mío, habéis superado cuanto podía yo esperar; por eso quiero cantar vuestras misericordias! "Me habéis instruído desde mi juventud, y hasta el presente he publicado vuestras maravillas; seguiré haciéndolo hasta mi edad provecta" (7).

¿Cuál será para mí esta edad provecta? Considero que lo mismo puede ser ahora como más tarde: a los ojos del Señor, dos mil años son lo mismo que veinte... lo propio que un día.

Mas no crea Vuestra Reverencia, Madre mía, que su hija desea dejarla, estimando como gracia mayor morir en la aurora que en el ocaso del día; lo que estima, lo que únicamente desea es agradar a

---

(5) Prov., IX, 4.
(6) Is., LXVI, 13.
(7) Salmo LXX, 18.

Jesús. Ahora que parece acercársele y atraerla a la mansión de la gloria, se regocija su corazón; sabe, comprende que Dios no necesita de nadie, y mucho menos de ella, para esparcir sus dones por la tierra.

Entretanto, mi venerada Madre, sé cuál es su voluntad; desea Vuestra Reverencia que desempeñe a su lado un oficio muy dulce y bien fácil; mas este encargo lo terminaré desde lo alto del cielo. Me ha dicho Vuestra Reverencia, como Jesús a San Pedro: "Apacienta mis corderos". Pero, al verme tan pequeña, me ha asustado la empresa, por lo que le he suplicado que Vuestra Reverencia misma haga pacer sus corderitos, y me cuente por favor entre ellos.

Accediendo un tanto a mi justo deseo me ha nombrado, más bien que maestra de ellas ([8]), su primera compañera, ordenándome, con todo, que las conduzca a los más fértiles y sombreados pastos, les indique las mejores y más fortificantes hierbas, y les señale con cuidado las brillantes pero venenosas flores, a las cuales no deben jamás llegarse si no es para pisotearlas.

¿Cómo no asustaron a Vuestra Reverencia, Madre mía, mi juventud y poca experiencia? ¿Cómo no teme que deje descarriar sus corderos? Al obrar de esta manera, quizá ha tenido presente que muchas veces se complace el Señor en otorgar la sabiduría a los más pequeños.

En la tierra son muy raras las personas que no miden el poder divino según sus limitadas ideas. El mundo admite que hay excepciones en todas partes; ¡sólo el Señor no tiene derecho a hacerlas; Sé que ha mucho que se practica entre los hombres el sistema de medir la experiencia por los años, pues el santo rey David cantaba al Señor en su adolescencia: "Soy joven y me desprecian". Sin embargo de ello, no vacila en decir en el mismo salmo. "Me he vuelto más prudente que los ancianos, porque he buscado vuestra voluntad. Vuestra palabra es la lámpara que alumbra mis pasos. Estoy pronto a cumplir vuestras órdenes y nada me perturba" ([9]).

Ni siquiera le ha parecido imprudente decirme un día, Madre mía, que el Divino Maestro iluminaba mi alma y me daba la experiencia de los años. Soy al presente demasiado pequeña para tener

---

([8]) Ejercía el cargo de Maestra de Novicias sin llevar ese título.
([9]) Salmo CXVIII.

vanidad; soy también demasiado pequeña para componer hermosas frases que persuadan a los demás de que tengo mucha humildad; prefiero convenir sencillamente en que el "Todopoderoso ha obrado en mí grandes cosas" (10); y la mayor de todas es la de haberme mostrado mi pequeñez, mi incapacidad para todo bien.

* * *

Mi alma ha conocido muchas clases de tribulaciones, he padecido mucho aquí en la tierra. En mi infancia sufrí con tristeza; pero hoy día saboreo estos frutos amargos en santa paz y alegría. Menester es que me conozca Vuestra Reverencia muy a fondo, Madre querida, para que no sonría al leer estas páginas. ¿Hay, en efecto, un alma menos probada, en apariencia, que la mía? ¡Ah!, si apareciera a las miradas humanas el martirio que sufro desde hace un año, ¡qué extrañeza! Puesto que Vuestra Reverencia lo desea, intentaré describirlo; pero no hay palabras para explicar estas cosas, y, por mucho que haga, el relato será muy inferior a la realidad.

En la cuaresma pasada me sentía más fuerte que nunca; aquel vigor, a pesar del ayuno que observaba en todo su rigor, se mantuvo perfectamente hasta pascua; mas el día de Viernes Santo, a primera hora, me dió Jesús la esperanza de ir pronto a reunirme con El en su hermoso cielo. ¡Qué dulce recuerdo!

El jueves por la noche no pude lograr que me permitieran velar hasta el amanecer ante el Monumento; a eso de medianoche me retiré a nuestra celda. Apenas puse la cabeza en la almohada, sentí que me subía a los labios una oleada hirviente; creí llegada mi última hora, y mi corazón se partió de alegría. No obstante ello, como acababa de apagar la linternita, mortifiqué mi curiosidad hasta la mañana siguiente y me dormí con gran tranquilidad.

A las cinco, cuando me despertó la señal de levantarme, mi primer pensamiento fué que tenía que enterarme de la fausta noticia, lo que averigüé luego ser cierto acercándome a la ventana y viendo nuestro pañuelo lleno de sangre. ¡Oh, Madre mía, qué esperanza! Estaba íntimamente convencida de que en aquel día, aniversario de su muerte, me hacía oír mi Amado un primer llamamiento, como dulce y lejano murmullo precursor de su feliz llegada.

Con gran fervor asistí a Prima, y luego al Capítulo. Ansiaba

(10) Luc., I, 49.

verme a los pies de mi Madre para confiarle mi felicidad. No sentía el menor cansancio, el menor sufrimiento, de modo que fácilmente obtuve permiso para terminar la Cuaresma como la había empezado, y aquel día de Viernes Santo compartí todas las austeridades del Carmen sin ninguna mitigación. ¡Ah, nunca me parecieron tan deliciosas esas auteridades!... La esperanza de ir al cielo me enajenaba de gozo.

La noche de aquel dichoso día entré muy contenta en la celda e iba a dormirme tranquilamente, cuando, como la noche precedente, me dió mi buen Jesús la misma señal de mi próxima entrada en la vida eterna.

Tenía entonces una fe tan viva y clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad; no podía comprender que hubiera impíos sin fe, y me persuadía de que ciertamente hablaban en contra de su pensamiento al negar la existencia de otro mundo.

En los tan luminosos días del tiempo pascual me dió a entender Jesús que realmente hay almas faltas de fe y esperanza, las cuales, por su abuso de las gracias divinas, han perdido esos preciosos tesoros, fuente de los únicos goces puros y verdaderos. Permitió que invadieran mi alma las más densas tinieblas y que la idea del cielo, tan dulce para mí desde mi más tierna edad, viniese a ser objeto de lucha y de tormento. El padecimiento de esta tribulación no se limitó a varios días o algunas semanas; hace ya meses que la sufro, y todavía aguardo la hora de verme libre de ella. Quisiera expresar lo que siento, pero no es posible. Se necesita haber pasado por ese tenebroso túnel para comprender su oscuridad. Esto no obstante, intentaré explicarla con una comparación.

Supongo que he nacido en un país envuelto en espesa niebla. Jamás he contemplado el sonriente aspecto de la naturaleza, ni visto brillar un solo rayo de sol. Pero desde mi infancia, oigo hablar constantemente de esas maravillas, y sé que el país que habito no es mi patria, que hay otro hacia el cual debo aspirar incesantemente.

No es ésta una historia inventada por ningún habitante de las tinieblas, es verdad indiscutible, pues el Rey de la patria del sol luminoso y brillante, vino a vivir por espacio de treinta y tres años en el país de las tinieblas... Mas ¡ay! "las tinieblas no comprendieron que era la luz del mundo" ([11]).

([11]) Juan, I, 5.

Pero, Señor, ¡vuestra hija ha comprendido vuestra luz divina! Ella os pide perdón para sus incrédulos hermanos, consiente en comer el pan del dolor todo el tiempo que gustéis; por amor vuestro se sienta a esa mesa llena de amargura, en donde se alimentan los pobres pecadores, y no quiere levantarse de ella hasta que le dé la señal vuestra mano. Pero, ¿no puede deciros en su nombre y en el de sus hermanos delincuentes: "Tened compasión de nosotros, Señor, que somos pobres pecadores?" (12) ¡Despachadnos justificados! Vean al fin brillar la antorcha de la fe todos aquéllos que no están por ella iluminados! ¡Oh, Dios mío, si es preciso que la mesa que ellos mancharon la purifique un alma que os ame, quiero comer sola en ella el pan de las lágrimas, hasta que os plazca introducirme en vuestro reino luminoso; la única gracia que os pido es la de no ofenderos jamás!

* * *

Le estaba diciendo a Vuestra Reverencia, Madre mía, que desde mi niñez me fué dada la certeza de que iría un día lejos de mi tenebroso país. Me inspiraba esta convicción, no solamente lo que oía decir, sino además las aspiraciones íntimas y profundas de mi corazón, las cuales me permitían presentir que otra tierra, otra región más luminosa, sería un día mi morada estable; no de otro modo el genio de Cristóbal Colón hacíale adivinar un nuevo mundo. Mas de repente penetraban en mi alma las tinieblas que me rodean por fuera, envolviéndome de tal suerte, que ni siquiera puedo volver a encontrar en mí la imagen tan dulce de mi patria... ¡Todo ha desaparecido!...

Cuando quiero hacer descansar mi corazón, fatigado por las tinieblas que le rodean, con el fortificante recuerdo de una vida futura y eterna, acreciéntase mi tormento. Me parece que las tinieblas, pidiendo prestada su voz a los impíos, se burlan de mí, diciéndome: *Sueñas en la luz, en una patria embalsamada de suaves perfumes; sueñas en la eterna posesión del Creador de estas maravillas; crees que saldrás un día de las tinieblas en que desfalleces; pues, ¡adelante!... ¡adelante!... ¡Alégrate de la muerte, que te dará,*

(12) Luc., XVIII, 13.

no lo que esperas, sino una noche todavía más oscura, la noche de la nada!...

Amadísima Madre; esta imagen de la prueba que me aflige es tan imperfecta como un esbozo comparado con su modelo; pero no quiero escribir más sobre el asunto, temería blasfemar... hasta tengo miedo de haber dicho demasiado. ¡Ah, Dios me perdone! El sabe muy bien que, aunque me falte el goce de la fe, me esfuerzo en practicar las obras. He hecho más actos de fe desde hace un año que durante toda mi vida.

A cada nueva ocasión de combate, cuando el enemigo me reta, me porto como valiente; sé que es de cobardes batirse en duelo, por lo cual vuelvo la espalda a mi adversario, sin mirarle jamás de frente; corro luego a mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar toda mi sangre para confesar que hay un cielo, que me considero feliz de no poder contemplar en la tierra, con los ojos del alma, ese hermoso cielo que me espera, a fin de que se digne abrirlo por toda la eternidad a los desgraciados incrédulos.

Así es que, a pesar de esta aflicción que me roba todo sentimiento de gozo, puedo exclamar aún: *Señor, me colmáis de alegría con todo lo que hacéis* ([113]). Pues, ¿existe mayor alegría que la de sufrir por vuestro amor? Mientras más intenso es el dolor y menos se muestra a los ojos de las criaturas, tanto más os hace sonreír, ¡oh, Dios mío! Y si, por un imposible, debierais ignorarlo Vos mismo, también me consideraría feliz de sufrir, con la esperanza de que mis lágrimas pudieran impedir o reparar tal vez una sola falta contra la fe.

Sin duda creerá Vuestra Reverencia, venerada Madre mía, que exagero un tanto la noche de mi alma. Si juzga por las poesías compuestas por mí este año, le parecerá que recibo grandes consuelos y que casi se ha rasgado ante mis ojos el velo de la fe. A pesar de ello, ya no es un velo, sino un muro que se levanta hasta los cielos y me oculta el firmamento estrellado.

Si canto la felicidad del cielo, la eterna posesión de Dios, no es porque sienta goce alguno; canto sencillamente *lo que quiero creer*. Confieso que algunas veces ilumina mi alma un tenue rayo de sol; cesa entonces la prueba un instante, pero después, el recuerdo de este rayo, en vez de consolarme, hace más densas aún mis tinieblas.

([113]) Salmo XCI, 4.

¡Ah, nunca como ahora he sabido apreciar cuán dulce y misericordioso es el Señor! Me ha enviado esta pesada cruz en la ocasión en que podía llevarla; creo de veras que me hubiera desalentado antes. Ahora sólo me priva de todo sentimiento de natural satisfacción en mi aspiración a la patria celestial.

* * *

Paréceme, Madre mía, que nada me impide ahora partir, pues no tengo ya grandes deseos, fuera del de amar hasta morir de amor... Soy libre, ningún miedo tengo, ni aun el que más temía; me refiero al miedo de estar mucho tiempo enferma, y, por consiguiente, ser una carga para la Comunidad. Si al Señor le place, consiento gustosa en ver mi vida de padecimientos de cuerpo y de alma, alargarse años y años.

¡Oh, no; no temo una larga vida, ni rehuso el combate!: *El Señor es la roca en que estoy levantada; El educa mis manos para el combate y mis dedos para la guerra; es mi escudo; en El confío* ([14]). Nunca he pedido a Dios morir joven; verdad es que siempre he creído que así sería, pero nunca hice nada para lograrlo.

Muchas veces me contenta el Señor sólo con nuestros deseos de trabajar para su gloria; bien sabe Vuestra Reverencia, Madre mía, que mis deseos han sido siempre muy grandes. Sabe también que Jesús me ha ofrecido más de un amargo cáliz relativo a mis queridas hermanas. ¡Oh!, razón tenía el santo rey David cuando cantaba: "¡Cuán bueno y dulce es a los hermanos el habitar juntos en perfecta unión!" ([15]). Mas esta unión no puede llevarse a cabo en la tierra sino en medio de los sacrificios. No, no vine a este bendito Carmen para vivir con mis hermanas; por el contrario, presentía que me ocasionaría esto grandes sufrimientos, desde el momento en que no quiere una conceder nada a la naturaleza.

¿Cómo puede decirse que es mayor perfección alejarse de los suyos? ¿Se ha reprochado alguna vez a los hermanos el combatir en el mismo campo de batalla, el volar a recibir juntos la palma del martirio? Sin duda se juzga con razón que se alientan mutuamente, pero también que el martirio de cada uno se convierte en el de todos.

([14]) Salmo CXLIII, 1, 2.
([15]) Salmo CXXXII, 1.

Lo mismo sucede en la vida religiosa, considerada por los teólogos como un martirio. Al entregarse a Dios, no pierde el corazón su ternura natural; por el contrario, se desarrolla y crece dicha ternura, llegando a ser más pura y divina. Con esta ternura amo a Vuestra Reverencia, ¡Oh Madre mía!, y amo a mis hermanas. Sí, es para mí una felicidad el combatir en familia por la gloria del Rey de los cielos; pero estoy también dispuesta a volar a otro campo de batalla; si éste fuere el deseo del divino General, ni sería menester una orden; bastaría una mirada, una simple señal.

Desde mi entrada en el Carmen he pensado siempre que si Jesús no me llevaba muy pronto al cielo sería mi suerte la de la palomita de Noé: que abriendo el Señor un día la ventana del arca, me invitaría a volar muy lejos, en dirección de las playas infieles, llevando el ramo de olivo. Este pensamiento me ha hecho remontar el vuelo por encima de todo lo creado.

Viendo que hasta en el propio Carmen podía sufrir la amarga pena de nuevas separaciones, quise anticiparme a habitar en el cielo, por lo que acepté, no sólo vivir desterrada en medio de un pueblo desconocido, sino, lo que era para mí mucho más amargo, acepté el destierro para mis hermanas. Dos de ellas fueron, efectivamente, pedidas por el Carmen de Saigón, fundado por nuestro convento y durante algún tiempo se pensó seriamente en enviarlas allá. ¡Ah, no hubiera yo abierto mis labios para retenerlas, aunque mi corazón se destrozara al pensar en las pruebas que las esperaban!...

Ahora todo ha pasado ya; los superiores han puesto obstáculos insuperables a su partida, de modo que mojé mis labios en este cáliz sólo lo suficiente para probar su amargura.

Permítame que le diga, Madre mía, por qué deseo responder al llamamiento de nuestras Madres de Hanoi en el caso de que la Virgen Santísima quiera curarme.

Según he oído decir, se necesita una vocación especial para vivir en los Carmenes del extranjero; muchas almas se creen llamadas allá, sin serlo en realidad. Vuestra Reverencia me ha dicho, Madre mía, que yo tenía esa vocación, y que el único obstáculo para realizarla era mi poca salud.

¡Ah, ciertamente que si tuviera que abandonar un día mi cuna religiosa, no sería sin dolor! No tengo un corazón insensible; por esto cabalmente, porque es capaz de sufrir mucho, deseo ofrecer a Jesús todos los sufrimientos que puede sobrellevar. Aquí soy querida

de Vuestra Reverencia, Madre mía, y de todas mis Hermanas; este cariño es muy dulce; por lo mismo, desearía habitar un monasterio donde fuera desconocida y tuviera que sufrir el destierro del corazón. No con ánimo de ser útil al Carmen de Hanoi abandonaría yo todo cuanto quiero, pues bien conozco mi incapacidad; mi único fin sería cumplir la voluntad de Dios y sacrificarme por El conforme a sus deseos.

Estoy convencida de que no sufriría ninguna decepción, pues cuando una espera exclusivamente padecer, la sorprende el menor goce; además, llega a ser el sufrimiento la mayor parte de las alegrías cuando se busca como un tesoro precioso. Pero estoy enferma, ahora, sin esperanzas de curación, y ello no obstante, gozo de paz; hace ya mucho tiempo que no me pertenezco, estoy del todo entregada a Jesús... El es muy libre de hacer de mí cuanto le plazca. Me infundió el deseo de un destierro completo; preguntándome si consentía beber ese cáliz; al punto quise asirlo, pero retiró su mano, demostrándome que la sola aceptación le bastaba.

¡Dios mío, de cuántas inquietudes nos libra el voto de obediencia! ¡Qué felices son las simples religiosas! Usando únicamente como brújula la voluntad de los superiores, están siempre seguras de seguir el camino recto, sin temor de equivocarse, aun cuando les parezca indudable que los superiores se equivocan. Pero en cuanto se deja de consultar esa infalible brújula, se extravía el alma por áridos caminos, viéndose luego privada del agua de la gracia.

Vuestra Reverencia, Madre mía, es la brújula que Jesús me ha dado para conducirme con seguridad a la ribera eterna. ¡Cuán dulce es para mí fijar la mirada en Vuestra Reverencia y cumplir después la voluntad de Dios! A la par que permite el Señor que padezca de tentaciones contra la fe, aumenta extraordinariamente en mi corazón *el espíritu de fe,* que me hace ver al Divino Maestro vivo en el alma de Vuestra Reverencia, comunicándome por conducto suyo sus benditas órdenes. Reconozco, Madre mía, que Vuestra Reverencia me hace suave y ligero el yugo de la obediencia; pero, a juzgar por mis sentimientos íntimos, creo que no cambiaría de conducta y que mi ternura filial no disminuiría en lo más mínimo si le pluguiera tratarme con severidad, porque vería siempre la voluntad de mi Dios manifestándose de diferente manera para mayor bien de mi alma.

* * *

Entre las innumerables gracias que he recibido este año, no juzgo la menor de ellas la que me ha concedido de comprender en toda su extensión el precepto de la caridad.

Nunca había profundizado estas palabras de Nuestro Señor: "El segundo mandamiento, es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" ([16]). Aplicábame sobre todo a amar a Dios, y amándole descubrí el secreto de estas otras palabras: "No los que dicen ¡Señor!, ¡Señor!, entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre" ([17]).

Esta voluntad, me la dió a conocer Jesús cuando en la última Cena promulgó su *mandamiento nuevo,* al decir a sus Apóstoles que "se amaran entre sí como El mismo los había amado..." ([18]). Me puse a examinar detenidamente de qué manera había Jesús amado a sus discípulos; y vi que no fué por sus cualidades naturales, puesto que eran ignorantes y sus pensamientos enteramente terrenales. No obstante ello, los llama amigos, hermanos suyos, desea verlos junto a El en el reino de su Padre; y para abrirles este reino, quiere morir en la cruz, diciendo "que no hay mayor amor que dar su vida por aquellos a quienes se ama" ([19]).

Meditando estas divinas palabras, vi cuán imperfecto era mi amor a mis hermanas, comprendí que no las amaba como Jesús las ama. ¡Ah!, ahora adivino que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo, en no extrañar sus debilidades, en edificarse con sus menores virtudes; pero he aprendido especialmente que la caridad no debe permanecer encerrada en el fondo del corazón, "pues nadie enciende una antorcha para ponerla debajo de un celemín... sino que se la pone sobre el candelero, a fin de que alumbre a todos los que están en la casa" ([20]). Me parece, Madre mía, que esta antorcha representa la caridad que debe iluminar y alegrar no sólo a aquellos que más quiero, sino a *todos los que están en la casa.*

Cuando ordenó el Señor a su pueblo, en la antigua Ley, que amara a su prójimo como a sí mismo, no había venido aún a la

---

([16]) Mat., XXII, 39.
([17]) Mat., VII, 21.
([18]) Juan, XIII, 34.
([19]) Juan, XV, 13.
([20]) Luc., XI, 33.

tierra, y sabiendo muy bien hasta qué extremo se ama la propia personalidad, no podía exigir más. Pero cuando Jesús da a sus Apóstoles un nuevo mandamiento, "su mandamiento particular" ([21]), no pide tan sólo que amemos al prójimo como a nosotros mismos, sino como le ama El mismo, como le amará hasta la consumación de los siglos.

¡Oh, Jesús mío!, sé que no mandáis nada imposible; conocéis mejor que yo mi debilidad e imperfección, sabéis que jamás llegaré a amar a mis hermanas como Vos las amáis, si Vos mismo, Salvador mío, no seguís amándolas *en mí*, y porque habéis dispuesto otorgarme esta gracia, habéis instituído este *nuevo mandamiento*. ¡Oh, cuánto le amo!, pues da la seguridad de que vuestra voluntad es la de *amar en mí* a todos aquellos a quienes me ordenáis amar.

Sí, lo siento, cuando soy caritativa, Jesús es quien solo obra en mí; cuanto más unida estoy a El, mayor es el amor que tengo a mis hermanas, y si quiero fomentar este amor en mi corazón, e intenta el demonio ponerme ante los ojos los defectos de tal o cual hermana, me apresuro a buscar sus virtudes y sus buenos deseos; pienso que si la vi caer una vez puede muy bien haber ganado numerosas victorias que oculta por humildad, y que lo que a mí me parece una falta, quizá sea un acto de virtud, por causa de la intención. Me cuesta tanto menos cuanto que lo experimenté por mí misma.

Cierto día, durante el recreo, compareció la portera en busca de alguna hermana para un trabajo particular que señaló; yo, que con infantil deseo anhelaba ocuparme en tal quehacer, fuí cabalmente la elegida. Empecé entonces a doblar nuestra labor, pero con bastante calma, para darle tiempo a mi vecina a doblar la suya antes que yo, pues sabía que le ocasionaría una satisfacción dejándola substituirme.

Al ver mi poca prontitud, exclamó riendo la hermana que había solicitado la ayuda: *¡Ya me figuraba yo que Vuestra Caridad no podría añadir esta perla a su corona! Iba con demasiada lentitud.* Y toda la Comunidad creyó que yo había obrado por impulso tan sólo natural.

No podría ponderar cuánta utilidad saqué de este pequeño incidente y cómo me enseñó a tener indulgencia, impidiéndome además

([21]) Juan, XV, 12.

vanagloriarme cuando me juzgan favorablemente, pues pienso que si los demás creen equivocadamente mis insignificantes actos de virtud como imperfecciones, lo mismo pueden equivocarse creyendo virtud lo que no es más que imperfección. Por esto repito con San Pablo: "Poco me importa ser juzgado por ningún tribunal humano. No he de juzgarme yo mismo; el Señor es mi juez" (22).

* * *

Volviendo al Santo Evangelio, en él me explica el Señor claramente en qué consiste su *nuevo mandamiento*.

Leo en San Mateo: "Habéis oído que se dijo: amarás a tu amigo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, rogad por los que os persiguen" (23).

Naturalmente que en el Carmen no encuentra una enemigos, pero sí existen mayores o menores simpatías; se siente una atraída hacia tal o cual hermana, mientras que tal vez otra nos obligaría a dar un gran rodeo para evitar su encuentro. Pues bien, Jesús me dice que tengo que amar a esa hermana, que debo rogar por ella, aunque su modo de proceder me incline a creer que no me ama: "Si sólo amáis a los que os aman, ¿qué agradecimiento os deberán? Porque también los pecadores aman a los que les aman" (24). No basta amar, hay que demostrar el amor. Es natural la satisfacción que se experimenta al dar gusto a un amigo; pero esto no es caridad, pues los pecadores lo hacen también.

Otra lección de Jesús es: "Dad a cualquiera que os pida, y si toman lo que os pertenece, no volváis a pedirlo" (25). Dar a todos los que piden es menos dulce que ofrecer una misma espontáneamente, por natural movimiento del corazón; tampoco cuesta dar cuando nos piden con afabilidad; pero si desgraciadamente se emplean para ello palabras poco delicadas, se rebela en el acto el alma que no está fortalecida en la caridad perfecta; halla mil razones para rehusar lo que así le piden; sólo después de haber convencido

(22) I. Cor. IV, 3, 4.
(23) Mat., V, 43, 44.
(24) Luc., VI, 32.
(25) Luc., VI, 30.

a la solicitante de su falta de delicadeza le concede *por misericordia* lo que deseo, o le hace un pequeño servicio que exige mucho menos tiempo que el empleado en hacer resaltar obstáculos y derechos imaginarios.

Si costoso es dar a cualquiera que nos pida, más difícil es *dejar que nos quiten lo que nos pertenece sin volver a pedirlo.* ¡Oh, Madre mía!, digo que es difícil y debiera más bien decir que parece difícil, pues "el yugo del Señor es suave y ligero" ([26]); así que lo aceptamos, experimentamos al punto su dulzura.

Decía, pues, que Jesús desea de mí que no reclame lo que me pertenece; esto deberá parecerme muy natural, puesto que en realidad nada me pertenece propiamente; debo pues alegrarme cuando sucede que sienta la pobreza, de que hice voto solemne. Antes me figuraba no tener apego a nada, pero desde que las palabras de Jesús brillaron en mi mente llenas de luz, me veo muy imperfecta. Por ejemplo si, al instalarme para pintar, encuentro los pinceles en desorden, si echo de menos una regla o un cortaplumas, estoy próxima a perder la paciencia y tengo que asirme a ella con toda mi fuerza para no reclamar malhumorada los objetos que me faltan.

Es indudable que puedo pedir esos objetos indispensables, y si lo hago con humildad, en nada falto al mandamiento de Jesús; antes bien, obro como los pobres que tienden la mano para recibir lo que necesitan; pero si los despiden sin dárselo, no se admiran, pues nadie les debe nada. ¡Ah, qué paz tan profunda inunda el alma, cuando se eleva sobre los sentimientos de la naturaleza! No, no hay alegría comparable a la que experimenta el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desprendimiento un objeto necesario, y no sólo se lo rehusan, sino que además intentan arrebatarle lo que tiene siguen aquel consejo de Nuestro Señor: "Al que quiera litigar contigo y quitarte la túnica, déjale también la capa" ([27]).

Ceder la capa es, a mi parecer, renunciar a nuestros últimos derechos, considerarse como servidora y esclava de los demás. Ya despojados del abrigo, es más fácil andar y correr; así es que Jesús añade: "Y cualquiera que os obligue a andar mil pasos, andad dos mil más en su compañía" ([28]). No me basta dar a todo el que me pida; he de aplicarme a adivinar los deseos, he de mostrarme

([26]) Mat., XI, 30.
([27]) Mat., V, 40.
([28]) Mat., V, 41.

muy agradecida, muy honrada de poder hacer algún servicio; y si se me llevan algún objeto de mi uso, parecer alegre de que me hayan *desembarazado* de él.

Con todo no siempre puedo practicar al pie de la letra las palabras del Evangelio; hay ocasiones en que me veo obligada a rehusar alguna cosa a mis hermanas. Pero la caridad se muestra siempre en el exterior, cuando está profundamente arraigada en el corazón; hay un modo tan amable de rehusar lo que nos es imposible dar, que se tiene menos reparo en pedir constantemente favores a las personas que se muestran siempre dispuestas a servir; sin embargo de ello, a pretexto de no poder complacerlas siempre, no debo huir de las hermanas que piden favores fácilmente, puesto que el Divino Maestro ha dicho: "no huyas del que quiera pedirte prestado" (29).

Tampoco he de mostrarme complaciente con el fin de parecerlo o con la esperanza de que la hermana a quien sirvo me devuelva el favor, pues dice aún Nuestro Señor: "Si prestáis a sólo aquellos de quien esperáis recibir algo, ¿qué agradecimiento os deberán? Porque también los pecadores prestan a otros pecadores para recibir otro tanto. Pero vosotros, haced bien y prestad sin esperar nada por ello; así será grande vuestra recompensa" (30).

¡Y es tan grande la recompensa, aun la que se recibe en la tierra!... En este camino, sólo el primer paso cuesta. *Prestar sin esperar nada por ello*, parece duro; preferible sería *dar*, pues una cosa dada ya no nos pertenece. Si con aire de convicción viene una a decirnos: *Hermana, necesito su ayuda durante algunas horas, pero no pase cuidado alguno; me ha dado permiso nuestra Madre, y devolveré a Vuestra Caridad el tiempo que me preste*, entonces, si una está convencida de que no nos devolverán ese tiempo que prestamos, quisiéramos decirle: *¡Se lo regalo!* Así satisfaríamos nuestro amor propio, pues es un acto más generoso dar que prestar; además, daríamos a entender a la hermana que no contamos con sus servicios.

¡Ah, qué contrarias a la naturaleza son las enseñanzas divinas! Sin el auxilio de la gracia, nos sería imposible, no sólo ponerlas en práctica, sino también comprenderlas.

* * *

(29) Ibíd., V, 42.
(30) Luc., VI, 34, 35.

Amada Madre mía, veo que más que nunca me he explicado pésimamente. No sé qué interés encontrará Vuestra Reverencia en leer todos estos confusos pensamientos. Pero, en fin, no escribo con idea de hacer una obra literaria; si con esta especie de discurso sobre la caridad le produzco hastío, a lo menos verá que su hija ha dado prueba de buena voluntad.

Pero, ¡ay!, confieso que estoy lejos de practicar lo que tan bien entiendo; a pesar de ello, el solo deseo que tengo de practicarlo me llena de paz. Si acaso cometo alguna falta contra la caridad, me levanto al punto; hace ya algunos meses que ni siquiera tengo que combatir, por lo que puedo decir con nuestro Padre San Juan de la Cruz: "Mi morada está enteramente pacificada". Esta íntima paz la atribuyo a cierto combate del cual salí victoriosa. Desde aquel triunfo, acude siempre en mi socorro la milicia celestial, no pudiendo permitir sea herida después de haber luchado valerosamente en la ocasión que voy a describir.

Una santa religiosa de la Comunidad tenía antes el don de desagradarme en todo; mezclábase en esto el demonio, pues no cabe duda de que era él quien me hacía ver en ella tantas cosas desagradables. Luchando, pues, para no ceder a la antipatía natural que me inspiraba, pensé que la caridad no se practica tan sólo en los sentimientos, sino que ha de conocerse también en las obras, por la cual apliquéme a hacer por aquella hermana lo que hubiera hecho por la persona más querida. Cada vez que la encontraba rogaba a Dios por ella ofreciéndole todas las virtudes y méritos. Conocía que esto agradaba mucho a mi Jesús, pues no hay artista a quien no le guste recibir alabanzas por sus obras, y el divino Artista de las almas se complace en que uno no se detenga en lo exterior, sino que, penetrando hasta en el santuario íntimo que ha elegido por morada, admiremos la belleza de éste.

No me contentaba con rezar mucho por la que me ofrecía tantas ocasiones de combatir, sino que procuraba, además, hacerle cuantos favores podía; y si me asaltaba la tentación de responderle de modo desagradable, me daba prisa en dirigirle una amable sonrisa, intentando desviar la conversación, pues dice el Kempis que "vale más dejar a cada uno con su idea, que detenerse a discutir" ([31]).

([31]) Imi[illegible], III, XLIV, 1.

Muchas veces, cuando el demonio me tentaba violentamente y me podía esquivar sin que ella advirtiera mi lucha interior, huía *como un soldado desertor*... En esto, díjome ella un día con aire de gozo: *Hermana Teresita del Niño Jesús, ¿quiere decirme lo que la atrae tanto hacia mí? No la encuentro ni una sola vez sin que me dirija la más graciosa sonrisa.* ¡Ah! lo que me atraía era Jesús oculto en el fondo de su alma; Jesús, que dulcifica lo más amargo.

* * *

Le hablaba hace un instante, Madre mía, del último recurso que empleo para evitar un desastre en los combates de la vida, el recurso de la *fuga,* medio poco honroso que usé durante el noviciado, dándome magníficos resultados, de lo cual le citaré un caso manifiesto que quizá la haga sonreír.

Hacía algunos días que estaba enferma Vuestra Reverencia, con una bronquitis que nos inspiró seria inquietud. Una mañana fuí muy quedo a entregar en su enfermería las llaves de la reja de la Comunión, porque yo estaba entonces de sacristana. En el fondo me alegraba en el alma de tener esta ocasión de ver a Vuestra Reverencia, pero me aguardaba muy bien de manifestarlo. Pues una de sus hijas, animada de santo celo, creyó que iba a despertarla y quiso tomarme las llaves discretamente. Le dije entonces con toda la amabilidad posible que tenía el mismo interés que ella en no hacer ruido, y añadí que me pertenecía *el derecho* de devolver las llaves. Hoy veo que hubiera sido más perfecto ceder sin ninguna réplica; pero como no lo entendí así entonces, quise entrar en pos de ella a pesar de su oposición.

No tardó en suceder lo que temíamos; el ruido que estábamos haciendo despertó a Vuestra Reverencia, y toda la culpa recayó en mí. La hermana a quien había resistido empezó inmediatamente un largo discurso cuyo fondo era éste: "La hermana Teresita del Niño Jesús es quien ha hecho el ruido". Ardía yo en deseos de disculparme, pero felizmente me ocurrió una idea luminosa: pensé que, seguramente, si empezaba a justificarme, perdería la paz de mi alma, y que siendo demasiado débil, por otra parte, mi virtud, para dejar de defenderme yo si me acusaban, debía elegir la huída como última tabla de salvación. Dicho y hecho: Huí... pero mi co-

razón latía con tal violencia, que no pudiendo alejarme mucho, me senté en la escalera para gozar en paz del fruto de mi victoria. Extraña valentía era ésta sin duda; pero creo que vale más no exponerse al combate cuando la derrota es segura.

¡Ay! ¡Cada vez que recuerdo el tiempo de mi noviciado, cómo noto lo imperfecta que era! Ciertas cosas de entonces me causan risa hoy. ¡Qué bueno es el Señor por haber levantado mi alma y concedídole alas! Jamás las redes de los cazadores podrán ya asustarme; pues "en vano se echa la red ante los ojos de aquellos que tienen alas" (32).

Podrá ser que más tarde el tiempo actual me parezca también sembrado de innumerables miserias, pero ya nada me sorprende; no me aflijo al ver que soy la flaqueza misma; por el contrario, en ella me glorifico y me resigno a descubrir en mí, diariamente, nuevas imperfecciones. Confieso que estas luces que recibo acerca de mi propia nada, me son más provechosas que si se refieren a la fe.

Acordándome de que la "caridad cubre la multitud de los pecados" (33), saco de esa fecunda mina abierta por el Señor en el Sagrado Evangelio. Ahondo en las profundidades de sus adorables palabras y exclamo con David: "Corrí por el camino de vuestros mandamientos, desde que dilatasteis mi corazón" (34), y sólo la caridad puede dilatar mi corazón... ¡Oh, Jesús mío, desde que esta dulce llama le consume, corro con delicia por el camino de *vuestro nuevo mandamiento;* por él quiero correr hasta el venturoso día en que, uniéndome al cortejo virginal, os siga por los espacios infinitos cantando vuestro *Cántico nuevo,* que debe ser el del *Amor!*

(32) Prov., I, 17.
(33) Ibid., X, 12.
(34) Salmo CXVIII, 32.

CAPITULO X

Nuevas luces sobre la caridad. El pincelillo. Las migajas caídas de la mesa de los niños. El buen samaritano. Diez minutos más preciosos que mil años de alegrías en la tierra. Dos hermanos sacerdotes. "Atráeme".

MADRE venerada: Dios me ha concedido la gracia de penetrar las misteriosas profundidades de la caridad. Si pudiera expresar lo que comprendo, oiría Vuestra Reverencia una melodía celestial. Mas, ¡ay!, que no sé sino balbucear como un niño, pues en verdad que si las palabras de Jesús no me sirvieron de apoyo, estaría tentada de pedirle licencia para callarme.

Al decirme el Divino Maestro que "dé a todo el que me pide, y que me deje quitar lo que me pertenece sin reclamarlo", considero que no habla tan sólo de los bienes de la tierra, sino que se refiere también a los del cielo. Ni unos ni otros son míos; por el voto de pobreza renuncié a los primeros, y los segundos, igualmente que éstos, me han sido prestados por Dios, que puede quitármelos sin que me sea lícito quejarme.

Mas los pensamientos profundos y personales, los destellos de la inteligencia, las centellas ardientes del corazón, forman, como una riqueza a la que uno se apega como a su propio bien, que nadie tiene derecho a tocar. Por ejemplo: Si comunico alguna luz de mi oración a una de mis hermanas y ella la manifiesta después como proveniente de sí misma, parece que se apropia mi bien: si, durante el recreo, una en voz baja dice a su compañera tal o cual palabra aguda u oportuna, y ella sin dar a conocer el origen, la repite en alta voz, parece esto algo así como un robo a la propietaria, la cual, aunque no proteste, tiene vivos deseos de hacerlo, por lo que aprovechará la primera ocasión para dar a entender discretamente que se han apoderado de sus pensamientos.

No podría explicarle tan bien esos ruines sentimientos de la naturaleza, Madre mía, si no tuviera experiencia de ellos; y me dejaría con gusto mecer con la dulce ilusión de que sólo mi flaqueza los ha experimentado, si Vuestra Reverencia no me hubiera ordenado oír las tentaciones de las novicias. Mucho he aprendido desem-

peñando este cargo; sobre todo me he visto obligada a practicar lo que enseñaba.

Sí; ahora puedo decir que he recibido la gracia de no estar más apegada a los bienes espirituales y del corazón que a los de la tierra. Si me acontece pensar o decir alguna cosa que agrade a mis hermanas, juzgo muy natural que lo tomen para sí como cosa propia; este pensamiento pertenece al Espíritu Santo, no a mí, puesto que San Pablo asegura "que sin este Espíritu de amor, no podemos dar a Dios el nombre de Padre" (1). Puede, pues, el Espíritu divino valerse de mi pequeñez para dar buenas inspiraciones a un alma; de ninguna manera he de creer que este pensamiento es de mi propiedad exclusiva.

Por otra parte, aunque no desprecio los hermosos pensamientos que unen con Dios, tengo bien entendido, hace tiempo, que no es prudente apoyarse demasiado en ellos. Las más sublimes inspiraciones no son nada si no van acompañadas de las obras. Es verdad que otras almas pueden aprovecharse mucho de ellas, si demuestran al Señor humilde agradecimiento porque les permite compartir el festín de uno de sus privilegiados; pero; si éste se complace en su riqueza y hace la oración del fariseo, parécese a una persona que se muere de hambre ante una mesa espléndidamente servida, mientras que todos sus convidados se alimentan abundantemente, y miran quizá con envidia al poseedor de tantos tesoros.

¡Ah, sólo Dios conoce verdaderamente el fondo de los corazones! ¡Qué limitados son los pensamientos de las criaturas! Si encuentran un alma de mayores luces que ellas, deducen en consecuencia que el Divino Maestro no las ama tanto como a ésta. ¿Desde cuándo, pues, no tiene ya derecho el Señor de servirse de una de sus criaturas para repartir a sus hijos el alimento que necesitan? En tiempo de Faraón lo tenía ya, pues dice el Señor a este monarca en la Sagrada Escritura: "Yo te levanté expresamente para hacer resplandecer en ti MI PODER, a fin de que mi nombre sea conocido y anunciado por toda la tierra" (2). Muchos siglos han pasado desde que el Altísimo pronunció estas palabras, y su conducta no ha cambiado; ha seguido siempre eligiendo instrumentos entre los pueblos para operar en las almas.

* * *

(1) Rom., VIII, 15.
(2) Exod., IX, 14.

Si el lienzo pintado por un artista pudiese pensar y hablar, ciertamente que no se quejaría de ser tocado y retocado sin cesar por el pincel; no envidiaría tampoco la suerte de este instrumento, pues sabría que no al pincel, sino al artista que lo maneja debe la belleza de que está revestido. Tampoco se glorificaría el pincel de la obra maestra ejecutada por su mediación, pues no ignoraría que nunca los artistas se hallan apurados, salvando dificultades como quien juega y sirviéndose a veces por gusto de los instrumentos más débiles y defectuosos.

Venerada Madre mía, yo soy un pincelillo que ha elegido Jesús para pintar su imagen en las almas que me ha confiado Vuestra Reverencia. Un artista tiene varios pinceles, dos por lo menos; con el primero, cubre enteramente el lienzo; el más pequeño sirve para los detalles. Vuestra Reverencia, Madre mía, representa el precioso pincel que maneja Jesús con amor cuando quiere ejecutar alguna gran obra en el alma de sus hijas; yo soy el pequeñito, el que se digna emplear después para los mínimos detalles.

El Divino Maestro se sirvió por primera vez de su pincelillo hacia el 8 de diciembre de 1892; recordaré siempre aquella época como tiempo de gracias.

Al entrar en el Carmen, encontré en el noviciado una compañera que tenía ocho años más que yo; a pesar de la diferencia de edad, se entabló entre nosotras una verdadera intimidad. Con objeto de fomentar una amistad que parecía propicia para producir frutos de virtud, nos concedían algunos ratitos de conversación espiritual. Cautivábame mi querida compañera por su inocencia y su carácter franco y expansivo; pero me sorprendía ver que amaba a Vuestra Reverencia de muy distinto modo que yo; observaba también muchas cosas en su conducta, las cuales me parecían censurables. Mas Dios me daba ya a entender por entonces que hay almas a las que su misericordia no se cansa de aguardar y a las que va dando su luz por grados; por tanto, me guardé muy bien de pretender anticiparme a su hora.

Reflexionando un día sobre el permiso que se nos había concedido de platicar juntas, según dicen nuestras santas Constituciones "para inflamarnos mutuamente más y más en el amor de nuestro divino Esposo", pensé con tristeza que nuestras conversaciones

no alcanzaban el fin deseado, y vi claramente que mi deber no era tener ya reparos en hablar o bien cesar aquellas prácticas que se asemejaban a las de las amigas del mundo. Supliqué a Nuestro Señor que pusiera en mis labios palabras suaves y convincentes, o mejor, que hablara El mismo en mi lugar. Escuchó mi ruego, pues "los que vuelven sus miradas hacia El serán iluminados ([3]), y la luz brilla en las tinieblas para todos los que tienen el corazón recto" ([4]). La primera cita me la aplico a mí misma, y la segunda a mi compañera, que verdaderamente tenía el corazón recto.

Desde el primer momento de nuestra entrevista, advirtiendo mi pobre hermanita que yo no era la misma, llena de turbación se sentó a mi lado; estrechándola entonces contra mi corazón, le dije con ternura todo lo que pensaba de ella. Le mostré en qué consiste el verdadero amor, dándole a entender que el amar a su M. Priora con cariño puramente natural era amarse a sí misma, y le confié los sacrificios que me había visto precisada a hacer sobre este particular al principio de mi vida religiosa. Pronto sus lágrimas se mezclaron con las mías; reconoció humildemente sus yerros, dándome toda la razón, y me prometió comenzar una vida nueva, pidiéndome por favor que le advirtiera siempre sus faltas.

Desde aquel instante, nuestra amistad fué enteramente espiritual, realizándose en nosotras el oráculo del Espíritu Santo: "El hermano a quien otro hermano ayuda, es como una ciudad fortificada" ([5]).

Bien sabe, Madre mía, que mi intención no era apartar de Vuestra Reverencia a mi compañera; sólo quería darle a entender que el verdadero amor se alimenta de sacrificios y que cuanto más se priva el alma de toda satisfacción natural, tanto más fuerte y desinteresada llega a ser su ternura.

* * *

Recuerdo que siendo postulante, sentía a veces tan violentas turbaciones de satisfacerme y endulzar mi corazón con algunas gotas de alegría, que tenía que pasar a toda prisa delante de la celda

([3]) Salmo XXXIII, 5.
([4]) Salmo CXI, 4.
([5]) Prov., XVIII, 19.

de Vuestra Reverencia y agarrame al barandal de la escalera para no volverme atrás. Acudían a mi pensamiento infinidad de permisos que pedirle y mil pretextos para justificar y satisfacer mi natural propensión. ¡Cuánto me alegro ahora de haberme vencido desde el comienzo de mi vida religiosa! Disfruto ya de la recompensa prometida a los que combaten valerosamente, y no siento que me sea necesario negarme los consuelos del corazón, pues mi corazón está afianzado en Dios... Por haberle amado únicamente, ha ido agrandándose poco a poco, hasta el punto de poner en las personas que le son queridas una ternura incomparablemente más profunda que si se hubiese concentrado en un afecto egoísta e infructuoso.

* * *

Acabo de hablarle del primer trabajo que Jesús y Vuestra Reverencia se dignaron ejecutar con el pincelillo, amada Madre mía; pero esto fué solamente como un esbozo del cuadro de mano maestra que le encomendó después Vuestra Reverencia.

Al penetrar en el santuario de las almas me di cuenta, desde la primera ojeada, de que la tarea era muy superior a mis fuerzas; me eché al punto en los brazos de Dios, como los niños pequeñuelos esconden, bajo la impresión de algún temor, su rubia cabecita en el hombro de su padre, y le dije: *¡Señor! Bien sabéis que soy demasiado pequeña para alimentar a vuestras hijas; si queréis darles por mi mediación lo que necesitan, llenad mi mano, y sin dejar vuestros brazos, sin volver siquiera la cabeza, distribuiré vuestros tesoros al alma que venga a pedirme alimento. Si lo encuentra a su gusto, sabré que no me lo debe a mí, sino a Vos, Señor; y si, por el contrario, se queja y encuentra amargo lo que le ofrezco, no se alterará por esto la paz de mi alma, antes bien, procuraré persuadirla de que este alimento le viene de Vos, y me guardaré muy bien de buscarle otro.*

Al comprender así que me era imposible hacer cosa alguna por mí misma, me pareció simplificada mi tarea. Sólo me esforzaba interiormente en unirme cada vez más y más a Dios, sabiendo que el resto se me daría por añadidura. Y así ha sido, en efecto. Nunca ha sido defraudada mi esperanza; mi mano se ha encontrado llena tantas veces como ha sido necesario para alimentar el alma de mis

hermanas. Confieso, Madre mía, que a no haber obrado de esta manera, si hubiera confiado en mis propias fuerzas, sin tardanza le hubiera rendido las armas.

Considerado de lejos, parece muy fácil hacer bien a las almas, procurar que adelanten y crezcan en el amor de Dios, modelarlas según nuestras propias miras y pensamientos. Pero de cerca, por el contrario, se advierte que hacer algún bien es cosa tan imposible sin la ayuda divina, como pretender que durante la noche vuelva el sol a nuestro hemisferio. Adviértase que es de absoluta precisión olvidar nuestros gustos, nuestras ideas personales, y guiar las almas, no según nuestro rumbo, no por el camino que seguimos nosotros, sino por el camino particular que les indique Jesús. Mas no es ésta la mayor dificultad; lo que a mí me cuesta más que todo es observar las faltas, hasta las más ligeras imperfecciones, y declararles la guerra a muerte.

Iba a decir, desgraciadamente para mí; pero no, esto fuera cobardía; digo, pues, felizmente para mis hermanas, desde que me establecí en los brazos de Jesús, soy como el vigía que desde la más alta torrecilla de un castillo observa al enemigo. Nada se oculta a mis miradas, a menudo me sorprende la claridad con que lo veo todo, y juzgo muy excusable la acción del profeta Jonás huyéndose de delante de la faz del Señor para no anunciar la ruina de Nínive. Preferiría recibir mil reproches que dirigir uno solo; pero me parece muy necesario que esta tarea sea para mí motivo de sufrimiento, pues cuando se obra por impulso natural, no es posible que el alma defectuosa advierta sus yerros, antes bien, piensa que la monja encargada de dirigirla está descontenta, y hace recaer su enojo sobre ella, a pesar de las buenas intenciones que la animan.

Madre mía, en esto, como en todo lo demás, necesariamente he de abrazar la abnegación y el sacrificio; así es que, por ejemplo, estoy convencida de que una carta no producirá fruto alguno mientras no la escriba con cierta repugnancia y por una obediencia. Cuando hablo con una novicia, procuro mortificarme, evitando dirigirle preguntas que satisfarían mi curiosidad. Si después de haber comenzado a referirme algo interesante, pasa después a otro asunto que me fastidia, sin concluir lo primero, me abstengo cuidadosamente de advertirle esta interrupción, pues paréceme que no es posible hacer ningún bien buscándose una a sí misma.

Sé, Madre mía, que sus corderitos me tienen por severa... Si leyeran estas líneas, dirían que no parece sino que a mí me cuesta muy poco correr tras de ellos, mostrarles su hermoso vellón manchado, o presentarles algunos mechones de lana que dejaron enredados en las zarzas del camino. Dirán lo que quieran esos corderitos, pero en el fondo saben que los quiero con entrañable amor. No, no hay peligro de que imite "al mercenario que, viendo venir al lobo, deja el rebaño y huye" (6). Estoy dispuesta a dar mi vida por ellos, y es tan puro mi cariño que ni siquiera deseo que lo conozcan. Nunca jamás, con la gracia de Dios, he intentado atraerme sus corazones, sino que he comprendido que mi obligación era encaminarlos a Dios y a Vuestra Reverencia, Madre mía, que es aquí abajo el Dios visible a quien deben amar y respetar.

* * *

Dije anteriormente que, instruyendo a las otras, había aprendido mucho. Primeramente he visto que todas las almas sostienen poco más o menos los mismos combates; pero que, con todo, hay entre ellas diferencia suma, que obliga a no atraerlas de la misma manera. Veo que con algunas conviene que me haga pequeña y no temo humillarme declarando mis luchas y derrotas; entonces confiesan fácilmente a su vez las faltas que se reprochan, y se alegran de ver que las comprendo por experiencia. En cambio, para obtener buenos resultados con otras, he de emplear gran firmeza y no desdecirme jamás de una cosa ya dicha: humillarme sería entonces debilidad.

El Señor me ha concedido la gracia de que no me arredre la guerra; por encima de todo y a toda costa, he de cumplir siempre mi deber. Más de una vez me han hecho esta observación: *Si quiere obtener algo de mí, no use la fuerza, sino la dulzura; de lo contrario, no alcanzará nada.* Pero sé que nadie es buen juez en causa propia, y que si el cirujano hace una operación dolorosa a un niño, no cesará éste de gritar diciendo que es peor el remedio que la enfermedad; pero esto no es obstáculo para que, al verse a los pocos días curado, quede muy contento de poder jugar y correr. Lo mismo sucede con

(6) Juan, X, 12.

las almas: no tardan en reconocer que un poco de amargura es preferible al azúcar, y no temen confesarlo.

A veces es verdaderamente maravilloso comprobar el cambio que se opera en ellas de un día para otro. Así vienen a decirme: *Tenía razón ayer al tratarme con severidad; al principio me sublevé en mi interior, pero repasándolo todo después, vi que estaba V. C. muy en lo justo. Al salir de su celda, pensé que había concluído con V. C., y me decía a mí misma: Voy a decirle a nuestra Madre que no volveré a ver más a Sor Teresita del Niño Jesús; pero comprendí que el demonio era quien me inspiraba esta idea. Parecióme luego que V. C. rogaba por mí; entonces me tranquilicé, y empieza la luz a brillar en mi espíritu; ahora vengo para que V. C. lo ilumine del todo.*

Y ya, contentísima de poder seguir el impulso natural de mi corazón, ofrezco al punto manjares menos amargos... Sí; mas... advierto que es menester no adelantarse demasiado... Una palabrita podría destruir el hermoso edificio construído con lágrimas. Si tengo la desgracia de decir la menor cosa que parezca atenuar las verdades de la víspera, intenta mi hermanita agarrarse otra vez a las ramas... En este caso recurro a la oración, vuelvo los ojos de mi alma a la Virgen María, y Jesús sale siempre triunfante. ¡Ah!, la oración y el sacrificio constituyen toda mi fuerza, son mis armas invencibles; conmueven los corazones mucho más que las palabras; lo sé por experiencia.

* * *

Durante la Cuaresma de hace dos años, vino a verme una novicia radiante de alegría, y me dijo: *¡Si supiera V. C. lo que he soñado esta noche! Hablábame con mi hermana, que es muy mundana, y quería despertarla de todas las vanidades del mundo; para lograrlo, le explicaba estas palabras del cántico de V. C.: Vivir de amor:*

—Amarte, buen Jesús, fecunda pérdida:
Para ti mis perfumes y mis gracias.

Transportada de gozo, veía que mis palabras penetraban hasta el fondo de su alma. Esta mañana estoy pensando que tal vez quiere

Dios que le conquiste esta alma. ¿Le parece a V. C. que le escriba refiriéndole mi sueño para Pascua, y diciéndole que Jesús la quiere por esposa suya?

Respondíle sencillamente que bien podía pedir permiso para ello.

Como la Cuaresma no tocaba a su término, sorprendió a Vuestra Reverencia esta petición tan prematura; por lo cual, visiblemente inspirada por Dios, respondió que las Carmelitas deben salvar almas más con la oración que con cartas. Al saber esta decisión, dije a mi querida hermanita: *Pongamos manos a la obra y roguemos mucho. ¡Qué alegría si nuestra oración fuera atendida al terminar la Cuaresma!* ¡Oh, infinita misericordia del Señor! *Al finalizar la Cuaresma,* un alma más se consagraba a Jesús. Fué esto un verdadero milagro de la gracia obtenida por el fervor de una humilde novicia.

¡Cuán grande es, pues, el poder de la oración! Diríase que es una reina que tiene siempre libre entrada en el palacio del rey, pudiendo obtener todo lo que pide. Para que la oración sea eficaz, no es preciso leer en un libro, alguna hermosa fórmula compuesta para circunstancias determinadas; si así fuera, ¡cuán digna de lástima sería yo!

Fuera del oficio divino, que, aunque muy indigna, tengo la dicha de rezar cada día, no me siento con valor alguno para sujetarme a buscar hermosas oraciones en los libros; esto me da dolor de cabeza... ¡Son tantas!... Además, ¡son a cual más bellas! No pudiendo, pues, rezarlas todas, ni sabiendo cuáles elegir, hago como los niños que no saben leer; digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle, y me comprende siempre.

Para mí es la oración un arranque del corazón, una simple mirada dirigida al cielo; es un grito de agradecimiento y de amor lo mismo en medio de la tribulación que en el seno de la alegría. En fin, es algo elevado y sobrenatural, que dilata el alma y la une a Dios.

Algunas veces, cuando se halla sumido mi espíritu en tan gran sequedad que es incapaz de producir un solo pensamiento bueno, rezo muy despacio un *Padrenuestro* o un *Avemaría;* éstas son las únicas oraciones que me cautivan, que alimentan divinamente mi alma, y le bastan.

* * *

Pero, ¿en qué punto de mi relación estaba? Heme otra vez perdida en un dédalo de reflexiones. Perdone, Madre, mi poca precisión. Convengo en que esta historia es una madeja muy enredada. Pero, desgraciadamente, no sé hacerlo mejor; escribo tal como me vienen los pensamientos; echo al azar el anzuelo en el arroyuelo de mi corazón, y le ofrezco después mis pececitos tal como se dejan pescar.

Hablaba, pues, de las novicias, las cuales me dicen muchas veces: *Pero V. C. siempre tiene una respuesta para todo; creía apurarla esta vez... ¿Adonde, pues, va a buscar lo que nos enseña?* Las hay bastante cándidas para creer que leo en sus almas, porque me ha ocurrido prevenirlas, revelándoles, sin revelación, lo que pensaban.

La más antigua del noviciado se había propuesto ocultarme una pena muy grande que la afligía mucho. Acababa de pasar una noche de angustias, procurando no derramar una lágrima, por temor de que sus ojos enrojecidos le hicieran traición. Habiéndoseme acercado a mí con el semblante más placentero, hablándome de la manera que solía y con más amabilidad aún, si cabe, le dije sencillamente: *V. C. tiene alguna congoja, estoy segura de ello.* Me miró entonces con indecible extrañeza... Fué tan grande su estupefacción, que me contagió a mí también y me comunicó no sé qué impresión sobrenatural. Sentía a Dios allí mismo, cerca de nosotras... Sin darme cuenta, pues no tengo el don de leer en las almas, había pronunciado una palabra de veras inspirada, que me permitió consolar completamente a aquella alma.

* * *

Ahora le confiaré, Madre mía carísima, el mayor provecho espiritual que he reportado de mi trato con las novicias. Ya entiende Vuestra Reverencia que todo les está permitido y que conviene que digan todo lo que piensan, lo mismo el bien que el mal, sin restricción alguna. Esto les es tanto más fácil conmigo, cuanto no me deben el respeto que se tributa a una Madre Maestra.

No puedo decir que Jesús me conduzca exteriormente por el camino de las humillaciones; no, se contenta con humillarme en lo íntimo de mi alma. Delante de las criaturas, todo me sale bien; sigo el peligroso camino de los honores, si así puede una expresarse en religión, y con respecto a esto, comprendo la conducta de

Dios y de los superiores. Porque si apareciera a los ojos de la Comunidad como religiosa incapaz, sin inteligencia ni juicio, no podría Vuestra Reverencia hacerse ayudar por mí, Madre mía. He aquí la razón porque el Divino Maestro ha echado un velo sobre todos mis defectos interiores y exteriores.

Este velo hace que reciba algunos cumplidos de las novicias, cumplidos sinceros, sin ninguna clase de lisonja, pues sé que piensan lo que dicen; pero esto no me inspira vanidad alguna, pues a todas horas tengo presente el recuerdo de mis miserias. A pesar de ello, me vienen algunas veces grandes deseos de oír algo más que alabanzas; mi alma se cansa de manjares demasiado azucarados, y entonces Jesús hace que le sirvan una ensalada bien avinagrada y cargada de especias; nada le falta, excepto el *aceite,* lo que le da un sabor más.

Esta ensalada me la presentan las novicias cuando menos la espero. Al levantar Dios el velo que les oculta mis imperfecciones, viéndome mis queridas hermanitas bajo mi verdadero aspecto, no me encuentran ya del todo a su gusto. Con sencillez que me enamora, refiérenme los combates que suscito en ellas, aquello que les desagrada en mí; y como saben que me dan gran gusto, hablan sin empacho, como si se tratara de otra persona.

¡Ah!, en verdad que esto, más que un gusto, es un festín delicioso, que colma mi alma de alegría. ¿Cómo puede una cosa tan contraria a la naturaleza ocasionar semejante felicidad? Si yo misma no la hubiera experimentado no podría creerlo.

Cierto día que deseaba ardientemente ser humillada, ocurrió que una joven postulante se encargó de satisfacerme por modo tan completo, que me acudió a la memoria el pensamiento de Semeí maldiciendo a David, por lo cual repetí interiormente con el santo Rey: "Sí, el Señor es verdaderamente quien le ha ordenado que me diga todas estas cosas" (7).

Así cuida Dios de mí. No puede ofrecerme siempre el pan fortificante de la humillación exterior, pero de vez en cuando me permite alimentarme "con las migajas que caen de la mesa de los niños" (8). ¡Ah, cuán grande es su misericordia!

* * *

(7) II Rey., XVI, 10.
(8) Marc., VII, 28.

Amadísima Madre: ya que intento cantar con Vuestra Reverencia desde este mundo aquella misericordia infinita, debo participarle aún otro provecho real que, como tantos otros, he sacado de mi pequeño cargo. Cuando notaba antes en una de mis hermanas algo que me disgustaba y parecía contrario a la regla, pensaba que si pudiera advertirle y señalarle sus yerros, me haría gran bien. Pero practicando el oficio, he modificado mi parecer. Si hoy me ocurre ver alguna cosa que no va bien, exhalo un suspiro de alivio, pensando: *¡Qué felicidad!; no es una novicia, no estoy obligada a reprenderla.* Y después procuro excusar a la culpable y atribuirle las buenas intenciones que sin duda la animan.

* * *

Los cuidados que me está prodigando Vuestra Reverencia durante mi enfermedad, venerada Madre mía, me han instruído también mucho sobre la caridad. Ningún remedio le parece demasiado costoso, y si no da resultado, sin desanimarse prueba otra cosa. Cuando acudo al recreo, pone Vuestra Reverencia gran atención en resguardarme de la menor corriente de aire. Madre mía, siento que debo ser tan compasiva con las enfermedades espirituales de mis hermanas, como lo es Vuestra Reverencia con mi enfermedad física.

He notado que las religiosas más santas son las más amadas; se busca su conversación y se les hacen favores sin que ellas los pidan; por fin estas almas tan bien templadas para soportar las faltas de atención y de delicadeza, se ven rodeadas del afecto general, pudiéndoseles aplicar estas palabras de nuestro Padre San Juan de la Cruz: "Todos los bienes recibí cuando por amor propio no los busqué".

Al contrario, las almas imperfectas están desatendidas, limitándose uno a usar con ellas la cortesía religiosa; pero por temor quizá a dirigirles alguna padabra desagradable, se evita su compañía. Al decir almas imperfectas, no me refiero solamente a las imperfecciones espirituales, puesto que aun los más santos no serán enteramente perfectos sino en el cielo; así, incluyo también la falta de criterio, de educación y lo quisquilloso de ciertos temperamentos: cosas éstas que no contribuyen a hacer la vida agradable. Me consta que estas enfermedades son crónicas, sin esperanza alguna de

curación, pero sé también que mi Madre no dejaría de cuidarme y procurarme alivio aun cuando permaneciese enferma largos años.

He aquí la conclusión que saco de esto: Debo buscar la compañía de las hermanas con quienes no simpatizo según la naturaleza, y hacer con ellas el oficio del buen Samaritano. Una palabrita, una amable sonrisa basta a menudo para regocijar un alma triste y herida. Pero no quiero ser caritativa sólo por la esperanza de consolar; si persiguiera solamente este fin, presto me desanimaría, porque muchas veces una palabra dicha con la mejor intención es pésimamente interpretada. De modo que, para no perder tiempo ni trabajo, procuro obrar únicamente para agradar a Nuestro Señor y responder a este consejo del Evangelio.

"Cuando des alguna comida o cena, no convides a tus amigos ni a tus parientes, para que no suceda que a su vez te conviden ellos a ti, y así quedes recompensado. Sino que has de convidar a los pobres, a los tullidos, a los cojos, y serás bienaventurado, porque no pueden corresponderte; pero te recompensará tu padre que ve en lo oculto" (9).

¿Qué otro festín podré yo ofrecer a mis hermanas si no es un festín espiritual compuesto de amable y alegre caridad? No, ningún otro se me ocurre y quiero imitar a San Pablo que se alegraba con los que estaban alegres. Verdad es que lloraba también con los afligidos; las lágrimas han de figurar algunas veces en el festín que quiero servir; pero procuraré siempre trocarlas en sonrisas, puesto que "El Señor ama a los que dan con alegría" (10).

Recuerdo un acto de caridad que Dios me inspiró siendo aún novicia. El Padre Celestial, *que ve en el secreto,* me ha recompensado ya, sin esperar a la otra vida, este acto, tan pequeñito en apariencia.

Antes de que la hermana San Pedro quedara del todo enferma y baldada, era menester que cada tarde a las seis menos diez, dejara una la oración para conducirla al refectorio. Me costaba mucho ofrecerme para hacer este servicio, pues no ignoraba la dificultad, o mejor, la imposibilidad de contentar a la pobre enferma; sin embargo de ello, no quería desperdiciar tan buena ocasión, recordando

(9) Luc., XIV, 12, 13, 14.
(10) II Cor., IX, 7.

aquellas divinas palabras: "Lo que hagáis al más pequeño de los míos, es a mí a quien lo hacéis" ([11]).

Me ofrecí, pues, muy humildemente a conducirla, y no sin trabajo logré que aceptara mis servicios. Puse manos a la obra con tan buena voluntad, que salí airosa de mi empresa. Cada noche, cuando la buena hermana agitaba su reloj de arena, sabía que me decía con afecto: *¡Vamos!*

Revistiéndome entonces de todo mi valor, me levantaba y comenzaba una complicada ceremonia, la de mover y llevar el banco *de un modo especial*, sobre todo, sin precipitarme, terminado lo cual, comenzaba el paseo. Se trataba de seguir a la buena hermana, sosteniéndola por la cintura, lo que hacía yo con la mayor suavidad posible; pero si por desgracia dábamos un paso en falso, se figuraba al punto que la sostenía mal, que iba a caerse. *¡Dios mío! V. C. va demasiado a prisa; voy a estrellarme.* Procuraba entonces conducirla más ligeramente. *Pero sígame,* me decía; *no siento su mano; si me suelta, voy a caerme... Bien decía yo que V. C. era demasiado joven para acompañarme.*

Sin otro incidente, llegábamos por fin al refectorio. Pero allí sobrevenían otras dificultades; tenía que colocar a mi pobre enferma en su puesto y obrar diestramente para no lastimarla; por último, le levantaba las mangas, operación que debía hacerse también siempre de *un modo especial.* Terminado esto, podía retirarme.

Pronto advertí que cortaba el pan con grandísima dificultad; desde entonces, no la dejaba hasta haberle hecho este último servicio. Como nunca me había expresado este deseo quedó muy agradecida a mi atención, y por este sencillo medio, no buscado por cierto, gané enteramente su confianza, y más que por nada, lo supe más tarde, porque después de prestarle estos pequeños favores, le dirigía, según decía ella, *mi más graciosa sonrisa.*

* * *

Hace mucho tiempo, Madre mía, que llevé a cabo este acto de virtud; a pesar de ello, el Señor me deja este recuerdo de él cual aroma y brisa del cielo. Una tarde de invierno, fría y oscura, cumplía yo el humilde oficio que acabo de relatar, cuando de pronto

([11]) Mat., XXV, 40.

oí a lo lejos el armonioso concierto de varios instrumentos de música. Representóseme un salón ricamente amueblado, alumbrado con brillantes luces, resplandeciente de dorados; en aquel salón, jóvenes elegantemente ataviados, recibían y prodigaban mil cumplidos mundanos. Volví luego mis ojos hacia la pobre enferma, a la cual sostenía; en vez de aquella melodía suave, herían a intervalos mis oídos sus lamentos de queja; en vez de dorados, veía los toscos ladrillos de nuestro austero claustro, apenas alumbrado por una débil luz.

Este contraste impresionó dulcemente mi alma iluminándola el Señor con los rayos de la verdad, los cuales de tal manera superan al esplendor tenebroso de los placeres terrenales, que por disfrutar mil años de esa felicidad mundana, no hubiera dado los diez minutos que empleaba en mi acto de caridad.

¡Ah!, si ya en medio del sufrimiento y del fragor del combate, puede gozarse de semejantes delicias, pensando que Dios nos ha apartado del mundo, ¿qué no será en el cielo, cuando en medio de la gloria y del descanso eterno, veamos la gracia incomparable que nos ha hecho, escogiéndonos para habitar en su casa, verdadero pórtico de los cielos?

* * *

No siempre he practicado la caridad con esos transportes de alegría; pero al principio de mi vida religiosa, quiso Jesús hacerme experimentar lo dulce que es verle en el alma de sus esposas; así es que cuando guiaba a la hermana San Pedro, lo hacía con tanto amor, que me hubiera sido imposible hacerlo mejor si acompañara al mismo Señor Nuestro.

Ahora mismo le estaba diciendo, amada Madre, que la práctica de la caridad no me ha sido siempre tan suave, y, en prueba de ello, voy a referirle algunos de mis muchos combates.

Durante una larga temporada estuve en la oración no muy lejos de una hermana que continuamente removía su rosario, o no sé qué otra cosa; quizá sería yo la única en oírlo, pues tengo el oído fino en extremo. Imposible me sería describir la gran molestia que me ocasionaba esto. Deseaba volver la cabeza para mirar a la culpable y hacer que cesara el ruido: pero sentía en lo íntimo de mi corazón que era mejor sufrir aquello con paciencia, primero por amor de Dios, y luego para no apenar a nadie.

Quedábame, pues, tranquila, pero a veces me inundaba copioso sudor; sólo podía ofrecer a Dios una oración de sufrimiento. En fin, me aplicaba a sufrir con paz y alegría, al menos en lo íntimo de mi alma, procurando entonces complacerme en aquel ruidito desagradable. En vez de procurar no oírlo, lo cual era imposible, escuchaba atentamente, como si se tratara de un concierto embelesante, y mi oración, que ciertamente *no era de quietud,* se pasaba ofreciendo el concierto a Jesús.

En otra ocasión me hallaba en el lavadero, frente a una hermana que lavando los pañuelos, me salpicaba con agua sucia a cada momento. Mi primer impulso fué alejarme limpiándome la cara para demostrar así a la hermana que me haría gran favor quedándose quieta; pero pensando al momento que sería una tonta en rehusar los tesoros que le ofrecían tan generosamente, me guardé muy bien de dejar traslucir mi fastidio. Por el contrario, me esforcé del todo en desear recibir mayor cantidad de agua sucia, de tal manera, que al cabo de media hora acabé por tomarle el gusto de veras a aquel nuevo sistema de aspersión, por lo que prometíme volver cuantas veces pudiera a aquel sitio afortunado donde repartían gratuitamente tantas riquezas.

Ya ve, Madre mía, que soy un alma *muy pequeñita* que sólo puede ofrecer a Dios *cosas muy pequeñitas,* y aun así sucede a menudo que dejo escapar estos insignificantes sacrificios que tanta paz proporcionan al corazón, pero no me desaliento por esto, sino que soporto con paciencia el gozar de un poco menos de paz y procuro estar más alerta otra vez.

¡Ah, qué feliz me hace el Señor! ¡Qué fácil y dulce es servirle en la tierra! Sí, lo repito, siempre me ha concedido lo que he deseado, o, mejor dicho, siempre me ha inspirado el deseo de lo que ha querido concederme. Así fué como poco antes de mi terrible tentación contra la fe, me decía a mí misma. *En verdad no tengo grandes penas exteriores, y para tenerlas interiores, sería menester que cambiara Dios mi camino, lo cual no creo que haga. Sin embargo, es imposible que viva siempre en esta intranquilidad. ¿Qué medio buscará el Señor?*

La respuesta no se hizo esperar: me demostró que Aquel a quien amo no está nunca falto de medios, pues sin cambiar el camino, me envió esa gran tribulación que vino a amargar saludablemente todas mis dulzuras.

Confieso que, no solamente cuando le place enviarme tribulaciones me lo hace Jesús presentir y desear. Hacía ya tiempo que ocultaba en mi corazón cierto deseo que me parecía irrealizable: el de tener un hermano sacerdote. A menudo pensaba que si mis hermanitos no hubieran volado al cielo, tendría la felicidad de verlos subir al altar; y aquella felicidad la echaba de menos. Mas he aquí que Dios Nuestro Señor realizó con creces este sueño mío, y digo con creces, porque yo solamente deseaba un hermano que me encomendase cada día en el Santo Sacrificio del Altar, y El me ha unido con los lazos del alma a dos apóstoles suyos. Le referiré detalladamente, amadísima Madre, el modo de que se valió el Señor para colmar mis aspiraciones.

Mi primer hermano me lo envió N. M. Santa Teresa, como regalo de fin de fiesta, el año 1895. Cierto día de colada, estando muy ocupada en mi quehacer, me llamó aparte la Madre Inés de Jesús ([12]), a la sazón Priora, y me leyó una carta de un joven seminarista, el cual, inspirado, según él decía, por Santa Teresa, pedía que una hermana se dedicase especialmente a pedir su salvación y la de todas las almas que le habrían de estar encomendadas más adelante; él, en cambio, prometía que, cuando pudiera ofrecer el Santo Sacrificio, tendría en él especialmente presente a la hermana espiritual. Yo fuí elegida para ser la hermana del futuro misionero.

No podría explicarle, Madre mía, el contento de mi alma. La inesperada realización de aquel deseo mío, hizo brotar en mi corazón un gozo que califico de infantil, porque era semejante a aquellas alegrías tan vivas de mis tiernos años que desbordaban en mi alma, demasiado pequeña para contenerlas. Hacía muchos años que no había vuelto a disfrutar de semejante felicidad; parecíame que aquella parte de mi alma era nueva, como si tocasen en ella cuerdas musicales hasta entonces olvidadas.

Considerando las obligaciones que me imponía, puse manos a la obra, procurando redoblar mi fervor, y escribí de vez en cuando algunas cartas a mi nuevo hermano. Indudablemente la oración y el sacrificio son la ayuda más eficaz que podemos ofrecer a los misioneros; pero a veces, cuando le place a Jesús unir dos almas para que le glorifiquen, permite que puedan comunicarse sus pensamientos para alentarse mutuamente en el amor de Dios.

([12]) Su hermana Paulina.

No ignoro que es menester para esto la expresa voluntad de los Superiores; y me parece que si se *solicitase* esta correspondencia sería más bien perjudicial que provechosa, si no al misionero, por lo menos a la carmelita, pues por su género de vida está siempre inclinada a replegarse sobre sí misma. Este cambio de cartas, aun no siendo frecuente, en vez de unirla a Dios, le ocuparía inútilmente el espíritu; se imaginaría tal vez que obraba maravillas, y, en realidad, no haría más que procurarse una distracción superflua, bajo las apariencias de celo.

* * *

Otra vez, amada Madre, me engolfo, no en una distracción, pero sí en una disertación no menos superflua... ¡Jamás lograré corregirme de esas largas digresiones, que tantas molestias ocasionarán a Vuestra Reverencia al leerlas! Perdóneme y permítame que en la próxima ocasión vuelva a hacer lo mismo.

El año pasado, a fines de mayo, me dió Vuestra Reverencia, Madre mía, mi segundo hermano, y al objetarle yo que, habiendo ofrecido ya mis pobres méritos por un futuro apóstol, me parecía que no podría volver a hacerlo por otro, me respondió que la obediencia duplicaría mis méritos.

Esto mismo pensaba yo en el fondo de mi alma; y puesto que el celo de una carmelita debe abarcar el mundo, hasta espero, con la gracia de Dios, ser útil a más de dos misioneros. Ruego por todos, sin olvidar los simples sacerdotes, cuyo ministerio es a veces tan difícil como el de los apóstoles que predican a los infieles. En fin, quiero ser "hija de la Iglesia", como nuestra Madre Santa Teresa, y rogar por todas las intenciones del Vicario de Jesucristo. Este es el fin principal de mi vida.

Si mis queridos hermanitos hubiesen vivido, me hubiera interesado con toda el alma en sus obras, sin descuidar por ello los grandes intereses de la Iglesia, que abarcan el universo entero. Pues de la misma manera quedo particularmente unida a los nuevos hermanos que Jesús me ha dado. Todo cuanto me pertenece, les pertenece a cada uno de ellos, puesto que Dios es demasiado bueno, demasiado generoso para hacer particiones; es tan rico, que da sin medida cuanto le pido, aunque no detallo extensamente las necesidades.

Desde que tengo dos hermanos y mis hermanitas las novicias, me sería imposible enumerar las necesidades de cada alma; no me bastaría el día para eso, y temería olvidarme de alguna cosa importante. Las almas sencillas no necesitan medios complicados, y como yo soy de este número, me ha inspirado Nuestro Señor una manera muy sencilla de cumplir mis compromisos.

* * *

Cierto día, después de la Sagrada Comunión, me dió a entender estas palabras del Cantar de los Cantares: "Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus aromas" (13). Por tanto, Jesús mío, no es menester que digamos: ¡atrae también junto conmigo a las almas que amo! Basta esta sencilla palabra: *Atráeme.* Sí, cuando un alma se ha dejado cautivar por el olor embriagador de vuestros aromas, no puede correr sola, sino que son arrastradas en pos de ella todas las almas que ama; esto es consecuencia natural de su atracción hacia Vos.

Así como un torrente arrastra consigo a las profundidades del mar todo cuanto encuentra a su paso, del mismo modo, ¡oh Jesús!, el alma que se pierde en el océano sin límites de vuestro amor, atrae en pos de sí todos sus tesoros. Vos sabéis, Señor, que mis tesoros son las almas que os plugo unir a la mía; Vos mismo me encomendasteis estos tesoros; así es que me atrevo a servirme de las propias palabras que pronunciasteis en la última noche que os vió la tierra como viajero y como mortal.

¡Jesús, Amado mío! ¡No sé qué día terminará mi destierro!... Todavía cantaré, tal vez más de una noche, vuestras misericordias en la tierra; pero sin duda me llegará también mi última noche... y entonces quiero poder deciros:

"Yo te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que me diste a hacer. He manifestado tu nombre a los que me diste. Tuyos eran y me los diste a mí. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son, porque les he dado las palabras que me diste; y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que tú me enviaste. Yo ruego por estos que me diste, porque tuyos son.

(13) Cant., I, 3.

Yo ya no estoy en el mundo, mas estos están en el mundo, y yo voy a ti. Guárdalos a causa de tu Nombre.

"Ahora voy a ti, y para que tengan tu gozo cumplido en sí mismos, digo esto ahora que estoy en el mundo... No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo.

"Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en ti por la palabra de ellos.

"Dios mío, quiero que aquellos que tú me diste estén conmigo en donde yo estaré... y que conozca el mundo que los has amado como también me amaste a mí" (14).

¡Sí, Dios mío, esto es lo que quisiera repetir con Vos antes de volar a vuestros brazos! Tal vez es temeridad por mi parte, pero no... ¿no hace mucho tiempo que me habéis permitido ser audaz con vos? Como el padre del hijo pródigo a su hijo mayor, me habéis dicho: "Todo lo mío es tuyo" (15). Por tanto, vuestras palabras son mías, Jesús mío; puedo valerme de ellas para atraer los favores del Padre celestial sobre las almas que me pertenecen.

Vos sabéis, Dios mío, que nunca he tenido otro deseo que el de amaros únicamente, que no ambiciono otra gloria. Desde mi tierna infancia me salió al encuentro vuestro amor, ha crecido conmigo y ha llegado a ser un abismo de insondable profundidad.

El amor atrae al amor; el mío se lanza hacia Vos, anhelando colmar el abismo que el atrae. Mas, ¡ay!, es más pequeño que la gota de rocío perdida en el Océano. Para amaros como Vos me amáis, es preciso acudir a vuestro amor; sólo entonces encuentra descanso mi alma. ¡Oh, Jesús mío!, me parece que no podéis prodigar mayor amor a un alma del que habéis prodigado a la mía; por eso me atrevo a pediros *que améis a los que me habéis dado, como me habéis amado a mí misma.*

Si algún día descubro en el cielo que las amáis más que a mí, me recogijaré, pues reconozco ya desde este mundo que merecen esas almas vuestro amor más que la mía; pero aquí abajo no puede concebir mi inteligencia mayor inmensidad de amor que aquel con que os habéis dignado favorecerme, sin mérito alguno de mi parte.

* * *

(14) Juan, XVII.
(15) Luc., XV, 31.

Me sorprende, Madre mía, haber escrito todo esto; no era tal mi intención.

Al citar este pasaje del Santo Evangelio: "Les he dado las palabras que tú me diste", no me refería a mis hermanos, sino a mis hermanitas las novicias, pues no me considero capaz de instruir a misioneros. A ellos les dedicaba la oración de Jesús: "No te ruego que los quites del mundo... Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en Ti por la palabra de ellos". En efecto ¿sería posible olvidar a las almas que han de conquistar por medio del sufrimiento y de la predicación? Mas no he acabado aún de expresar mi idea sobre el pasaje del Cantar: "Atráeme, correremos..."

"Nadie, dijo Jesús, puede venir en pos de mí, si el Padre que me envió no le atrae" ([16]). Después nos enseña que no tenemos más que llamar para que se nos abra, buscar para encontrar, y pedir humildemente para recibir. Añade que su Padre concede todo lo que se pide en su nombre. Por esto dictó sin duda el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesús, esta profética plegaria: 'Atráeme, correremos..."

El pedir ser atraído, es desear unirse íntimamente al objeto que cautiva el corazón. Si el fuego y el hierro estuvieran dotados de razón, y este último dijera al otro: *Atráeme,* ¿no demostraría con esto que su deseo es identificarse con el fuego, hasta llegar a compartir su propia substancia? Pues bien; ésta es precisamente mi oración. Pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una a El tan estrechamente que viva y obre dentro de mí. Siento que cuanto más se abrase mi corazón en su amor, y cuanto más diga: *¡Atráeme!,* tanto más las almas que se acercan a la mía *correrán veloces al olor de los perfumes del Amado.*

Sí, correrán, correremos juntas; pues las almas abrasadas no pueden permanecer inactivas. Es indudable que, como Santa Magdalena, permanecen a los pies de Jesús escuchando su dulce y ardiente palabra; al parecer no dan nada, pero dan mucho más que Marta, que se inquieta por *muchas cosas* ([17]). Sin embargo, no fueron los trabajos de Marta lo que censuró el Señor, sino su inquietud; a estos mismos trabajos se sometió humildemente su divina

([16]) Juan, VI, 44.
([17]) Luc., X, 41.

Madre, puesto que tenía que preparar la comida de la Sagrada familia.

Así lo entendieron todos los santos, y más particularmente quizá aquellos que iluminaron el universo con la doctrina evangélica. ¿Por ventura San Pablo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y tantos otros amigos de Dios, no bebieron en la oración aquella ciencia admirable que cautiva a los mayores genios?

Dijo un sabio: "Dadme un punto de apoyo, y con una palanca levantaré el mundo". Lo que no pudo obtener Arquímedes, lo alcanzaron plenamente los santos El Todopoderoso les dió, como punto de apoyo, a *¡El mismo, a El solo!* Como palanca, la oración que inflama con fuego de amor; con esto levantaron el mundo; así los santos militantes siguen levantándolo todavía y lo levantarán hasta el fin de los tiempos.

* * *

Réstame decirle, Madre mía, lo que entiendo por *el olor de los pefumes del Amado.* Puesto que Jesús subió a los cielos, no puedo seguirle sino por las huellas que dejó en la tierra. ¡Qué luminosas son esas huellas, qué aroma tan divino exhalan! Con sólo abrir el santo Evangelio, respiro luego ese perfume embriagador y sé por dónde tengo que correr. No me apresuro a tomar el primer lugar sino que, por el contrario, me lanzo al último, dejando subir al fariseo, y repito llena de confianza la humilde oración del publicano. Pero sobre todo, imito el proceder de Magdalena... aquella su sorprendente, o más bien, amorosa audacia, que tanto cautiva el corazón de Jesús, seduce el mío.

No porque haya sido preservada del pecado mortal, busca mi alma a Dios por medio de la confianza y el amor. ¡Ah!, estoy segura de que, aunque tuviera oprimida la conciencia con todos los crímenes imaginables, no disminuiría en un ápice mi confianza; con el corazón destrozado de arrepentimiento, me echaría en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría aterrorizarme, pues sé a qué atenerme respecto a su amor y misericordia. Sé que esa infinidad de ofensas desaparecerían en un abrir y cerrar de ojos, como gota de agua echada en ardiente hoguera.

Refiérese en las vidas de los Padres del desierto, que uno de ellos convirtió a una pecadora pública, cuyos desórdenes escandalizaban la comarca entera. Tocada de la gracia aquella pecadora, se dirigía con el santo al desierto para hacer allí su rigurosa penitencia; pero la primera noche de viaje, antes siquiera de llegar al lugar de su retiro, sus ligaduras mortales se rompieron con la impetuosa fuerza de su arrepentimiento lleno de amor, y, en el mismo instante vió el solitario que los ángeles elevaban su alma al seno de Dios.

He aquí un ejemplo palpable de lo que yo quisiera decir; estas cosas no pueden expresarse...

CAPITULO XI (1)

Su confianza en Dios. Una visita del cielo. El amor es su reposo. Sublime infancia. Llamamiento a todas las "almas pequeñitas".

¡Oh, hermana mía querida! Pídeme V. C. que le deje un recuerdo... Ya que nuestra madre lo permite, es una alegría para mí platicar con V. C., dos veces hermana mía, con V. C. que me prestó su voz prometiendo en mi nombre que sólo deseaba servir a Jesús, cuando no me era posible hablar.

Amada Madrinita mía: la niña a quien ofreció al Señor es la que le habla esta noche; ella es la que ama a V. C. como una tierna criatura sabe amar a su madre... Solamente en el cielo conocerá todo el reconocimiento que desborda de mi corazón.

¡Oh, querida hermana mía! V. C. querría oír los secretos que Jesús confía a su hijita; esos secretos, bien lo sé, también se los confía a V. C., ya que fué quien me enseñó a recoger las divinas enseñanzas. No obstante, probaré de balbucir algunas palabras, aunque comprenda que le es imposible a la palabra humana repetir cosas que apenas puede presentir el corazón.

No crea V. C. que abunda en consuelos el alma mía. ¡Oh, no! Mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin dejar oír su voz, Jesús me instruye en secreto, y no por medio de los libros, pues no entiendo lo que leo. A veces sin embargo, una palabra como ésta, que he sacado esta tarde al final de la oración pasada en la sequedad, viene a consolarme: "He aquí el Maestro que te doy: El te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el Libro de vida en el que se contiene la *Ciencia de amor*" (2). ¡La ciencia de amor! ¡Ah!, esta palabra resuena dulcemente en el oído de mi alma. Sólo esta ciencia deseo. *Aunque* por ella *haya dado todas mis riquezas,* como la esposa de los Cantares, *lo reputo por nada* (3).

(1) Esta tercera parte del manuscrito está dirigida a Sor María del Sagrado Corazón (*Su hermana mayor,* MARÍA).

(2) *Nuestro Señor* a Santa Margarita María.

(3) Cant., VIII, 7.

De tal manera comprendo que sólo el amor es capaz de hacernos agradables a Dios, que es el único tesoro que ambiciono.

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina; ese camino es el del abandono de la criatura que se duerme sin temor en brazos de su padre. "Si alguno es *pequeñuelo,* que venga a mí", ha dicho el Espíritu Santo por boca de Salomón; y ese mismo Espíritu de amor dijo también que *con los pequeños usará de compasión* (4). En su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día "el Señor conducirá su rebaño a los pastos, que reunirá a los corderitos y los estrechará contra su seno" (5). Y como si no bastasen todas estas pruebas, el mismo profeta, cuya mirada llena de inspiración penetraba ya en las eternas profundidades, exclama en nombre del Señor: "Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré sobre mi seno y os meceré sobre mis rodillas".

¡Oh, querida Hermana mía! Después de semejante lenguaje, sólo nos toca guardar silencio, llorar de reconocimiento y de amor... ¡Ah! Si todas las almas débiles e imperfectas como la mía sintieran lo que yo siento, ninguna desesperaría de llegar a la cumbre de la montaña del amor, puesto que Jesús no pide acciones extraordinarias; se contenta con que le demostremos confianza y gratitud.

"No tengo necesidad ninguna, dice, de los machos cabríos de vuestros rebaños, porque todos los animales de los bosques y los millares que pacen en las colinas me pertenecen; conozco todos los pájaros de las montañas.

"Si tuviera hambre, no os lo diría a vosotros, pues la tierra y todo cuanto encierra me pertenece. ¿Por ventura he de comer la carne de los toros y beber la sangre de los machos cabríos? INMOLAD A DIOS SACRIFICIOS DE ALABANZAS Y DE ACCIONES DE GRACIAS" (6).

* * *

¡Sólo esto reclama Jesús de nosotros! No tiene necesidad de nuestras obras, sino únicamente de nuestro *amor*. Este mismo Dios, que declara que no necesita decirnos si tiene hambre, no se desdeña

(4) Sabiduría, VI, 7.
(5) Isaías, XL, 11.
(6) Salmo, XLIX, 9-14.

de *mendigar* un poco de agua a la Samaritana... ¡Tenía sed! Mas al decir: "Dadme de beber" (7), reclamaba el Creador del Universo el amor de su pobre criatura. ¡Tenía sed de amor!

Sí, más que nunca está sediento Jesús. Sólo encuentra ingratos e indiferentes entre los discípulos del mundo; y entre *los discípulos suyos,* desgraciadamente, no encuentra muchos que entreguen el corazón sin reserva a la ternura de su Amor infinito.

¡Qué felices somos de poder comprender los íntimos secretos de nuestro Esposo! ¡Ah, si V. C. quisiera escribir cuanto sabe de ellos, qué hermosas páginas leeríamos! Pero sé que prefiere guardar en el fondo de su corazón *los secretos del Rey*... A mí me dice "que es loable publicar las obras del Altísimo" (8). Juzgo que tiene razón en callar, pues es verdaderamente imposible expresar con palabras terrenales los secretos del cielo.

En cuanto a mí, después de haber trazado páginas y páginas, estaría por decir que no he comenzado aún. Hay tantos horizontes distintos y tal cantidad de tonos de infinita variedad, que sólo la paleta del pintor celestial podrá darme, cuando termine la noche de esta vida, los colores divinos capaces de pintar las maravillas que revela a los ojos de mi alma.

A pesar de todo, querida Hermana mía, puesto que me manifiesta deseos de conocer tan a fondo como sea posible todos los sentimientos de mi corazón; puesto que desea que ponga por escrito el ensueño más consolador de mi vida, y *mi doctrinita* como la llama, lo haré en las páginas siguientes dirigiéndome a Jesús, porque me permitirá expresar con más facilidad mis pensamientos. Tal vez juzgue exageradas mis palabras; esto no obstante, le aseguro que no hay exageración ninguna en mi corazón; todo es en él calma y reposo.

* * *

¡Oh, Jesús! ¿Quién podrá expresar la ternura y suavidad con que conducís mi pequeña alma?

Desde el radiante día de Pascua, fiesta de vuestro triunfo, terrible tempestad rugía en mi corazón; mas entonces, en un dichoso

(7) Juan, IV, 7.
(8) Tob., XII, 7.

día del mes de mayo, iluminasteis mi sombría noche con un puro rayo de vuestra gracia...

Reflexionando en los sueños que concedéis a veces a vuestros privilegiados, decíame que jamás me sería dado ese consuelo, que habría de permanecer siempre sumida en la densa y profunda noche que me envolvía. Y bajo el rugido de la tempestad, me dormí.

Al día siguiente, 10 de mayo, comenzaba a clarear la aurora, cuando me encontré, en sueños, en una galería paseándome sola con nuestra Madre. De repente, sin saber cómo habían entrado, divisé tres carmelitas revestidas de sus mantos y grandes velos. Comprendí que venían del cielo, por lo cual pensaba en mi interior: *¡Cuánto me alegraría de poder ver la cara de una de estas carmelitas!* En el mismo instante, como si hubiera sido atendido mi ruego, se acercó a mí la más alta de las santas; caí de rodillas ante ella, y, ¡oh felicidad!, levantó su velo o, mejor dicho, lo elevó un poco y me cubrió con él.

Sin titubear un instante, *reconocí* a la Venerable Madre Ana de Jesús; la misma que introdujo la reforma del Carmen en Francia (9).

Su rostro era hermoso, de hermosura inmaterial; no despedía ningún rayo luminoso, y sin embargo, a pesar del denso velo que nos envolvía a las dos, veía aquel rostro celestial iluminado por una claridad inefablemente dulce, que parecía producir por sí mismo.

---

(9) La Venerable Ana de Jesús, en el mundo Ana de Lobera, nació en España en 1545. Entró en la Orden del Carmen, en el primer monasterio de San José de Avila, en 1570, siendo pronto consejera y coadiutora especial de Santa Teresa, que la llamaba su *hija* y su corona. San Juan de la Cruz, que fué su director espiritual durante catorce años, se complacía en llamarla *un serafín encarnado*. Su sabiduría y santidad eran tenidas en tan gran estima, que los sabios la consultaban en sus dudas, y recibían sus respuestas como oráculos. Fiel depositaria del espíritu de Santa Teresa, recibió del cielo el encargo de velar y conservar en la Orden del Carmen la perfección primitiva de la reforma.

Después de haber fundado tres monasterios de esta reforma en España, la implantó en Francia, luego en Bélgica, donde, célebre ya por sus sublimes dones sobrenaturales, particularmente el de la contemplación, murió en olor de santidad en el convento de las Carmelitas de Bruselas el 4 de marzo de 1621.

El día 3 de mayo de 1878 firmó Su Santidad el Papa León XIII la introducción de la causa de Beatificación de tan gran sierva de Dios.

La santa me colmó de caricias, y viéndome tan tiernamente amada, me atreví a decir estas palabras: *¡Oh, Madre mía, le ruego que me diga si Dios me dejará mucho tiempo todavía en la tierra! ¿Vendrá pronto a buscarme?* A lo cual me respondió con tierna sonrisa: *Sí, pronto... pronto... Te lo prometo. Madre, mía,* añadí, *dígame también si Dios no desea nada más que mis pobres obritas y mis buenos deseos; ¿está contento de mí?*

A estas palabras se iluminó el rostro de la Venerable Madre con nuevo resplandor, y su expresión me pareció incomparablemente más tierna. *Dios no pide de ti nada más,* me dijo; *está contento, muy contento...* Y tomándome la cabeza entre sus manos, me prodigó caricias tales, que me sería imposible expresar su dulzura. Mi corazón nadaba en la alegría; me acordé de mis hermanas, iba a pedir gracias para ellas... pero, ¡ay!, me desperté.

Me sería imposible expresar la alegría de mi alma. A pesar de que han pasado ya muchos meses desde que tuve este inefable sueño, he conservado fresco e intacto el recuerdo de sus celestiales hechizos. Aun veo la mirada y la sonrisa, llenas de amor de la Santa Carmelita, aún creo sentir las caricias que me prodigó, ¡Oh, Jesús! "mandasteis a los vientos y a la tempestad y sobrevino una gran bonanza" (10).

Al despertar, creía, sentía que hay un cielo, y que este cielo está poblado de almas que me aman y miran como hija. Esta impresión queda en mi alma, tanto más dulce cuanto la Venerable Madre Ana de Jesús me había sido hasta entonces, casi me atrevo a decirlo, indiferente; nunca la había invocado, ni me acordaba de ella sino cuando la oía mencionar, lo cual no era a menudo.

Ahora comprendo cuán lejos estaba yo de serle indiferente, y esta idea acrecienta mi amor, no sólo por ella, sino a todos los bienaventurados habitantes de la patria celestial.

¡Oh, Amadísimo mío! Esta gracia no era más que el preludio de las gracias mayores de que os proponíais colmarme; consentid que os las recuerde hoy, y perdonadme si desvarío al intentar exponer mis casi infinitos deseos y esperanzas... Perdonadme y sanad mi alma, dándole lo que espera.

* * *

(10) Mat., VIII, 26.

Ser vuestra esposa, Jesús mío, ser carmelita, y por mi unión con Vos, la Madre de las almas, todo esto debería bastarme. Sin embargo, siento en mí otras vocaciones; siento vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Quisiera ejercer todas las obras más heroicas; me siento con el valor de un cruzado; quisiera morir en un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.

¡La Vocación de sacerdote! ¡Oh, Dios mío, con qué amor, oh Jesús, os llevaría en mis manos, cuando a mi voz descendierais a ellas desde el cielo! ¡Con qué amor os daría a las almas! Pero, aunque deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís y me siento con la vocación de imitarle, rehusando la sublime dignidad del sacerdocio. ¿Cómo, pues, juntar esos contrastes?

Quisiera iluminar las almas como los profetas y los doctores. Quisiera recorrer la tierra predicando vuestro Nombre y plantando, amado mío, en tierra infiel vuestra gloriosa cruz. Mas no me bastaría una sola misión, pues desearía poder anunciar a un tiempo vuestro Evangelio, en todas las partes del mundo, hasta en las más lejanas islas. Quisiera ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.

Mas, ¡ay!, sobre todo quisiera el martirio. ¡El martirio! Este ha sido el sueño de mi juventud, sueño que ha crecido conmigo en la celdita del Carmen. Pero ésta es otra de mis locuras; pues no deseo un solo género de suplicio; para satisfacer mis anhelos, necesitaría padecerlos todos...

Como Vos, adorado Esposo de mi alma, quisiera ser azotada, crucificada... Quisiera morir despellejada como San Bartolomé; como San Juan, desearía que me sumergieran en aceite hirviente; ser triturada por los dientes de las fieras, como San Ignacio de Antioquía, a fin de llegar a ser pan digno de Dios. Con Santa Inés y Santa Cecilia, quisiera ofrecer mi cuello a la cuchilla del verdugo, y como Juana de Arco, pronunciar el nombre de Jesús en una vivísima hoguera.

Si pienso en los tormentos atroces que padecerán los cristianos en tiempo del Anticristo, se estremece mi corazón; quisiera que se reservaran para mí aquellos tormentos. ¡Abrid, Jesús mío, el libro

de la Vida, donde están consignadas las acciones de todos los Santos; todas ellas quisiera haberlas yo llevado a cabo por vuestro amor!

¿Qué responderéis a todas mis locuras? ¿Existe en la tierra un alma más pequeña e impotente que la mía? Con todo, esta misma debilidad os ha movido a realizar mis pequeños deseos infantiles, y queréis colmar hoy otros deseos más grandes que el universo...

* * *

Como estas aspiraciones venían a ser un verdadero martirio, abrí un día las Epístolas de San Pablo para buscar algún remedio a mi tormento. Ofreciéronseme a la vista los capítulos VII y VIII de la *Epístola primera a los Corintios.* Leí en ellos que todos no pueden ser a un tiempo apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros y que el ojo no puede ser al mismo tiempo la mano.

La respuesta era muy clara, pero no colmaba mis deseos, ni me infundía la paz. "Descendiendo entonces hasta las profundidades de mi nada, me elevé tan alto, que pude lograr mi deseo" ([11]). Continuando mi lectura sin desanimarme, hallé este consejo que me consoló: "Buscad con ardor los dones más perfectos; pero todavía os mostraré un camino más excelente" ([12]).

Explica el Apóstol cómo todos los dones más perfectos nada son sin el *Amor;* que la Caridad es el camino más excelente para conducirnos seguramente a Dios. ¡Por fin, había encontrado el descanso!

Considerando el cuerpo místico de la Santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descriptos por San Pablo, o por mejor decir, quería reconocerme en todos. La Caridad me dió la clave de *mi vocación.* Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos los órganos; comprendí que tenía *un corazón* y que este corazón estaba abrasado de amor; comprendí

([11]) San Juan de la Cruz.
([12]) I Cor., XII, 31.

que el amor únicamente es el que imprime movimiento a todos los miembros, que si el amor llegase a apagarse, ya no anunciarían los apóstoles el Evangelio, y rehusarían los mártires derramar su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, porque es eterno.

Y exclamé en un transporte de alegría delirante: *¡Oh Jesús Amor mío, al fin he hallado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor!* Sí, hallé el lugar que me corresponde en el seno de la Iglesia, lugar, ¡ah Dios mío!, que me habéis señalado Vos mismo: en el corazón de mi Madre la Iglesia, *seré el amor*... Así lo seré todo; así se realizarán mis ensueños.

Dije que me transportaba una alegría delirante. No, esta expresión no es exacta, porque desde aquel momento, se posesionó más bien de mi ser la paz; la paz tranquila y serena del navegante que divisa el faro indicador del puerto. ¡Oh faro luminoso del amor! Sé la manera de llegar hasta ti, he hallado el secreto para apropiarme tus llamas.

No soy más que una niña débil e impotente; mas esta misma debilidad me comunica la audacia de ofrecerme como víctima de vuestro amor, Jesús mío. Antes, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptas al Dios fuerte y poderoso; eran necesarias víctimas perfectas para satisfacer a la justicia divina; pero a la ley del temor ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido por holocausto, ¡a mí, débil e imperfecta criatura! Esta elección, ¿no es por ventura digna del amor? Sí, porque el amor necesita rebajarse hasta la nada y transformar en fuego esta nada, para quedar plenamente satisfecho.

Sé, Dios mío, "que el amor sólo con amor se paga" ([13]); por eso he buscado y he hallado el modo de desahogar mi corazón, devolviéndoos amor por amor.

"Emplead las riquezas que pueden tornaros injustos en granjearos amigos que os reciban en las moradas eternas" ([14]). Este es, Señor, el consejo que dais a vuestros discípulos después de haberles dicho "que los hijos de las tinieblas son más hábiles en sus negocios que los hijos de la luz" ([15]).

([13]) San Juan de la Cruz.
([14]) Luc., XVI, 9.
([15]) Ibíd., 8.

Hija de la luz soy; he comprendido que mis deseos de abrazar todas las vocaciones y de serlo todo, eran riquezas que podrían muy bien tornarme injusta. Recordando la oración de Eliseo al profeta Elías, cuando le pidió el don de su noble espíritu, me presenté ante los Angeles y la Asamblea de los Santos, y les dije: *Soy la más pequeña de las criaturas; reconozco mi miseria, pero sé también hasta qué punto desean hacer el bien los corazones nobles y generosos; os suplico, pues, bienaventurados habitantes de la Ciudad celestial, que me adoptéis como hija: sobre vosotros solos recaerá la gloria que me hagáis adquirir; dignaos atender mi oración, os suplico que me alcancéis vuestro doble amor.*

Señor, no me veo con ánimos de profundizar mi petición por temor de verme agobiada con el peso de mis audaces deseos. Mi única excusa es mi título de *niña;* los niños no reflexionan el alcance de sus palabras. Sin embargo, si su padre o su madre ocupan un trono y poseen inmensos tesoros, no vacilan en colmar los deseos de estos seres débiles e inocentes, a los cuales aman más que a sí mismos. Por contentarlos cometen locuras; hasta llegan a ser demasiado débiles.

Pues bien, yo soy hija de la Santa Iglesia. La Iglesia es reina, puesto que es vuestra esposa, ¡oh divino Rey de los reyes! No son riquezas ni gloria, ni siquiera la gloria del cielo, lo que anhela mi corazón. La gloria pertenece por derecho propio a mis hermanos, los Angeles y los Santos. La gloria mía será el reflejo que emanará de la frente de mi Madre. Lo que yo pido es *amor.* ¡Ya sólo una cosa sé, Jesús mío, *amaros!* Las obras ostentosas me están vedadas, no puedo predicar el Evangelio ni derramar mi sangre... ¡Qué importa! mis hermanos trabajan por mí, y yo, pobre *niñita,* permanezco junto al trono real; *amo* por los que combaten.

Pero, ¿cómo demostraré mi amor, ya que el amor se prueba con obras? Pues bien: *la niñita echará flores...* embalsamará con su fragancia el trono divino, y con voz argentina entonará el cántico del amor.

Sí, Amado mío, de esta manera se consumirá mi efímera vida en vuestra presencia. No tengo otro medio para demostraros mi amor que echar flores; es decir, no escatimar el menor sacrificio, no dejar perder ninguna palabra, ninguna mirada, aprovechar las menores acciones y ejecutarlas todas por amor. Quiero sufrir y hasta

gozar por amor; así echaré flores; cuantas encuentre, sin exceptuar una sola, las deshojaré en vuestro obsequio... Además, cantaré, cantaré constantemente, aunque tenga que sacar mis rosas de entre las espinas; cuanto más largas y punzantes sean éstas, más melodioso será mi canto.

Pero, ¿de qué os servirán mis flores y mis cantos, Jesús mío? ¡Ah, sé muy bien que esta fragante lluvia, estos frágiles pétalos que carecen de valor, estos cantos de amor que entona este corazón tan pequeño, os embelesarán a pesar de todo! Sí, estas nonadas os recrearán; harán sonreír a la Iglesia triunfante, la cual, queriendo jugar con la niñita, recogerá las rosas deshojadas, y después de hacerlas pasar por vuestras manos divinas para comunicarles un valor infinito, las esparcirá sobre la Iglesia purgante para apagar sus llamas; sobre la Iglesia militante para darle la victoria.

¡Oh, Jesús mío, os amo! Amo también a mi Madre la santa Iglesia; tengo presente que "el más pequeño impulso de puro amor le es más útil que todas las obras juntas" (16).

Pero, ¿ama mi corazón con amor puro? ¿No son mis inmensos deseos un sueño, una locura? ¡Ah, si así fuera, hacédmelo ver! Vos sabéis, Señor, que busco la verdad. Si mis deseos son temerarios, aniquiladlos, pues constituyen para mí el mayor de los martirios. Mas confieso que si no alcanzo un día las elevadas regiones hacia las cuales aspira mi alma, habré disfrutado más dulzura en mi martirio, en mi locura, de la que disfrutaré en el seno de las alegrías eternas, a menos que, por un milagro, me quitéis el recuerdo de mis esperanzas terrenales. ¡Jesús, Jesús!, si es tan delicioso el deseo del amor, ¿qué no será poseerlo y gozar de él para siempre?

¿Cómo puede aspirar a la plenitud del amor un alma tan imperfecta como la mía? ¿Qué misterio es éste? ¡Oh único amigo mío! ¿Por qué no reserváis estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para las águilas que se ciernen en las alturas? ¡Ah!, soy un pobre pajarillo cubierto sólo de ligero plumón; no soy un águila, únicamente poseo de ella los ojos y el corazón... ¡Sí, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino del amor, y ardo en deseos de lanzarme hasta él! Quisiera volar, quisiera imitar a las águilas, pero sólo sé levantar mis alitas; no está al alcance de mi pequeño poder echarme a volar.

---

(16) San Juan de la Cruz.

¿Qué va a ser, pues, de mí? ¿Moriré de dolor al verme tan impotente? ¡Oh!, no, ni siquiera me afligiré. Con audaz confianza allí me quedaré contemplando fijamente mi divino Sol, hasta la muerte. Nada podrá arredrarme, ni el viento, ni la lluvia. Y si espesos nubarrones ocultan el Astro de Amor, si me parece que no creo en la existencia de otra cosa que la noche de esta vida, éste será el momento de la *dicha perfecta,* el momento de extremar mi confianza hasta el último límite, guardándome de desertar de mi sitio, enterada de que tras esos tristes nubarrones sigue brillando mi dulce sol.

¡Oh, Dios mío, hasta aquí comprendo el amor que me tenéis! ¡Pero Vos sabéis que muy a menudo me distraigo de mi única ocupación, me alejo de Vos y mojo mis alitas, apenas formadas, en los miserables charcos de agua que encuentro en la tierra! Entonces "gimo como la golondrina" (17); este gemido os lo descubre todo, y os acordáis, ¡oh misericordia infinita!, "que no vinisteis a llamar a los justos, sino a los pecadores" (18).

No obstante esto, si permanecéis sordo a los plañideros arrullos de vuestra ruin criatura, si seguís ocultándoos, consiento en quedarme mojada y transida de frío, gozándome también en este sufrimiento, aunque gozando de dulce paz... Sé que todas las águilas de vuestra corte celestial me tienen lástima, me protegen y me defienden espantando a los buitres, imagen de los demonios, que quisieran devorarme. Mas no les temo, no estoy destinada a ser su presa, sino la del Aguila divina.

¡Oh Verbo, oh Salvador mío! ¡Tú eres el Aguila a quien amo, el Aguila que me atrae; tú eres el que, lanzándote a este destierro, quisiste sufrir y morir a fin de arrebatar todas las almas y sumergirlas hasta el centro de la Santa Trinidad, eterno foco del amor! Tú eres el que, remontando hacia la luz inaccesible, permaneces oculto en vuestro valle de lágrimas bajo la apariencia de cándida hostia, con el solo objeto de alimentarme de tu propia substancia. ¡Oh Jesús, déjame decirte que tu amor raya en locura!... Considerando esta locura, ¿cómo quieres que mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo ha de tener límites mi confianza?

---

(17) Is., XXXVIII, 14.
(18) Mat., IX, 13.

Por ti, lo sé, hicieron también los Santos muchas locuras y grandes cosas, pues eran águilas; yo soy demasiado pequeña para obrar grandes cosas y mi locura consiste en pretender que tu amor me acepte como víctima; mi locura es contar con los Angeles y los Santos para volar hasta ti con tus propias alas, ¡oh Aguila mía adorada! Todo el tiempo que quieras permaneceré con los ojos fijos en ti; quiero que tu divina mirada *me fascine,* quiero llegar a ser presa de tu amor. Tengo la esperanza de que un día te lanzarás sobre mí y llevándome al foco del amor, me sumergirás, por fin, en este abismo abrasador, para convertirme eternamente en su dichosa víctima.

* * *

¡Oh, Jesús, si pudiera yo publicar tu inefable condescendencia a todas las *almas pequeñitas!* Creo que si, por un imposible, encontraras una más débil que la mía, te complacerías en colmarla de mayores gracias aún, con tal que confiara por entero a tu infinita misericordia.

Mas, ¿por qué, Amado mío, deseo tanto comunicar los secretos de tu amor? ¿No fuiste tú solo quien me los enseñaste? ¿Y no puedes revelarlo a los otros? Ciertamente que sí; y te conjuro que lo hagas: *¡te suplico que inclines tu divina mirada a un sinnúmero de almas pequeñitas, te suplico que te elijas en este mundo una legión de víctimas pequeñas, dignas de tu AMOR!*

CAPITULO XII

El calvario. Vuelo hacia el cielo.

Consumada en breve, cumplió muchos tiempos: porque su alma era agradable a Dios, y por eso se apresuró a sacarla del mundo. Por eso es grande negocio ejercitar mucho el amor, porque consumándose el alma en él, no se detenga mucho acá o allá sin verle cara a cara (1).

"MUCHAS páginas de esta historia no se leerán jamás en la tierra..." Lo dijo Santa Teresita del Niño Jesús, y nosotros en pos de ella nos vemos precisados a repetirlo. Existen padecimientos que no es posible revelar acá abajo; sólo el Señor se reserva celosamente el dar a conocer su mérito y su gloria en la clara visión que rasgará todos los velos...

De esta clase fueron casi todos los padecimientos que hirieron el corazón sensible de la sierva de Dios, hasta el punto de que tal vez parezca a muchos que cruzó la tierra entre sonrisas y afectuosa ternura y que no conoció sino los suaves rayos de un sol primaveral, sin soportar las melancólicas lluvias del otoño y las glaciales ráfagas del invierno.

Santa Teresita del Niño Jesús padeció mucho aquí abajo, y en sus últimos días encargaba que *después de su muerte* se diera *a conocer eso a las almas,* sabiendo bien que este sello de la cruz, puesto a su vida sería para muchos la señal de la autenticidad de su misión.

Con todo, no fué a causa de este martirio del corazón por lo que se creyó aceptada como víctima de holocausto al Amor mi-

(1) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva,* Canción primera, v. VI.

ericordioso del Salvador; lo creyó más bien porque sintió *desbordar en su alma los raudales de ternura infinita encerrados en el corazón divino.*

Es verdad que para atender a las necesidades de ciertas almas que carecían de flexibilidad en relación con la voluntad, a veces crucificadora, del Esposo celestial, dijo que *ofrecerse como Víctima al Amor, es ofrecerse a todas las angustias;* pero también dijo a otra alma, la cual a sus ojos representaba el género humano regenerado, sediento de perfección y amor, pero siempre tembloroso ante la cruz: *¿Por qué teméis ofreceros como Víctima al amor misericordioso? Si os ofrecierais a la justicia divina, podríais temer; pero el Amor misericordioso tendrá compasión de vuestra debilidad; él os tratará con dulzura,* CON MISERICORDIA.

* * *

Hemos visto cuán grande fué el sacrificio de Teresita cuando tuvo que separarse para siempre de su padre, que tan tiernamente la amaba; y salir de la casa familiar, donde había sido tan feliz. Pero tal vez se crea que este sacrificio quedó muy suavizado porque volvía a reunirse en el Carmen con sus dos hermanas mayores, las queridas confidentes de sus interioridades; mas ocurrió todo lo contrario, ya que esto fué causa de las más sensibles privaciones para la joven postulante.

Como se guarda rigurosamente la soledad y el silencio, no podía ver a sus hermanas más que durante las horas de recreo. Si hubiera sido menos mortificada, a menudo habría podido sentarse a su lado; pero nada de esto; "buscaba con preferencia la compañía de las religiosas que menos le gustaban"; de modo que podía decirse que se ignoraba si sentía afecto más particular por sus hermanas.

Algún tiempo después de su ingreso, fué nombrada ayudanta en el refectorio de Sor Inés de Jesús, su "Paulina" tan querida; mas esto fué también nuevo manantial de sacrificios. Teresita sabía que toda palabra ociosa estaba prohibida, por lo que jamás se tomó la libertad de hacer la más mínima confidencia. *¡Oh Madrecita mía,* dirá más tarde, *cuánto sufrí entonces! No podía abrirle mi corazón y creía que ya no me conocía...*

Después de cinco años de tan heroico silencio, Sor Inés de Jesús fué elegida Priora. Al anochecer del día de la elección latió sin duda de alegría el corazón de "Teresita", pensando que en adelante ya podría hablar con toda libertad con su "Madrecita" y, como antes, desahogar su alma en la de ella; sin embargo, Dios permitió que de todas las religiosas fuese cabalmente Sor Teresita la que menos visitase a su Madre Priora...

Algunos años después, su gran espíritu sobrenatural le permitirá llamarse *DICHOSA de morir en brazos de otra Priora, a fin de poder ejercitar más aún su espíritu de fe en la autoridad.*

* * *

La Santa quería vivir la vida del Carmen con toda la perfección requerida por su santa Reformadora. Cuando la calidad del trabajo al cual se entregaba no absorbía necesariamente su atención, su pensamiento volvía naturalmente a Dios. Entrando cierto día en su celda una novicia, detúvose ésta de repente sorprendida por la celestial expresión de su rostro. Estaba cosiendo con gran actividad, y sin embargo, parecía abismada en profunda contemplación. *¿En qué está pensando?,* le preguntó la novicia. *¡Estoy meditando la Oración dominical!,* respondió. *¡Es tan dulce llamar a Dios, Padre nuestro!* Y en sus ojos brillaban lágrimas.

No acierto a ver claramente qué tendré de más en el cielo que no tenga ahora, decía en otra ocasión. *Veré a Dios, es verdad; pero en cuanto a estar con Él, con Él estoy ya del todo aquí en la tierra.*

Intensa llama de amor la devoraba. He aquí lo que dice ella misma:

Algunos días después de mi ofrenda al "Amor misericordioso", comenzaba en el coro el ejercicio del Vía Crucis, cuando de repente me sentí herida por un dardo de fuego tan ardiente, que por poco me moría. No sé cómo explicar este transporte; no hay comparación que pueda dar a entender la intensidad de semejante llama. Parecíame que una fuerza invisible me sumergía enteramente en el fuego. ¡Oh, qué fuego, qué dulzura!

En el jardín del convento.

En el jardín del convento.

Al preguntarle la Madre Priora si aquel arrobamiento era el primero de su vida, contestó sencillamente:

Madre mía, he tenido muchos arrobamientos de amor; particularmente una vez, durante mi noviciado, que permanecí una semana entera muy lejos de este mundo. Me es imposible expresarlo; parecíame obrar con un cuerpo prestado, y que un denso velo me cubría todas las cosas de la tierra. Mas no me abrasaba una llama real y verdadera; podía soportar aquellas delicias sin esperar que con su peso se rompieran mis ligaduras, en tanto que el día a que me refiero, con un minuto, un segundo más, mi alma se hubiera separado del cuerpo... ¡Desgraciadamente, me encontré otra vez en la tierra y volvió inmediatamente a reinar la aridez en mi corazón!

¡Espera todavía un poco, dulce víctima de amor; la mano divina ha retirado su dardo de fuego; pero la herida es mortal!...

* * *

En esta unión íntima con Dios, adquirió Santa Teresita un dominio verdaderamente notable sobre sus actos; todas las virtudes se desarrollaron a porfía en el delicioso jardín de su alma.

Pero no se vaya a creer que este magnífico florecimiento de bellezas sobrenaturales creció sin esfuerzo alguno.

"No hay en la tierra fecundidad sin dolor: dolores físicos, angustias privadas, pruebas conocidas de Dios o de los hombres. Cuando leyendo las vidas de los Santos sentimos germinar en nosotros pensamientos piadosos, resoluciones generosas, no hemos de limitarnos, como si se tratara de lecturas profanas, a pagar cualquier tributo de admiración al genio de sus autores, sino más aún, debemos pensar en el costoso precio a que ellos pagaron indudablemente el bien sobrenatural que ahora producen en nuestras almas" (2).

Si ahora "la Santita" obra en los corazones maravillosas transformaciones, y hace en la tierra un bien inmenso, puede creerse con toda verdad que lo ha comprado al mismo precio que el

(2) Dom Guéranger.

divino Jesús pagó el rescate de nuestras almas: con el sufrimiento y la cruz.

No fué ciertamente el menor de sus padecimientos la lucha animosa que emprendió consigo misma, rehusando toda satisfacción a las exigencias de su pundonorosa y ardiente naturaleza. Muy niña aún, tomó la costumbre de no excusarse ni quejarse jamás; en el Carmen quiso ser la humilde servidora de sus hermanas.

Con este espíritu de humildad, se esforzaba en obedecer a todas indistintamente.

Cierta tarde, durante su enfermedad, debía la Comunidad reunirse en la ermita del Sagrado Corazón para cantar un himno. La Santa, minada por la fiebre, se trasladó allí penosamente, teniendo que sentarse al llegar. Pero una religiosa le hizo seña de levantarse, y se la vió entonces obedecer en seguida y a pesar del cansancio permaneció en pie hasta el fin.

La enfermera le había aconsejado que diese todos los días un paseíto de un cuarto de hora por el jardín. Este consejo fué para ella como orden terminante. Una tarde, viendo una hermana que andaba trabajosamente, le dijo: *Mejor sería que descansase; su paseo en tales condiciones no puede serle de provecho; se fatiga y nada más. Es verdad,* contestó aquella hija de la obediencia, *pero ¿sabe lo que me da fuerzas?... Pues bien, ando para un misionero. Pienso que allá, muy lejos, puede haber alguno casi agotado de fuerzas en sus excursiones apostólicas, y para disminuir sus fatigas ofrezco las mías a Dios.*

A sus novicias les daba ejemplos sublimes de desprendimiento.

Cierto año, con motivo de los días de la Madre Priora, nuestras familias y los obreros del monasterio enviaron ramos de flores. Se ocupaba Teresita en colocarlos con arte, cuando una hermana conversa le dijo con tino desabrido: *Bien se deja ver que estos grandes ramilletes han sido regalados por su familia; los de los pobres quedarán una vez más ocultados.* Una amable sonrisa fué la sola contestación de la santa carmelita, y al punto, a pesar del desconcierto que resultaba del cambio, puso en primera línea los ramilletes de los pobres.

Sobrecogida de admiración ante un acto de tan rara virtud, fué la hermana conversa a acusarse de su imperfección a la Reverenda Madre Priora, alabando con todo encomio la paciencia y humildad de la Santa.

Por eso, cuando la *Reinecita* voló de este destierro al reino de su Esposo, esa misma hermana, llena de fe en su poder, puso su frente sobre los helados pies de la Santa, pidiéndole perdón de su falta de otro tiempo. En el mismo instante se sintió curada de la anemia *cerebral* que desde hacía muchos años le impedía la lectura y la oración mental.

* * *

En vez de evitar las humillaciones, las buscaba con gran diligencia; así se ofreció para ayudar a una hermana conocida por difícil de contentar; su generosa proposición fué aceptada. Un día que acababa de aguantar no pocos reproches, le preguntó una novicia por qué estaba tan contenta. Grande fué su sorpresa al oír esta contestación: *Es que la hermana*** acaba de decirme cosas desagradables. ¡Oh, cuánto me ha complacido! Quisiera ahora encontrarla para poder sonreírle.* En aquel mismo instante, la hermana llamó a la puerta, y la novicia, maravillada, tuvo ocasión de ver cómo perdonan los santos.

Más tarde oiremos de sus labios: "Había remontado el vuelo tan alto sobre todas las cosas, que salía fortalecida de las humillaciones".

* * *

A todas estas virtudes añadía un valor extraordinario. Desde su entrada a los quince años, salvo los ayunos, se la dejó seguir todas las prácticas de nuestra austera regla. A veces, sus compañeras de noviciado observaban su palidez y procuraban que se la dispensase de los maitines del oficio de la noche, o de levantarse a primera hora de la mañana; pero la Reverenda Madre Priora ([3]) jamás accedía a sus peticiones: "Un alma de este temple, decía, no debe tratarse como una niña; las dispensas no se han hecho para ella.

([3]) La Rvda. Madre María de Gonzaga, muerta a la edad de 71 años, el día 17 de diciembre de 1904.

Dejadla, que Dios la sostiene. Por lo demás, si está enferma, ella es quien debe venir a decirlo".

Pero Santa Teresita tenía por lema que *antes de quejarse hay que llegar hasta donde permitan las fuerzas.* ¡Cuántas veces fué a maitines con vahidos o con violentos dolores de cabeza! *Puedo caminar todavía,* se decía; *pues bien, debo cumplir con mi deber.* Y gracias a esta singular energía, realizaba con sencillez actos heroicos.

Su delicado estómago se amoldaba difícilmente a la alimentación frugal del Carmen, por lo cual había ciertos platos que la hacían enfermar; pero ella sabía disimularlo con tal maña, que nadie jamás lo sospechó. Una de sus vecinas en la mesa dice que en vano procuró adivinar qué manjares prefería; por esto las hermanas cocineras, viéndola tan poco difícil de contentar, le servían invariablemente las sobras.

Solamente durante su última enfermedad, cuando se le ordenó que dijese cuáles eran los platos que la dañaban, fué cuando se descorrió el velo de su mortificación.

Cuando Jesús quiere que una sufra, decía entonces, *es absolutamente necesario pasar por ello. Así, mientras mi hermana María del Sagrado Corazón* (su hermana María) *fué provisora, se esforzaba en cuidarme con la ternura de una madre, por lo cual parecía estar yo muy mimada. Sin embargo de ello, ¡de cuántas mortificaciones me fué causa! Porque ella me servía según sus gustos, del todo opuestos a los míos.*

* * *

Su espíritu de sacrificio era universal. Todo cuanto había de más penoso y menos agradable, lo tomaba para sí como si le perteneciera de derecho; todo cuando Dios le pedía, prontamente se lo daba sin acordarse de sí misma para nada.

Durante el tiempo que estuve de postulante, dice, *me costaba gran trabajo hacer ciertas mortificaciones exteriores que se acostumbran en nuestros conventos; pero jamás cedí a mis repugnancias: me parecía que el Crucifijo del patio me miraba con ojos suplicantes, y mendigaba de mí aquellos sacrificios.*

Era tal su vigilancia, que nunca dejó de observar con toda fidelidad las más leves recomendaciones de la Madre Priora, nin-

guno de estos insignificantes reglamentos que hacen la vida religiosa tan meritoria. Habiendo una hermana antigua observado su extraordinaria fidelidad en este punto, la tuvo desde entonces en concepto de santa.

Fueron muy pocas las penitencias corporales que hizo fuera de las de Regla, por haberle hecho comprender el Espíritu Santo que santifica incomparablemente más la mortificación del espíritu y del corazón. Sucedió, con todo, que enfermó por haber llevado demasiado tiempo una cruz pequeña de hierro cuyas puntas se le clavaron en la carne. *Con seguridad que no me habría sucedido esto por tan poca cosa,* decía ella después, *si Dios no hubiera querido hacerme comprender que las maceraciones de los santos no son para mí ni para las almas pequeñitas que sigan el mismo camino de infancia.*

La privación de la lumbre, durante el invierno, fué el más rudo de sus padecimientos físicos en el Carmen. Fácilmente se comprenderá lo que aquella delicada niña hubo de sufrir durante los largos inviernos de Normandía, en el húmedo clima de Lisieux.

Cuando era más rigurosa la temperatura, después de haber permanecido transida de frío todo el día, iba la Santa por la noche, después de Maitines, a calentarse algunos instantes en la sala de Comunidad. Mas, para volver a su celda, le era preciso andar cincuenta metros al aire libre, debajo de los claustros; el resto del trayecto, por la escalera y el largo y glacial corredor, acababa de quitarle el poco calor tan parcamente concedido.

Por esto, cuando se tendía sobre su jergón envolviéndose en sus dos pobres mantas, sólo hallaba un reposo interrumpido por frecuentes insomnios, y aun le ocurría pasar a veces la noche entera temblando de frío y sin poder conciliar el sueño. Hubiera obtenido prontamente un alivio si desde los primeros años le hubiese dicho a la Maestra de Novicias; pero quiso aceptar aquella ruda mortificación sin quejarse, y sólo la reveló en su lecho de muerte con estas expresivas palabras: *Mi mayor sufrimiento físico,* durante mi vida religiosa, ha sido el frío; lo he padecido hasta morir. ...

No obstante, si en su generosidad había aceptado con gozo aquella austera penitencia, dentro de su conducta y de su discreción, santas del todo, supo también dar a entender, con obediencia y respeto, que aquel exceso, permitido por Dios, no era sin embargo de

su agrado, y que, en lo sucesivo, harían bien en suavizarlo. Pensaba que no tener en cuenta, haciendo observar la Regla, las diferencias de latitudes y las diversidades de temperamentos, era tentar a Dios y pecar contra la prudencia.

* * *

Ya estamos enterados del llamamiento del Viernes Santo, 3 de abril de 1896, en el que Santa Teresita del Niño Jesús oyó, según expresión suya, *como un rumor lejano que le anunciaba la llegada del Esposo.* Largos meses muy dolorosos debían transcurrir aún, antes de que le llegara la hora bendita de la liberación.

Por la mañana de aquel Viernes Santo supo con tal arte persuadir que su vómito de sangre no tendría importancia alguna, que la Reverenda Madre Priora, ciega sobre el estado de la santa, le permitió hacer todas las penitencias que la Regla prescribe para dicho día. Por la tarde, una novicia la vió limpiando ventanas. Estaba lívida, y a pesar de su gran energía, parecía completamente agotada de fuerzas. Viéndola tan acabada, la novicia, que la quería mucho, rompió en llanto y le rogó que le permitiese pedir en su favor algún alivio. Pero su joven Maestra se lo prohibió terminantemente diciendo que bien podía soportar una ligera fatiga aquel día en que Jesús tanto padeció por ella.

Este primer accidente no lo supieron sus hermanas hasta el mes de mayo de 1897, y reprochándole cariñosamente la Madre Inés de Jesús el habérselo callado, exclamó: *Oh, pobre Madrecita mía, dé gracias a Dios, porque conociendo mi estado y viéndome tan poco cuidada, hubiera sufrido demasiado.*

Pronto una tos persistente alarmó a la Reverenda Madre, pero gracias al régimen tonificante a que sometió a la Santa, la tos desapareció por algunos meses. Entonces fué cuando nuestra querida hermanita dijo: *Verdaderamente, la enfermedad nos lleva con demasiada lentitud; no cuento con ella, sino tan sólo con el amor.*

Anhelando ardientemente poder responder el apremiante llamamiento del Carmen de Hanoi, comenzó una novena al venerable Teófano Vénard, con el fin de obtener su completa curación. Pero, ¡ay!, fué esta novena el punto de partida de un estado de la mayor gravedad.

* * *

Después de haber, como Jesús, "pasado por el mundo haciendo bien"; después de haber sido olvidada y desconocida como El, iba Teresita a subir tras El un doloroso Calvario.

Acostumbrada la Madre Priora a verla sufrir siempre, pero sin dejar de mostrarse animosa, le permitió que siguiese todos los ejercicios de la Comunidad, de los cuales algunos le fatigaban muchísimo.

Llegada la noche, la pobrecita debía subir sola la escalera del dormitorio; deteniéndose en cada escalón, para tomar aliento, iba penosamente a la celda, donde llegaba de tal modo aniquilada que necesitaba a veces (según más tarde manifestó ella misma) una hora entera para desnudarse. Y después de tantas fatigas, tenía que pasar el tiempo del descanso sobre su duro jergón. Así pasaba muy mal las noches, y cuando se le preguntaba si necesitaba alguna ayuda para aquellas horas de sufrimiento, contestaba: *¡Oh, no!, al contrario, me considero muy feliz en habitar una celda bastante retirada para no ser oída de mis hermanas. Gozo en poder sufrir sola; pero si me compadecen y colman de delicadezas, entonces dejo de gozar.*

Frecuentemente le daban botones de fuego en el costado. Cierto día que había padecido extraordinariamente con ellos, y descansaba durante la recreación, oyó estas palabras dichas en la cocina: "No tardará en morir la hermana Teresita del Niño Jesús; y, a la verdad, no sé qué podrá decir de ella nuestra Madre después de su muerte. Se encontrará en un verdadero apuro, porque esa hermanita, a pesar de ser tan amable, no ha hecho nada ciertamente que merezca ser referido".

La enfermera que lo había oído todo, dijo a la Santa:

—"Si V. C. se hubiera apoyado en la opinión de las criaturas, hoy quedaría bien desilusionada".

—*¡La opinión de las criaturas! ¡Ah, felizmente me ha hecho siempre Dios la gracia de tratarla con entera indiferencia! Oiga un caso que acabó de mostrarme lo que vale:*

Pocos días después de mi toma de hábito, fuí a la celda de nuestra Madre. Una hermana lega, que se encontraba allí, en cuanto me vió, dijo: "¡Madre nuestra, Vuestra Reverencia ha recibido una novicia que la honra! ¡Qué cara de salud la que tiene! ¡Confío que observará mucho tiempo la regla!" Estaba yo muy satisfecha

del elogio, cuando llegó otra hermana de velo blanco, y en llegando, me dijo: "¡Pobre hermanita mía Teresita del Niño Jesús, qué cansada parece! Tiene una cara que da miedo; si continúa así, poco tiempo seguirá la regla"... No tenía yo más que dieciséis años; pero este lancerito sirvióme de tal experiencia, que desde entonces tuve absolutamente en nada la tan variable y antojadiza opinión de las criaturas.

—"Dicen que V. C. nunca ha padecido mucho".

Entonces sonriendo la Santa mostró un vaso que contenía una medicina de color rojo muy subido, y dijo:

—*¿Ve V. C. este vasito? Se creería que contiene un licor delicioso; en realidad, nada tomo que sea más amargo. Pues bien: ésta es la imagen de mi vida; a los ojos de los demás ha revestido siempre los más sonrientes colores; les ha parecido que yo bebía un licor exquisito, mas era amargura. Digo amargura, y con todo, mi vida no ha sido amarga, porque he sabido convertir toda amargura en mi dicha y regalo.*

—V. C. debe padecer mucho ahora, ¿verdad?

—*Sí, pero, ¡lo he deseado tanto!*

—¡Cuánto nos apena verla padecer tanto y pensar que quizá padecería más todavía!, decíanle sus novicias.

—*¡Oh! no se aflijan por mí: he llegado a no poder padecer ya, porque me es dulce todo padecimiento. Además, hacen muy mal en inquietarse por lo que de doloroso pueda acontecer en adelante; eso casi equivale a meterse en crear. Los que andamos por el camino del amor, jamás debemos inquietarnos por nada. Si no padeciera por minutos, me sería imposible conservar la paciencia; pero cierro los ojos a lo pasado, me abstengo de mirar lo porvenir, y no atiendo sino al momento presente. Si una se desalienta, si a veces desespera, es porque se piensa en lo pasado y en lo que debe venir. De todos modos, rueguen por mí; porque con frecuencia, cuando acudo al cielo pidiendo socorro, es cabalmente cuando más me desampara.*

—¿Y cómo se arregla V. C. para no desanimarse durante estos desamparos?

—*Me dirijo a Dios, y a los santos, y les doy gracias a pesar de todo, porque creo que se proponen ver hasta dónde llega mi esperanza... No en balde las palabras de Job penetraron en mi*

corazón: "Aun dado que el Señor me quitare la vida, en El esperaré" (1). *Lo confieso; mucho me ha costado llegar a este grado de conformidad; ahora ya lo he conseguido; "el Señor me ha tomado y allí me ha colocado".*

Mi corazón está lleno de la voluntad de Jesús, decía también. *Por eso, cuando algo se le vierte encima, no penetra hasta el fondo; es una nada que fácilmente se desliza como el aceite en la superficie del agua cristalina. ¡Ah, si mi alma no estuviese previamente llena, si fuese menester llenarla con los sentimientos de alegría y de tristeza que se suceden tan presto, sería una oleada de amarguísimo dolor! Pero estas alternativas sólo rozan mi alma; por esto quedo siempre en profunda paz, que nada puede alterar.*

A pesar de ello, su alma estaba envuelta en densas tinieblas; sus tentaciones contra la fe, siempre vencidas y siempre renacientes, allí estaban para quitarle todo sentimiento de felicidad al pensar en la muerte cercana.

Si yo no padeciera la tribulación que es imposible comprender, decía, *creo que moriría de gozo con sólo pensar que pronto saldré de esta tierra.*

El Divino Maestro quería acabar de purificarla con aquella tribulación y darle medios, no sólo para andar con paso rápido, sino para volar raudamente por su *caminito de confianza y del total abandono.* Sus propias palabras lo prueban a cada instante.

No tengo más preferencia por la muerte que por la vida; si el Señor me dejara escoger, nada escogería; no quiero sino lo que Él quiere; lo que hace es lo que yo amo. No me amedrentan los últimos combates, ni los padecimientos de la enfermedad, por grandes que sean. Dios siempre me socorrió, me ayudó y me llevó de la mano desde mi más tierna infancia... Confío en Él. Podrá el dolor llegar a lo sumo, pero estoy cierta de que Dios jamás me abandonará.

* * *

Semejante confianza debía exasperar el furor del demonio, que siempre en los últimos momentos pone en juego todas sus astucias infernales para ver si consigue infiltrar la desesperación en los corazones.

(1) Job., XIII, 15.

Anoche, confesaba una vez a la M. Inés de Jesús, *fuí presa de verdadera angustia y se hicieron aún más densas las tinieblas de mi alma. No sé qué voz maldita me decía: "¿Estás segura de que Dios te ama? ¿Ha venido a decírtelo? La opinión de algunas criaturas no te justificará delante de El".*

Hacía ya largo tiempo que me atormentaban estos pensamientos, cuando me trajeron su providencial esquela. Vuestra Reverencia me recordaba en ella, Madre mía, todos los privilegios que tiene Jesús sobre mi alma, y como si le hubiesen revelado mi angustia, me decía que Dios me amaba con predilección y que estaba en vísperas de recibir de sus manos la corona eterna. Renacía ya la tranquilidad y la esperanza en mi corazón, cuando todavía me dije a mí misma: "El afecto que me profesa mi Madrecita le ha dictado estas palabras". Por una inspiración súbita, tomé entonces el santo Evangelio, lo abrí al azar, y dieron mis ojos con estas palabras que nunca había advertido. "Aquel a quien Dios envió, habla palabras de Dios, porque Dios le da el espíritu sin medida" (5).

Con eso me dormí enteramente consolada. Vuestra Reverencia, Madre mía, es la enviada de Dios cerca de mí y debo creerle, ya que dice las mismas cosas que Dios.

En el transcurso del mes de agosto, permaneció muchos días como fuera de sí, rogándonos encarecidamente que hiciéramos rezar por ella. Nunca la habíamos visto en aquel estado de indecible angustia, en medio del cual repetía: *¡Oh, cuán necesario es rezar por los agonizantes! ¡Si se supiese!*

Una noche suplicó a la enfermera que rociara su cama con agua bendita:

El demonio anda en torno mío; no lo veo, pero lo siento... Me atormenta, me sujeta como lo haría con una mano de hierro para impedirme que tome el más ligero alivio; aumenta mis males a fin de que me desespere... ¡Y no puedo rezar! Sólo puedo mirar a la Virgen Santísima y decir: "¡Jesús! ¡Qué necesaria es aquella oración de completas: Procul recedant somnia, et nocitium phantasmata! *¡Líbranos de los fantasmas de la noche!"*

Experimento algo misterioso... no padezco por mí, sino por otra alma... y el demonio no quiere.

(5) Juan, III, 34.

La enferma encendió un cirio bendito, y el espíritu de las tinieblas huyó para no volver más. Con todo, la Santa continuó con angustias dolorosísimas hasta el fin.

Un día, mientras contemplaba el cielo, una de nuestras hermanas le hizo esta reflexión:

—"Pronto habitará V. C. más allá de este azulado cielo. ¡Con qué amor lo contempla! ¿No es verdad?"

Ella contentóse con sonreír, y después dijo a la Madre Inés de Jesús:

Madre mía, nuestras hermanas ignoran mis padecimientos. Cuando contemplaba el azulado firmamento, sólo pensaba en admirar el cielo material: el otro está cada vez más cerrado para mí... En el primer momento me afligió la reflexión que me hicieron; pero después una voz interior me dijo: "Sí, mirabas el cielo por amor. Pues estando tu alma enteramente entregada al amor, todas tus acciones aun las más indiferentes, llevan este sello divino". Lo que me consoló en el acto.

A pesar de las tinieblas que la envolvían enteramente, el Carcelero divino entreabría de vez en cuando la puerta de su oscura prisión; entonces se producía en su alma un transporte de confianza, de esperanza y de amor.

Paseándose un día por el jardín, sostenida por una de sus hermanas, detúvose ante el primoroso cuadro de una gallina blanca cobijando bajo las alas a su graciosa familia. Pronto llenáronse de lágrimas sus ojos, y volviendo a su querida compañera, le dijo: *No puedo permanecer más tiempo aquí; entremos pronto...* Y continuó llorando largo rato en su celda, sin poder articular palabra. Por fin, mirando a su hermana con celestial expresión, añadió:

Me ha asaltado la idea de la dulce comparación que Nuestro Señor eligió para asegurarnos su amor. ¡Durante toda mi vida, no ha hecho otra cosa conmigo: Me ha resguardado totalmente bajo sus alas! No puedo explicar lo que pasó en mi corazón. Bien hace Dios en ocultar a mis miradas y en no mostrarme sino muy raras veces, y como a través de una reja, los efectos de su misericordia, pues conozco que no podría soportar tan inefable dulzura.

* * *

No podíamos resignarnos a perder aquel tesoro de virtudes. El 5 de junio de 1897 principiamos una ferviente novena a Nuestra Señora de las Victorias, confiando que también esta vez haría el milagro de reanimar a su querida "florecita". Mas nos dió igual respuesta que el santo mártir Teófano, por lo que tuvimos que aceptar la amarga perspectiva de una próxima separación.

A principios de julio, habiendo aumentado notablemente la gravedad, la bajamos por fin a la enfermería.

Viendo su celda vacía y sabiendo que ya no volvería a ocuparla jamás, le dijo la Madre Inés de Jesús:

—Cuando V. C. nos haya dejado, ¡cuánta pena me dará mirar esta celda!

Pues para consolarse, pensará, Madrecita mía, que estoy muy feliz allá arriba y que gran parte de mi dicha la gané en esta celdita. Pues, añadió levantando al cielo su hermosa y profunda mirada, *en ella he padecido mucho, y en ella hubiera muerto gustosa.*

* * *

Al entrar en la enfermería, la primera mirada de Teresita fué para la Virgen milagrosa que allí habíamos colocado. Sería imposible referir con palabras la ideal expresión de aquella mirada.

—¿Qué ve? — le dijo su hermana María, la misma que en su infancia fué testigo de su éxtasis y le sirvió también de madre. Ella respondió:

—*¡Jamás me ha parecido tan hermosa!... Pero hoy es la imagen, mientras que la otra vez, bien sabe V. C. que no era la imagen.*

Con frecuencia fué después la Santa consolada de igual manera. Una tarde exclamó:

¡Oh, cuánto amo a la Virgen María! Si hubiera sido sacerdote, ¡qué bien habría yo hablado de ella! Nos la presentan inaccesible; debieran presentárnosla imitable. ¡Tiene más de madre que de reina! Se ha dicho que su brillo eclipsa el de todos los santos, así como el sol, al aparecer la aurora, hace desaparecer las estrellas. ¡Dios mío, cuán extraño es esto! ¡Una madre que ofusca la gloria de sus hijos! Yo pienso todo lo contrario; creo que aumentará, pero en mucho,

el esplendor de los elegidos... ¡La Virgen María! ¡Cuán sencilla me parece que debió de ser su vida!

Y así continuó su discurso, haciéndonos una pintura tan suave y embelesadora de la vida íntima de la Sagrada Familia, que nos dejó admiradas.

* * *

Una prueba muy penosa la estaba aguardando. Desde el día 16 de agosto hasta el 30 de septiembre, día de su eterna comunión, a causa de estar continuamente amenazada de hemoptisis, no le fué posible recibir la sagrada Comunión. Con todo, ¿quién había deseado con más fervor el pan de los Angeles que aquel serafín de la tierra? ¡Cuántas veces, aun en el rigor del invierno de aquel año último, después de haber pasado la noche con tormentos atroces, la vieron volar al amanecer a la Santa Mesa! ¡Nunca creyó comprar demasiado cara la dicha de unirse a su Dios!

Antes de verse privada de ese Pan celestial, visitóla Nuestro Señor a menudo en su lecho de dolor. La comunión del 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, fué verdaderamente conmovedora. Durante la noche, compuso estas estrofas, que debían cantarse el día siguiente:

Tú que mi pequeñez miras piadoso
Y no desdeñas descender a mí,
Entra en mi corazón, ¡Rey del Sagrario!
Ya lo ves palpitar... sólo por Ti.
Y luego... ¡nada más! Seré dichosa
Si me dejas, mi Bien, morir de amor...
Mira, ¡oh Jesús!, el grito de mi alma:
¡Reina en mi corazón!
Pues mi gran pequeñez Tú no desdeñas
Ya que no temes descender a mí.
Aprenda yo el amor que tú me enseñas,
Reciba yo esa gran virtud de Ti.
Mi pecho lleno de candor divino,
¡Oh Sacramento!, clamará favor,
Puesto que eres mi vida y mi destino:
¡Guarda mi amor!

Por la mañana, al paso del Santísimo Sacramento, una tupida alfombra de flores silvestres y rosas deshojadas cubría el enlosado de los claustros. Un joven sacerdote, que debía ese mismo día ce-

lebrar su primera Misa en nuestra capilla, llevó el sagrado Viático a nuestra querida enferma; y Sor María de la Eucaristía, cuya melodiosa voz tenía vibraciones celestiales, cantó para satisfacer sus deseos:

Morir de amor, Dios Santo, martirio es delicioso,
Martirio que yo anhelo sufrirlo venturoso.
Querubes del Empíreo, templad vuestra áurea lira,
Porque, según presiento, ya mi destierro expira.
Dardo inflamado, hiere, hiéreme prontamente,
Y el corazón traspasa, que triste aquí se siente.
En este mundo sea verdad el sueño mío:
Morir, ¡oh Jesús mío!,
Morir de amor ardiente.

Algunos días después, la pequeña víctima de Jesús empeoró, y el 30 de julio recibió la Extremaunción. Entonces, radiante de alegría, nos dijo:

Está entreabierta la puerta de mi lóbrega prisión; estoy muy contenta, sobre todo desde que nuestro Padre Superior me ha asegurado que mi alma se parece hoy a la de un niño después del bautismo.

No hay duda que pensaba volar pronto al cielo; pero no sabía que faltaban aún dos meses de prolongado martirio, antes de conseguir la tan suspirada libertad.

Cierto día, dijo a la Madre Priora:

Madre mía, le ruego que me dé permiso para morir... Déjeme ofrecer mi vida por tal intención...

Siéndole negado este permiso:

Pues bien, replicó, *yo sé que, en este momento, Dios desea tanto un racimito de uva que nadie quiere ofrecerle, que se verá obligado a venir a robarlo... Ya nada pido, porque sería salir de mi camino de abandono: sólo ruego a la Virgen María que recuerde a su Jesús el título de "Ladrón" que El mismo se dió en el Santo Evangelio, para que no olvide venir a "robarme".*

Presentáronle un día un haz de espigas de trigo. La Santa tomó una tan repleta de granos, que se doblegaba el tallo por el peso; la contempló largo rato, y luego dijo a la Madre Priora:

Madre mía, esta espiga es la imagen de mi alma. ¡Dios me ha colmado de gracias, para bien mío y de otras muchas almas!... ¡Ah, quiero inclinarme siempre bajo la abundancia de los dones celestiales, reconociendo que todo nos viene de arriba!

Ciertamente no se engañaba. Sí, su alma estaba colmada de gracias... ¡Con qué facilidad nos parecía distinguir el Espíritu de Dios alabándose a sí mismo por medio de aquella boca inocente!

Este Espíritu de verdad hizo ya escribir a la gran Teresa de Avila:

"Las almas a quien su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen a este estado (de unión), que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presunción. No curen de unas humildades que hay, que les parece humildad no entender que el Señor les va dando dones. Es cosa muy clara que amamos más a una persona, cuando se nos acuerdan las buenas obras que nos hace. Pues, ¿cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entienda que está rico?" (6).

* * *

Mas no es ésta la única vez que *Teresita de Lisieux* pronunció palabras verdaderamente inspiradas.

En el mes de abril de 1895, cuando todavía estaba bien de salud, hizo la siguiente confidencia a una antigua religiosa digna de entero crédito:

Pronto moriré; no quiero decir que sea dentro de algunos meses, pero sí dentro de dos o tres años a lo más; lo presiento por lo que pasa en mi alma.

Las novicias le manifestaban la sorpresa que les causaba ver cómo adivinaba sus más íntimos pensamientos.

He aquí mi secreto, les dijo: *jamás les hago advertencias sin antes invocar a la Santísima Virgen pidiéndole que me inspire lo que más debe aprovecharles; algunas veces hasta yo misma me admiro de lo que les enseño. Sencillamente, veo cuando se lo digo que no me equivoco y que Jesús habla por mi boca.*

Durante su enfermedad, una de sus hermanas acababa de pasar un momento de penosa angustia, casi de desaliento, pensando en la próxima e inevitable separación. Entrando luego en la enfermería, sin dejar traslucir por su exterior la pena interna que la afligía, quedó muy sorprendida al oír a nuestra santa enfermita decirle con acento serio y triste: *¡No se debería llorar como aquellos que carecen de toda esperanza!*

(6) Santa Teresa, *Vida,* caps. X y XV.

Visitándole una de nuestras Madres, le hizo un pequeño servicio: "Cuán feliz sería —pensaba— si este ángel me dijese: ¡Desde el cielo se lo pagaré!" En el mismo instante Santa Teresita, volviéndose hacia ella, le dijo: *¡Madre mía, desde el cielo se lo pagaré!*

Pero lo más sorprendente es que parecía tener conciencia de la misión para la cual Dios la había enviado a la tierra. Parecía haberse descorrido ante ella el velo de lo porvenir, cuyos secretos nos reveló más de una vez con profecías que ya se han cumplido.

Jamás he dado a Dios otra cosa que amor, decía; *pues bien; El me devolverá amor: ¡DESPUES DE MI MUERTE, HARE CAER UNA LLUVIA DE ROSAS!*

Hablábale una hermana de la bienaventuranza del cielo; mas ella le interrumpió diciendo:

No es eso lo que me atrae.

—¿Pues qué?

¡Oh, es el AMOR! Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al AMOR.

Una tarde recibió a la Madre Inés de Jesús con semblante particular de serena alegría:

Madre mía, acabo de oír unas perdidas notas de un concierto lejano, y he pensado que pronto escucharé melodías sin par; pero esta esperanza no ha llegado a satisfacerme más que por un instante: otra esperanza es la que sólo hace latir mi corazón: el amor que recibiré y el que podré dar.

Presiento que la misión mía va a empezar, la misión de hacer amar a Dios como yo le amo... de enseñar mi caminito a las almas. QUIERO PASAR MI CIELO HACIENDO BIEN EN LA TIERRA. Esto no es imposible, puesto que en el seno mismo de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros. ¡No, no podré tener ningún descanso hasta el fin del mundo! Mas cuando el ángel haya dicho "que ya no habrá más tiempo" (7), *entonces descansaré y podré gozar, porque el número de los escogidos estará ya completo.*

—¿Qué caminito quiere, pues, enseñar a las almas?

Madre mía, el camino de la infancia espiritual, el camino de la confianza y del abandono total. Quiero indicarles los medios

(7) Apoc., X, 6.

Sta. Teresita sembrando de flores el camino del Niño Dios.

Preparando los vasos sagrados cuando era sacristana.

sencillos y fáciles que a mí me han dado resultado tan excelente, y decirles que tan sólo una cosa debe hacerse acá abajo: ¡Obsequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias! ¡Así es como yo le he conquistado; por eso seré allá tan bien recibida!

Si con mi caminito de amor las indujese a error, les decía a sus novicias, *no teman que se lo deje seguir por mucho tiempo. Pronto me aparecería para decirles que tomen otro camino; pero si no vuelvo, crean en la verdad de mis palabras: Jamás se tiene demasiada confianza en Dios, tan potente y misericordioso. ¡Se obtiene de El todo cuanto de El se espera!...*

La víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, le dijo una novicia:

"Si V. C. muriese mañana, después de la comunión, sería una muerte tan preciosa, que estoy persuadida de que me dejaría consolada de toda mi pena".

Pero Santa Teresita respondió con viveza:

¡Morir después de la comunión! ¡Un día de gran fiesta! No, no será así: las almas pequeñitas no podrían imitar esto. En mi caminito no hay sino cosas muy ordinarias; es preciso que todo lo que yo haga puedan hacerlo igualmente las almas pequeñitas.

Llevábanle a menudo rosas que deshojaba ella sobre su crucifijo, acariciándolo con cada pétalo y como un día cayesen por tierra esas sagradas reliquias: *Recoged estos pétalos,* dijo; *más tarde os servirán para obsequiar. No perdáis ninguno.* Efectivamente: han servido no sólo *para obsequiar,* sino para obrar milagros.

Decíale también a su Madrecita: *En el Cielo obtendré muchas gracias para aquellos que me han hecho bien. Para Vuestra Reverencia, Madre mía, no todo podrá servirle; pero habrá mucho para regocijarla.*

* * *

Una hermana dudaba de su paciencia. Cierto día, al visitarla, observando en su semblante una expresión de alegría celestial, quiso saber la causa de ella.

Es porque experimento muy vivo dolor, respondió la heroica enferma; *siempre me esforcé en amar el sufrimiento y darle buena acogida.*

Cuando sufro mucho, decía la Santa, *cuando me suceden cosas penosas, desagradables, en vez de tomar un aire triste, respondo a ellas con una sonrisa. Al principio, no siempre lo conseguía; pero ahora es costumbre que me alegro mucho de haber contraído.*

—¿Por qué está tan alegre esta mañana?, le preguntaba la Madre Inés de Jesús.

Porque he tenido dos trabajillos; nada me causa gustillos como los trabajillos.

En otra ocasión:

—¿Verdad que hoy ha padecido muchos trabajos?

Sí, pero... ¡puesto que los amo!... Me gusta todo lo que Dios me envía.

—¿Es horroroso lo que padece?

No, no es horroroso. Una pequeña víctima de amor, ¿puede encontrar horroroso lo que su Esposo le envía? A cada instante me da lo que puedo soportar; nada más, y si luego aumenta mi dolor, aumentan también mis fuerzas. Con todo, jamás me atrevería a pedir padecimientos mayores, porque soy demasiado pequeña. Además, ellos entonces serían padecimientos míos y tendría que soportarlos sola; y jamás he podido hacer cosa alguna.

* * *

Así hablaba desde su lecho de muerte aquella virgen sabia y prudente, cuya lámpara siempre llena de aceite de las virtudes, resplandeció hasta el fin.

Habiéndonos dicho el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios: "La doctrina del hombre se prueba por su paciencia" (8), las que la oyeron pueden creer en su doctrina, ahora que la ha demostrado con paciencia invencible.

* * *

A cada visita, mostrábase el médico más admirado. "Ah, si supiera lo que soporta! Jamás vi padecer tanto con ese semblante de alegría sobrenatural. ¡Es un ángel!" Y como le manifestásemos nuestro sentimiento a la idea de perder semejante tesoro:

(8) Prov., XIX, 11.

"No está en mi mano curarla, dijo; es un alma que no es para vivir en la tierra".

En vista de su extrema debilidad, ordenaba específicos reconstituyentes. Teresita se estremeció al principio, porque eran muy caros; pero luego nos dijo:

Ahora ya no me aflige tomar remedios caros, pues leí que Santa Gertrudis se alegraba de ello pensando que todo redundaría su ganancia para los bienhechores, puesto que Nuestro Señor dijo: "En verdad os digo, que cuanto hiciereis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo haréis" (9).

Estoy convencida de la inutilidad de los medicamentos para curarme, añadía; *pero me he arreglado con Dios para que aprovechen a los pobres misioneros que no tienen tiempo ni medios para cuidarse.*

* * *

Conmovido por las diferentes atenciones de su pequeñita esposa, el Señor, que jamás se deja vencer en generosidad, la rodeaba también de sus divinas finezas: ora eran gavillas floridas enviadas por su familia, ora un petirrojo que venía a dar saltitos sobre su cama, mirándola con aire amistoso y haciéndole mil gracias.

Madre mía, decía entonces; *siento profundo agradecimiento por las delicadezas que Dios me dispensa; exteriormente me veo colmada de ellas... pero estoy sumida en las más densas nieblas... ¡Padezco mucho... sí, mucho!, pero con todo, gozo de paz extraordinaria; todos mis deseos se han realizado... Me siento llena de confianza.*

Algún tiempo después, refería ella misma este rasgo conmovedor:

Una noche, en hora de gran silencio, vino la enfermera a ponerme una botella de agua caliente a los pies y tintura de yodo en el pecho.

Me consumía la fiebre y me devoraba una sed ardentísima. Teniendo que soportar tales remedios, no pude menos de dirigir dolorida queja a Nuestro Señor: "¡Jesús mío!, Vos lo veis; estoy ardiendo y me traen todavía calor y fuego. ¡Ah, si en lugar de todo esto me trajesen medio vasito de agua, cuánto más aliviada me en-

(9) Mat., XXV, 40.

contraría!... ¡Jesús mío, vuestra hijita tiene mucha sed! Con todo, se considera feliz hallando ocasión de que le falte lo necesario para asemejarse más a Vos y para la salvación de las almas".

Pronto la enfermera se marchó; ya no contaba volver a verla hasta la mañana siguiente, cuando, con gran sorpresa mía, volvió algunos minutos más tarde trayendo una bebida refrescante: "Acaba de ocurrírseme que tal vez tenga sed, me dijo. *En adelante tomaré la costumbre de ofrecer a V. C. este alivio todas las noches". Yo la miré estupefacta, y cuando estuve sola, me puse a llorar. ¡Oh, cuán bueno es nuestro Jesús! ¡Cuán dulce y tierno! ¡Cuán fácil cosa es enternecer su corazón!*

* * *

Una de las delicadezas del Corazón de Jesús que le causaron mayor alegría, fué la del 6 de septiembre, día en que, por una circunstancia verdaderamente providencial, llegó a sus manos una reliquia del Beato Teófano Vénard. Varias veces había ya la Santa manifestado el deseo de poseer algo que hubiese pertenecido a su santo amigo; pero viendo que no trataban de cumplírselo, dejó de hablar de ello. Por eso su emoción fué grande cuando la Madre Priora le remitió el precioso objeto; cubriéndolo de besos ya no quiso separarse de él.

¿Por qué quería tanto al angélico misionero? Ella misma lo confió a sus amadísimas hermanas en una conversación:

Teófano Vénard es un santito, de vida completamente ordinaria. Amaba mucho a la Virgen Inmaculada y a su familia.

Y haciendo hincapié en estas últimas palabras, añadió:

¡Yo también amo mucho a mi familia! ¡No comprendo a los santos que no aman a su familia!... Como recuerdo de despedida, les he copiado algunos párrafos de las últimas cartas que él escribió a sus padres; son exactamente mis pensamientos; mi alma se parece a la suya.

Transcribimos a continuación dichos párrafos, que se creerían salidos de la pluma y del corazón de nuestra Santa:

"Nada encuentro en la tierra que me haga feliz, mi corazón es demasiado grande para que nada de cuanto en el mundo se llama dicha, pueda satisfacerlo. Mi pensamiento vuela hacia la eternidad. El tiempo toca a su término. Mi corazón está sosegado como las

aguas tranquilas de un lago adormecido o un cielo sereno. No echo de menos la vida de este mundo; tengo sed de las aguas de la vida eterna...

"Dentro de poco, mi alma dejará la tierra, concluirá su destierro y terminará su combate. ¡Me voy al cielo! ¡Voy a entrar en la residencia de los elegidos; oiré armonías que jamás oído alguno escuchó; gozaré bellezas que jamás el corazón probó!...

"¡Heme aquí llegada a aquella hora que tanto hemos deseado todos! Bien cierto es que el Señor elige a los pequeñuelos para confundir a los grandes de este mundo. Yo no me apoyo en mis propias fuerzas, sino en la fuerza de Aquel que sobre el madero de la cruz venció a las potestades del infierno.

"Soy una flor primaveral que el divino jardinero toma para su recreo. Todas somos flores plantadas en esta tierra las cuales lleva Dios a su debido tiempo: unas un poquito antes, otras un poquito después... ¡Yo, efímera pequeñuela, me voy la primera! Un día nos volveremos a juntar en el paraíso, y allí gozaremos de la verdadera felicidad".

SOR TERESITA DEL NIÑO JESUS,
apropiándose las palabras del angélico
mártir Teófano Vénard.

Hacia fines de septiembre, al referirle algo de lo que se había dicho durante la recreación respecto a la responsabilidad de los que tienen cargo de almas, reanimándose un instante, pronunció estas hermosas palabras:

"En cuanto a los pequeños serán juzgados con extremada indulgencia" ([10]). *Puede uno muy bien permanecer pequeño, aun en el desempeño de los cargos más temibles. ¿No está acaso escrito que al fin de los tiempos* "se levantará Dios para salvar a todos los mansos y humildes de la tierra?" ([11]). *¡No dice* "juzgar", *sino* "salvar"!

Con todo, la ola del dolor iba creciendo cada vez más. Pronto la debilidad llegó a ser tal, que la santa enfermita quedó imposibilitada de hacer, sin que la ayudasen, el más ligero movimiento. Oír hablar acerca de ella, aunque fuese en voz baja, la atormentaba muchísimo, la fiebre y la opresión no la dejaban hablar palabras

([10]) Sabiduría, VI, 7.
([11]) Salmo, LXXV, 10.

sin quedar aplastada. Mas, aun hallándose en tal estado, jamás la sonrisa abandonó sus labios, y cuando alguna nube ensombrecía su frente, era por el temor de dar más trabajo a las hermanas. Hasta la antevíspera de su muerte, quiso quedarse sola por la noche; pero su enfermera visitábala muchas veces a pesar de sus repetidas súplicas. En una de dichas visitas, la encontró con las manos juntas y los ojos elevados al cielo.

—¿Qué hace así? —le preguntó—. Debería intentar dormir.

¡No puedo, hermana mía, padezco demasiado! ¡Qué he de hacer sino orar!...

—¿Y qué le dice a Jesús?

No le digo nada. ¡Le amo!

¡Oh, cuán bueno es Dios!..., exclamaba a veces. *Sí, es menester que sea muy bueno para darme la fuerza de soportar todo cuanto padezco.*

* * *

Un día dijo a la Madre Priora:

Madre mía, quisiera confiarle el estado de mi alma; pero no puedo, estoy demasiado conmovida ahora.

Por la noche le remitió las siguientes líneas, trazadas con lápiz y temblorosa mano:

¡Oh Dios mío!, ¡cuán bueno sois para con esta pequeña víctima de vuestro misericordioso amor! Ni siquiera en este momento en que juntáis el tormento exterior a las rudas pruebas de mi alma puedo decir: "cercáronme dolores de muerte" ([12]). *Sino que exclamo, poseída de reconocimiento:* "He bajado al valle de las sombras de la muerte; pero nada temo porque tú estás conmigo, Señor" ([13]).

—Algunas creen que V. C. tiene miedo a la muerte, le dijo la Madre Inés de Jesús.

Podrá ser así; jamás me apoyo en mis propias ideas, porque sé cuán flaca soy; pero quiero gozar del sentimiento que ahora me concede; siempre quedará tiempo de padecer por lo contrario. El P. Capellán me ha dicho: "¿Está usted resignada a morir?", y yo he contestado: ¡Ah, Padre mío, creo que sólo se necesitaría resignación para vivir!... Para morir, lo que experimento es alegría.

([12]) Salmo XVII, 5.
([13]) Salmo XXII, 4.

No se ponga triste, Madre mía, si padezco mucho y no manifiesto ningún signo de felicidad en mi último momento. ¿No murió Nuestro Señor víctima de amor? Con todo, vea cuál fué su agonía...

El 29 de septiembre, víspera de su muerte, a las 9 de la noche, la Santa y Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina) oyeron, ambas muy distintamente, un ruido de alas en el jardín, y pronto una tórtola, llegada no se sabe de dónde, se posó arrullando en el borde de la ventana. Pocos instantes después, volvía a volar remontándose a las alturas.

Ambas hermanas quedáronse dulcemente impresionadas, recordando aquel pasaje de los Cantares:

"El canto de la tórtola se ha dejado oír; levántate, amada mía, mi paloma, y ven, pues el invierno ha pasado".

Amaneció por fin la aurora del día eterno, jueves 30 de septiembre. Hablando por la mañana nuestra pequeña víctima de su última noche de destierro, miró la estatua de María y dijo:

¡Ah, con qué fervor le he suplicado!... Pero es la agonía pura sin mezcla de consuelo... Me falta el aire de la tierra. ¿Cuándo me será dado respirar el del cielo?

A las dos y media se incorporó en el lecho, cosa que no podía hacer desde muchas semanas, y exclamó:

¡Madre mía, el cáliz está lleno hasta el borde! No, jamás hubiera creído que fuera posible padecer tanto... Sólo puedo explicármelo por mi extremado deseo de salvar almas...

Poco después añadió:

Todo cuanto he escrito sobre mis ansias de padecer, ¡ah! es mucha verdad. No me arrepiento de haberme entregado al amor.

Repitió muchas veces estas últimas palabras, y un poco más tarde:

Madre mía, prepáreme a morir bien.

Su venerable Priora animóla con estas palabras:

—Hija mía, V. C., está preparada a comparecer ante Dios, porque ha comprendido siempre la virtud de la humildad.

La joven religiosa dió entonces de sí misma este hermoso testimonio:

Sí, tengo la convicción de que mi alma no ha buscado nunca sino la verdad... ¡Sí, he comprendido la humildad de corazón!

A las cuatro y media se presentaron los síntomas de la última agonía. En cuanto la angelical moribunda vió entrar a la Comuni-

dad, le dió las gracias con su más graciosa sonrisa; luego, oprimiendo el crucifijo en sus desfallecidas manos, se recogió para el último combate. Un sudor copioso cubría su rostro; temblaba... Mas, a semejanza del piloto que en medio de furiosa tempestad vislumbrando muy cerca el puerto no se desanima, así aquella alma llena de fe, daba valerosamente las últimas remadas para alcanzar la ribera eterna, cuyo faro luminoso ya veía muy cerca.

Cuando la campana del convento dió el toque de la oración de la tarde, fijó una mirada indecible en la Estrella de los mares, la Virgen Inmaculada. ¿No era acaso el momento de cantar?:

Tú que venir quisiste a sonreírme
De mi vida en la aurora,
No me niegues, ¡oh Madre!, tu sonrisa,
Hoy que a su tarde ya mi vida toca.

A las siete y algunos minutos, volviéndose nuestra pequeña mártir hacia la Madre Priora, le dijo:

Madre mía, ¿no estoy ya en la agonía?... ¿No voy a morir?...

—Sí, hija mía, es la agonía, pero quizá quiere Jesús prolongarla algunas horas.

Entonces, con resignado acento, añadió:

Pues... vaya... vaya... ¡Ah!, no quisiera padecer menos de lo que padezco.

Mirando después su crucifijo, exclamó:

¡OH... LE AMO...! ¡DIOS MIO... OS... AMO!

Estas fueron sus últimas palabras. Apenas las hubo pronunciado, quedó con la cabeza inclinada hacia la derecha, en la actitud de aquellas vírgenes mártires ofreciéndose ellas mismas al filo del cuchillo, o más bien, como una víctima de amor, esperando que el divino Arquero le dispare la abrasada flecha, de cuya herida quiere morir...

De pronto se incorporó de nuevo, como si la llamara una voz misteriosa; abrió los ojos y los fijó con brillante expresión de paz celestial y de indecible felicidad, un poco más arriba de la imagen de María. Duró aquella mirada el espacio de un *Credo;* después, su alma seráfica *presa del Aguila divina,* voló a los cielos.

.....

Algunos días antes de abandonar el mundo, nos había dicho la Santa: *La muerte de amor que deseo, es la de Jesús en la Cruz.* Su anhelo fué plenamente satisfecho; las tinieblas y las angustias la acompañaron en su agonía. Mas, ¿no podemos aplicarle también la sublime profecía de San Juan de la Cruz, respecto a las almas consumadas en la caridad divina?

"Ellas mueren con ímpetus y encuentros sabrosos de amor, como el cisne, que canta más dulcemente cuando se quiere morir. Que por esto dijo David que "la muerte de los justos es preciosa"; porque allí van a entrar los ríos del amor divino" (14).

* * *

Al punto de su bienaventurada muerte, quedó grabada en su frente a la alegría del último isntante, e inefable sonrisa animó su rostro. Le pusimos una palma entre las manos, la palma que trece años después, cuando su primera exhumación, debía encontrarse intacta en el ataúd. Al mismo tiempo comenzaron a producirse en la comunidad ciertos hechos extraordinarios. He aquí algunos: el primero, referido ya, es el de la religiosa conversa que, besando los pies de la angélica virgen, y apoyando en ellos su frente con fe y confianza, quedó instantáneamente curada de una anemia cerebral. Otra religiosa percibió perfume de violetas muy pronunciado en su celda donde no había ninguna flor. Otra sintió la impresión suave y fresca de un beso dado por un ser invisible. Otras dos hermanas notaron también, una un rayo de luz en el cielo, y otra una corona luminosa que se elevaba desde el suelo y se perdía en las alturas del firmamento.

Todo el día del sábado y del domingo no cesó de afluir a la reja del coro numerosa y devota muchedumbre que contempló en la majestad de la muerte a la *Reinecita,* siempre graciosa, haciendo tocar en su cadáver centenares de rosarios, medallas y hasta joyas.

Entre aquella muchedumbre, un niño de diez años percibió un aroma muy fuerte de azucenas, perfume inexplicable, ya que todas las flores que ornaban el ataúd eran artificiales.

---

(14) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva,* Canción primera, v. VI.

El 4 de octubre, día de su entierro, los restos mortales de la Santa fueron rodeados de hermosa corona de sacerdotes, honor que le correspondía de derecho, por lo mucho que había rogado por las almas sacerdotales. En fin, después de haber sido solemnemente bendecido, aquel precioso grano de trigo fué echado en el surco por las manos maternales de la Iglesia...

Desde entonces se han realizado magníficamente las palabras del divino Segador: "En verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, PRODUCE MUCHO FRUTO".

Las más veces, aquí en el mundo, permanecen ocultos esos frutos; pero el Señor, en esta ocasión, adelantando la hora de las eternas revelaciones, quiere que contemplemos la espléndida mies que blanquea por todos lados en la superficie de la tierra...

¡Alabada sea por ello y para siempre la divina misericordia, Autora adorable de todas esas maravillas!

CONSEJOS Y RECUERDOS

En las conversaciones de la Santa con sus novicias, encontramos las más preciosas enseñanzas.

Una de dichas novicias refiere:

Como sintiera desaliento en vista de mis imperfecciones, díjome sor Teresita del Niño Jesús:

—V. C. me hace pensar en un niñito que principia a tenerse en pie, pero que todavía no puede andar. Queriendo absolutamente llegar a lo alto de una escalera, para reunirse con su mamá, levanta un piececito para subir el primero escalón. ¡Esfuerzo inútil! Siempre vuelve a caer sin poder adelantar. Pues bien: sea V. C. como este pequeñuelo; por la práctica de todas las virtudes, levante continuamente su piececito para subir la escalera de la santidad, mas no se imagine que podrá subir ni siquiera el primer peldaño. No, pero Dios no le pide sino buena voluntad. Desde lo alto de la escalera la está mirando con amor; muy pronto, vencido por los inútiles esfuerzos de V. C., bajará Él mismo y tomándola en sus brazos, se la llevará para siempre a su reino, donde jamás se separará de su lado. Pero si deja de levantar el pie, la dejará por mucho tiempo en la tierra. El único medio de hacer rápidos progresos en el camino del amor, añadía, consiste en quedar siempre muy pequeña. Así procedí yo; por eso puedo cantar ahora con nuestro Padre San Juan de la Cruz:

Y abátíme tanto, tanto,
Que fuí tan alto, tan alto,
Que le di a la caza alcance.

* * *

Sometida a una tentación que me parecía imposible vencer, le dije:

—Esta vez no puedo sobreponerme a ella, es imposible.

A lo cual me respondió ella:

—¿Por qué busca sobreponerse? *Pase sencillamente debajo de ella.* Bueno es para las almas grandes remontar el vuelo sobre las nubes cuando ruge el huracán; a nosotras nos basta soportar pacientemente los aguaceros. ¡Tanto peor si salimos algo mojadas! Nos secaremos después al sol del amor. Recuerdo a tal propósito este pequeño rasgo de mi niñez: un caballo nos cerraba la entrada del jardín; se discutía por los que me rodeaban la manera de hacerlo retroceder; pero yo, dejando que discutieran, pasé muy quedito por entre sus patas... ¡He aquí lo que se gana en continuar siendo bajita!

* * *

Nuestro Señor contestaba en otro tiempo a la madre de los hijos del Zebedeo: "El estar a mi diestra y siniestra es para aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre" (1). Se me figura a mí que estos puestos distinguidos, negados a grandes santos y mártires, serán el patrimonio de los niños.

¿Acaso no es esto lo que profetizó David cuando dice: "El pequeño Benjamín presidirá las asambleas (de los santos)?" (2).

* * *

No conviene que V. C. esté criticándolo todo, procurando que todo el mundo se conforme con su opinión. Ya que pretendemos ser *niños,* imitémoslos; los niños no distinguen lo que es mejor, sino que todo les parece bien. Por otra parte, carece de mérito el hacer lo razonable.

* * *

Mis protectores en el cielo y mis predilectos son los que han robado, como los santos Inocentes y el Buen Ladrón. Los grandes santos lo ganaron con sus obras; pero yo quiero imitar a los ladrones; quiero apropiármelo con maña, con verdadera maña de amor,

(1) Mat., XX, 23.
(2) Salmo LXVII, 29 (texto hebreo).

que me abrirá las puertas a mí y a los pobrecitos pecadores. El Espíritu Santo me anima, ya que dice en los Proverbios que los "pequeños adquieran de Él sagacidad" (3).

—¿Qué haría si pudiera volver a empezar la vida religiosa? — le preguntaron.

—Me parece que haría lo mismo que he hecho.

—Entonces, ¿no siente pues V. C. como aquel solitario que decía: "Aun cuando hubiera vivido largos años en la penitencia, mientras me quedare un cuarto de hora, un soplo de vida, temería condenarme?"

—No, no puedo participar de ese temor; soy demasiado pequeña para condenarme; *los niños pequeños no se condenan.*

—Siempre procura V. C. parecerse a los niños pequeños. Díganos, pues, ¿qué debe hacerse para poseer el espíritu de niño? ¿Qué es el permanecer pequeño?

—Permanecer pequeño es reconocer la nada de uno, esperarlo todo de Dios, *como el niño lo espera todo de su padre, no inquietarse por nada, no procurar llegar a ser rico.* Aun en las casas más pobres, mientras el niño es pequeñito, se le da todo lo que necesita; mas luego que llega a ser mayor, ya no quiere alimentarlo su padre, sino que le dice: "Ahora trabaja, que te bastas tú solo". Pues precisamente para no oír eso jamás, no he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganar mi vida, la vida eterna del cielo. He permanecido, pues, siempre pequeña, sin otra ocupación que la de recoger las flores del amor y del sacrificio y ofrecerlas a Dios para recreo suyo.

Ser pequeña significa también no atribuirse a sí misma las virtudes que se practican, juzgándose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro de virtud en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; y siempre es el tesoro de Dios.

Consiste, en fin, en no desanimarse por las propias faltas, pues los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño.

* * *

(3) Prov., I, 4.

A fin de imitar a nuestra angélica Maestra, no quería yo crecer, por lo que ella me llamaba "la niñita". Durante un retiro, me escribió estas líneas:

"No repare decir a Jesús que le ama, aun sin sentirlo, porque es la manera de obligarle a que la socorra, a llevarla como un niño que todavía no tiene fuerza para andar.

"Es una prueba muy dura verlo todo negro; pero esto no está del todo en su mano; haga todo cuanto pueda para desligar su corazón de los cuidados de la tierra, y sobre todo, de las criaturas; después, esté segura de que Jesús hará lo demás: no podrá permitir que caiga en el abismo. Consuélese, niñita mía, pues en el cielo no lo verá ya *todo negro, sino todo blanco.* Sí, todo estará revestido de la divina blancura de nuestro Esposo, el Lirio de los valles. Juntas *le seguiremos dondequiera que vaya...* ¡Ah, aprovechémonos del cortísimo instante de nuestra vida! Agrademos a Jesús, salvándole almas con nuestros sacrificios. Sobre todo, seamos pequeñitas, tan pequeñitas que todo el mundo pueda pisotearnos sin que nosotras parezcamos siquiera sentirlo ni padecer por ello.

"No me sorprenden las derrotas del niño; olvida que, siendo también misionero y guerrero, ha de privarse de las consolaciones demasiado infantiles. Pero, ¡qué feo es perder el tiempo aburriéndose, en vez de adormecerse sobre el corazón de Jesús!

"Si la oscuridad de la noche amedrenta al niño, si éste se queja de no ver a Aquel que le lleva, *cierre los ojos;* éste es el único sacrificio que Jesús le pide. Quedando así quietecito, la noche no le asustará, porque ya no la verá, y pronto la calma, si no la alegría, renacerá en su corazón".

* * *

Para ayudarme a aceptar una humillación, me hizo esta confidencia:

—Si no hubiese sido admitida en el Carmen, hubiera ingresado en un refugio, para vivir allí desconocida y menospreciada en medio de las pobres "arrepentidas". Mi dicha hubiera consistido en pasar por tal a los ojos de todos, y me hubiera convertido en apóstol de mis compañeras, diciéndoles lo que pienso de la misericordia de Dios...

—Pero, ¿cómo hubiera conseguido ocultar su inocencia al confesor?

—Le habría dicho que en el mundo había hecho ya una confesión general, y que me estaba prohibido renovarla.

* * *

—¡Oh, cuando pienso en lo que me falta adquirir aún! —exclamé cierto día.

—Diga mejor *perder*. Jesús es quien se encarga de llenar su alma a medida que V. C. la vacía de sus imperfecciones. Estoy viendo que yerra el camino; por ahí jamás llegará al término de su viaje V. C. quiere subir una montaña y Dios quiere hacérsela bajar; allá la espera, abajo, en la fértil hondonada de la humildad.

* * *

Se me figura que la humildad es la verdad. No sé si soy humilde, pero sé que veo la verdad en todas las cosas.

* * *

—Verdaderamente, V. C. es una santa.

—No, yo no soy una santa; jamás he realizado las acciones de los santos; *yo soy un alma pequeñita, a la que Dios ha colmado de gracias*... En el cielo verá cómo digo la verdad.

—Pero siempre ha sido fiel a las divinas gracias, ¿verdad?

—Sí, *desde la edad de tres años* nada he negado a Dios. Con todo, no puedo gloriarme de ello. ¿Ve cómo esta tarde el sol poniente dora las copas de los árboles? Así mi alma se le parece toda brillante y dorada, porque recibe los rayos del Amor. Si el Sol divino dejara de iluminarme con sus rayos, pronto me volvería oscura y tenebrosa.

—Nosotras también quisiéramos llegar a ser del todo doradas; pero, ¿cómo conseguirlo?

—Hay que practicar las virtudes pequeñitas. A veces es difícil, pero Dios jamás niega la primera gracia que da ánimo para vencerse; si el alma corresponde, inmediatamente se encuentra iluminada.

Siempre me llamó la atención la alabanza dirigida a Judit: "Te has portado con varonil esfuerzo, y tu corazón se ha hecho fuerte" (4). Primeramente hay que obrar con gran brío; después se fortalece el corazón y se camina de victoria en victoria".

* * *

Santa Teresita del Niño Jesús jamás levantaba los ojos en el refectorio, según lo previene el reglamento. Observando ella que se me hacía muy difícil sujetarme a esta regla, compuso la oración siguiente, que fué para mí una revelación de su humildad, pues pide también para sí una gracia que solamente a mí me hacía falta.

"Jesús, tus dos pequeñas esposas toman la resolución de tener los ojos bajos en el refectorio para honrar e imitar el ejemplo que les diste en casa de Herodes. Cuando este príncipe impío se burlaba de Ti, ¡oh Belleza infinita!, ni una queja salió de tus labios; no te dignaste siquiera fijar en él tus ojos adorables. ¡Oh Jesús divino!, sin duda Herodes no merecía ser mirado por Ti; pero nosotras, que somos tus esposas, queremos atraer hacia nosotras tus miradas divinas. Te pedimos que nos recompenses con aquella mirada de amor cada vez que nos abstengamos de levantar los ojos; y aun cuando caigamos, te rogamos que no nos niegues aquella dulce mirada, pues sinceramente nos humillamos ante Ti".

* * *

Yo le decía que nada conseguía y que esto me desanimaba.

—Hasta la edad de catorce años —me contestó—, practiqué la virtud sin percibir su dulzura. Deseaba el sufrimiento, pero no pensaba en hacer consistir en él mi gozo; esta gracia me fué concedida más tarde. Parecíase mi alma a un hermoso árbol, cuyas flores caían apenas entreabiertas.

(4) Judith, XV, 11.

Santa Teresita del Niño Jesús novicia a los dieciséis años.

Agonía de Santa Teresita.

Ofrezca a Dios el sacrificio de no recoger frutos, es decir, de sentir durante toda su vida repugnancia en sufrir, en ser humillada, en ver todas las flores de sus buenos deseos, y buena voluntad caer en tierra sin producir nada. En un abrir y cerrar de ojos, en el momento de la muerte, sabrá hacer madurar hermosos frutos en el árbol de su alma.

Leemos en el Eclesiástico: "Hay un hombre muy falto de fuerzas y abundante de miserias: a éste, Dios le mira con ojos benignos, y le alza de su abatimiento y le hace levantar la cabeza; de lo cual quedan muchos maravillados y glorifican a Dios. Confía en Dios y mantente en tu puesto, que fácil es a Dios el enriquecer en un momento al pobre. La bendición de Dios se apresura a recompensar al justo, y en breve tiempo le hace crecer y fructificar" (5).

—Mas si yo caigo, me encontrarán siempre imperfecta, mientras que en V. C. se reconoce que hay virtud.

—Quizá consista en que jamás lo he deseado... Pero lo que conviene, y en ello está la ganancia, es que la tengan siempre por imperfecta. El que las criaturas la juzguen sin virtud alguna, nada le quita ni en nada la empobrece; al contrario, son ellas las que pierden en alegría interior, porque nada hay más dulce y agradable que pensar siempre bien de nuestro prójimo.

Por lo que a mí me toca, siento gran alegría, no sólo cuando me hallan imperfecta, sino sobre todo cuando yo misma me siento convencida de que lo soy; en cambio, las alabanzas sólo me causan disgusto.

* * *

—Dios le tiene amor particular, puesto que le confía el cuidado de otras almas.

—Esto no me da ni me quita nada; realmente no soy sino lo que soy delante de Dios... No me ama más porque me haya designado como su intérprete cerca de VV. CC., pues, por el contrario, me he convertido en la humilde servidora de VV. CC. Justamente en obsequio de VV. CC., y no en provecho mío, me ha dado las gracias y virtudes que ven en mí. Con frecuencia me comparo a una escudillita que Dios llena con toda clase de sabrosos manjares. Todos

(5) Eclesiástico, XI, 12, 13, 22, 23, 24.

los *gatitos* vienen por su ración, y aun a veces disputan por conseguir la mayor parte. Pero, ¡allí está el Niño Jesús vigilando! "Yo quiero que beban en mi escudillita —dice—, pero, ¡cuidado con volcarla y romperla!" A decir verdad, no hay gran riesgo en ello, porque estoy colocada en tierra. Para las Prioras ya no es lo mismo, pues estan servidas sobre mesas, corren mayores peligros. Siempre es peligroso el honor. ¡Ah, cuánto veneno de alabanzas se sirve diariamente a los que ocupan los primeros puestos! ¡Cuán funesto incienso! ¡Cuán preciso es que el alma esté desasida de sí misma para no resultar dañada!

* * *

Decía una novicia:

—¡Qué feliz es V. C. a quien se ha elegido para señalar a las almas el "camino de infancia!"

Contestó:

—¿Por qué sería feliz por eso? ¿Por qué desearía que Dios se sirviera de mí preferentemente a otra? Con tal que su reino se establezca en las almas, poco importa el instrumento. Por otra parte, El de nadie necesita. Miraba yo, no hace mucho tiempo, la mecha de una lamparilla próxima a extinguirse. A ella acercó una hermana su cirio y por medio de éste todos los de la Comunidad fueron encendidos. Entonces me hice estas reflexiones:

"¿Quién, pues, podría vanagloriarse de sus obras? Así la mortecina luz de aquella lamparita sería bastante para prender fuego al universo entero. A menudo creemos recibir las gracias y luces divinas por medio de brillantes cirios pero, ¿de dónde recibieron la luz esos cirios? Tal vez de la oración de un alma humilde y completamente oculta, sin brillo aparente, sin virtud reconocida, abatida a sus propios ojos, casi apagada.

"¡Oh, cuántos misterios se nos descubrirán más tarde! ¡Cuántas veces he pensado que tal vez debo todas las gracias de que he sido colmada a los ruegos de algún alma humilde, a la que sólo conoceré en el cielo!

"Es voluntad de Dios que en este mundo las almas se comuniquen entre sí los dones celestiales por medio de la oración, para que, llegadas a la patria celestial, puedan amarse con amor de gratitud y

con afecto mucho mayor todavía que el de la familia más ideal que pueda existir en la tierra.

"Allí no encontraremos miradas indiferentes, porque todos los santos se deberán mutuamente algo.

"No veremos ya miradas envidiosas; además la dicha de cada uno de los elegidos será la dicha de todos. Con los mártires nos pareceremos a los mártires; con los doctores seremos como los doctores; con las vírgenes, vírgenes pareceremos y, como los miembros de una misma familia están ufanos unos de otros, así lo estaremos de nuestros hermanos, sin la menor envidia.

"¿Quién sabe si la alegría que experimentaremos al ver la gloria de los grandes santos y saber que, por un oculto resorte de la Providencia, nosotros hemos contribuído a ella, quién sabe si esa alegría no será tan intensa como la misma felicidad de que estarán ellos mismos en posesión y tal vez más dulçe?

"¿Y creen que los grandes santos, a su vez, viendo cuánto deben a almas pequeñuelas, no las amarán con amor incomparable? Estoy cierta de que allí habrá simpatías deliciosas y sorprendentes. El predilecto de un apóstol, de un gran doctor, será tal vez un muchachito; y el íntimo amigo de un patriarca, una candorosa criatura. ¡Oh, cuánto quisiera estar en aquel reino del amor!"

* * *

Créanme; escribir libros de piedad, componer las más sublimes poesías, todo eso no equivale al más pequeño acto de renuncia de una misma. Esto no obstante, cuando padecemos imposibilidad en practicar el bien, nos queda como único recurso ofrecer las obras de los otros. He aquí la ventaja de la comunión de los Santos. Recuerden aquella hermosa estrofa del Cántico espiritual de nuestro Padre San Juan de la Cruz:

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Ya lo ven, al Esposo, al *Ciervo herido,* no le *atrae la altura,* sino el *aire* del vuelo, y un solo batir de las alas puede producir esta brisa de amor.

* * *

Lo único que no causa envidia es el último lugar; nada hay, pues, fuera de este último lugar, que no sea vanidad y aflicción de espíritu. Con todo, "no está en el solo querer del hombre el dirigir su camino" (6); y a veces vemos con sorpresa que se nos va el corazón tras de lo que brilla. Entonces, coloquémonos humildemente entre los imperfectos, reconozcámonos almas pequeñas, que Dios debe sostener a cada instante. Tan pronto como nos ve totalmente convencidas de nuestra nada, tan pronto como le decimos: "Mi pie ha vacilado; tu misericordia, Señor, me ha hecho firme" (7), nos alarga la mano; pero si pretendemos hacer algo grande, aunque sea con el pretexto del celo, nos deja solas. Basta, pues, humillarse y soportar con paciencia las propias imperfecciones; he aquí la verdadera santidad para nosotras.

* * *

Quejábame yo cierto día de estar más cansada que mis hermanas, porque, además de un trabajo de comunidad, había hecho otro que se ignoraba. La Sierva de Dios me respondió:

—Quisiera verla siempre como un soldado valiente que nunca se queja de sus trabajos, que halla muy graves las heridas de sus hermanos y considera las suyas como rasguños. ¿Por qué siente tanto esa fatiga? Es porque nadie la conoce...

Dos panadizos tuvo la bienaventurada Margarita María, pero decía que sólo el primero la había hecho realmente padecer, porque no le fué posible ocultar el segundo, el cual por eso fué objeto de la compasión de las hermanas.

Este sentimiento nos es natural; pero nos portamos como lo hace vulgarmente todo el mundo si deseamos que se sepa cuándo nos duele algo.

Cuando cometamos una falta, jamás, creamos que es efecto de una causa física, como la enfermedad o el tiempo. Atribuyamos, por el contrario, la caída a nuestra imperfección, sin desanimarnos nun-

(6) Jeremías, X, 23.
(7) Salmo XCIII, 18.

ca. "Porque no son las ocasiones las que hacen flaco al hombre, sino que manifiestan lo que es" (8).

No permitió Dios que nuestra Madre me dijese que podía escribir mis poesías a medida que mentalmente las componía; por mi parte, no hubiera querido pedírselo por temor de faltar a la santa pobreza. Teniendo, pues, que esperar la hora de tiempo libre, no sin enorme trabajo me acordaba a las ocho de la noche de lo que había compuesto por la mañana.

Estas pequeñeces son un martirio, verdad es; pero hay que guardarse mucho de disminuirlo tomándose o consiguiendo permiso para mil cositas que nos harían la vida religiosa cómoda y agradable.

* * *

Como llorase yo cierto día, me recomendó Santa Teresita del Niño Jesús que me acostumbrase a no exteriorizar así mis sufrimientos, añadiendo que la desigualdad de humor es lo que hace la vida de comunidad más triste.

—Tiene muchísima razón —le dije—; yo también lo tenía entendido así. En adelante no lloraré más que con Dios; a El sólo confiaré mis penas. El me comprenderá y me consolará siempre.

Mas a esto contestó vivamente:

—¡Llorar delante de Dios! Guárdese bien de hacerlo. Menos triste ha de presentarse delante de El que delante de las criaturas. ¡Cómo! Este buen Maestro no tiene más que nuestros conventos para solazar su Corazón; viene a nuestras casas para descansar, para olvidar las continuas quejas de sus amigos del mundo, pues lo más frecuente en la tierra es que, en vez de reconocer el precio de la Cruz, se llore y se gima, ¿y quisiera también V. C. portarse como la mayoría de los mortales?... Francamente, esto no es amor desinteresado. *A nosotras toca consolar a Jesús; no a El consolarnos a nosotras.*

Lo sé muy bien, *tiene El tan buen corazón,* que si V. C. llora, El enjugará sus lágrimas; mas luego se marchará tristísimo por no haber podido descansar en su alma. Jesús gusta de corazones alegres, de un alma siempre sonriente. ¿Cuándo, pues, sabrá *ocultarle sus penas* o decirle cantando que se siente dichosa de sufrir por El? El

(8) Imit., l, I, c. XVII, 4.

semblante es el reflejo del alma; debe, pues, en toda ocasión mostrar el semblante tranquilo y sereno, como niñito siempre contento. Cuando se halle sola, obre también del mismo modo, porque es hecha continuamente espectáculo a los Angeles.

—Quería que me felicitase por haber practicado un acto de virtud, a mis ojos, heroico.

Ella me dijo:

—¿Qué es este pequeño acto de virtud, en comparación de lo mucho que Jesús tiene derecho a esperar de su fidelidad? Antes debería humillarse por no saber aprovecharse de tantas ocasiones de demostrarle su amor.

Poco satisfecha de esta respuesta, esperaba una ocasión difícil para ver cómo se portaría en ella Sor Teresita del Niño Jesús. Esta ocasión no tardó en presentarse. Habiéndonos pedido Nuestra Reverenda Madre un trabajo pesado y sujeto a mil contradicciones, hice maliciosamente por manera de aumentarle la carga; mas no pude conseguir que flaquease un solo instante; por el contrario, la vi siempre graciosa y amable, sin hacer caso de la fatiga. ¿Se trataba de molestarse, de servir a las otras? A todo se prestaba ella animosa. Por fin, no pudiendo más, echéme en sus brazos y le confesé los malos sentimientos que habían agitado mi alma.

—¿Cómo se las arregla —le dije— para practicar la virtud de esta manera, para estar constantemente gozosa, serena y siempre igual?

—No siempre lo hice así —me respondió—; *pero desde que nunca me busco a mí misma, llevo la vida más feliz que pueda imaginarse.*

* * *

—En la recreación más que en cualquier otra parte— decía la Santa—, encontrará ocasión de practicar la virtud. Si quiere sacar más provecho, no vaya a ella con la idea de recrearse, sino con la de recrear a las otras, y practique en ella el completo desasimiento de sí misma. Por ejemplo, si V. C. refiere a alguna de las hermanas algo que le parece interesante y ella la interrumpe para referir otra cosa, escúchela con interés, aunque lo que refiera no le interese, y no se

esfuerce en reanudar la conversación primera. Haciéndolo así, saldrá de la recreación con gran paz interior y revestida de fuerza nueva para practicar la virtud, porque no habrá buscado su propia satisfacción, sino complacer a las otras. ¡Si se comprendiera lo que se gana con negarse una a sí misma en todas las cosas!

—V. C. debe saberlo bien, puesto que siempre lo ha practicado, ¿verdad?

—Sí, me olvidé a mí misma; procuré no buscarme jamás en nada.

* * *

Hemos de ser mortificados cuando se nos llama con la campanilla y cuando se llama a nuestra puerta, hasta el extremo de no dar un solo punto más antes de responder. Yo lo he practicado y le aseguro que es una fuente de paz.

Después de recibir este consejo, siempre que se me presentaba ocasión lo dejaba todo con prontitud. Cierto día, durante la enfermedad, habiendo sido ella misma testigo de esta diligencia, me dijo:

—En el momento de la muerte, se sentirá muy dichosa de hallar de nuevo todo eso. Acaba de realizar un acto más glorioso que si con gran diplomacia hubiese obtenido el favor del gobierno para las comunidades religiosas y Francia entera la aclamase como le sucedió a Judit.

* * *

Preguntada sobre su manera de santificar las comidas, contestó:

—Sólo una cosa debemos hacer en el refectorio: ejecutar acción tan baja con pensamientos elevados. Lo confieso, justamente en el refectorio es donde a menudo me vienen las más dulces aspiraciones de amor. Algunas veces tengo que tenerme pensando que si Nuestro Señor estuviese en mi lugar, en vista de los manjares que me sirven, ciertamente los tomaría... Es muy probable que durante su vida mortal gustase de los mismos alimentos; "comían pan, frutas..."

He aquí mis pequeñas rúbricas infantiles:

Me represento estar en Nazaret en casa de la Sagrada Familia. Si me sirven, por ejemplo, *ensalada, pescado frito, vino o alguna*

otra cosa de gusto fuerte, lo ofrezco al buen San José. A la Virgen Santísima le doy porciones calientes, la fruta bien madura, etc., y los manjares de los días festivos, especialmente las gachas de leche, el arroz, las confituras, los ofrezco al Niño Jesús. Por fin, cuando me traen una mala comida, me digo alegremente: *Hoy, hijita mía, todo esto es para ti.*

Así nos ocultaba ella sus mortificaciones bajo graciosas apariencias. Sin embargo de ello, cierto día de ayuno, en el cual nuestra Reverenda Madre le había impuesto algún alivio, la sorprendí amargando con ajenjo el sabor demasiado agradable que hallaba en dicho plato de gracia.

Otra vez la vi beber lentamente un remedio de sabor repugnante.

—¡Vamos, a prisa —le dije—, beba todo eso de un sorbo!

—¡Oh, no! ¿Por ventura no he de aprovechar las pequeñas ocasiones que se me presentan de mortificarme algo, ya que me está prohibido hacer mortificaciones mayores?

Así ocurrió durante su noviciado (esto lo supe en los últimos meses de su vida) que, queriendo una hermana sujetarle el escapulario, le atravesó a la vez el hombro con su gran alfiler, sufrimiento que aguantó varias horas con alegría.

En otra ocasión, me dió una prueba de su mortificación interior.

Había yo recibido una carta muy interesante, la cual se leyó en el recreo durante su ausencia. Al anochecer me manifestó deseos de leerla a su vez y se la di. Cuando me la devolvió, algún tiempo después, le rogué que me dijera su opinión sobre un extremo que debía haberle particularmente gustado. Se turbó y, por último, me respondió:

—Dios me ha pedido que haga el sacrificio de esa carta, a causa del afán que demostré el otro día; no la he leído...

* * *

Hablándole yo de las mortificaciones de los santos me respondió:

—¡Cuán bien hizo Nuestro Señor en prevenirnos de "que en la casa de su Padre hay muchas moradas! Si así no fuera, no lo hubiera dicho" (9) ...Sí, si todas las almas llamadas a la perfec-

(9) Juan XIV, 2.

ción hubiesen tenido que ganar el cielo practicando esas austeridades, El nos lo hubiera dicho, y nosotras nos las hubiéramos impuesto de todo corazón. Pero nos anuncia "que hay muchas moradas en su casa". Si hay las de las grandes almas, las de los Padres del desierto, las de los mártires de la penitencia, debe también haber las de los pequeñuelos. Si amamos mucho a El y a Nuestro Padre Celestial y al Espíritu de amor, allí tenemos reservado nuestro asiento.

Antes, cuando estaba en el mundo, al despertarme por la mañana, pensaba en lo favorable o adverso que probablemente me ocurriría durante el día. Así, si sólo preveía disgustos, me levantaba triste. Ahora sucede todo lo contrario; pienso en las penas y sufrimientos que me aguardan, y me levanto tanto más alegre y animosa cuanto más ocasiones preveo de demostrar mi amor a Jesús y de *ganar la vida de mis hijos*, puesto que soy madre de las almas. Luego, beso mi crucifijo, lo pongo delicadamente sobre la almohada. mientras me visto, y le digo—: "¡Jesús mío, bastante trabajaste, bastante lloraste durante los treinta y tres años que viviste en esta tierra miserable! Hoy descansa... Ahora me toca a mí combatir y padecer".

* * *

Cierto día de colada en que me dirigía despacio al lavadero, mirando de paso las flores del jardín, Sor Teresita del Niño Jesús, que también iba a él, apresurando el paso, se cruzó luego conmigo y me dijo:

—¿Es así como se dan prisa las que tienen hijos que criar y han de ganarles el sustento trabajando?

* * *

¿Quiere saber cuáles son mis domingos y días festivos?... Son los días en que Dios me prueba más.

* * *

Me estaba desolando de mi poco valor: —Cabalmente se queja —me dijo— de lo que debiera causarle la mayor alegría. ¿Dónde estaría su mérito si sólo debiera combatir cuando se siente animosa? ¡Qué importa que no sienta valor, con tal que obre como si lo tuvie-

ra! Si estando sin ánimo para recoger una hilacha, lo hace por amor de Jesús, consigue mucho más mérito que realizando un acto mucho más importante en momentos de fervor. Alégrese, pues, V. C. en lugar de entristecerse al considerar que, dejándole sentir su debilidad, le facilita Jesús ocasión de salvarle mayor número de almas.

* * *

Le preguntaba yo si Nuestro Señor estaría descontento de mí viéndome tan cargada de miserias. A esto me respondió:

—Tranquilícese: Aquel a quien V. C. ha tomado por Esposo, tiene todas las perfecciones imaginables, es verdad, pero si me atreviera a decirlo, afirmaría que tiene al propio tiempo una gran enfermedad: *la de ser ciego,* y que hay también una ciencia que ignora: *la del cálculo.* Estos dos grandes defectos, que serían lunares bastante sensibles en un esposo mortal, hacen al nuestro infinitamente amable. Si viese claro y supiese calcular, ¿cree V. C. que, a vista de todos nuestros pecados, no nos arrojaría inmediatamente a la nada de donde salimos? Pero no, el gran amor que nos tiene le vuelve positivamente ciego.

Véalo V. C.: Si el más grande pecador de la tierra, arrepintiéndose de sus ofensas en el momento de la muerte, expira en un acto de amor, inmediatamente, sin calcular, de una parte, las innumerables gracias de que abusó el desgraciado y, de otra, todos sus crímenes, ya no ve ni toma en cuenta más que su última oración y lo recibe al punto en los brazos de su misericordia.

Mas, para volverle así completamente ciego e impedirle que haga la más insignificante suma, es preciso saber ganarle por el corazón; allí tiene su flaco...

* * *

Habiéndole dado un disgusto, fuí a pedirle perdón. Conmovióse mucho y me dijo:

—¡Si supiera lo que por mí pasa! ¡Jamás comprendí tan bien como ahora con qué amor nos recibe Jesús cuando le pedimos perdón después de una falta! Si yo, su criatura insignificante, he sentido tanta ternura para con V. C. en el momento en que, arrepentida,

ha vuelto a mí, ¿qué debe pasar en el corazón de Dios misericordioso cuando vamos a reconciliarnos con El?... Sí, ciertamente, todavía con más prontitud de lo que yo he hecho, olvidará El todas nuestras iniquidades para no volver a acordarse jamás de ellas... ¡Habrá más; nos amará todavía con mayor cariño que antes de cometer la falta!...

* * *

Tenía yo un miedo extraordinario a los juicios de Dios, el cual, a pesar de todo lo que ella me decía, no se disipaba. Cierto día le puse la siguiente objeción:

—Nos repiten de continuo que Dios encuentra lunares en sus propios ángeles; ¿cómo quiere que yo no tiemble?

Ella contestó:

—Solamente hay un medio para obligar a Dios a que no nos juzgue siquiera: el de presentarnos a El con las manos vacías.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo; no se guarde nada; dé sus bienes a medida que los gane.

Por lo que a mí me toca, aunque viva ochenta años, seré siempre igualmente pobre; no sé ahorrar nada; todo cuanto tengo lo gasto al punto en rescatar almas.

Si aguardase la hora de mi muerte para presentar mis moneditas y hacerlas estimar en su justo valor, sin duda no dejaría Nuestro Señor de descubrir en ellas la aleación que ciertamente tendría que ir a dejar en el purgatorio.

¿No se refiere de grandes santos que, no obstante llegar al tribunal de Dios con las manos cargadas de méritos, tienen que ir algunas veces a aquel lugar de expiación, porque toda justicia está manchada a los ojos del Señor?

—Pero —repliqué yo— si Dios no juzga nuestras acciones buenas, juzgará las malas. ¿Qué ocurrirá entonces?

—¿Qué está diciendo? Nuestro Señor es la misma Justicia; si no juzga nuestras acciones buenas, tampoco juzgará las malas. Para las víctimas del amor, me parece que no habrá juicio; antes me inclino a creer que Dios se apresurará a recompensar con delicias eternas su propio amor, que verá arder en sus corazones.

—Para gozar de este privilegio, ¿cree que basta rezar el ofrecimiento que ha compuesto?

—¡Oh, no, las palabras no bastan!... Para ser verdaderamente víctima de amor, es preciso entregarse totalmente. *En tanto uno se abrasa de amor, en cuanto se entrega al amor.*

* * *

Decíale yo en cierta ocasión:

—Cuando me reprenden, prefiero haberlo merecido que ser acusada falsamente.

—Pues yo prefiero que me acusen con toda injusticia, porque así no tengo nada que reprocharme y se lo ofrezco a Dios con alegría; luego me humillo pensando que podría bien haberlo hecho.

Cuanto más adelante V. C. en la perfección, menos serán los combates, o más bien, vencerá con mayor facilidad, porque verá el lado bueno de las cosas. Entonces su alma se elevará sobre las criaturas. Todo lo que ahora pueden decirme, me deja absolutamente sin cuidado, porque he comprendido la falta de solidez de los juicios humanos.

Cuando no se nos comprende y se nos juzga desfavorablemente —añadió—, ¿qué aprovecha el defenderse? Dejémoslo, callemos; ¡es tan dulce dejarse juzgar de cualquier manera! En el Evangelio no se dice que Santa María Magdalena haya dado explicación ninguna cuando su hermana la acusaba de estar ociosa a los pies de Jesús. No dijo: "Marta, si supieras de cuánta dicha estoy inundada, si oyeras las palabras que yo escucho, tú también lo dejarías todo para compartir mi dicha y mi sosiego". No; prefirió callarse... ¡Dichoso silencio, que tanta paz proporciona al alma!

* * *

En una hora de tentación y de lucha, recibí de ella este billete: "Que el justo me despedace por compasión al pecador. Que el aceite con que se perfuma la cabeza no ablande la mía" (10).

(10) Salmo CXL, 5.

Yo no puedo ser despedazada ni probada más que por justos, puesto que todas mis hermanas son agradables a Dios. Es menos amargo ser despedazado por un pecador que por un justo; pero *por compasión para los pecadores,* para obtener su conversión, te pido, Dios mío, ser despedazada por las almas justas que me rodean. Te pido también que *el aceite de las lisonjas,* tan agradable a la naturaleza, *no ablande mi cabeza,* es decir, mi espíritu, induciéndome a creer que poseo virtudes que apenas he practicado varias veces.

¡Oh Jesús mío, "aceite derramado es tu nombre" ([11]), en este perfume divino es donde quiero sumergirme totalmente, lejos de la mirada de las criaturas!

* * *

Querer persuadir a nuestras hermanas de que no están en lo cierto, aunque sea verdaderamente así, no es un acto de buena ley, puesto que no estamos encargados de vigilar su conducta. No debemos ser *jueces de paz,* sino sólo *ángeles de paz.*

* * *

VV. CC. se entregan demasiado a lo que hacen —nos decía— se inquietan demasiado por sus oficios, como si toda la responsabilidad recayese sobre VV. CC.... ¿Se ocupan acaso en lo que está pasando en los otros conventos, en si las religiosas están o no atareadas? ¿Por ventura les impiden a VV. CC. los trabajos de éstas rogar y hacer oración? Pues bien: también deben hacerse ajenas a sus personales tareas, emplear concienzudamente en ellas el tiempo prescripto, pero con desasimiento de corazón.

Recuerdo haber leído que "los israelitas edificaron las murallas de Jerusalén trabajando con una mano y empuñando la espada con la otra" ([12]). Esto es la figura exacta de lo que debemos hacer nosotras: trabajar con una sola mano, y con la otra defender el alma contra la disipación que le impide unirse con Dios.

* * *

([11]) Cantar de los Cantares, I, 2.
([12]) Esdras, II, IV, 17.

Un domingo —refiere Santa Teresita— me encaminaba muy satisfecha a la avenida de los castaños; estábamos en primavera y quería gozar de la hermosura de la naturaleza. ¡Ay, desilusión cruel, habían podado mis queridos castaños! Las ramas, que ya estaban cargadas de verdes retoños, yacían por el suelo. Viendo aquel desastre y considerando que sería preciso por lo menos tres años para repararlo, se contristó fuertemente mi corazón. Con todo, mi angustia duró poco: *Si estuviese en otro convento* —pensé—, *¿me importaba algo que talasen todos los castaños del Carmen de Lisieux?* No quiero ya contristarme por cosas pasajeras; sólo mi Amado ocupará mi corazón. Quiero constantemente pasear por los parques de su amor, a los que nadie puede tocar.

* * *

Una novicia pedía a varias hermanas que la ayudasen a sacudir mantas, advirtiéndoles con alguna viveza que tuviesen cuidado de no rasgarlas, porque estaban bastante usadas. Santa Teresita del Niño Jesús le dijo:

—¿Qué haría V. C. si no estuviese encargada de remendar estas mantas?... ¡Con qué desasimiento de espíritu se portaría! Y si advirtiese que es fácil rasgarlas, ¿no es verdad que lo haría sin ningún apego? Tenga, pues, cuidado de que en todas sus acciones no se deslice jamás la más ligera sombra de interés personal.

* * *

Viendo que una hermana nuestra estaba muy fatigada, dije a sor Teresita del Niño Jesús:

—Me duele mucho ver padecer, sobre todo a las almas santas.

A lo que ella me respondió al punto:

—¡Oh, yo no soy así! ¡Jamás me dan lástima los santos que padecen; porque sé que tienen fuerza para resistir sus padecimientos, y así dan inmensa gloria a Dios! En cambio, a los que no son santos y no saben sacar provecho de los padecimientos, ¡oh cuánto les compadezco! ¡Éstos sí que me dan lástima! Para esos no perdonaría paso para que quedaran totalmente consolados y aliviados.

* * *

Si hubiera de vivir todavía, ningún oficio me agradaría tanto como el de enfermera. No lo solicitaría; pero si me lo ordenara la obediencia, me consideraría altamente privilegiada, y creo que lo desempeñaría con tierno amor, fijo siempre mi pensamiento en aquellas palabras de Jesucristo: "Estuve enfermo y me visitasteis" ([13]). La campana de la enfermería debería ser para V. C. como melodía celestial, y habría de pasar de intento por debajo de las ventanas de las enfermas, para darles ocasión de llamarla y pedirle algunos servicios. ¿No debe V. C. considerarse como humilde esclava a quien todo el mundo tiene derecho de mandar? ¡Si viera a los ángeles que desde lo alto del cielo están presenciando su lucha! Esperan la victoria final para engalanarla toda de coronas y flores. No ignora que pretendemos ser *pequeñas mártires;* pues bien, ¡a ganar palmas!

Ciertamente que Dios no desprecia esos combates secretos, por tanto, mucho más meritorios: "Mejor es el varón sufrido que el valiente; y quien domina sus pasiones, más que un conquistador de ciudades" ([14]).

Con nuestros pequeños actos de caridad, practicados en la oscuridad y sin ruido, convertimos almas en lejanos países, ayudamos a los misioneros, les atraemos abundantes limosnas; y, por consiguiente, constituímos verdaderas moradas espirituales y materiales a Jesús Sacramentado.

* * *

Observaba yo que nuestra Madre hablaba preferentemente a una de nuestras hermanas, y me parecía que la trataba con más confianza y afecto que a mí. Fuí a manifestar mi pena a sor Teresita del Niño Jesús, creyendo que oiría de ella sentidas palabras de simpatía; pero con gran sorpresa mía me dijo:

—¿Cree V. C. que ama mucho a nuestra Madre?

—¡Cierto! Si no la amase, me sería indiferente ver que prefiere a las otras a mí.

—Pues bien; voy a probarle que se engaña por completo; a quien ama no es a nuestra Madre, sino a sí misma. Quien ama verdaderamente, siente alegría por el bien de la persona amada y hace

([13]) Mat., XXV, 36.
([14]) Prov., XVI, 32.

toda suerte de sacrificios para procurárselo. Así, pues, si tuviese este amor verdadero y desinteresado, si realmente amase a nuestra Madre por ella misma, sin otra mira, se regocijaría V. C. de verla contenta a su costa; y puesto que le parece que siente ella menos satisfacción de hablar con V. C. que de hablar con otra, ninguna pena debería sentir al considerarse olvidada.

* * *

Estaba desoladísima por mis innumerables distracciones en la oración.

—También yo tengo muchas —me dijo—, pero tan pronto como me fijo en ellas, ruego por las mismas personas que vinieron a ocupar mi imaginación, y así ellas sacan provecho de mis distracciones... Lo acepto todo por amor de Dios, hasta los pensamientos más extravagantes que se me ocurren.

* * *

Habíanme pedido un alfiler que me servía mucho, y como lo echase de menos, dijo Santa Teresita:

—¡Oh, qué rica es V. C.! ¡Imposible que sea feliz!

* * *

Estaba Santa Teresita encargada de la ermita del Niño Jesús, y como sabía que los olores molestaban a cierta Madre, siempre se privó de poner flores odoríferas, ni siquiera una insignificante violeta, lo que le costó verdaderos sacrificios.

Acababa un día de colocar una bonita rosa artificial al pie de la imagen, cuando la llamó aquella buena Madre. Santa Teresita del Niño Jesús, adivinando que era para que quitase la rosa, y no queriendo humillarla adelantóse a toda reflexión, tomó la flor y dijo:

—Vea, Madre mía, qué bien se imita hoy a la naturaleza. ¿Quién no diría que esta rosa acaba de ser traída ahora del jardín?

* * *

Santa Teresita en su ascenso a los cielos.

Junto a la Santísima Virgen.

Decía cierto día:

—Hay momentos en que se está tan mal en *casa,* en nuestro propio interior, que es preciso salir de él con premura. Dios, en tales trances, no nos obliga a permanecer en nuestra propia compañía; a menudo permite que nos sea desagradable, para que la abandonemos. Entonces no veo otro medio de salir *de casa,* que ir a visitar a Jesús y a María, corriendo a las obras de caridad.

* * *

La principal indulgencia plenaria y la que todos pueden ganar sin las condiciones ordinarias, es la indulgencia de la "caridad que cubre la abundancia de los pecados" ([15]).

* * *

Lo que me aprovecha cuando me represento el interior de la Sagrada Familia, es el pensar en una vida del todo ordinaria.

La Virgen Santísima y San José sabían perfectamente que Jesús era Dios; sin embargo de ello, se les ocultaban grandes maravillas y vivían como nosotros: vida de fe. ¿No han advertido VV. CC. aquellas palabras del texto sagrado: "Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta" ([16]) y aquellas otras no menos misteriosas: "Su padre y su madre escuchaban con admiración las cosas que de él decían?" ([17]). ¿No se creería, pues, que aprendían algo? Pues aquella admiración supone cierta sorpresa.

* * *

En el rezo de Sexta hay un versículo que pronuncio siempre con repugnancia. Es el siguiente: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in eternum propter retributionem* ([18]).

([15]) Prov., X, 12.
([16]) Luc., II, 50.
([17]) Luc., II, 33.
([18]) "Inclinaré mi corazón a la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón" (Salmo CXVIII, 112).

Me apresuro a decir interiormente: "¡Oh Jesús mío! Tú sabes muy bien que no es la recompensa lo que me induce a servirte, sino únicamente tu amor y la salvación de las almas".

* * *

Tan sólo en el cielo sabremos la verdad absoluta de todas las cosas. Acá en la tierra, hasta en la misma Sagrada Escritura hay sus puntos oscuros e indescifrables. Me causa pena la diversidad de traducciones. Si hubiera sido sacerdote, hubiera aprendido el hebreo para poder leer la palabra de Dios tal como El se dignó expresarla en el lenguaje humano.

* * *

Con frecuencia me hablaba de un juego muy conocido en el cual Santa Teresita se había divertido en su infancia. Era el caleidoscopio, instrumento por el estilo de un pequeño catalejo, al extremo del cual se ven muy bonitos dibujos de diversos colores; rodándolo o meneándolo, varían los dibujos hasta lo indecible.

—Ese juguete —decía— me admiraba; no comprendía cómo podía producirse un fenómeno tan bonito, hasta que un día, después de serio examen, descubrí que eran sólo unos pedacitos de papel y de lana cortados de cualquier modo y echados allí sin orden ni concierto. Proseguí mis investigaciones, y descubrí entonces tres espejos en el interior del tubo, lo cual me dió la clave del enigma.

Esto fué para mí la imagen de un gran misterio: mientras nuestros actos, aun los más insignificantes, no salen fuera del foco del amor, la Santísima Trinidad, figurada por los tres espejos, les da un tinte y belleza admirables. Mirándonos Jesús por medio de la pequeña luneta, esto es, como a través de sí mismo, halla siempre hermosas todas nuestras obras. Pero si salimos del centro inefable del amor, ¿qué verá? Briznas de paja, acciones empañadas y sin valor alguno.

* * *

Un día le hablaba yo de los extraños fenómenos que produce el magnetismo en las personas que se prestan a entregar su voluntad al magnetizador. Parecieron interesarle vivamente estos detalles, tanto que al día siguiente me dijo:

—¡Oh, cuánto bien me hizo su conversación de ayer! *¡Oh! ¡Cómo quisiera ser magnetizada por Nuestro Señor!* Es la primera idea que ha cruzado por mi mente al despertarme. ¡Con qué dulzura le he entregado mi voluntad! Sí, quiero que se enseñoree de todas mis potencias, de tal suerte, que en adelante no haya ya acciones humanas y personales, sino obras totalmente divinas, inspiradas y dirigidas por el Espíritu de Amor.

* * *

Antes de mi profesión, recibí por medio de mi santa Maestra una gracia muy singular. Hallándome fatigadísima, pues habíamos lavado todo el día, y agobiada con muchas penas interiores, quise por la tarde, antes de la oración, decirle dos palabras sobre el caso; pero ella me respondió:

—Tocan a la oración y no hay tiempo material para que pueda consolarla; además, veo claramente que me tomaría un trabajo inútil, puesto que Dios quiere que ahora sufra sola.

La seguí a la oración, pero tan desanimada, que por primera vez llegué a dudar de mi vocación. "Jamás tendré fuerzas para ser carmelita —me decía yo interiormente—, es una vida demasiado pesada para mí".

Estaba de rodillas hacía algunos minutos, con aquel combate y tristes pensamientos, cuando de repente sin haber hecho oración ni siquiera deseado la paz, sentí en mi alma un cambio instantáneo y extraordinario; ya no me conocía a mí misma. Mi vocación se me presentó hermosa y agradable; vi los hechizos y el valor del padecer. Todas las privaciones y fatigas de la vida religiosa me parecieron incomparablemente preferibles a las satisfacciones mundanas; en fin, salí de la oración totalmente transformada.

Al día siguiente fuí a referir a sor Teresita del Niño Jesús lo que me había pasado la víspera. Parecióme muy conmovida, de lo cual, deseando yo saber la causa, me dijo:

—¡Ah, cuán bueno es Dios! Ayer tarde me dió tanta lástima, que no cesé un momento, al principio de la oración, de encomendarla, pidiendo a Nuestro Señor que la consolara, que le cambiase el alma y le mostrase el valor de los padecimientos. ¡El me atendió!

* * *

Como tengo un natural muy infantil, el Niño Jesús, para ayudarme a practicar la virtud, me inspiró *que jugase con El.* Elegí el *juego de bolos.* Me representaba las bolas de todos los tamaños y de todos los colores, como medio de personificar las almas a quienes quería tocar. La bola para tirar, era *mi amor.*

En el mes de diciembre de 1896, las novicias recibieron, con destino a las misiones, muchas chucherías para el árbol de Navidad. Mas he aquí que por casualidad se encontró en el fondo de la cajita mágica un objeto muy raro para un convento del Carmen: *un trompo.* Mis compañeras dijeron. "Qué feo es esto! ¿Para qué puede servir?" Pero yo, que conocía bien el juego, eché la mano al trompo, exclamando: "¡Esto es muy divertido! ¡Puede bailar todo un día sin parar, mientras no le falten buenos latigazos!"

Y dicho y hecho, dispuse el trompo y lo hice bailar con gran admiración de todas.

Santa Teresita del Niño Jesús me observaba sin decir palabra; el día de Navidad, después de la misa del gallo, encontré en nuestra celda el *famoso trompo* con esta cartita, cuyo sobre llevaba escrita la siguiente dirección:

A mi amada esposita JUGADORA DE BOLOS en la montaña del Carmelo.

Nochebuena de 1896.

Querida esposita:

¡Ah, cuán contento estoy de ti! Todo el año me has divertido mucho jugando a los bolos. *He gozado tanto, que la misma corte angélica estaba sorprendida y encantada de ello. Varios querubinitos me habían preguntado por qué no los había hecho niños; otros han querido saber si la melodía de sus instrumentos no me era más agradable que tu alegre risa cuando aciertas* una barra *con el* bolo de tu amor. *He contestado a todos que no debían entris-*

tecerse por no ser niños, puesto que día vendrá en que podrán jugar contigo en las praderas del cielo. Además, les he dicho que, efectivamente, tu sonrisa me era más agradable que sus melodías, porque tú no podías jugar y sonreírte más que padeciendo y olvidándote de ti misma.

Esposita mía muy querida: tengo a mi vez una cosa que pedirte. ¿Me la negarás?... ¡Oh, no; me amas demasiado! Pues bien, quisiera cambiar de juego: los bolos me divierten mucho, pero ahora quisiera jugar al trompo. *Si quieres, tú misma serás el trompo mío. Te doy uno que te sirva de modelo; ya ves que no tiene atractivo alguno exterior; cualquiera que no sepa cómo utilizarlo, lo rechazará al punto con el pie; pero si lo ve un niño, saltará de gozo y exclamará:* ¡Ah! esto es muy divertido: puede bailar todo un día sin pararse...

Yo, el Niño Jesús, te amo, aunque no tengas atractivos, y te suplico que lo bailes siempre para divertirme. Pero para hacer bailar el trompo, se necesitan latigazos. Pues bien: deja que tus hermanas de religión te hagan este servicio, y sé reconocida a las que se muestren más asiduas en hacerte bailar con mayor velocidad... Cuando me haya recreado bastante contigo, te llevaré allá arriba, donde podremos jugar sin padecer.

Tu hermanito
JESUS

* * *

Tenía yo la costumbre de llorar a menudo y por nonadas, lo cual la apenaba mucho.

Ocurriósele cierto día una idea luminosa: tomando de su mesa de pintura el caparazón de una almeja, y sujetándome las manos para impedir que me enjuagara los ojos, púsose a recoger mis lágrimas en él, y pronto dejando yo de llorar, no pude hacer menos de reírme.

—Vamos —me dijo—, en adelante le permito que llore cuando quiera. con tal que sea en el caparazón.

Pues bien; ocurrió que, ocho días antes de su muerte, había yo llorado toda la tarde pensando en su próxima partida. Como ella lo advirtiese, me dijo:

—V. C. ha llorado. *¿Ha sido en el caparazón?*

Le dije la verdad... y mi confesión la estristeció. Entonces replicó:

—Voy a morir, y ciertamente no estaré tranquila respecto de V. C., si no me promete seguir con toda fidelidad mi consejo, porque lo considero de importancia capital para su alma.

Le di mi palabra, pidiendo, con todo, como una gracia el permiso de poder llorar libremente por su muerte.

—¿Por qué llorar por mi muerte? ¡Qué lágrimas tan inútiles! ¡Llorar por mi dicha! Pero, vamos, tengo lástima de su debilidad, por lo que le permito que llore, pero solamente los primeros días. Después tendrá que tomar de nuevo el caparazón.

Confieso que, aunque me ha costado esfuerzos heroicos, he sido fiel.

Cuando quería llorar, me armaba con valor del despiadado instrumento; mas el cuidado que tenía que poner en pasarlo de un ojo al otro distraía mi imaginación del asunto que motivaba mi pena; gracias a ese ingenioso procedimiento, no tardé en curarme completamente de mi excesiva sensibilidad.

* * *

Quería yo privarme de la Sagrada Comunión por una infidelidad que le había causado mucha pena, pero de la que ya estaba amargamente arrepentida. Le escribí mi resolución, respondiéndome ella con el siguiente billetito:

"Querida florecita de Jesús: basta que por la humillación de su alma, *sus raíces se nutran de la tierra*... Es preciso que entreabra, o mejor, levante bien alto su corola, para que el pan de los Angeles, cual rocío divino, venga a fortalecerla y a dotarla de todo cuanto le falte.

"Adiós, pobre florecilla; pida a Jesús que cuantas oraciones se hagan por mi salud, sirvan para aumentar el fuego que debe consumirme".

* * *

En el acto de comulgar, me represento algunas veces mi alma como si fuese una criatura de tres o cuatro años, la cual, a fuerza de juguetear, trae desgreñados los cabellos y sucios los vestidos. (Estas desgracias me han sucedido luchando con las almas.) Mas

pronto acude presurosa la Virgen María, y con toda diligencia, me quita el *delantalito que está sucio,* arregla mis cabellos y los adorna con una bonita cinta o tan sólo con una florecita... Esto basta para hacerme graciosa y para que pueda sentarme sin rubor en el festín de los ángeles.

En la enfermería, casi no esperábamos a que hubiese terminado de dar gracias, para hablarle y pedirle consejo. Al principio se entristeció y se quejó suavemente de nuestra conducta; pero luego nos dejó hacer, diciéndonos:

"He pensado que no debía desear más descanso que Nuestro Señor. Cuando se retiraba al desierto después de haber predicado, luego iban las gentes a turbar su soledad. Vengan, pues, a mí cuanto quieran. He de morir con las armas en la mano, "teniendo en la boca la espada del espíritu, que es la palabra de Dios" ([19]).

* * *

—Denos un consejo para nuestras direcciones espirituales. ¿Cómo hemos de portarnos en ellas?

—Con gran sencillez, sin contar demasiado con un socorro que puede faltarles en cualquier momento. Pronto se verían precisadas a exclamar como la esposa de los Cantares: "Los guardias quitáronme mi manto y me hirieron, y sólo al adelantarme un poco a ellos me encontré al que yo amo" ([20]). Si preguntan con humildad y sin apego, lo más común es no hallar a Jesús sino después de *haberse adelantado* a toda criatura. Por mi parte, ¡cuántas veces he repetido aquella estrofa del Cántico espiritual!:

No quieras enviarme
De hoy ya más mensajero.
Que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan,
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo ([21]).

* * *

([19]) Epístola a los Efesios, VI, 17.
([20]) Cant., V, 7; III, 4.
([21]) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual.*

Si, por un imposible, el mismo Dios no viese mis acciones, no me apenaría por ello. Le amo tanto, que quisiera poder darle contento sin que supiera que le viene de mí. Sabiéndolo y viéndolo, está como obligado de algún modo a corresponder... y quisiera evitarle esta molestia.

* * *

Si hubiese sido rica, me habría sido imposible ver a un pobre hambriento sin darle de comer. Lo mismo hago ahora en mi vida espiritual: apenas he ganado algo, como sé que hay multitud de almas en peligro de condenarse, les doy todos mis tesoros espirituales. Todavía no he hallado el momento en que pueda decirme: "Ahora voy a trabajar para mí".

* * *

Hay personas que todo lo toman de manera que sirva solamente para darles la mayor pena; yo, al contrario, siempre veo el lado bueno de las cosas. Si solamente experimento dolor sin mezcla alguna de alivio, gozo con el mismo dolor.

* * *

Siempre me satisfizo lo que Dios me dió, aun las mismas cosas que me parecen inferiores y menos hermosas que las de las otras.

* * *

Cuando era pequeñita, me dieron en casa de mi tía un hermoso libro para leer. En una historieta vi que se alababa mucho a la directora de una casa de educación, porque sabía con mucha discreción salir bien de todos los apuros, sin ofender ni mortificar a nadie. Consideré sobre todo esta frase: "A ésta decía: Ud. no se equivoca; a aquélla: Ud. tiene razón". Mientras eso leía, me decía interiormente: "¡Oh, yo no lo hubiera hecho así; debe decirse siempre la verdad!" Ahora la digo siempre. Me cuesta mucho más trabajo,

es verdad, porque es preciso reconocer que sería sumamente fácil cuando vienen para manifestar algún disgusto, echar la culpa a los ausentes; al punto, la que se queja se tranquiliza. Sí, pero... yo hago todo lo contrario. Si por esta razón no soy amada, no importa. No acudan a mí si no quieren saber la verdad.

Para que una corrección produzca su fruto, es preciso que cueste el hacerla; y hay que hacerla sin la más ligera sombra de pasión en el corazón.

No conviene que la bondad degenere en debilidad. Cuando se ha reñido con justicia, hay que dejar pasar las cosas y no llegar a enternecerse hasta el extremo de sentir aflicción por la pena causada. Correr detrás de la corregida para consolarla, más bien es dañarla que hacerle bien. Abandonarla a sí misma, es forzarla a no esperar consuelo humano y a recurrir a Dios, a reconocer sus faltas y a humillarse. De lo contrario, se acostumbraría a ser consolada después de una corrección merecida y haría como los niños mimados, que patalean y gritan, porque saben que así harán volver a su madre para enjugar sus lágrimas.

* * *

"Haced que la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, esté siempre en vuestro corazón y en vuestros labios" ([22]). Si encontramos un alma que nos es antipática, no la rechacemos ni la abandonemos nunca. Tengamos siempre *la espada del espíritu* para reprenderle sus faltas; no dejemos correr las cosas; para conservar nuestra tranquilidad debemos combatir sin cesar, aunque no tengamos esperanza de ganar la batalla. ¿Qué importa el éxito? ¡Adelante siempre!, por grande que sea la fatiga del combate. No digamos: "No conseguiré provecho alguno con esta alma; no discierne; hay que abandonarla". ¡Oh, esto sería una cobardía! Hay que cumplir con el deber hasta el último trance.

* * *

([22]) Epístola a los Efesios, VI, 17.

Antes, cuando alguno de mi familia estaba acongojado y en el locutorio no conseguía consolarle, me iba con el corazón traspasado; pero pronto me dió a entender Jesús que yo era incapaz de consolar un alma. Desde aquel día, ya no me afligía cuando alguno se iba triste; encomendaba a Dios los trabajos de aquellas personas queridas, y sentía perfectamente que era escuchada, de lo cual me convencía tan pronto como volvían al locutorio. Después de esta experiencia, si involuntariamente molesto a alguien, ya no me aflijo; pido con sencillez a Jesús que repare el mal hecho por mí.

* * *

—¿Qué piensa de tantas gracias con que ha sido colmada?

Pienso que el "Espíritu de Dios sopla donde quiere" ([23]).

* * *

Decía a su Madre Priora:

—Madre mía, si llegara a ser infiel, si cometiese sólo la más ligera infidelidad, siento que sería seguida de espantosas turbaciones y no podría ya aceptar la muerte.

Mas como la Madre Priora se manifestara sorprendida de oír semejante lenguaje, replicó:

—Hablo de una infidelidad de orgullo. Por ejemplo, si dijese: "He adquirido tal o cual virtud, puedo practicarla"; o bien: "¡Oh Dios mío!, sabes que te amo demasiado para entretenerme en un solo pensamiento contra la fe, al punto, estoy convencida de ello, me vería acometida de las más peligrosas tentaciones y sucumbiría con toda seguridad.

Para evitar esta desgracia, sólo he de decir con toda humildad de corazón: "¡Oh Dios mío, te ruego que jamás permitas que te sea infiel!"

Comprendo perfectamente que San Pedro cayese. Contaba demasiado con el ardor de sus nobles sentimientos, en vez de apoyarse únicamente en la fortaleza divina. Tengo la seguridad de que

([23]) Juan, III, 8.

si él hubiese dicho a Jesús: "Señor, dame fuerza para seguirte hasta la muerte", esta fuerza no se le hubiera negado.

Madre mía, ¿cómo es que Nuestro Señor, sabiendo lo que iba a acontecer, no le dijo: "Pídeme fortaleza para realizar tu deseo?" Creo que debió ser para enseñarnos dos cosas: la primera, que por su presencia sensible no enseñaba a los Apóstoles más de lo que nos está enseñando a nosotras con las buenas inspiraciones de su gracia; y la segunda, que estando destinado San Pedro a gobernar toda la Iglesia, donde hay tantos pecadores, convenía que experimentase por sí mismo lo poco que puede el hombre sin el auxilio de Dios. Por esto, antes de su caída, le dijo: "Tú cuando vuelvas en ti, confirma a tus hermanos" (24); esto es, refiéreles la historia en tu pecado, enseñándoles por tu experiencia propia cuán necesario es para la salvación apoyarse exclusivamente en Mí.

* * *

Me daba mucha pena verla enferma, y le repetía a menudo:

—¡Oh qué triste es la vida!

Mas ella, luego me corregía, diciendo:

—¡La vida no es triste! Al contrario, es muy alegre. Si dijese: "El destierro es triste", entonces, comprendería a V. C. Es un error llamar vida a lo que ha de acabar. Solamente a las cosas del cielo, a lo que jamás puede morir, cabe dar este hermoso nombre; y pues que gozamos de ellas ya en este mundo, la vida no es triste, sino alegre, muy alegre...

* * *

Ella misma era de una alegría que encantaba.

Durante varios días, habiendo estado mucho mejor, le decíamos:

—Todavía no sabemos de qué enfermedad morirá.

—Pues moriré de *muerte*. ¿No dijo Dios a Adán de qué moriría? Le dijo: "Tú morirás de muerte" (25).

—Pues bien, ¡la muerte será la que venga a buscarla!

(24) Luc., XXII, 32.
(25) Génesis, II, 17.

—No, no es la muerte la que vendrá a buscarme, sino el mismo Dios. La muerte no es un fantasma, ni un espectro horrible, como se la representa en las estampas. Está escrito en el catecismo que la *muerte es la separación del alma y del cuerpo,* nada más. Pues bien: no temo una separación que ha de unirme con Dios toda una eternidad.

* * *

—¿Vendrá pronto el *divino Ladrón* a robar su racimito de uvas?

—Lo distingo de lejos y no seré yo quien grite: *¡Ladrones!,* antes, por el contrario, le llamaré diciéndole: *¡Por aquí!, ¡por aquí!*

* * *

Decíale yo que los ángeles más hermosos, vestidos de blanco con rostro alegre y resplandeciente, trasladarían su alma al cielo. Ella me contestó:

—Todas las alegorías no me causan bien alguno, porque no puedo sustentarme más que de la verdad. Dios y los ángeles son puros espíritus; nadie puede verlos con los ojos del cuerpo tales como son en realidad. Por eso jamás he deseado gracias extraordinarias. Prefiero esperar la visión eterna.

—He pedido a Dios que me conceda un sueño delicioso para consuelo del dolor que siento por su partida.

—¡Ah, he aquí una cosa que jamás hubiera hecho!. ¡Pedir consuelos!... Puesto que quiere asemejarse a mí, ya sabe lo que yo digo:

—¡Oh, Señor! no temas que te despierte: aguardo en paz la playa de los cielos...

—¡Tan agradable es servir a Dios en la oscuridad y en las pruebas, pues sólo acá en la tierra podemos vivir la vida de la fe!

* * *

Feliz me siento por irme al cielo, pero cuando pienso en estas palabras del Señor: "Mirad que vengo luego, y traigo conmigo mi galardón, para recompensar a cada uno según sus obras" ([26]), me

([26]) Apoc., XXII, 12.

pregunto cómo se las arreglará conmigo, por cuanto no tengo obras... Pues bien: me recompensará a mí *según las obras de El.*

—Ciertamente no pasará ni un minuto en el purgatorio —le dijimos—, porque, de lo contrario, nadie va directamente al cielo.

—¡Oh, esto me deja sin cuidado; siempre estaré contenta, cualquiera que sea la sentencia de Dios. Si voy al purgatorio me pasearé por entre las llamas como los tres niños del horno de Babilonia, cantando el cántico del amor.

* * *

—En el cielo la colocarán entre los serafines.

—Si es así, no los imitaré; porque *todos se cubren con sus alas* en la presencia de Dios, *y yo me guardaré bien de taparme con las alas*...

* * *

Le enseñaba una estampa que representaba a Juana de Arco consolada en la cárcel por "sus voces". Sor Teresita me dijo:

—A mí también me consuela una voz interior. Desde allá arriba los santos me animan y me dicen: "Mientras estés prisionera en la tierra, no podrás llenar tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, llegará el tiempo de tus conquistas".

* * *

En el cielo, Dios hará siempre mi voluntad, porque acá en la tierra jamás he hecho la mía.

* * *

Preguntábanle bajo qué nombre deberían invocarla cuando estuviese en el cielo.

—Llámenme *Teresita* — respondió humildemente.

* * *

—Nos mirará desde lo alto del cielo, ¿verdad?
—No; *bajaré.*

* * *

Citemos por fin este rasgo conmovedor:

Algunos meses antes de la muerte de Santa Teresita del Niño Jesús, leíamos en el refectorio la vida de San Luis Gonzaga. Llamando mucho la atención a una de nuestras Madres ancianas el conmovedor y recíproco afecto del santo joven y de un venerable religioso de la Compañía de Jesús, el P. Corbinelli, le dijo a nuestra santa hermanita:

—V. C. es el jovencito Luis, y yo soy el viejo Padre Corbinelli; cuando esté en el cielo, acuérdese de mí.

—¿Quiere, Madre mía, que venga pronto a buscarla?

—No; todavía no he padecido bastante.

—¡Oh, Madre mía! Yo le digo que sí, que ha padecido bastante.

Entonces la Madre Hermancia del Corazón de Jesús replicó:

—No me atrevo todavía a decirle que sí... Para una cosa tan grave, me falta la sanción de la autoridad.

En efecto: se hizo la demanda de permiso a la Madre Priora, y ella, sin concederle importancia, dió una respuesta afirmativa.

Ahora bien: uno de los últimos días de su vida, cuando Santa Teresita del Niño Jesús casi no podía hablar de su debilidad, le fué entregado por conducto de la enfermera un ramo de flores cortadas por la querida Madre, con la súplica de mandarle al punto en concepto de gracias, una sola palabra de afecto. Esta fué la palabra:

—*Diga a la Madre Hermancia del Corazón de Jesús, que esta mañana, durante la misa, he visto la tumba del Padre Corbinelli muy cerquita de la de Luisito.*

—Está bien —respondió muy conmovida nuestra buena Madre—, diga a Sor Teresita del Niño Jesús que la he entendido...

Desde aquel momento, la Madre quedó persuadida de su próxima muerte, que ocurrió, efectivamente, un año después.

Y según la predicción de *Luisito, la tumba del Padre Corbinelli se encontró juntito a la suya.*

I N D I C E

Págs.

PROLOGO 7

CAPITULO I. — Primeras notas de un canto de amor. Recuerdos desde los dos a los cuatro años 11

CAPITULO II. — Muerte de su madre. "Los Buissonnets". Amor Paterno. Primera confesión. Las veladas de invierno. Visión profética 23

CAPITULO III. — El pensionado. Dolorosa separación. Extraña enfermedad. Sonrisa visible de la Reina del cielo ... 36

CAPITULO IV. — Primera Comunión. Confirmación. Luces y tinieblas. Nueva separación. Graciosa redención de sus penas interiores. 47

CAPITULO V. — Favor en la noche de Navidad. Celo de las almas. Primera conquista. Intimidad con Celina. Consigue permiso de su padre para entrar en el Carmen a los quince años. Negativa del Superior. Acude a Mons. Hugonin, Obispo de Bayeux 62

CAPITULO VI. — Viaje a Roma. Audiencia de S. S. León XIII. Respuesta del Sr. Obispo de Bayeux. Tres meses de espera 77

CAPITULO VII. — Entrada de Teresita en el Arca Santa. Primeras tribulaciones. Los esponsales divinos. Nieve. Un gran dolor 94

Págs.

CAPITULO VIII. — Bodas divinas. Retiro abundante en gracias. La última lágrima de una Santa. Muerte de su padre. Colma Nuestro Señor todos sus deseos. Una víctima de amor 105

CAPITULO IX. — El ascensor divino. Primeras invitaciones a los eternos goces. Noche oscura. La mesa de los pecadores. Cómo este ángel de la tierra entiende la caridad fraterna. Una gran victoria. Un soldado desertor 120

CAPITULO X. — Nuevas luces sobre la caridad. El pincelillo. Las migajas caídas de la mesa de los niños. El buen Samaritano. Diez minutos más preciosos que mil años de alegrías en la tierra. Dos hermanos sacerdotes. "Atráeme". 139

CAPITULO XI. — Su confianza en Dios. Una visita del cielo. El amor es su reposo. Sublime infancia. Llamamiento a todas las "almas pequeñitas" 162

CAPITULO XII. — El Calvario. Vuelo hacia el Cielo 174

CONSEJOS Y RECUERDOS 203

Este libro se terminó de imprimir el 25° Año Santo, 1950, "Año del Libertador General San Martín", el día 15 de noviembre, festividad de San Alberto Magno, en los talleres gráficos "Pedro Goyena", calle Herrera 541, Buenos Aires. - 2171-iaaa.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina